Aiden

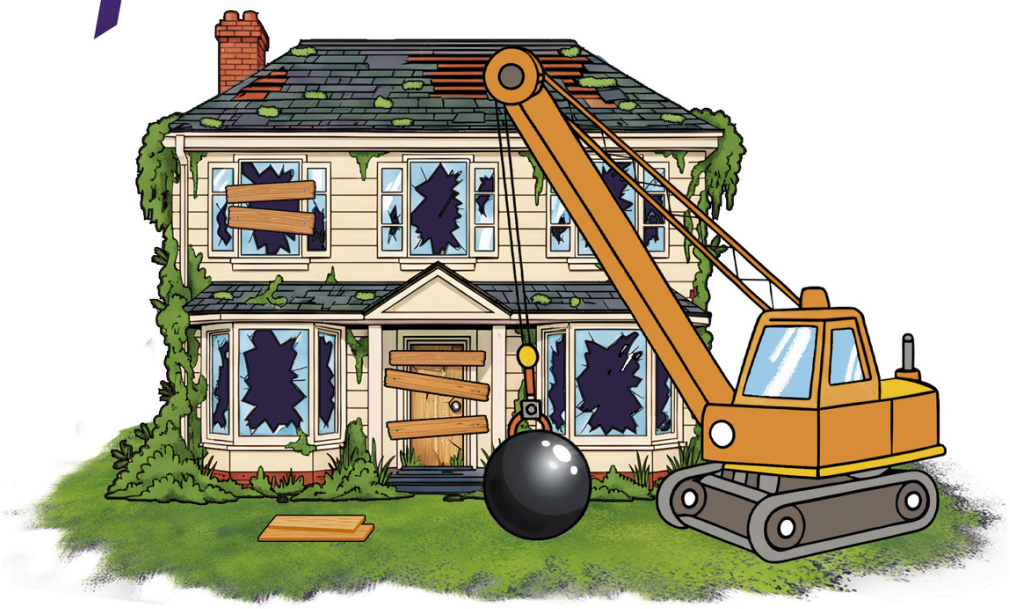
mi MÁS perfecto error



ABRIL LAÍNEZ

Aiden

mi MÁS perfecto error



ABRIL LAÍNEZ

Copyright©2023 ABRIL LAÍNEZ
Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.
Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen en ella, son fruto de la imaginación de la autora o se usan ficticiamente. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, lugares o acontecimientos es mera coincidencia.
Primera edición, MARZO 2026
Titulo original: Aiden. Mi más perfecto error.
Diseño de la portada: Adyma Design
Corrección: Cristina García.

Esta novela está dedicada a un lugar, uno que adoro.
Porque en él siempre encuentro el recuerdo
de quienes tanto echo de menos,

de quienes me lo dieron todo.
A Andalucía.

1
Brooke
Una mala idea

Boston, Massachusetts.

—Ese día me pasó por la cabeza, empecé a sospecharlo… —me dice «ella» enjugándose por decimonovena vez las lágrimas con un pañuelo de papel que ya ha perdido su dignidad blanca bajo los restos de maquillaje.

Y por decimonovena vez, también, asiento con la cabeza a modo de consuelo mientras observo la caricatura en la que se ha convertido su rostro.

—Tengo que irme —me dice, desapareciendo dos segundos después.

No me lo puedo creer. ¿Ni siquiera un «gracias»? ¿Qué tal un «gracias por escucharme», «gracias por el abrazo», «gracias por aguantar mi relato de treinta minutos sin conocerme»?

Mientras mantengo la boca abierta por la sorpresa, recibo una llamada de Sharon, mi mejor amiga.

—Te he enviado dos mensajes —me reprocha de forma cariñosa.

Ni siquiera me inmuto: estoy acostumbrada. Hace tres o cuatro siglos que somos amigas, o hasta hermanas, diría yo, y todavía sigue reprochándome que no conteste a sus mensajes «al instante». Nunca lo hago. Ella lo sabe. Nada va a cambiar. Si no le contesto, me llama. Esa es la dinámica.

—Dime, Sharon, ¿cuándo voy a aprender a tener la boca cerrada?

—¿En otra vida…? ¿Qué has dicho esta vez?

—He preguntado «¿Estás bien?», solo eso. Se lo he preguntado a una chica que he encontrado en el baño del centro comercial llorando a lágrima viva. Estaba destrozada.

—Déjame adivinar… Te ha dicho que te metas en tus asuntos.

—Ojalá. Me ha contado lo que le ocurría.

—¡Oh! Eso sí que es mala suerte. Y… ¿era grave?

—No, no mucho. Acaba de ver a su novio, que lleva tres años con él, con una de sus mejores amigas… Mañana es su cumpleaños… Ha venido a comprar accesorios para su fiesta… Y… se los ha encontrado.

—Ya… Deduzco que no estaban juntos para comprarle un regalo…

—No lo creo, a menos que le hayan comprado un lápiz de labios y estén probando su resistencia a la humedad…

Sharon se echa a reír. Siempre que lo hace me contagia. Tiene una risa a la que es difícil resistirse.

—Tienes un imán para que la gente se anime a contarte sus problemas.

—Lo que tengo es una boca que se abre cuando no debe. Además, después de media hora, media hora de confesiones, se ha largado sin decirme ni siquiera un triste «gracias».

—Eso es terrible. Dime que yo te doy las gracias cuando lloro en tu hombro.

—A veces…

Nos echamos a reír.

—¿Qué haces en el centro comercial? ¿Dónde está Kaden?

Así es Sharon. Siempre relaciona el tiempo libre con el tiempo con Kaden, como si fuera imposible que no fueran de la mano.

—En el estudio, trabajando… supongo.

—Creí que solo hacía horas extras algunos fines de semana…

—Y algunos jueves, y… algunos lunes. Se necesita mucha dedicación para algún día liderar un proyecto —le digo imitando el discurso de Kaden, el que viene ofreciéndome los dos últimos meses —. Tiene que sacrificarse si quiere que lo mantengan en el proyecto.

—Ya…

Ese «ya» corresponde a la Sharon desconfiada, la que sufrió mucho con su última relación, una que duró cerca de un año y que la hizo pedazos. Claro que tampoco le fue mejor con las dos anteriores, aunque fueron más breves. Por suerte, ya se ha

recuperado. Incluso ha empezado a conocer a «alguien». Así los llama ella cuando empieza una relación. Nunca quiere dar detalles hasta que pasa un tiempo prudencial y se «asientan los cimientos», palabras textuales. Cree que, si habla de él demasiado, le traerá mala suerte. No es que la fórmula le haya funcionado nunca, pero sigue fiel a ella.

—¿Tienes planes? —le pregunto con cautela. Es una manera de no perder de vista sus citas con el «alguien».

En realidad, me preocupa que vuelva a entregarse con la misma intensidad de siempre y vuelva a salir afectada. Claro que afectada no sería la palabra, más bien «hecha añicos».

—No. Me lo ha propuesto, pero es la segunda vez, aunque me muero de ganas, que le he dicho que estaba ocupada. He aprendido a mantener la distancia y a hacerme la interesante. Te he hecho caso, Brooke.

—Bien hecho. Entonces… ¿nos vemos?

—En mi casa, para la cena. Dentro de tres horas. ¿A qué has ido al centro comercial? ¿Sigues con la idea de encontrar la receta de los bombones?

—Ya he desistido, solo vengo a comprarlos.

—Trae algunos para la cena…

—Hecho.

Me despido de ella. Cómo me conoce. Ha sido nombrarle este centro comercial y saber que eran los bombones los que me han traído hasta aquí.

Mi gran hobby, aunque no mi profesión, es la cocina. Soy fisioterapeuta, pero en lo que más me gusta emplear mi tiempo libre, o parte de él, es en experimentar en la cocina. Es algo que he heredado de mi madre.

Fui adicta, durante unos meses, a unos bombones que solo venden en una prestigiosa pastelería de este centro comercial. Su relleno, que solo indica «fresa, mango y un ingrediente secreto», se ha convertido en un reto para mí. Necesito conocer ese secreto. Al menos esa es la excusa que me doy a mí misma para comprarlos.

Cuando me desvío del carril central hacia uno de los interminables pasillos laterales, siento algo de vértigo.

Me he despistado, no quería pasar por aquí. Debería haber tomado otro camino.

Miro hacia el suelo intentando no fijarme en el escaparate de la tienda de accesorios para perros. No quiero verla.

Es la tienda más grande de Boston, la única dedicada exclusivamente al mundo de los perros. Es la que solía frecuentar cuando Scout, mi precioso perro, estaba vivo; acudía cuando quería mimarlo y darle algún capricho.

Ya han pasado dos meses, pero sigo echándolo de menos. No he vuelto a pasar por delante de esta tienda. Sospechaba que me iba a inundar la nostalgia. Y así es.

Me detengo, a pesar de todo, no puedo estar siempre evitándola. Como suponía, siento un pellizco en el estómago. Observo uno de los últimos juguetes que le compré. Uno ruidoso que casi me vuelve loca. Todavía tengo metido en la cabeza el sonido chirriante que emitía. Entonces me parecía insufrible… ahora… me parece una melodía celestial.

Joder. Nunca pensé que podría cogerle tantísimo cariño a un perro. Ni siquiera me lo había planteado nunca. De hecho, llegó por casualidad a mi vida y… durante tres años formó parte de ella.

Se me llenan los ojos de lágrimas mientras recorro el interior de la tienda con la mirada. Soy consciente de que no supe despedirme de él o… quizá no pude. Dos días después ocurrió lo de la clínica…

Siento que no voy a poder contener las lágrimas.

Puede que esto sea lo más parecido a un duelo.

Un duelo que alguien interrumpe.

Siento una mano apoyada en mi hombro. Me sobresalto. Me giro.

Se trata de Cassidy. La exnovia de Kaden.

No puede ser…

2

Brooke

Un vídeo sorpresa

La naturalidad siempre es la mejor aliada en estas situaciones, así que me doy prisa en corregir la expresión de sorpresa, algo exagerada, que he mostrado al verla.

—Hola, Brooke, ¿cómo estás? —me dice sonriendo, como si fuéramos amigas que se han encontrado por casualidad.

—Bien —respondo cuidando el tono; ni demasiado amable ni a la defensiva.

Cassidy me mira fijamente mientras observa cómo hago desaparecer una lágrima inoportuna que desciende por mi mejilla, fruto del recuerdo de Scout. ¡Qué inoportuna!

—Te he visto desde el escaparate de mi tienda… —me aclara señalando hacia una joyería que se encuentra detrás de nosotras—. Bueno, no es solo mía, es también de mi socia.

Sonrío de forma forzada, pero correcta, la propia de una información que no me interesa. ¿Qué más puedo hacer? Aparte de tomar nota de la joyería para no visitarla jamás.

Durante unos segundos, nos miramos en silencio. No entiendo que se haya acercado a saludarme. Kaden siempre me ha hablado bien de ella, pero no la conozco. Para mí sigue siendo solo eso: la ex de Kaden. Y eso lo cambia todo.

Sé que su ruptura fue amistosa, que incluso la ha saludado alguna vez cuando yo iba con él, pero… una cosa es la cordialidad y otra muy distinta plantarse delante de mí así, como si hubiera un motivo.

—¿Estás bien? Pareces… —me comenta con curiosidad sin terminar la frase. Está claro que no le ha pasado desapercibido mi estado de ánimo. Dichosa lágrima…

—Sí, estoy bien, gracias —le digo algo seca.

Pero no se da por vencida, necesita más información y empieza a incomodarme.

—¿Tienes perro? —me pregunta bajando ligeramente la cabeza, con cautela.

—No —le respondo tajante. No tengo intención de hablar de Scout con ella.

—Entonces… estás aquí por otro motivo… —dice mirando el interior de la tienda y asintiendo con la cabeza, como si hubiera descubierto algo importante—. ¿Me equivoco?

Pero ¿qué le importa a ella por qué estoy aquí? ¿Puede ser más absurda la conversación?

—Solo miraba… —le respondo a la defensiva, aunque no sé muy bien de qué me defiendo. ¿O sí? ¿De un encuentro absurdo?

Lo cierto es que me siento invadida y no tengo intención de entablar una conversación con ella. ¿Cuánto tardará en darse cuenta? No quisiera ser desagradable.

—Brooke, sospecho que hemos pasado por lo mismo. Ya sé que no nos conocemos, pero… si alguien puede entenderte, soy yo.

Vaya, parece que sabe lo de Scout. ¿Cómo lo sabe? ¿Habla con Kaden? ¿Me vería alguna vez paseándolo? También parece que ella ha perdido a un perro y tiene intención de hablar del tema. A ver cómo salgo de esta con discreción. Solo me faltaba tener que escuchar los detalles del drama por haber perdido a su perro. No… por ahí no paso.

—Ya, claro… El caso es que prefiero no hablar de ello.

—No es fácil, lo sé —repite. Está claro que no se rinde—. Yo… incluso llegué a entrar en la tienda, en esta misma, y… compré un collar. ¡Lo hice! ¿Me entiendes?

No, no la entiendo. Si su perro se murió, ¿para qué quiere un collar? ¿Va a adoptar otro? Nada de lo que pretenda contarme me interesa.

—Claro… —añado enriqueciendo aún más lo que sea que estoy respaldando.

—Todavía hoy siento lo mucho que me afectó. Y ha pasado casi un año…

—Entiendo… —le digo separándome unos pasos del escaparate para que interprete que tengo intención de marcharme.

—Brooke… Sé lo que esto supone. No sé en qué fase estás, pero… sé que todas las fases son complicadas. Yo… creía que Kaden estaba con otra, que me engañaba. Partiendo de esa idea fue como lo averigüé.

Me detengo. Se acabó la retirada. ¿De qué está hablando?

La miro con los ojos muy abiertos. ¿Por qué mete a Kaden en esto? ¿Que estaba con otra? Ya no me voy.

—Esas horas extras los fines de semana en el estudio… —continúa diciendo, captando toda mi atención—. No me daban confianza. Y se me ocurrió seguirlo. ¿Te imaginas lo que ocurrió?

Mientras intento procesar lo que está diciendo, solo soy capaz de asentir con la cabeza. Estoy un poco aturdida y no sé qué está ocurriendo. Esta conversación ha dado un giro que no puedo ignorar.

Ella resopla y mueve la cabeza. Me sonríe con dulzura.

—¿Te apetece que lo hablemos un poco más? Yo no tuve a nadie para apoyarme. Es decir, sí tenía personas de confianza, pero no se puede hablar de esto sin más. Puede que, aunque sea algo extraño, te sientas bien hablando conmigo: yo viví lo mismo y eso ayuda. Si quieres, si me das unos minutos para avisar a mi socia, podemos ir a esa cafetería, la del pasillo de atrás, y hablarlo. Puedo contarte mi experiencia con Kaden cuando todo estalló. ¿Te animas?

Me mira con una expresión de tristeza que aún me confunde más. Tengo tanta curiosidad por saber de qué narices está hablando que me descubro asintiendo y ofreciéndole una media sonrisa.

En algún momento le encontraré el sentido a sus palabras… Supongo.

Cassidy sonríe, se nota que está satisfecha. Me acaricia el brazo y desaparece durante unos pocos minutos.

Estoy plantada frente al escaparate, esperándola, mientras observo los collares y los juguetes de perro e intento encontrar el sentido a las palabras de esta chica.

«Le seguí», «horas extra en la oficina», «pensé que estaba con otra». ¿Cómo hemos pasado de hablar de perros a hablar de Kaden?

Joder, es su exnovia. ¿Qué hago aquí esperándola para que me cuente… lo que sea que quiere contarme?

Muy sencillo, me digo. Necesito satisfacer mi curiosidad. Sé que cuando hable con ella me voy a sentir ridícula y hasta voy a descubrir que esa chica no está muy centrada, pero… hasta ese momento no soy capaz de desaparecer.

Confieso que la mención de las horas extras es lo que más me ha llamado la atención. Llevo ocho meses saliendo con Kaden y, en los últimos cuatro, se han ido acumulando sábados —e incluso algún domingo— en los que vuelve al estudio de arquitectura para seguir avanzando en el trabajo. Quiere ganar méritos ante los propietarios y que lo tengan en cuenta para los proyectos más importantes. O eso creo…

¿Qué tendrá que decirme esa chica?

¿Una infidelidad?

Siento una tirantez en el hombro que me resulta familiar.

No es buena señal.

Es la forma que tiene mi cuerpo, desde hace dos meses, de indicarme que estoy muy tensa y debo calmarme.

El dolor se agudiza, una corriente eléctrica que me recorre desde el codo hasta el cuello.

Mi mente vuelve, sin permiso, hasta aquel día.

El tiroteo. Los gritos. El pánico. El dolor agudo del hombro. El miedo atroz a perder la vida…

Miro a mi alrededor. Soy consciente de que Cassidy tarda demasiado y a mi sensación de pánico se suma la de sentirme ridícula.

Necesito salir de aquí.

Me doy la vuelta bruscamente y al hacerlo noto un obstáculo. Un cuerpo. Uno grande con el que acabo de chocar.

Me encuentro con la mirada asesina de un hombre al que he obligado a retroceder y, al parecer, a golpearse con un soporte que muestra un mapa de localización de las tiendas del centro.

Me mira fijamente, frotándose la cabeza, con la frente arrugada. Sus ojos verdes me descolocan y apenas soy capaz de pronunciar

unas palabras de disculpa.

No dice nada. No digo nada.

Nos fulminamos con la mirada.

Él, por el golpe que se ha llevado. Yo, por impedirme salir corriendo.

Se da la vuelta y desaparece, y yo me quedo clavada en el sitio, con una sensación incómoda en el pecho y un dolor agudo en el hombro.

—Estoy lista —escucho decir a Cassidy.

La miro confundida. Por un momento, estoy tentada a decirle que tengo que marcharme, que no quiero seguir con este absurdo encuentro, pero no soy capaz. Tropezar con ese hombre ha debido de ser una especie de «señal», de esas que mi amiga Sharon encuentra a todas horas, para que no me marche.

Tenía que quedarme. Por mucho que encuentre absurdas las teorías de Sharon, a veces ocurren algunas cosas que te hacen pensar que estaban escritas, que por alguna razón que en el momento se desconoce tenían que ocurrir.

Y eso es lo que ha pasado. Estoy aquí, con Cassidy esperando una reacción por mi parte.

Consigo calmarme. No puedo olvidarme de la mención a las horas extras de Kaden que ha hecho ella. Es suficiente para que asienta con la cabeza indicándole que yo también estoy lista para la visita a la cafetería.

Sé que me voy a arrepentir, pero quiero ver hasta dónde me lleva esta situación.

—Disculpa, tenía que atender a un cliente —me indica con una sonrisa, como si fuéramos amigas íntimas y estuviera encantada de nuestro encuentro.

—No te preocupes —le indico esforzándome por ocultar mi malestar y mi confusión.

Solo cinco minutos después, tras sentarnos en una mesa en un rincón, pedir dos refrescos y mirarnos fijamente durante treinta segundos, siento que me va a soltar algo que no me va a gustar.

—Te he visto afectada, Brooke. Me he sentido reflejada en ti. Si has accedido a hablar conmigo es porque debes necesitar hacerlo, lo entiendo. Te aseguro que te entiendo. ¿Quieres contármelo tú? ¿O te cuento cómo lo viví yo? Quizá te sientas mejor si empiezo yo.

—Habla tú —le digo sintiendo una mezcla de desconcierto, miedo, confusión y… ridiculez. Así de complejo. Sin olvidar la increíble curiosidad que siento, claro está.

—Lo grabé, Brooke, grabé la escena. Seguí a Kaden uno de esos días que me dijo que tenía que trabajar. Ya estaba cansada de esa cantinela y sospechaba que algo no iba bien. Y… tal y como pensaba, no se dirigió a la oficina, sino a Boston Common, donde se estaba celebrando uno de esos encuentros. No estaba con otra, como yo creía, Brooke… —hace una pausa mientras consulta algo en su móvil—. Solo se lo he mostrado a las personas en las que más confío, pero… no sé por qué lo conservo. Si quieres verlo… supongo que… Igual me estoy excediendo…

—Sí, quiero verlo —le digo sin saber qué expresión poner ni de qué narices está hablando—. Muéstramelo, por favor.

Temo que se arrepienta; estoy tan perdida que hasta me siento ridícula.

Me muestra la pantalla de su móvil. Se toma su tiempo. Me mira, me vuelve a acariciar el brazo. Me regala una media sonrisa, de esas que indican más lástima que consuelo, y dos segundos después aparece una secuencia en la que el protagonista es Kaden.

No me puedo creer lo que estoy viendo.

Se me eriza el vello de todo el cuerpo y estoy tan rígida que siento que me voy a romper si hago un solo movimiento.

Tres minutos y quince segundos de grabación. Parte de ese tiempo he aguantado la respiración.

El vídeo finaliza y yo sigo con la mirada clavada en la pantalla. No soy capaz de reaccionar, mucho menos de mirarla.

Las imágenes se repiten en mi cabeza y, aunque todavía no soy capaz de digerirlo, empiezan a encajar.

Por fin me atrevo a mirar a Cassidy, que me observa con una expresión de compasión que me atraviesa de lleno.

Por un momento creo que se trata de una broma absurda, pero solo por un momento. Ojalá fuera así, pero sé que esas imágenes son reales. No sé si es la situación, mi subconsciente o que de repente todo empieza a cobrar sentido, aunque sea lentamente.

Antes de que Cassidy retire el móvil, lo sujeto con firmeza y presiono sobre la pantalla, dispuesta a volver a verlo.

3

Aiden

¿Qué clases de amigos sois?

—¿Te he dicho alguna vez que adoro la puntualidad? —me pregunta Jayce mientras me siento frente a él y observo la cerveza que se ha adelantado a pedir para mí.

—No, nunca —respondo observando su expresión imperturbable, tan propia de él—. Pero deberías habérmelo dicho antes. ¿Cuánto hace que nos conocemos? De haberlo sabido, quizá me habría esforzado.

Me mira fijamente con ese aire de «el mundo me importa muy poco» que tanto le caracteriza.

Después llega la media sonrisa que ambos compartimos, la de siempre; la que indica que, a pesar de todo, nos alegra vernos.

—En el juzgado siempre eres puntual —me reprocha apoyando los codos en la mesa.

Esta conversación se repite cada vez que nos vemos y siempre acaba igual: ignorando el comentario y cambiando de tema.

Ambos somos impuntuales, pero el reproche lo hace siempre el que llega primero. Así funcionamos. Es como una competición absurda. Cosas de la amistad de tantos años.

—¿Qué tal tu pierna?

—Bien —le respondo por segunda vez. Esta misma mañana ya me lo ha preguntado.

Trabajamos en el mismo bufete, ubicado en un edificio céntrico de Boston del que ocupa dos plantas, cada una dedicada a una especialidad distinta. Jayce trabaja en la de derecho penal; yo, en la de mercantil.

—Apenas cojeas —comenta, mostrando por primera vez algo parecido a interés.

—No cojeo —le aclaro—, que no es lo mismo. Ya no uso muletas. Solo las llevaré en el juicio. Barret se ha empeñado en que aparezca con ellas —añado refiriéndome a mi jefe.

—No es mala jugada. Le recordará a todo el mundo —sobre todo al juez— que ese tipo es agresivo. Puede que te mire con otros ojos, que no te ponga tantas trabas y te deje moverte con más libertad en el interrogatorio.

—Esas mismas palabras ha utilizado Barret, pero no sé si tendrá tanto peso. Todo el mundo sabe que ese tipo me agredió y que el juicio se aplazó por ello.

—No está de más recordarlo —zanja Jayce.

El tipo al que nos referimos es el gerente de la empresa acusado por la explotación ilegal de una patente. Durante mi interrogatorio, cuando ya no tenía salida, perdió los nervios.

Se levantó de golpe y me empujó. Fue un gesto rápido, torpe, más impulsivo que calculado. No caí por el golpe, sino por lo que había detrás de mí: el escalón que separa el estrado del resto de la sala. Perdí el equilibrio y caí de espaldas.

El resultado fue un esguince serio de tobillo que acabó pasando por quirófano y dos meses de rehabilitación.

El juicio se suspendió. La nueva fecha es mañana.

—Es Cassidy —me dice Jayce mientras consulta su móvil—. Llegará en media hora.

—La he visto en el centro comercial —le confieso.

—¿Has estado allí?

—Vengo de allí. He ido a hacer unas compras.

Jayce me mira y se echa a reír.

—¿Una corbata?

—Exacto —le digo sonriendo.

Siempre que me enfrento a una vista complicada en el juzgado, estreno corbata. Una manía como otra cualquiera de la que Jayce y Cassidy suelen burlarse, sobre todo porque aseguran que tengo un gusto pésimo para elegirlas.

Son preciosas. Tengo más de treinta, todas con diseños originales. Odio las corbatas clásicas.

Cassidy me regaló una en una ocasión. Tan estrafalaria que, todavía hoy, sigue retándome a que me la ponga algún día.

Cassidy es la hermana de Jayce. Los tres somos amigos desde que llegué a Boston con mi padre desde Nueva York, donde nací y viví durante doce años.

Nuestra relación fue mucho más allá de la amistad cuando la madre de ellos y mi padre se conocieron en el colegio al que asistíamos los tres y, dos años después, se casaron.

Convivimos juntos durante ocho o nueve años, hasta que los tres nos independizamos y cada uno tomó un camino distinto.

Ellos son más que amigos para mí. Son mis hermanos. No por el vínculo de sangre, sino por la vida que compartimos.

Nuestra relación es sólida, la de los mejores amigos y la de los hermanos que se eligen.

Nos vemos con frecuencia. No solo con Jayce, con quien comparto trabajo, sino también con Cassidy, con la que hablo a menudo. Además, nos reunimos todos los jueves por la noche para una cena informal en la que aprovechamos para ponernos al día de todo lo que acontece en nuestras vidas.

A esas cenas suele sumarse Gabe, un amigo que conocimos Jayce y yo en la universidad y con el que mantenemos una buena relación, aunque cada vez aparece con menos frecuencia.

—¿Gabe vendrá hoy? —me pregunta Jayce arrugando la frente.

—Sí, y… tenemos que hablar con él… —le sugiero, con fastidio.

—No, Aiden. De eso nada —responde, seco.

—Jayce, no podemos ocultárselo. Ya sé que es una situación jodida, pero no podemos ser tan cabrones. Últimamente no lo vemos mucho, pero… sigue siendo nuestro amigo.

—Aiden, si le contamos que vimos a Kara comiéndole la boca a otro tío en el aparcamiento del Royale, lo único que vamos a conseguir es tragarnos un drama para el que hoy no tengo energía.

Jayce pone palabras a lo que llevamos días callándonos. Ocurrió el domingo pasado, casi por casualidad, en el aparcamiento de un bar al que entramos por recomendación de un compañero.

—¿Y cómo se supone que vamos a ocultarlo? —protesto, sin demasiada convicción. Ya sé la respuesta.

—Muy fácil: cerrando la boca.

Efectivamente, sé la respuesta.

—A mí me gustaría que me lo contaras —insisto para provocarlo.

—A ti sí. Gabe es diferente.

—Es nuestro amigo… —defiendo de nuevo sin mucha convicción.

—Joder, Aiden, ¿es que no lo ves? Esa no es la mejor definición para Gabe, ya no. Se enamora con facilidad, se rompe igual de fácil y siempre acabamos recogiendo los restos. Solo aparece cuando todo se le cae encima.

Jayce no va desencaminado. Gabe vive pendiente de sus relaciones y rara vez tiene tiempo para nosotros, excepto cuando se hunde.

Esta vez se trata de Kara, con la que lleva cerca de seis meses saliendo. Aquella noche, creyendo que Kara estaba en Atlanta por trabajo, le ofrecimos que nos acompañara, pero alegó que la echaba de menos y que no tenía ánimo para salir. Decirle que en realidad ella estaba en Boston, liándose con otro tío, no es fácil.

—No voy a estar cómodo escuchándolo hablar de Kara como si nada y quedándome callado.

—Entonces aguántate un rato. Hoy necesito tranquilidad —hace una pausa y me mira fijamente—. Se lo decimos otro día, pero hoy no. Por favor…

Sonrío, es inevitable después de ver la expresión de exagerada desesperación que me ha regalado.

Alza su jarra de cerveza y me guiña el ojo.

En realidad, el tema está zanjado. Ambos pensamos de la misma forma, a pesar de haber puesto a prueba nuestra conciencia durante un rato. Al menos yo; Jayce ha sido más directo.

Durante nuestro brindis aparece Gabe.

—Kara me ha dejado —nos suelta nada más sentarse, después de hacerle una señal al camarero para que le sirva lo mismo que a nosotros.

Jayce y yo nos miramos. Esto ha dado un giro inesperado.

Jayce cierra los ojos. Es consciente de que el drama es inevitable.

—No me quedaré mucho rato, no soy buena compañía. Solo he venido a contároslo en persona… —dice en medio de una exagerada serie de gestos y muecas de dolor.

—Lo entendemos… —le dice Jayce apoyándole una mano en el hombro—. Seguro que necesitas estar solo. Ya hablaremos cuando estés preparado.

Lo fulmino con la mirada, pero ni siquiera reacciona.

—Lo siento, Gabe. ¿Qué ha pasado? —le digo yo.

—A Kara le han hecho una propuesta para que se quede en Atlanta.

—¿Ese es el motivo por el que te ha dejado? —le pregunto confundido.

—Solo hay unas mil millas… No es para tanto —le dice Jayce de forma irónica, pero Gabe ni siquiera se da cuenta.

Fulmino de nuevo a Jayce. Esta vez asiente con la cabeza. Es su forma de prometerme que se va a comportar.

—Me ha dicho que no va a poder dedicarme el tiempo que le gustaría, que apenas vendrá a Boston… Necesita sentirse libre para centrarse en su trabajo.

Jayce y yo nos miramos abriendo mucho los ojos. No hace falta que lo verbalicemos, ambos dudamos de los motivos de esa ruptura.

Durante unos minutos, largos minutos, Gabe se dedica a lamentar su pérdida con todo lujo de detalles; yo, a ofrecerle de vez en cuando palabras de ánimo, y Jayce a… «no abrir la boca». Está claro que no tenía intenciones de estar solo.

Es muy dramático.

Por suerte, aparece Cassidy, sonriente, como siempre, y respiro aliviado. Nos vendrá bien su presencia para pasarle el relevo a ella.

Se sienta al lado de Gabe, que tiene el rostro oculto entre las manos, y lo observa.

—Hola, chicos… ¿qué te pasa, Gabe?

Cassidy nos mira a ambos y nos encogemos de hombros. Sabemos que Gabe se lo aclarará.

—Kara —le dice casi sollozando—. Se acabó.

—¡Oh! Entiendo —dice mientras alza las cejas y nos regala una mueca—. Ya te has enterado…

Jayce y yo cruzamos la mirada.

¡Peligro! Ambos lo intuimos.

La conversación puede dar un giro peligroso si Cassidy ha interpretado mal la situación.

—¿Es que tú lo sabías? —le pregunta Gabe muy confundido.

—Cassidy… —me apresuro a decir—. Kara se muda a Atlanta y quiere centrarse en su trabajo.

Cassidy reacciona y entiende lo que intento decirle, seguramente por la cantidad de muecas que Jayce y yo mostramos con disimulo.

—¡Oh! Qué pena…

—¿Por qué has dicho: «ya te has enterado»? —insiste Gabe.

Se crea un silencio. Los tres estamos pensando a una velocidad vertiginosa.

—Es algo que intuía, Gabe. Incluso ayer se lo dije a ellos. Tanto viaje a Atlanta… Esto iba a acabar mal.

—Ya… Pues yo nunca lo hubiera pensado. Es la mujer de mi vida, ¿cómo me puede haber pasado esto?

Los tres nos callamos. Se avecina drama de los grandes. Ahora viene cuando soltará unas lágrimas, nos regalará los mejores momentos de su relación, maldecirá el destino y nos pedirá que hagamos una escapada de fin de semana para olvidar.

—Gabe, creo que lo mejor es que estés solo ahora. Necesitas ordenar tus ideas. Es un consejo que te doy —le suelta Jayce con una fingida preocupación.

—Tienes razón. Ya os llamaré. Necesito enfrentarme a esta tragedia a solas.

Se levanta bruscamente y se aleja de la misma manera.

Jayce sonríe triunfal. Yo meneo la cabeza y Cassidy nos reprende.

—Pero ¿qué clase de amigos sois? ¿No se lo habéis contado?

—No ha hecho falta, ya han roto. ¿Para qué añadir sufrimiento? —se defiende Jayce.

—No es lo mismo que crea que ella se va por trabajo a que le ha puesto unos buenos cuernos. Vosotros no tenéis ni idea, sois inmunes a sentir algo por alguien más allá de ganas de follar, pero esas cosas existen y duelen —nos reprende Cassidy con la voz más alta de lo habitual.

Ella es siempre la voz de nuestra conciencia, al menos en lo sentimental, pero parece afectarle demasiado. De hecho, no le tiene mucho cariño a Gabe y suele quejarse de lo mismo que nosotros.

—¿Estás bien? —le pregunto con preocupación.

—Sí, lo siento, es que…

—¿Qué? —le pregunta Jayce mientras me mira y se encoge de hombros.

—Después de verte en el centro —me dice en su particular manía por dar exceso de detalles—, he ido a la cafetería con la novia de Kaden.

Jayce y yo fruncimos el ceño.

—¿Tiene novia? —pregunto interesado.

—Os lo comenté hace tiempo… Es que no me escucháis. La he visto con él varias veces y me la presentó hace tiempo.

—¿Y? —pregunta Jayce.

—Me lo ha removido todo. Está pasando por lo mismo que yo. La he visto en la tienda de mascotas, la que hay junto a la joyería… Estaba al borde de las lágrimas…

—No… —hemos dicho Jayce y yo al unísono.

—Sí, y… hemos hablado. La he visto a punto de derrumbarse y me ha dado pena. Le he contado mi experiencia por si le servía de algo.

Jayce y yo evitamos mirarnos. Si lo hacemos acabaremos soltando algún comentario que hará enfadar a Cassidy mientras nos partimos de risa. Es algo que nos cuesta evitar cuando aparece el nombre de Kaden. Cassidy se adelanta.

—Si hacéis algún comentario chistoso, me largo… —nos advierte.

—¿Por qué te has metido en eso, Cassidy? —le pregunta Jayce. Sé que está esforzándose por hacerle caso a su hermana.

—Porque me he identificado con ella. Yo pasé por lo mismo, ¿no te acuerdas?

—¿Y qué ha pasado? —me intereso yo. Nos va a costar atender su petición, así que lo mejor es intentar enfocarlo de otro modo.

—Esa chica estaba mal, era evidente. Apenas hablaba. Le he mostrado el vídeo… Al parecer, ella nunca lo había visto. Le ha impactado. Una cosa es que te lo cuenten y otra muy distinta verlo con tus propios ojos.

—¿Y? —interviene Jayce.

—Apenas ha dicho nada. Se ha marchado… Le he dado mi número de teléfono por si necesita hablar.

—No te metas en eso… —le ordena Jayce, como siempre, intentando apartarse de todos los conflictos.

Le pide algo imposible. Cassidy es así, siempre entregada a intentar ayudar a los demás, aunque en esta ocasión debería haberlo pensado un poco más. ¿Quién se enfrasca en algo así con la novia actual de su exnovio?

Por suerte, el tema se centra en las protestas de Jayce por la intromisión de su hermana en ese asunto y los argumentos de defensa de Cassidy, que hace suyas «todas las causas», incluso esta tan surrealista.

Mientras ellos discuten, yo me evado y me viene a la cabeza la chica con la que he tropezado en el centro comercial. No he podido quitármelo de la cabeza.

Menudo golpe me he dado. Ni siquiera se ha disculpado…

Pero…

El caso es que…

Esos ojos…

Grandes, muy grandes, azules…

¿La conozco de algo?
Algo en ese rostro me resulta familiar.
No consigo encontrar la respuesta.

4

Brooke

Ellos, mis amigos

—¿Quieres un whisky o… un vodka? —me pregunta Sharon para mi sorpresa—. Igual te ayuda a calmarte.

—Está muy calmada, Sharon —le replica Brent desde el sofá—. Eso es lo preocupante.

Por fin rompen el silencio después de varios minutos. Se han tomado su tiempo para digerir lo que acabo de contarles.

Después de dar demasiadas vueltas por el centro de Boston intentando poner orden a lo que he visto y oído, he acabado aquí. En casa de Sharon. A solas conmigo misma habría sido mucho peor. Al menos he conseguido despedirme de Cassidy con educación, con un «gracias» y con un intercambio de números de teléfono que no pienso utilizar jamás.

Me observan con atención. Me conocen lo suficiente como para saber que, cuando me quedo callada, no es buena señal.

—¿Cómo te sientes? —pregunta Brent con su calma habitual.

Su presencia me reconforta más de lo que esperaba. No lo vemos tanto últimamente, absorbido por su consulta de psicología, pero sigue siendo una constante en nuestras vidas. Es el equilibrio que Sharon y yo no tenemos.

—Sorprendida… Perpleja —respondo al fin—. Y… también sorprendida y perpleja. Y… sorprendida y…

—Vale, te hemos entendido —se queja Sharon.

—Por casualidad ¿no te sentirás sorprendida y perpleja? —interviene Brent intentando hacerme sonreír; lo consigue, aunque solo sea una media y débil sonrisa.

—Ese vídeo podría estar manipulado, Brooke —reflexiona Sharon —. Esa chica es su exnovia y no la conoces.

—No —le contesto con sequedad—. Te aseguro que es real.

—Ahora es muy fácil crear un vídeo falso en el que…

—No —la interrumpo—. Es real, no busques conspiraciones.

Brent no dice nada. Nos observa, atento, sin intervenir todavía. Como siempre, esperando el momento justo.

—Esa chica es su exnovia —insiste Sharon, aferrándose a la idea.

—Ya lo he explicado —respondo, cansada—. Ella interpretó algo, se animó a hablar y yo me adapté cuando vi que no encajaba. Así llegué hasta el dichoso vídeo. No le des más vueltas.

—No debería mostrar vídeos de otras personas, eso es invadir…

—No es el momento, Sharon —le interrumpo resoplando.

Silencio. Parece que Sharon ha entendido que ahora no es el momento de criticar la falta de ética de Cassidy. Como si a mí me importara eso ahora… Puede que otro día piense en ello, pero no ahora.

—No creía que el pobre Kaden estuviera mal de la cabeza… ¡Parecía normal! —suelta Sharon con su habitual inocencia.

—No está mal de la cabeza, Sharon —interviene por fin Brent—. Es algo que practican muchas personas.

Sharon lo mira horrorizada.

—¿El qué?

—Tiene un nombre —continúa con calma—. Por lo que describes, se trata de puppy play. Es una práctica dentro de un marco consensuado entre adultos. Existen muchas modalidades distintas.

Frunzo el ceño. Es el mismo término que utilizó Cassidy. Lo había escuchado alguna vez, pero nunca le presté demasiada atención.

—¿Modalidades? —pregunta Sharon.

Yo me mantengo en silencio, escuchando, como si la conversación avanzara sola. Sigo en estado de «sorpresa».

—Sí —asiente Brent—. Algunas son más simbólicas, otras más estéticas, otras se centran en el vínculo emocional… y también las hay más físicas. Por lo que me has descrito del vídeo y teniendo en cuenta el tipo de encuentro al que acudía, lo que hacía Kaden encaja con una dinámica concreta.

—¿Cuál? —pregunta Sharon, casi en un susurro.

—Una en la que la persona adopta el rol de un perro —dice sin rodeos—. Se comporta como tal durante un tiempo: camina a cuatro patas, obedece órdenes sencillas, busca contacto físico, atención, caricias. Todo ocurre dentro de un espacio delimitado y con normas claras.

—¿En serio? —pregunta Sharon mientras yo me revuelvo en mi asiento.

—En ese tipo de encuentros —prosigue Brent con su explicación — suele haber otra persona que asume el rol complementario: quien cuida, guía, marca límites. No es improvisado ni caótico. Para quienes participan, tiene sentido y estructura.

Sharon sacude la cabeza.

—¿Dices que no están mal de la cabeza? Venga, Brent, eso no es normal. No lo entiendo —dice con una expresión de asco que, en otra ocasión, me hubiera hecho reír, pero hoy no tengo ganas.

—No hace falta entenderlo, Sharon —le responde Brent con paciencia—. Basta con saber que no es una patología ni una pérdida de la realidad. Es una práctica íntima que algunas personas buscan fuera de su vida cotidiana.

—Claro, por eso lo hacen a escondidas… —comenta Sharon.

Brent me mira con atención.

—Porque no todo el mundo puede asumirlo. Ni todo el mundo quiere hacerlo.

—Brooke… ¿estás bien? —me pregunta Sharon. Ha debido de darse cuenta de que no he abierto la boca desde hace rato.

—Claro, ¿por qué no iba a estarlo? Ahora que Brent me ha explicado en qué consiste, me quedo más tranquila —pronuncio casi en un murmullo.

Brent sonríe. Sharon sigue con sus reflexiones.

Brent es nuestra conciencia, nuestro freno, nuestra calma… Es como un hermano mayor. A mí me frena cuando piso a fondo el acelerador, que es muy a menudo, y a Sharon la baja de la nube en la que suele vivir cuando se enamora y empieza a soñar con su boda ideal; el hecho de trabajar como organizadora de eventos,

especialmente de bodas, no le ayuda. Y nosotras… ¡No sé qué le aportamos nosotras! Su carácter reservado no admite muchas intromisiones, pero algo debemos aportarle cuando nuestra amistad sigue adelante.

—¿Y si solo fue una vez? Quizá lo probó para entretenerse… —dice Sharon pensativa.

—¿Quién coño se entretiene con eso? —le respondo, abandonando la calma inusual que me ha envuelto desde que llegué.

—Ya… —contesta Sharon, preocupada—. Y pensar que le ibas a enseñar el pueblecito de Wyoming…

Nunca me dejarán de sorprender los giros que hace la mente de Sharon. Como si eso ahora fuera importante después de lo que le he contado.

Sí, pensaba viajar a Wyoming con Kaden, pero solo de pensarlo se me encoge el estómago.

—¿Qué es lo que más te afecta de todo esto, Brooke? —pregunta Brent. Sé que quiere que me exprese, pero también sabe, por mi mirada fulminante, que no soporto cuando se pone en modo «psicólogo». Por ese motivo levanta las manos en señal defensiva, como justificándose.

—Lo que más me afecta es cómo se ha ensuciado mi precioso historial de mierda en relaciones.

Ambos abren mucho los ojos.

—Es un historial de mierda, sí, pero es mi precioso historial de mierda. ¿Me explico?

Asienten. Me levanto casi de un salto.

—Tengo de todo en ese historial. El que me fue infiel tres veces en dos meses, el que estaba enamorado de su madre, el que me preguntó cuánto dinero tenía en la cuenta bancaria, el obsesionado con el gimnasio… tanto que hasta hacía flexiones cuando follábamos… El que solo hablaba de su trabajo, el hipocondríaco… Y ahora viene Kaden y lo ensucia todo. Se carga mi precioso historial de mierda. Ahí no hay cabida para un tío al que le gusta ladrar,

andar a cuatro patas, perseguir una pelota y levantar la pata para mear en una farola. Eso… no debería formar parte de mi historial. Y me jode, me jode mucho. ¿Lo entendéis?

Empiezo a pasear por el salón bajo su atenta mirada.

—Ahora entiendo que tuviera collares para perro sin tener perro…

—¿Y nunca le preguntaste? —interviene Sharon.

—Me dijo que eran de un perro que tuvo hace años, pero nunca vi ni una sola foto. Ahora lo entiendo…

—¿Se pone los collares? —se escandaliza Sharon.

—Y ahora entiendo por qué Scout siempre le ladraba —sigo, sin responderle—. Algo debía ver en él que no le gustaba… Se llevaban fatal.

Me detengo en seco.

—Ahora entiendo esas malditas horas extras. Ahora entiendo que es un pedazo de capullo mentiroso.

—Y raro… —añade Sharon.

—Ahora entiendo demasiadas cosas…

Me llevo una mano al hombro. La descarga eléctrica ha comenzado.

Tensión. Nervios. El recordatorio de mi cuerpo.

El maldito tiroteo.

Solo necesito calmarme para que desaparezca.

Brent y Sharon dirigen su mirada a mi hombro, el que me estoy sujetando. Saben lo que significa.

Brent se acerca a mí rápidamente y me abraza. El psicólogo desaparece para dar paso a mi amigo, al que sabe exactamente lo que necesito.

—Creo que necesito estar sola —le digo mientras dejo que sus brazos me calmen.

Sharon ocupa su lugar.

Recojo el bolso y me dirijo a la puerta mientras ellos me siguen.

—Habla con él —me sugiere Brent—. Escúchale, Brooke. Ante todo, escúchale. No le juzgues, no le trates como a un enfermo…

—Dile que es ridículo y que vaya a un psiquiatra —añade Sharon.

Los miro.

Ellos son mis amigos. Así de diferentes. Les quiero.

Pero ahora no quiero pensar en nada. Solo quiero dejar de pensar en el capullo de Kaden.

Salgo a la calle y, en la primera esquina, vacío el estómago sin dignidad ninguna.

Y lo hago mientras me asalta la imagen de Kaden vestido de neopreno negro, tumbado con las patas hacia arriba, esperando que alguien le acaricie la barriga…

El hombro me envía una descarga parecida a la que se produciría si me tocara un rayo.

5
Brooke
Una bala

Clínica Harbor Physio. Boston.

Dos meses antes

—Tres pasos son mejor que dos —me dice Michael, emocionado, repitiendo lo que yo suelo decirle en cada sesión.

—Han sido cuatro, Michael, razón por la que debes estar aún más orgulloso.

Le sonrío. Yo también lo estoy. Es la parte que más me gusta de mi trabajo: ver cómo la esperanza y el orgullo regresan poco a poco al rostro de un paciente.

Michael tuvo un accidente de coche del que lleva más de un año recuperándose. Ha tenido que reaprender a caminar casi desde cero y cada paso que da es una pequeña victoria que también siento como mía. Es en momentos así cuando recuerdo por qué elegí ser fisioterapeuta.

Escucho un quejido de dolor. Proviene del paciente de mi compañero, Robert, que reacciona a la presión de sus manos.

Hoy compartimos sala. Le he cedido parte de la mía mientras terminan unos trabajos de mantenimiento en la suya.

En Harbor Physio, las salas son casi sagradas. Cada fisioterapeuta trabaja en su propio espacio, un lugar cerrado y silencioso donde el paciente se tumba, se expone y confía. Ahí se quita la ropa, baja la guardia y deja que alguien toque su dolor. Por eso nadie invade una sala ajena y nadie la comparte. O casi nadie.

De repente, la puerta se abre bruscamente, tanto que doy un sobresalto.

Me giro y veo la imagen de perfil de un paciente que reconozco, aunque no es mío. No entiendo cómo ha invadido la sala. La clínica tiene accesos limitados y bien organizados.

Cuando estoy a punto de intervenir, observo que empuña un arma.

El cuerpo empieza a temblarme y apenas puedo moverme.

Cruzo una mirada con Michael y con Robert, que está frente al paciente y levanta las manos cuando le apunta directamente a él.

Detrás de Robert, su paciente se ha quedado inmóvil sobre la camilla, con el rostro desencajado, sin entender qué está ocurriendo.

—Baja el arma, George…

—¡Tú tienes la culpa! —le grita sin dejar de apuntarle—. ¡Tú tienes la culpa de todo! Firmaste que estaba listo. Sabías que no lo estaba… y me mandaste de vuelta al trabajo.

—George, cálmate —dice Robert, con la voz controlada—. Yo no decido nada. Yo…

—¡Te lo pedí! —escupe—. Te pedí que no firmaras. Te pedí que no me autorizaras para volver al trabajo… y no me escuchaste.

La escena se desarrolla ante mis ojos. Michael y yo nos miramos aterrorizados. Estamos detrás del paciente armado y dudo de si es consciente de nuestra presencia.

El cuerpo no deja de temblarme. Michael me aprieta el brazo, transmitiéndome su miedo.

Soy incapaz de reaccionar, de pensar qué debo hacer. Jamás me había enfrentado a una situación como esta.

Respiro hondo mientras me pregunto dónde está el personal de seguridad y si llegarán a tiempo para detener esta locura.

Robert me mira. Con eso me delata.

George sigue su mirada, se mueve nervioso. Nos localiza.

Michael está sentado en su silla de ruedas. Le cojo una mano y con la otra intento hacer un gesto de calma que George pueda ver.

—¿Tú quién eres? —me grita, sin dejar de vigilar a Robert.

—George… cálmate. Seguro que tiene solución —le pido intentando mantener la calma.

—No la tiene. Este hijo de puta me ha jodido la vida, tengo que volver al trabajo… y se lo pedí. Sois todos unos desgraciados…

—George, hablemos con calma —le pide Robert.

—Seguro que hay una forma de arreglarlo —añado yo.

Las dos voces, desde puntos opuestos de la sala, lo desconciertan. Nos mira como quien sigue la pelota en un partido de tenis.

Observo su cuerpo. Las señales de pérdida de control son evidentes: se mueve en un espacio reducido, levanta las piernas como marcando un paso militar, se esfuerza por mantener el arma firme, la mirada se le escapa, gira la cabeza bruscamente de un lado a otro…

—George… —empieza a decir Robert.

—¡Cállate!

El disparo retumba en mi cabeza como una explosión.

Todo ocurre en un instante.

Robert cae al suelo.

—¡No! —grito soltando la mano de Michael y avanzando un paso.

No pienso. Solo quiero llegar hasta Robert.

Lo veo en el suelo.

Sangre.

Y entonces el segundo disparo.

Va dirigido a mí.

El impacto me lanza hacia atrás. El dolor en el hombro es inmediato, abrasador, como si me estuvieran quemando por dentro.

Ya no soy capaz de pensar.

Mi cuerpo cede y caigo de rodillas.

Las luces del techo me ciegan.

Siento miedo.

Unos segundos de calma extraña.

Por un momento aparecen imágenes de mi madre, de Wyoming…

Unos segundos después, escucho cómo se abre la puerta.

Voces. Muchas. Gritos que no distingo.
Y después, nada. Solo miedo a no despertar.

6

Brooke

El aparcamiento

—Por favor, ábrete de una vez —le suplico en voz alta a la barrera del aparcamiento mientras acerco mi móvil por cuarta vez al sensor.

Por fin se abre y cesan las bocinas de los cuatro o cinco impacientes que hay detrás de mí.

Menudos imbéciles. ¿Qué creerán? ¿Que estoy charlando con la máquina?

Respiro aliviada y me dirijo a toda prisa a la planta en la que Jayce Merrick, el abogado que me ha citado hoy en el juzgado, me indicó que debía aparcar. Espero que la salida sea menos complicada. Debo acordarme de validar el código antes de salir; de lo contrario, la barrera no se abrirá y me veré envuelta de nuevo en una situación como esta, que solo consigue ponerme aún más nerviosa de lo que ya estoy.

Detengo el coche y respiro hondo. Aún cuento con un buen rato para calmarme.

Por un momento, me arrepiento de haber aceptado acudir al juzgado. Mi presencia no es obligatoria, pero Jayce me lo ha pedido y… he sentido que debía hacerlo. Incluso se ha encargado de facilitarme una plaza en el aparcamiento reservado para el personal del edificio.

Jayce es el abogado de Robert, el que lo representa en el proceso penal por el tiroteo que sufrimos en la clínica. Él fue quien se llevó la peor parte y hoy, dos meses después, sigue ingresado, debatiéndose entre la vida y la muerte.

Yo tengo mi propio abogado, distinto al suyo, pero incluso él me ha aconsejado que atienda la petición de Jayce. Mi presencia hoy puede ayudar. Se celebra la revisión de fianza de George Douglas, el hombre que entró armado en la clínica y nos disparó. Desde su

detención ha permanecido en prisión preventiva, pero hoy el juez decidirá si continúa allí o si queda en libertad bajo fianza a la espera del juicio.

Al parecer, que haya más de una víctima directa presente refuerza la gravedad del caso. Eso es lo que Jayce me explicó. Eso y que no estaba obligada a venir. Aun así, aquí estoy. Espero que el juez lo tenga en cuenta y decida mantenerlo entre rejas. Con el estado de Robert, no se me ocurre una opción más justa.

Me siento inquieta, aunque no es la primera vez que piso este lugar. Ya estuve aquí semanas atrás, acompañada de mi abogado, para una deposición, una declaración jurada en la que tuve que relatar lo ocurrido ante los abogados de las partes. Fue entonces cuando conocí a Jayce. Recuerdo que, de algún modo, su presencia —más incluso que la de mi propio abogado— me ayudó a soportar el trago de revivir aquel día.

Robert no se merecía algo así. No éramos amigos íntimos, dado su carácter reservado, pero sí buenos compañeros. Un buen profesional. Ese maldito loco se cruzó en su vida y la destrozó.

Yo tuve más suerte. Eso es lo que me repito, aunque la frase me resulte incómoda. Estoy de baja laboral, sin fecha para volver al trabajo. Mi hombro aún necesita reposo. La bala solo me rozó, pero lo hizo lo suficiente para dañar parte del tendón y condenarme a un mes entero con un cabestrillo, un dolor persistente y una rehabilitación breve, pero dura.

Nada comparado con lo que ha sufrido Robert.

Ha llegado el momento de salir del coche y dirigirme a la tercera planta, donde he quedado con Jayce. No puedo olvidarme del dichoso cabestrillo. Él opina que mi presencia tendrá más peso si queda claro, a simple vista, que soy otra víctima de ese loco.

«Odio este trasto» —digo en voz alta mientras lo busco en el asiento de atrás. Lo he llevado demasiados días y no soporto tener que colocármelo de nuevo, pero solo será por unas horas.

Por suerte, los jueces disponen de una planta privada para aparcar. Esa fue la explicación de Jayce cuando le planteé la

contradicción de acudir con cabestrillo y llegar conduciendo.

Habría sido más práctico venir en taxi, por varias razones, pero en cuanto salga del juzgado quiero dirigirme a las afueras de Boston, a visitar a mi tía Ruth, la persona con la que me crié desde los doce años, la misma que ha sufrido un pequeño accidente y se está recuperando en un centro de reposo.

El aparcamiento está prácticamente desierto —los impacientes que tocaban la bocina se han dirigido a otra planta—, salvo por un hombre alto que cruza delante de mí a paso ligero, con un maletín en la mano. Se dirige hacia los ascensores. Me quedo dentro del coche. No me apetece coincidir con nadie.

Mientras espero, recibo un mensaje de Kaden.

Desde ayer, desde mi encuentro con Cassidy, se me revuelve el estómago al pensar en él.

¿Nos vemos esta noche?

Me tomo mi tiempo para responder. Sé que debo enfrentarme a esto, aunque no me apetezca. Acepto y sugiero que sea en su casa, a la hora de siempre. Con Kaden todo suele tener un horario: a esta hora esto, a esta hora lo otro. Es metódico, casi hermético con su agenda.

Me pregunto si, cuando se convierte en perro, también sigue un horario o improvisa.

«No. Ahora no, Brooke», me digo.

La imagen del neopreno vuelve a mi cabeza. No es lo que necesito en este momento.

Lo aparto de mi mente. Cuando por fin voy a salir del coche, veo que el mismo hombre que antes caminaba hacia los ascensores vuelve a pasar por delante de mí a toda prisa. Lo sigo con la mirada hasta que se detiene frente a un coche situado dos filas más atrás. Debe de haber olvidado algo.

No puedo entretenerme más o llegaré tarde.

Es lo que me digo antes de decidir salir, pero aun así necesito dos minutos para hacerlo.

Sujeto el bolso y el cabestrillo para colocármelo cuando salga del coche. Me impulso hacia un lado y abro la puerta. El gesto resulta demasiado brusco, pero creo que es la forma que tiene mi mente de animarme a salir del coche. O ahora o nunca, ya le he dado demasiadas vueltas.

Algo no va bien. ¿Qué ocurre?

Siento un golpe seco en el brazo. Al mismo tiempo, la puerta recibe el impacto de algo sólido.

Luego, un sonido metálico de algo que choca contra el suelo.

¿Qué está pasando?

—Maldita sea —gruñe una voz masculina—. Ten más cuidado.

Con el corazón en la garganta, al tiempo que siento dolor en el brazo, asomo la cabeza con cautela. La voz pertenece a un hombre muy alto, trajeado. Ha chocado contra la puerta justo cuando la abría.

Creo que un maletín ha salido volando por encima de la puerta y en el suelo hay unas muletas.

Me froto el brazo instintivamente y entonces levanto la vista.

Su rostro me resulta inquietantemente familiar.

Juraría que es el mismo hombre con el que tropecé ayer en el centro comercial.

7

Aiden

Otra vez

—Lo siento, ¿estás bien? —me pregunta la causante de que me haya estampado contra la puerta de su coche.

—Lo estaría si no hubieras abierto la puerta sin mirar —le digo en un tono que hasta a mí me resulta violento.

—No te he visto —se defiende molesta, mientras intenta salir del coche.

Retrocedo unos pasos, todavía aturdido. El golpe ha sido seco, directo. Localizo mi maletín, que ha volado por encima de la puerta, y las muletas, que descansan en el suelo a pocos metros. Distingo el extremo de una de ellas.

—Para eso sirve el retrovisor —le indico de mala gana, manteniendo el tono de voz alto y despectivo—. ¿Sabes lo que es?

Entonces la miro.

No puede ser.

Es la misma mujer con la que tropecé ayer en el centro comercial…

—Oye, ya me he disculpado —me dice molesta—, pero si te pones así también puedo recordarte que hay zonas habilitadas para salir. Eres tú el que está pasando entre los coches.

—Claro… Resulta que es culpa mía por pasar entre los coches —le digo dando un paso hacia la puerta para intentar cerrarla y recuperar mis muletas.

Ese gesto la obliga a salir de su espacio bruscamente para no quedar todavía más atrapada.

—¿Tú de qué vas? —me grita todavía más molesta.

—¿No eres la del centro comercial? Esto empieza a parecer una costumbre.

—¿Es que aparte de torpe eres idiota?

Nos miramos durante un par de segundos. No sé quién de los dos muestra más rabia, pero lo que sí sé es que no voy a perder más tiempo con esta mujer.

Recojo mis muletas con una mano y con la otra mi maletín.

Ni siquiera me molesto en volver a mirarla ni en decirle ni una sola palabra más.

Ella tampoco se pronuncia.

Cuando nos separa una distancia considerable, escucho el sonido de la puerta al cerrarse. Espero no encontrármela de nuevo mientras me dirijo a las plantas superiores.

Me doy cuenta de que no estoy utilizando las muletas. De hecho, hasta las había olvidado y por ello he tenido que volver a buscarlas.

Maldigo ese descuido en silencio. De no haberse producido, no me habría chocado con la puerta de esa mujer tan borde.

Me coloco las muletas, haciendo malabares para poder sujetar el maletín y emprendo el camino que me separa de los ascensores lentamente, como el accidentado que soy en este momento.

Malditas muletas. Maldito el momento en el que acepté llevarlas durante el juicio.

Maldita mujer… Es la segunda vez que me la encuentro y me llevo un golpe.

Y… otra vez he vuelto a tener la sensación de que la conozco de algo. Claro que, si se encuentra en esta planta, debe de ser porque es abogada o trabaja en los juzgados. Algunas plazas de aparcamiento están reservadas por bufetes, otras pertenecen al personal administrativo del juzgado. Una de las dos categorías le corresponde a ella. Seguramente por ello su rostro me resulta algo familiar. Especialmente sus ojos… Son diferentes, inusualmente grandes y… sé que los he visto en alguna parte.

¡Qué más da!

Espero frente a los ascensores. Ambos indican que están en las plantas superiores, detenidos. Es lo que más odio de los aparcamientos del juzgado, que se tarda una eternidad en acceder a las plantas.

Estoy de mal humor. Lo último que necesito para enfrentarme a esta última etapa del juicio.

La espera se prolonga un minuto más, suficiente para escuchar pasos detrás de mí.

Presiento que se trata de la señorita borde, pero no me molesto en mirarla.

El ascensor llega y entro despacio, completamente entregado a mi limitada capacidad de movimiento.

Salen tres personas del ascensor. Al dejarlas salir, me doy cuenta de que es ella la que espera junto a mí.

¡Qué largo se me va a hacer el ascenso!

Entra detrás de mí, mientras yo intento apoyarme en el fondo de la cabina, sin mirarla.

—¿A qué planta vas? —me pregunta con un tono distinto, más calmado.

Ni siquiera me molesto en contestarle. Doy un paso y pulso sobre el botón de la planta. Al hacerlo, se me cae la muleta. Nunca, en el mes y medio que me vi obligado a utilizarlas, llegué a dominarlas.

Se agacha para recogerla y me la entrega mientras me mira alzando las cejas.

Seguro que ha debido sorprenderse. Me ha visto sin ellas, caminando deprisa, y después con ellas…

No me gusta, pero no puedo hacer nada; al fin y al cabo, ella no forma parte del juicio al que me dirijo.

—¿Te has hecho daño con la puerta? —me pregunta mientras el ascensor empieza su eterno ascenso.

—¿Te importa?

—No.

—Bien.

Mantenemos el silencio durante el tiempo que el ascensor tarda en llegar a la tercera planta: algo parecido a dos eternidades.

Cuando se abren las puertas, ella se mantiene quieta y yo doy los primeros pasos. Al salir, me encuentro con un desnivel entre la

planta y el ascensor y doy un paso algo accidentado. Consigo salir, pero el maletín se me cae y una de las muletas también.

Al intentar recuperarlos, se me cae la otra muleta. Pero ¿qué narices me pasa? Me comporto como si me hubiera bebido un barril de cerveza.

Ella sale detrás de mí y, de nuevo, veo su cuerpo agachado intentando recuperar lo que se ha caído.

—No hace falta —le digo en un tono brusco, pero ya es tarde. Se ha adueñado de las muletas y hasta del maletín, que sujeta contra su cuerpo.

Me mira con odio, uno que me atraviesa, pero enseguida su rostro se relaja. Es un cambio rápido que me sorprende.

Hace un gesto con las muletas para entregármelas.

—Puedo acompañarte a donde vayas y llevarte el maletín —se ofrece contenida.

—Te he dicho que no necesito tu ayuda —le suelto bruscamente.

Mi tono le molesta, está claro —me molesta hasta a mí—, y mientras me mira de nuevo con «cariño», suelta de golpe las muletas y el maletín.

Miro hacia el suelo. Vaya, la chica está enfadada.

—Todo tuyo —me dice con ironía mientras se queda observándome.

La miro, le ofrezco una media sonrisa. Supongo que a estas alturas ya se habrá dado cuenta de que no estoy impedido de verdad y puedo recogerlas sin problema, pero la suerte me acompaña. Por fin.

Un hombre de mediana edad se acerca y se ocupa de ello.

Me entrega las muletas. Espera con el maletín en la mano mientras me las coloco y se dirige hacia ella.

—Eso no está bien, señorita. Lo he visto todo —le reprende.

—Gracias, caballero, menos mal que hay personas amables… —suelto mientras veo que su rostro se transforma en puro deseo de estrangularme.

—Oiga, no es…

—¿Dónde va? ¿Le llevo el maletín? —me pregunta el señor amable interrumpiéndola.

—Cuánto se lo agradecería. Es lo que le he pedido a la señorita, pero ya ve cómo ha reaccionado…

El hombre la mira con desaprobación y emprendemos la marcha. Ella se cruza de brazos mientras me fulmina con la mirada.

Antes de girar el pasillo, vuelvo la cabeza. Ya no está.

Intento dejar atrás este encuentro absurdo y centrarme en las quejas de mi acompañante sobre las prisas y la falta de cordialidad.

De repente aparece Jayce y me detengo. Recupero mi maletín y le doy las gracias al amable desconocido. Jayce observa muy atento la escena.

—¿Tienes un nuevo ayudante?

—Es una larga historia —le digo, malhumorado.

—Tengo tres minutos…

—He tenido un altercado en el aparcamiento. Una chica algo patosa que decidió abrir la puerta justo cuando yo pasaba por delante… Una chica borde, que ya me encontré ayer en el centro comercial y con la que también choqué… Simplemente me ha puesto de mal humor.

—¿Ese hombre es la chica del altercado?

—Ese hombre se ha ofrecido a ayudarme porque esa chica me ha tirado las muletas… —Hago una pausa cuando entiendo lo extraña que suena mi historia—. ¡Olvídalo, no es importante!

—¿Seguro que es esa chica la causante de tu mal humor?

—Sí.

—¿Y el hecho de que estrenes corbata porque tienes un juicio importante y estés acojonado no?

—Eso también. Y no estoy acojonado.

—Yo en tu lugar lo estaría. Te juegas unas semanas de vacaciones…

—No me juego nada. Barret me animó a ganar el juicio y a tomarme unas semanas de vacaciones después para dedicarle a mi pierna el reposo que no le he dado hasta ahora.

Jayce sonríe. Sabe perfectamente que lo que le cuento es verdad, pero es su manera de distraerme.

—Eh, vas a ganar el juicio —me dice, intuyendo lo que me preocupa—. Eres un gran abogado, no necesitas una corbata nueva.

Sonrío. Me alegro de haberme encontrado con él. Necesitaba una palmadita en la espalda.

—Eso espero.

—Ahora deséame buena suerte a mí, yo no estreno corbata.

—¿Para qué?

—Para que el juez decida devolver a Douglas a prisión. Hoy es la revisión de fianza.

—Suerte, pero no creo que la necesites —respondo, asintiendo.

—No estoy tan seguro…

—¿Cómo está el chico? —le pregunto temiendo que me diga que ha empeorado. Aunque no lo conozco, se trata de uno de esos casos que suele impactarnos. Un fisioterapeuta que en medio de una jornada laboral recibe el tiro de un cliente insatisfecho… ¡Una locura!

—De momento no hay cambios. No le va a ser fácil seguir adelante, si es que lo consigue —me explica intentando que no se note su malestar.

Sé que Jayce está afectado por este caso, algo que solo yo, después de toda una vida conociéndolo, sería capaz de notar. Es reservado y su apariencia —esa que siempre parece indicar que nada le importa demasiado— no lo delata.

Me despido de él y me dirijo a la sala donde me espera mi representado.

Antes de llegar, me detengo.

A pocos metros de mí aparece la chica del aparcamiento. Cruza el pasillo contiguo a toda prisa y me llama la atención que lleve un cabestrillo en el brazo derecho.

Juraría que antes no lo llevaba.

No es asunto mío, pero no puedo negar que sus ojos, por alguna razón, siguen resultándome inquietantemente familiares.

8

Brooke

Pintura roja

Si no fuera acompañada de cuatro personas en el ascensor, estaría dando saltos de alegría; me cuesta contener el impulso, me arden las piernas, como si todavía no supieran estarse quietas. Es algo que no he podido hacer en la sala, cuando el juez ha decretado que ese loco debía volver a la cárcel a esperar el juicio por el tiroteo.

Es lo único bueno que ha habido en la hora y cuarto que ha durado la sesión. Lo peor, volver a ver a ese desgraciado; sentir de nuevo ese nudo frío en el estómago, aunque nada comparable con los padres y la novia de Robert, que estaban destrozados.

Jayce ha permanecido a su lado todo el tiempo. Solo en una ocasión se ha dirigido a mí: al final, antes de abandonar la sala, para manifestarme su alegría por el resultado. Es un buen tío; me cae bien. La mejor elección que podía haber hecho la familia de Robert.

Mi abogado no está mal; de hecho, me lo recomendó él para evitar que hubiera un mismo abogado para víctimas diferentes. En cualquier caso, lo que yo espero de este juicio es diferente. Soy una víctima casi transparente al lado de Robert; es con él con quien debe hacerse justicia.

Salgo del ascensor y me dirijo a la máquina donde debo validar el código para que me permita salir sin problemas. Estoy orgullosa de haberme acordado de hacerlo y así evitar un problema al salir.

Busco la dichosa máquina y la localizo con una cola de dos personas.

Es rápido y en solo un par de minutos estoy frente a ella acercando mi móvil.

La pantalla solo indica que hay un error.

¡Mierda!

Validación incorrecta; eso indica.

Miro hacia mi derecha en busca de ayuda. Me encuentro con el gilipollas de las muletas. ¡No puede ser!

Está sonriendo con cinismo, apoyado en ellas como si no las necesitara de verdad.

—Bonita sonrisa, pero te recuerdo que no soy yo la que está esperando en la cola —le digo mostrándole también el mismo tipo de sonrisa.

La suya se suaviza, pero no desaparece; como si disfrutara del choque.

Dos voces del resto de la cola se quejan, pero si algo soy es perseverante. Aunque en este caso no debería aplicarse. Si aparece que es un error, debería marcharme y buscar ayuda del personal; pero fastidiar al que me sigue en la cola es algo de lo que no quiero privarme. Lo siento por el resto.

Lo fastidio un minuto más, o dos, siguiendo con mi absurdo intento de acercar el móvil con el código al lector de la pantalla. Sigue anunciando el error. Y… sigue el gilipollas sonriendo, con esa calma insultante que dan las ganas de provocar.

Aparece un operario del aparcamiento. Seguramente alguien le ha pedido ayuda.

—Esta máquina no es para plazas reservadas —me indica con amabilidad—; debe validarla en la que hay en el extremo opuesto, antes de la barrera.

—Es lo que llevo diciéndole un buen rato —indica el de las muletas—. Esta máquina no es, pero… ni caso.

Sí, me gustaría estamparle el código en su preciosa carita; pero, algo avergonzada, aunque sin privarme de lanzarle una mirada cargada de «ternura», salgo de la pequeña sala, arrastrando el orgullo.

Busco la dichosa máquina con la mirada y la localizo, pero antes de usarla me dirijo a mi coche. Está cerca de la barrera de salida y es más práctico validar sobre la marcha.

Cuando llego a la altura de mi coche, veo al de las muletas llegar al suyo, dos filas por detrás. Se me ocurre una idea; una de la que

me voy a arrepentir, de esas impulsivas que no me detengo a pensar, pero no hay nada en este mundo que sea capaz de impedírmelo.

Conduzco a toda prisa y me coloco, atravesada, delante de su coche. Le impido el paso; no puede salir.

Me bajo lentamente del coche, saboreando cada segundo.

Él asoma la cabeza por la ventanilla.

—¿Se puede saber qué haces? Aparta el coche…

—¡Oh! Vaya… Será solo un momento. Voy a validar el código. ¿Ha dicho que era esa máquina? —digo señalándola.

Sin esperar respuesta, solo acompañada de su voz que me está preguntando si estoy bien de la cabeza y ordenando que retire mi coche, me acerco lentamente a la máquina; muy lentamente. Exasperante hasta para mí.

Sin prisa, con calma, le muestro mi código. Aparece un mensaje que me indica que la operación se ha realizado con éxito y que dispongo de veinte minutos para abandonar el aparcamiento o deberé validarlo de nuevo.

Suficiente; no hay prisa.

Sigo un minuto más delante de la pantalla. Luego el camino de regreso al coche; lento, por supuesto. Y… una sonrisa al pasar por delante de él, que parece dispuesto a cometer un asesinato.

Me subo al coche lentamente; lo pongo en marcha. Me detengo. Me bajo y me dirijo a la parte delantera. Finjo estar interesada en una rueda y vuelvo a subirme poco después.

Qué bien sabe este placer infantil y estúpido.

Escucho el sonido de su bocina. Tres veces seguidas. Lo ignoro.

Le miro y le sonrío de nuevo. Pongo en marcha el coche otra vez. Debo retroceder unos metros para encontrar el desvío a la salida; mi chulería ha hecho que me meta donde no debía con tal de bloquearle el paso.

Marcha atrás. Dos metros. Tres. Cuatro…

El sonido de algo rozando mi coche me hace frenar de golpe. El muy imbécil ha salido a toda prisa en cuanto ha encontrado hueco y, al girar, me ha rozado la parte izquierda delantera.

¡Será cabrón!

Desaparece a toda prisa y me bajo de la misma manera a evaluar los daños.

Hay una rozadura en el parachoques delantero que ha dejado una larga marca de pintura roja, la del color de su coche, como una herida absurda y perfectamente visible.

Me lo merezco por intentar vacilarle de esa manera; pero me ha resultado muy difícil contenerme. Podría haberme ayudado cuando tenía problemas con la máquina; o incluso ser más amable cuando me he disculpado por el incidente con la puerta… Tampoco ha sido muy amable cuando me he ofrecido a ayudarle con esas muletas que, de repente, parecía que necesitaba; aunque minutos antes caminaba a toda prisa sin ellas. Puede que fuera un caso parecido al de mi cabestrillo… una coartada visible.

Y… el numerito con el hombre que le ha recogido el maletín…

No necesito enumerar ni una más. Simplemente ha sido un imbécil.

Siento un tirón en el hombro. Me indica, como siempre, que estoy tensa y debo calmarme; como si mi cuerpo fuera un semáforo en rojo permanente. Me siento como un anciano al que le duelen los huesos cada vez que cambia el tiempo.

Respiro hondo. La novena vez que lo hago hoy.

Veamos… Mi coche tiene una buena marca y rozadura, pero al menos he disfrutado de ver su cara de desesperación.

Lástima no haber podido anotar la matrícula; pero no tengo ningún dato sobre él para localizarlo y reclamarle los daños.

Solo sé que es arrogante, trabaja en el juzgado y luce una espantosa corbata.

Y que es guapo. Eso no es importante, pero también me he dado cuenta.

¿No es casualidad que ayer también me tropezara con él en el centro comercial?

Sharon lo llamaría «señal» o incluso «destino»…

Yo lo llamo tener la mala suerte de cruzarte con el mismo gilipollas dos veces en apenas veinticuatro horas.

9

Brooke

Va de perros

No debería tener las manos sudando, pero aquí estoy, limpiándome las palmas contra el vaquero mientras subo las escaleras del apartamento de Kaden.

Con cada escalón que subo aumentan las ganas de darme la vuelta; pero no lo voy a hacer. Antes o después tengo que hablar con él. Y yo soy más de «antes» que de «después».

Brent me ha repetido mil veces por teléfono: «Escúchale, Brooke. Respira. No des nada por sentado».

Y sí; tiene razón.

Lo que vi en el móvil de Cassidy me dejó con la boca abierta y el estómago en el suelo, pero tampoco voy a construir mi vida en torno a un vídeo de dos minutos y a la palabra de una ex.

El mundo es raro; las personas son raras; yo soy rara.

¡Exacto! Eso es.

Respiro hondo para celebrar mis positivas reflexiones.

¡No!

«Venga ya, Brooke», me digo.

Eso no es verdad.

No puedo engañarme. Sé perfectamente que a esta relación le quedan las horas contadas; una, o dos a lo sumo.

Pero… sí puedo escucharle; eso sí que puedo hacerlo. Voy a demostrarle a Brent que no siempre que me siento herida me convierto en un volcán en erupción.

Me detengo delante de la puerta y la observo con detenimiento, como si hubiera algo interesante en ella…

Respiro hondo. Toco al timbre.

Kaden abre enseguida, como siempre, con esa sonrisa que hasta hace poco me reconfortaba.

Huele a colonia cara y a suavizante; lleva un jersey que siempre dice que es «su favorito para verme».

Perfecto.

Un contraste maravilloso con la imagen que tengo aún pegada en la retina: él ladrando y sacudiendo la cabeza para que lo acariciaran. O la de la lengua fuera… ¡Esa es la peor!

—Hola —me saluda, sin perder la sonrisa al tiempo que se aparta para darme paso—. ¿Todo bien?

Su pregunta seguramente se deba, por un lado, a lo que sea que refleja mi rostro —que no debe de ser felicidad— y, por otro, a la manera tan rápida en la que he entrado, dejando que sus labios solo rocen los míos. Es que la imagen de la lengua ha sido inoportuna…

—Sí —respondo, refugiándome en el sofá.

Kaden me mira algo extrañado y se ofrece a servirme un cóctel, de esos tan maravillosos que suele preparar.

Durante la espera pienso que, en otras circunstancias, me habría animado a hablarle del juicio. Le contaría contenta que el juez ha devuelto a Douglas a la cárcel; pero… no sé por qué me doy cuenta de que lo que me impide hacerlo no son solo las nuevas circunstancias de nuestra relación, sino que antes tampoco había mucha cabida para esos temas.

Tras el episodio del tiroteo en la clínica, durante mi recuperación física y psicológica, Kaden no ha estado muy presente. Lo he vivido, compartido y sentido con mis amigos; él ha estado en un segundo plano. No porque yo lo quisiera, sino porque es así nuestra relación.

Quizás estoy equivocada…

Quizás es que hoy lo veo todo de color negro…

—Aquí tienes —me dice entregándome la copa con el líquido de color granate.

Lo pruebo y lo saboreo. Sabe hacer cócteles; no lo puedo poner en duda. Al menos, eso no.

—¿Qué tal tu día? —me dice sentándose a mi lado, con el cuerpo ligeramente ladeado.

—He acudido al juzgado. Han devuelto a Douglas a la cárcel.

—¿No estaba ya en la cárcel?

Hace tres días se lo conté con todo detalle por teléfono.

Definitivamente no ha estado a la altura.

—Ha salido unas horas y ha vuelto —le digo intentando ocultar mi malestar, aunque ya no tengo claro que eso me afecte.

—Ya… Mejor así —me comenta antes de animarse a hablarme de su trabajo en el nuevo proyecto y sus avances.

No le escucho; pero sí le miro.

El vídeo; el neopreno…

Aparto las imágenes de mi cabeza y me centro en el baúl decorativo que hay en un rincón del salón. El lugar donde guarda los collares y juguetes de perro. Los descubrí por casualidad. Pertenecen a «su perro de antes de conocerme». El perro misterioso que nunca tuvo foto, ni nombre, ni urna, ni veterinario, ni nada.

«Me duele hablar de él», dijo en alguna ocasión. Nunca más se supo de él.

No le gustaba Scout y le costaba disimularlo. Solo una vez que le acusé de ello me dijo que le recordaba a su perro y no quería encariñarse; razón por la que yo solía evitar que Scout estuviera presente. Cuántas veces ha dormido en casa de Sharon…

Conclusión: no le gusta cuidar a un perro; le gusta serlo.

Los recuerdos hacen que empiece a subirme la temperatura. Temo que el volcán no se quede quieto. Respiro hondo con disimulo.

Me da igual su proyecto; me importa tanto como mi tiroteo a él. Así que ha llegado el momento de hablar.

—Necesito hablar contigo de algo —empiezo a decir aprovechando una pausa.

Me esfuerzo por ser adulta, calmada, digna de la aprobación de Brent.

—Claro… Dime.

—Antes, quiero que entiendas que vengo a escucharte. Que no voy a juzgarte ni nada por el estilo. Hablar; quiero hablar. Respuestas; quiero muchas respuestas.

—Sí, claro —dice con una sonrisa menos amplia—. ¿Qué ocurre, Brooke?

Abro la boca para explicárselo, pero solo sale aire.
Lo intento otra vez.

—Verás… —digo, tragando saliva—. Es que… me he enterado de algo. De ti. No por ti. Y… —me froto la frente, torpe— no sé cómo decírtelo sin sonar como una psicópata o como tu madre.
¿Por qué he dicho eso si ni siquiera tiene sentido?
Kaden frunce el ceño, confundido.
—¿De mí? ¿Qué ha pasado?

Vale. Momento bomba.
Toca cortar el cable rojo con las manos temblando.

—Te seguí un domingo y te vi en ese encuentro de… perros, en Boston Common —suelto de golpe.
Me la he jugado. Es el lugar que mencionó Cassidy. Espero no haberme colado.

El color se le va de la cara en un instante; como si le hubiera tirado un cubo de agua helada.
Me mira fijamente, petrificado, con la boca entreabierta.

—¿Me seguiste? —repite, casi sin voz—. ¿Por qué?
—¿Eso es lo más importante ahora?
—Es un… principio, Brooke.
—Vale. El caso es que no me creía todo eso de tus horas extras en el estudio y se me ocurrió seguirte. Creía que —sonrío— estabas con otra.

Nada más decirlo me siento ridícula. No es algo que yo habría hecho jamás; pero no puedo ni quiero comprometer a Cassidy.
De momento, ha salido bien.

—Me seguiste… —repite.
—Sí, y te vi… digamos que… no estabas exactamente… andando como una persona.

Sus orejas se ponen rojas; el cuello también.

—No sé cómo describirlo sin meter la pata —continúo al ver que no dice nada—. Solo… lo vi. Te vi. A cuatro patas. Y… ladrando. Y… lo vi. Eso.

Silencio.

Me siento incómoda. En el fondo no quiero verlo pasarlo tan mal; pero cuando me viene a la cabeza todo el tiempo que llevamos saliendo y la forma en la que me he enterado, se me pasa la compasión.

Él parpadea varias veces, como si su cerebro intentara reiniciarse.

—Brooke… —dice al fin, con la voz agrietada—. No voy a negar la evidencia. Quería decírtelo, pero no es fácil; te juro que no es fácil.

—El caso es que lo vi. Y necesito que me digas la verdad. Toda. Te escucho… aunque no sea fácil.

—No debiste seguirme, Brooke —me reprende con cariño.

—Ni tú ocultármelo; pero ahora eso no es lo importante —le miento, maldiciendo que tuviera que ser su ex la que me abriera los ojos—. Venga, habla. Cuenta. Te escucho; de verdad que te escucho.

Vaya, lo he dicho. Estoy orgullosa. Estoy calmada y dispuesta a hablar con tranquilidad y armonía. No estoy herida; no soy un volcán.

Kaden traga saliva; todavía rojo, todavía en shock. Es evidente que se le ha caído la máscara.

—No quería ocultártelo —empieza, con un hilo de voz…

—Solo quiero la verdad —añado—. Sin adornos. Sin excusas. Lo que sea; lo hablamos.

Él reacciona a mis palabras suaves. Estoy orgullosa; claro que sí.

Kaden asiente y se acerca unos centímetros más a mí, como si buscara un momento de conexión profunda.

—Sé que para ti debe de ser impactante. Es difícil de explicar. No quería ocultártelo ni mentirte con las horas del estudio; aunque no siempre que te he dicho eso he acudido a un encuentro. Es verdad que estoy avanzando en el proyecto; aunque cada vez acudo con más frecuencia.

Está mintiendo; pero lo paso por alto.

—Es una parte de mí que… bueno, que no sé cómo integrar en una relación. O que no sabía si tú…

Lo dice con una dulzura que me parte un poco el alma.

—Solo quiero entenderte —repito, orgullosa de mi nueva Brooke calmada.

Él respira hondo… y se nota que va a llegar la confesión.

—Brooke, no es algo sexual en sí —dice—. Es más bien una liberación. Un espacio donde puedo ser quien quiero sin expectativas. Soy yo mismo; me siento libre; contacto con mi interior…

No puedo decirle que no entiendo que comportándose como un perro encuentre tantos beneficios; debo mantener mi firme promesa de escucharle.

—Y… —hace una pausa, nervioso pero ilusionado— creo que contigo podría ser incluso mejor. Porque confío en ti. Y no tendrías que hacer gran cosa; solo… ya sabes… guiarme.

«Guiarme…», repito en mi cabeza.

Me congelo.

—¿Guiarte? —repito lentamente.

—Sí —dice, emocionado—. Podrías… adoptar el rol de dueño; se llama Handler en la jerga del Puppy play. No sé… darme órdenes suaves. O usar las manos de cierta forma. Acariciarme cuando estoy en ese modo. Sería… increíble. Para los dos.

Para los dos…

—Espera —levanto una mano—. ¿Quieres que yo…?

—No mucho —se adelanta, ansioso—. Nada raro. Solo… que me acompañes en eso. Que me entiendas. Que formes parte. Puedes acompañarme a un encuentro y ver cómo se desarrolla. Sería algo nuestro. A veces, para mí, es un componente excitante… me ayuda.

Excitante…

Mi cabeza se va inmediatamente al vídeo. Un vértigo me sube desde el pecho.

La respiración se me corta.

Me llevo una mano a la boca porque siento que me voy a reír o a llorar o a vomitar; no sé cuál de las tres.

—Brooke… —dice él, alarmado.

—No —suelto. Es la única palabra que puedo pronunciar.

—No tienes que decidir ahora. Solo piensa que…

—Kaden. No —repito, más firme—. Yo… solo quería entenderte. Te he escuchado. Solo me queda desearte buena suerte.

Él se queda muy quieto mientras me levanto del sofá y dejo el cóctel en la mesa.

—¿Me dejas? ¿Ni siquiera vas a intentarlo? ¿No vas a intentar conectar con mi identidad? Ni siquiera valgo un esfuerzo… Solo quiero que me aceptes como soy. Creí que eras diferente; pero eres como Cassidy y como Brenda.

¿Quién coño es Brenda?

Su tono ha pasado de la ternura a la arrogancia.

—Kaden, eso no va conmigo. Creo que lo más digno es que lo dejemos en este punto.

—Solo quiero que alguien me acepte como soy.

Alguien… No ha dicho que me aceptes como soy; sino alguien.

Cualquiera… Mientras alguien le acepte.

—Yo soy así, Brooke… —me dice altivo.

Ya está; se acabó la calma.

—Bien, pues ahora te voy a decir cómo soy yo; a ver si me aceptas tú como soy. Odio las putas mentiras, esas que llevas contándome seis meses. Me ha costado una vida entrar por la puerta y escucharte sin antes decirte un montón de cosas desagradables. También te voy a contar que vomité cuando te vi ladrando y a cuatro patas. Esa soy yo. Te estoy juzgando por lo que te gusta; sí, sin duda. Y lo que me acabas de contar me parece una auténtica gilipollez; yo no soy capaz de entender eso. Yo quiero a mi lado a un tío normal, sí, normal. No quiero a un tío que necesite convertirse en un perro para sentirse completo. Quiero a un tío que se excite cuando me compro lencería sexy; no cuando le regale un hueso de goma. Así soy yo; y orgullosa de serlo. ¿Me aceptas tú a mí? Esa soy yo.

—Es mejor que te vayas. No quiero escuchar más tus vulgaridades. ¿Sabes que esto se ha acabado?

Tengo que morderme la lengua. La Brooke de siempre no se iría sin decirle algo más; pero lo miro durante unos segundos y me doy cuenta de que no lo odio, que ni siquiera me duele.

En ningún momento he deseado que al llegar aquí me dijera que todo era mentira.

Sé que no le voy a echar de menos…

Y ahora, todo lo que pueda decirle será dañino.

No quiero hacerlo.

—Kaden, seguro que encuentras a una persona que comparta eso contigo; pero debes buscarla en el sitio adecuado. Yo… no podría hacerte feliz; ni tú a mí.

—Espero que respetes mi privacidad. No quisiera que fueras contando…

—No lo voy a hacer —le digo pensando en Cassidy.

Una última mirada.

—Kaden… Nunca has tenido perro, ¿verdad?

Niega con la cabeza.

—No me gusta cuidarlos; sino adoptar un rol —me dice calmado.

Abro la puerta.

A pesar de… A pesar de… A pesar de… Necesito largarme de aquí.

He escuchado; he sido buena. Pero hasta aquí puedo aguantar.

Y cuando salgo al pasillo siento una mezcla de alivio.

Kaden será historia dentro de poco tiempo.

Incluso pienso borrarlo de mi precioso historial de mierda. Sigo pensando que no tiene cabida.

Me siento mala y buena a la vez…

Entonces aparece el tirón en el brazo; esa maldita descarga eléctrica.

Hoy no me recuerda que estoy tensa ni que debo calmarme. Hoy me recuerda que estoy viva.

Que hace dos meses, cuando ese desgraciado apretó el gatillo y falló, volví a nacer.

Viva.

Viva y libre para viajar a Wyoming, como tenía planeado.

Y de repente todo lo demás pierde peso; incluso el de las muletas, el mismo que me ha fastidiado la mañana.

Y el coche…

10

Brooke

Planes para viajar a Wyoming

Sonrío satisfecha ante mi gran obra culinaria: pato con reducción de arándanos y vino tinto.

Es lo que he elegido para la cena con Brent y Sharon en mi apartamento.

Combiné mis estudios de cocina con los de fisioterapia. Siempre supe que nunca me dedicaría profesionalmente a la cocina; pero también supe que me serviría como evasión. Sería mi momento de desconexión y no me equivoqué.

Con el tiempo he encontrado la equivalencia entre el éxito de un plato y mi estado de ánimo. Cuanto peor estoy, más exquisito; lo utilizo como evasión, como lo más parecido a poner la mente en blanco.

El tiroteo, la recuperación, el juicio, el aburrimiento por no poder volver al trabajo y… un poco de Kaden han hecho que creara maravillas frente a los fogones últimamente; pero desde hace un par de días, que estoy calmada y sin demasiadas cosas en la cabeza, la calidad ha disminuido.

No creo que mis invitados, aunque conocen la equivalencia, lo noten. Ellos odian cocinar y cualquier alimento que suponga más de quince minutos de preparación ya les parece exquisito.

Claro que, últimamente, Sharon se ha vuelto más exigente. Estudia con lupa los platos y calcula las calorías constantemente: está convencida, a pesar de tener una preciosa silueta, de que le sobran dos kilos.

Ya han pasado cinco días desde mi visita al juzgado; los mismos que han transcurrido desde mi visita a Kaden. Dos temas que han desaparecido de mi mente después de un par de noches sin dormir; justo lo que estaba dispuesta a dedicarles.

Jayce me ha indicado que la fecha del juicio será dentro de dos meses y no pienso pensar en ello más; excepto para seguir la evolución de la salud de Robert, que parece haber mejorado algo en los últimos días, aunque me preocupan las secuelas.

Remuevo la salsa una última vez y apago el fuego.

El olor llena la cocina.

Lo pruebo. El resultado es aceptable; como mi estado de ánimo. Ni bien ni mal.

Sirvo la cena y ambos la halagan.

—¿Cuántas calorías tiene?

—Tres o cuatro —le digo intentando ser convincente.

Brent sonríe y Sharon mira el plato. Algo debe de haberle animado, porque después de unos pocos segundos se decide a comérselo.

—¿Qué sabes de Kaden? —pregunta Sharon con cara de satisfacción por el sabor de los arándanos; los adora. Señal de que las calorías han pasado a segundo plano.

—Nada. Ni él se ha interesado ni yo tampoco. Y eso, curiosamente, no me duele. Seis meses de nuestras vidas que se volatilizan en una conversación de diez minutos… —les digo como si recitara un poema; suavemente, de forma emotiva.

Ambos me miran atentamente y luego se miran entre ellos.

—Eso solo significa —continúo, con el mismo tono— que no había lo que tenía que haber. Que no sentíamos lo que creíamos sentir. Que no era importante. Que solo se sostenía por la inercia, por la costumbre o por una falsa creencia de estabilidad. O… por la comodidad de no hacerse demasiadas preguntas. A veces no hace falta una gran traición, ni un gran drama, ni una escena desgarradora para que algo termine; a veces basta con entenderlo.

Han dejado de masticar. Ambos me miran fijamente otra vez, con los cubiertos bien sujetos.

—Ajá —dice Sharon.

—Claro… —dice Brent.

—Y cuando se entiende de verdad —continúo—, lo demás cae por su propio peso, sin ruido y sin conflictos. Hay que saber despedirse sin convertir el adiós en una guerra sangrienta.

Ambos asienten con la cabeza de forma automática.

—Dicho con otras palabras… —sugiere Brent riéndose.

—¿Estas no te han gustado? —le pregunto fingiendo estar ofendida.

—Unas que sean más… «Brooke». Esas son preciosas, emotivas, maduras; pero un poco más de nuestra amiga nos convencería más. ¿Estás de acuerdo, Sharon?

Sharon asiente para mostrarle apoyo.

—Que ni yo le importaba a él —les digo clavando el tenedor con más fuerza de la necesaria en el pato—, ni él a mí. Solo era inercia y comodidad. No ha habido lágrimas ni ninguno ha intentado luchar por continuar… Así que… estamos bien como estamos. Él buscará la felicidad en su mundo de «perros» y yo en cualquier otro mundo que no sea el de «perros». Ni a él le preocupaban mis problemas: mi brazo, mi trabajo, la casa… Ni a mí los suyos: su proyecto de ascenso, sus conflictos de identidad… Adiós. Sin dramas.

—Más «Brooke» —exige Sharon mirando a Brent, que asiente con la cabeza.

—Casi estás llegando —me anima Brent.

—¡Qué exigentes que sois! ¿Qué queréis oír?

—A Brooke en estado puro; esa versión es… algo suave —me aclara Brent con una mueca de fastidio.

—Vale… Dejadme que me concentre —aspiro de forma exagerada—. Que jodan a Kaden por ocultármelo tanto tiempo, por no darme la oportunidad de elegir si quería o no acostarme con un tío que, mientras follábamos, podría estar pensando en una preciosa perrita con lazos de colores… Que busque su Handler, o como quiera que se llame, a quien le «guíe» donde tenga que buscarla. Y yo… me conformo con quitarme la puñetera imagen del neopreno de la cabeza. Kaden es historia. ¿Mejor?

—Mejor —dicen los dos al unísono.

—Aun así, ya sabes que estoy orgulloso de ti. ¿Un brindis?

Brent ha hecho alusión al orgullo porque en los últimos días, cuando le conté cómo se desarrolló mi encuentro con Kaden, me lo ha recalcado varias veces.

—¿Tan histérica e intratable me consideráis? —les pregunto algo confundida—. ¿Tan extraño os parece que me haya tomado la ruptura con Kaden tan bien?

—Ese discurso era bueno, pero no eras tú. Tú te expresas de otra manera. Cuando se trata de mentiras, de injusticias o te sientes herida o vulnerable, explotas. No tienes filtro ni piensas antes de hablar —me aclara Brent.

—¡Ah! —les digo resignada—. Ahora viene cuando decís lo bueno… Es lo mínimo que podéis hacer… ¡Os escucho!

—No hemos dicho que sea malo; simplemente eres tú. Cuando no te sientes como ha dicho Brent, eres la más divertida, la más encantadora, amiga de sus amigos, luchadora, buena cocinera, sabes escuchar y eres sincera —añade Sharon.

—Vale, de acuerdo, eso me gusta más. Hay algo de equilibrio. Ahora sí que brindamos.

Nos echamos a reír.

—Algún día te llegará el amor, Brooke. Hay alguien en alguna parte esperando conocerte para hacerte feliz. Ahora es la época ideal; se acerca la primavera —dice Sharon suspirando.

¡Oh! No. Adoro a Sharon, pero su versión cursi y empalagosa del amor puede conmigo; y también con Brent.

—Esta semana hemos terminado los preparativos de una boda de ensueño… —dice con esa sonrisa boba que siempre muestra cuando habla de bodas.

Brent y yo nos miramos. Sabemos que no hay quien detenga el relato. Nos servimos más vino sin decir nada.

—… Cuando salgan de la hacienda en el coche descapotable pasarán por un túnel que se ha instalado en el camino y dejará caer pétalos de rosa; y al mismo tiempo que avanzan se irán iluminando

unas antorchas que hay a lo largo del camino. Y al final, un corazón gigante de luz les despedirá… Ha sido idea mía.

—¿A quién le gustaría eso para su boda? —pregunto yo intentando imaginar la escena sin éxito.

—¿A Sharon? ¿O me equivoco? —añade Brent.

—Qué poco románticos sois… Imaginaos la escena… La luz, los pétalos, el corazón…

—Prefiero imaginar a Kaden vestido de neopreno —digo con una mueca de asco.

Brent suelta una carcajada y se echa hacia atrás, consiguiendo desestabilizarse y casi caer al suelo. Sharon ni se inmuta y continúa con su viaje espacial.

—Algún día tendré una boda como las que organizo… Quizás no quede tanto para ello…

—No, Sharon, dijiste que irías despacio —se asusta Brent.

—Voy despacio. ¿Creéis que estoy loca? No pienso ilusionarme de cualquier manera. Pero… me gusta, no voy a negarlo; me gusta de verdad.

Brent y yo nos miramos. Ambos tememos que se vuelva a ilusionar y le den un hachazo. Otra vez.

—Bien, pues brindemos por «alguien» —propone Brent.

—Y… por otra cosa —les digo alzando mi copa—. Por mi viaje. Me marcho una temporada a Wyoming.

Es puro pánico lo que veo en sus miradas; y un poco de perplejidad.

Las copas se bajan con la misma rapidez que se han alzado. Me miran.

Sí, tengo que darles unas cuantas explicaciones.

11

Aiden

Cita improvisada

—¿Por qué estamos en tu casa un sábado? —pregunta Cassidy a Jayce—. Los sábados no quedamos; soléis estar con unas y… con otras.

—¡Dios mío! Eso suena fatal —le digo a Cassidy mientras elijo unas porciones de sushi del pequeño bufete que ha improvisado el anfitrión junto al sofá.

—Esas «unas y otras» tienen nombre —se defiende Jayce—; no hables de ese modo.

—Aún no me habéis contestado…

—Yo… he terminado antes de lo previsto… Esto está increíble. ¿Dónde lo has comprado? —le pregunto a Jayce, que acaba de entrar con una bandeja con más comida japonesa, su favorita.

—En Harvard Square. Me lo ha recomendado Henry —me aclara, refiriéndose a un compañero.

—Sigo esperando explicaciones. ¿Por qué un sábado me proponéis una cena en casa?

—Cassidy, ya te lo he dicho.

—¿No tenías una cita?

—No sé si es la palabra. Había quedado con una chica, si te refieres a eso —le cuento negando con la cabeza.

—¿Quién?

—Alice —respondo de mala gana. A veces es como una abeja zumbando en la oreja.

—¿Y?

—Ha hecho una pregunta algo desafortunada; se ha creado tensión. Por unanimidad hemos decidido que era mejor que terminara nuestro encuentro y… aquí estoy. ¿Contenta?

—¿Qué te ha preguntado? —se interesa Jayce.

—Que a dónde nos llevaba «esto».

—¿En serio? —se alarma Jayce—. Vaya, pues me caía bien.

Cassidy, que va algo perdida porque nunca le he hablado de Alice —con la que simplemente he quedado cuatro o cinco veces—, nos mira desconcertada.

—¿Y tú? —le pregunta a Jayce.

—Yo he quedado con Linda. Hemos acabado pronto. Se ha ido con sus amigos y yo con vosotros. ¿Quieres saber algo más?

—Sí, quiero saber quién es Linda.

—Una chica guapísima, simpática y divertida que conocí en la notaría.

Jayce da las explicaciones con su particular modo «me da igual todo», y Cassidy no deja de menear la cabeza.

—¿Tan grave era esa pregunta? —me toca a mí otra vez.

Jayce y yo nos miramos.

—Explícaselo tú; eres el mayor —le digo a Jayce, aunque solo es tres meses mayor que yo.

—Solo quedaban para follar, Cassidy.

—Joder, Jayce, te podías haber esforzado un poco más —le recrimino.

—Lo he entendido —se queja Cassidy—. Espero que en el juzgado seas más sutil, Jayce. ¿O también le hablas así al juez?

—Al juez a veces le sonríe, Cassidy —provoco yo—. Son muchos los que aseguran haberlo visto…

—No… —dice ella con una exagerada sorpresa—. No me lo creo…

Cuando nos cansamos de burlarnos de Jayce, que nos ignora en todo momento y se dedica a saborear los fideos que contiene un bol, se crea un nuevo silencio que poco después rompe él.

—Supongo que no seguirás en contacto con la novia de Kaden… —le pregunta a Cassidy.

—Es asunto mío…

—Cassidy… —decimos los dos a la vez. Es que no es capaz de mantenerse al margen de nada.

—Le he escrito algún mensaje, lo confieso, pero no me ha contestado.

—Pues deja de hacerlo —le sugiere Jayce.

—Debe de estar muy ocupada con… ese novio suyo tan… —empiezo a decir, pero no puedo seguir. La mueca de Jayce hace que me eche a reír.

—Sois tan patéticos…

—¿Cómo es la chica? —pregunta Jayce.

—Guapa, muy guapa, amable… Pero la conocí en unas circunstancias un poco especiales. Estaba afectada. El vídeo le impactó muchísimo.

—Pues no entiendo por qué… Es una afición como otra cualquiera. Unos se inclinan por la pintura; otros por los deportes; otros por las manualidades… —empieza a decir Jayce.

—O por el cine, el teatro, el ajedrez, el ballet, el gimnasio… —continúo yo ante la mirada asesina de Cassidy.

—Por vestirse de perro, ladrar… —remata Jayce.

Ambos nos echamos a reír. Hace tiempo que bromeamos con ello —incluida Cassidy—, a pesar de que hubo una época en la que nos rompió el corazón verla tan afectada. A veces, como ahora, prefiere hacerse la ofendida.

—Me apetece deciros que sois patéticos, que no tenéis gracia y que espero que os enamoréis como dos idiotas y os destrocen el corazón —nos maldice con una sonrisa forzada.

—Eso no es posible, Cassidy. Si quieres desearnos algo malo, busca otra cosa; eso no va a pasar —se defiende Jayce.

—¿Creéis que una mujer no os puede hacer añicos el corazón? ¿Creéis que sois inmunes?

—Claro que no. A mí ya me hizo el corazón pedazos una —le digo fingiendo un dramatismo exagerado.

Jayce me mira divertido. Sabe que estoy bromeando con la etapa de la señorita Miller, una profesora de música que me tuvo completamente enamorado. Hasta que nos anunció que abandonaba el colegio para incorporarse a una ONG que operaba en África.

Durante meses maldije contra la dichosa ONG. ¡Claro! Ese era el problema…; la ONG. No que ella tuviera treinta y cinco años y yo quince.

Ese pensamiento me hace sonreír; y también a Jayce, que debe de estar recordando lo mucho que me afectó, a juzgar por su expresión. Pero Cassidy no lo ha interpretado correctamente y suelta un comentario que hace que se me atragante una gamba.

—Ya… Bueno… no me refería a tu madre, Aiden, a tu madre biológica, sino a una chica como pareja.

Se hace un silencio incómodo.

—Cassidy… Aiden estaba hablando de un amor del colegio; algo de la adolescencia…

Cassidy palidece.

—¡Oh! Lo siento, Aiden, yo… Como lo has dicho tan serio… ¡Lo siento! Sé que no te gusta hablar de ello… Creí que te referías a… ella.

—No te preocupes —le digo intentando recomponerme, aunque el impacto sigue ahí después de tantos años.

Silencio incómodo. Cassidy parece afectada. Nunca les he prohibido nombrarla, pero saben que es un tema delicado para mí; las veces que lo hablamos en el pasado quedó claro. Desde entonces no ha vuelto a ser un tema de conversación.

La única madre a la que nos referimos siempre es a Michelle; la suya y… la mía también. Así ha sido desde que se casó con mi padre, cuando yo tenía catorce años. Los tres pronunciamos la palabra «mamá» cuando hablamos de ella.

Al poco de casarse, Cassidy —que era más pequeña— me preguntó por qué no llamaba «mamá» a su madre. Ella, que lo escuchó, intervino enseguida y dijo: «Cariño, Aiden puede llamarme así cuando quiera; me haría muy feliz. Pero siempre debemos recordar que también tiene una madre que vive en otro lugar». A los dos días, para su sorpresa, la llamé mamá; y así sigue siendo.

Mi madre dejó de existir en mi vida cuando tenía once años; por voluntad propia.

Alguna vez me pregunto, solo alguna, si seguirá viva o no; si seguirá viviendo en ese maldito pueblo de Wyoming que tantos malos recuerdos me trae.

No lo sé ni me importa. No pienso volver nunca a ese lugar.

12
Brooke

Un lugar perfecto para desaparecer

Observo a mi tía Ruth, que no deja de quejarse de que yo haya «desaprovechado» la mañana de un domingo para visitarla.

—Cuéntame cómo estás y deja de quejarte —le digo acariciándole la mejilla.

—Este lugar es fantástico, Brooke. He tenido mucha suerte de poder ingresar en él, ¿no crees? —me dice adueñándose de mi mano para acariciarla.

Se refiere al centro de rehabilitación y reposo que se encuentra en las afueras de Boston. Es un lugar privilegiado, al que no es fácil acceder por su larga lista de espera; sus tarifas tampoco están al alcance de cualquiera.

—Sí, la has tenido.

—Y tú… No has tenido nada que ver en ello.

—¿Yo? ¿Acaso crees que yo tengo poder para…?

—Brooke… Si me dices la verdad acabaremos antes. Yo misma llamé después del accidente y me dijeron que no había plaza hasta dentro de dos meses.

Ya lo ha descubierto.

Mi tía es muy independiente; no quiere que nadie haga nada por ella. Por eso le oculté mi intervención en su ingreso. La quiero tanto que haría cualquier cosa por ella.

Ella me ha criado desde los doce años. Me trajo a Boston desde Moonridge, Wyoming, donde nací y crecí. Es tía de mi madre; por lo tanto, mi tía abuela. Es quien me ha cuidado, mimado y educado desde que mis padres murieron y se hizo cargo de mí.

—Vale… —confieso—. Sí, tuve algo que ver; pero no directamente. Se lo pedí a mi jefe. Alguna ventaja tenía que tener

que un loco te pegue un tiro mientras estás trabajando…

—¿Por eso te ayudó?

—Por eso y porque le interesa tenerme contenta, tía Ruth. La familia de Robert también se ha querellado con la clínica por falta de seguridad y protección hacia sus trabajadores.

—¿Eso es cierto?

—No, claro que no. Ese hombre era paciente de la clínica. Entró como entran todos. No puedes convertir un centro sanitario en una fortaleza por miedo a que alguien decida cruzar una línea. Allí hay las medidas de seguridad que deben existir en un lugar como ese. Lo que pasó fue una locura; no una negligencia.

—Brooke, te interesaba más que te mantengan el puesto de trabajo que gestionar mi ingreso aquí…

—Tía Ruth, mi puesto está a salvo; créeme. Hoy mismo he estado en la clínica. Hemos fijado mi vuelta en unos dos meses, dos meses y medio; cuando esté recuperada del todo, cuando tenga fuerza de nuevo en este brazo.

—Bien, entonces solo me queda dar las gracias por esa querella, a pesar de lo que hay detrás. Te aseguro que este lugar es perfecto para recuperarme. Estaré un mes y medio más; lo he alargado un poco. Me lo puedo permitir y quiero salir de aquí dispuesta a emprender ese viaje por Europa con Rosemary.

—Eso es fantástico. Seguro que podrás hacerlo. Yo tengo tantas ganas de viajar a Europa… España, Italia…

Dedicamos un rato a hablar de su viaje con su inseparable amiga y acabamos hablando del mío.

—¿Sigues con esa idea?

—Claro. Ya me han dado de alta en el centro de rehabilitación. Ahora tengo que seguir sola. Puedo ocuparme de mi brazo; para eso estudié unos cuantos años… ¿No crees?

Se echa a reír.

—¿Cuánto tiempo piensas estar en Moonridge?

—Una semana, quizás dos. Tengo tiempo. Además, hace casi un año que no voy. Han sido dos meses muy duros: el tiroteo, la operación, la rehabilitación, los temas legales…

—Y Kaden…

—Sí, claro, eso también —le digo menos convencida. No tengo claro que deba sumarlo a mi lista de desgracias.

—No me puedo creer que estuviera con otra chica…

Esa es la versión que le he dado. Mi tía tiene setenta y siete años. Es una mujer moderna e independiente; siempre lo ha sido. Es viuda desde los treinta y cinco años y nunca tuvo hijos. Se ha ganado muy bien la vida. Trabajó durante cuarenta años como costurera para una importante firma de alta costura. La tía Ruth ha visto mucho mundo; pero la versión de Puppy play no me parecía que estuviera a su alcance. No lo estaba ni siquiera para mí.

—No pareces muy afectada. La verdad es que nunca te vi muy entusiasmada…

Vaya, qué fácil les resulta a los demás ver algo que yo era incapaz de ver.

Solo dedicamos unos minutos a hablar de Kaden; no es algo con lo que quiera perder el tiempo.

—Te vendrá bien desconectar. Y no me cabe la menor duda de que Moonridge es el sitio ideal para ello —me dice con ironía.

Nos echamos a reír. A pesar de que ella también nació allí, siempre bromea con Wyoming. Se marchó con diecisiete años y nunca volvió; excepto para visitar a su hermana, mi abuela —a la que nunca conocí—, y a mi madre y a mí.

Wyoming es un estado tranquilo. Demasiado tranquilo. Poco poblado, inmenso y silencioso. Uno de esos lugares que en los mapas parece grande; pero en la vida real da la sensación de estar medio vacío. Para muchos americanos es casi un chiste recurrente: el sitio donde no pasa nada, donde no hay gente, donde el tiempo se mueve más despacio que en cualquier otro punto del país.

Es el tipo de lugar en el que las distancias se miden en horas y no en millas; donde una gasolinera puede ser el único signo de vida en muchas millas a la redonda; y donde las ciudades parecen pueblos y los pueblos, simples puntos perdidos en mitad de la nada. Un sitio en el que no hay prisa porque no hay a dónde ir. Las

carreteras se alargan sin propósito y el tiempo se espesa, como si el mundo hubiera decidido continuar en otra parte.

Wyoming es aislamiento. Es la sensación constante de que el mundo continúa en otro sitio mientras allí todo permanece igual, detenido, intacto. Un lugar perfecto para desaparecer un poco; para pasar desapercibido… o para enfrentarse a uno mismo sin distracciones.

En resumen, Wyoming es un sitio donde te puedes morir de pena sin demasiado esfuerzo.

—A partir de ahora irás menos… —me recuerda mi tía con una expresión de tristeza.

—Sí, supongo que será distinto —digo con pesar.

—Cariño, la casa empezaba a ser un gran problema. Lo mejor que has podido hacer es venderla. Debes alegrarte de ello. Ya te lo dijo el agente; has tenido mucha suerte en venderla tan pronto. Cada vez se estaba deteriorando más.

—La última vez que fui era un desastre. Había problemas en todas partes.

—El tiempo solo hubiera conseguido que la vieras hundida algún día…

—De todas formas, los compradores la van a hundir. Lo que quieren es el terreno para edificar varias casas. Está en una zona privilegiada y no hay muchos lugares con vistas así que estén disponibles.

—Pero no debes entristecerte, cielo…

—No estoy triste, de verdad. Necesito quitarme esa casa de encima. Me frustraba mucho que el agente me llamara y me dijera continuamente que se estaba deteriorando. No podía invertir en ella; era absurdo. Me ha dado mucho, ya no le puedo pedir más. Pero… eso no implica que no me dé pena que desaparezca por todo lo que significó para mi madre… y por todo lo que me ha dado después.

Mi tía me aprieta más la mano. Sé que también he removido algo en ella.

—¿Cuándo te vas?

—Dentro de seis días, para disfrutar de un tiempo en la casa antes de perderla de vista.

—¿Dónde te vas a alojar?

—Allí mismo, en la casa. La parte de la planta baja todavía está habitable. La limpiaron ayer. Para una semana servirá.

—Si te quedas más tiempo, supongo que te alojarás con Lorraine.

—Sí, esa es la idea; pero… no consigo ponerme en contacto con ella. Es algo que empieza a preocuparme. Le he enviado varios mensajes e incluso la he llamado varias veces.

—Puede que esté de viaje…

—¿Lorraine? No lo creo.

—Cierto. La vida de esa mujer se reduce a Moonridge y poco más. Pobrecilla. Su vida ha sido muy triste.

—Sí, lo ha sido. Creo que en algún momento entró en un pozo del que no supo salir.

—¿Cuándo hablaste con ella la última vez?

—Hace… un par de meses, después de Navidad; justo antes del tiroteo en la clínica. Estuvimos hablando más de una hora, como siempre que nos llamamos.

—¿No puedes preguntarle a nadie?

—No… Ya sabes que su vida es… solitaria; y yo… ya sabes que apenas hablo con nadie de allí. Rachel ya no vive en Moonridge.

Mi tía asiente con la cabeza. Ambas nos evadimos en nuestros pensamientos.

Lorraine era la mejor amiga de mi madre y también la mujer que me cuidó cuando murió. Pasé con ella cerca de un año hasta que mi tía Ruth me trajo con ella a Boston. Consideraron que era mejor que pasara un tiempo en Moonridge hasta recuperarme un poco de mi pérdida. Separarme bruscamente de toda mi vida era algo que podía hacerme mucho daño.

Cuando salgo del centro de reposo me siento extraña. Hemos removido recuerdos; y estos me han removido a mí. Es una sensación incómoda, como cuando sabes que has tocado algo que

estaba mejor guardado. Hacía mucho tiempo que no hablábamos de mis padres, de Moonridge, de mi infancia; pero hoy, quizá sabiendo que está a punto de desaparecer de mi vida, sin darnos cuenta le hemos hecho un pequeño homenaje. Sin dramatismos. Solo aceptando que existió y que fue importante.

Hasta hoy no me había parado a pensar lo que significa este viaje. He estado tan sumergida en todo lo que ha envuelto el tiroteo que la venta de la casa pasó de largo, sin darme tiempo a pensar en ello. Entre médicos, abogados y rehabilitación, firmé papeles casi de forma automática. Era más fácil concentrarme en el brazo que en lo que implicaba cerrar esa etapa.

Es un largo viaje para decirle adiós a lo único que me une a ese lugar. Y aunque me repita que es solo una casa, sé que no es verdad. Es el último punto físico que conecta con mi madre y con una versión muy concreta de mí.

No creo que eche de menos Moonridge; hace mucho que no forma parte de mi vida. Solo queda Lorraine… y algunos recuerdos, no todos buenos.

Quizá la visite en un futuro. En cualquier caso, mantendré contacto con ella; si es que se encuentra bien. Empieza a preocuparme de verdad. Porque lo de la casa puedo asumirlo. Lo que no quiero asumir es que también pueda estar perdiendo a la última persona que me conecta con ese pasado.

No es propio de ella estar incomunicada de esta manera. Jamás había ocurrido algo así. Llevo varios días llamándola. Le he dejado mensajes de voz y hasta un correo absurdo que empieza con «solo quería saber cómo estás» y acaba con «viajo a Moonridge dentro de pocos días»; pero nada. Silencio absoluto.

Justo cuando llego a mi coche, recibo un mensaje de ella.

Sonrío aliviada; pero el texto me inquieta.

Brooke, necesito hablar contigo lo antes posible.
Una videollamada.

Que sea en el día de hoy, por favor. Es urgente.

¿Una videollamada? ¿Urgente?
¡Qué extraño!
Es evidente que algo no va bien.
Tengo que averiguarlo cuanto antes.

13

Brooke

La videollamada

En cuanto llego a casa y me acomodo, me apresuro a enviarle un mensaje a Lorraine.

Tengo que esperar más de media hora para que en la pantalla de mi móvil aparezca el nombre de Lorraine Blackwell anunciando una videollamada, una manera de comunicarnos que jamás antes habíamos utilizado.

—Lorraine —digo, de golpe—. Llevo días intentando localizarte. ¿Estás bien?

Ella aparece en pantalla con una sonrisa que intenta ser luminosa, pero no lo consigue. Tras ella hay una pared blanca. Se aprecia parte de un cuadro colgado en la pared con flores muy llamativas que no reconozco.

—Hola, cariño —contesta con suavidad—. Perdona por no contestarte antes. Han sido unos días… complicados.

—¿Complicados cómo? —pregunto, porque algo en sus ojos me inquieta. Están más apagados.

Lorraine suspira y se acomoda en la silla con un movimiento lento.

—¿Qué ocurre? ¿Estás en tu casa?

—Estoy en un centro, en Jackson. No quería decírtelo hasta estar un poco mejor.

—¿Un centro?

Ella mueve la cabeza despacio, como si organizara mentalmente las palabras antes de lanzarlas.

—Es una clínica, un centro de recuperación. Hace meses que tengo episodios raros. Pierdo el hilo de una conversación, me quedo paralizada, a veces solo unos segundos… y otras veces durante

horas. Digo cosas sin darme cuenta de que las estoy repitiendo, o me cuesta volver a situarme. Pensé que era estrés, o cansancio… pero no. Ha ido evolucionando.

Hace una pequeña pausa antes de continuar.

—Los médicos dicen que es un problema en el hígado. Algunas toxinas pasan a la sangre y afectan al cerebro. Tiene un nombre horrible; no quiero ni pronunciártelo. —Fuerza una sonrisa triste—. Aquí me vigilan. Aquí estoy en buenas manos.

Un frío me recorre la espalda.

—¿Y esto lo sabías desde hace tiempo?

—Sí —admite, bajando la mirada—. No quería preocuparte sin necesidad.

—Estoy preocupada ahora —respondo, y me siento estúpida porque suena como un reproche.

—Lo sé, cielo. Y por eso te llamo hoy. Estoy lo bastante lúcida para hablar contigo.

—¿Qué quieres decir?

—Brooke, cariño, mi conciencia aparece y desaparece cuando le viene en gana; a veces por horas, a veces por días…

—Pero… te están curando, sigues un tratamiento, supongo que te estarán…

—Me están tratando, sí —dice con calma—. Me controlan, ajustan la medicación y me vigilan de cerca, pero no pueden prometerme nada. No es algo lineal ni previsible. Hay días en los que estoy bien y otros en los que… me pierdo. Mi conciencia aparece y desaparece sin avisar. A veces son horas; otras, días enteros. Por eso quería hablar contigo hoy. Porque ahora estoy aquí, lúcida, sabiendo quién soy y con quién hablo. Y no siempre ocurre. A veces despierto y no sé cuánto tiempo ha pasado.

—Lorraine, eso es…

—No quiero verte preocupada, Brooke; solo necesito que me escuches atentamente, es importante. Hay algo que necesito de ti. ¿Estás preparada para escucharme?

Esa pregunta me inquieta; presiento que lo que me va a decir no me va a gustar.

—Lorraine… ¿qué pasa?

—El nuevo juicio, Brooke —dice, enderezándose un poco—. Es dentro de unas tres semanas, el seis de abril.

Vaya, se trata de eso. El eterno juicio sobre las tierras. La herencia. La guerra interminable entre los Blackwell y los Waverly.

Escuchar el apellido Waverly me produce escalofríos.

—Ya… Creo que algo me contaste hace unos meses. ¿Hay otro juicio? Esto nunca se acaba.

—Los Waverly volvieron a recurrir; esta vez creen que tienen un documento que podría cambiarlo todo y debo seguir defendiendo lo que es mío y de mi familia.

—Ya… Entiendo… ¿Qué es lo que ocurre entonces?

Le digo que lo entiendo, pero solo en parte. Son tantos años de pleitos que no sé cómo tiene fuerzas para seguir luchando.

—Mi abogado, Samuel, se ha jubilado —continúa—. No quiere seguir representándome.

—¿Samuel te ha dejado sola ahora? —pregunto—. ¿Justo ahora?

—No me deja sola. Se reunirá con quien yo elija y se lo entregará todo. Documentos, notas, estrategias… lo que necesite. —Hace una pausa—. Ya he firmado un poder notarial. Uno especial que está firmado a nombre de mi hijo, pero que solo será efectivo si él lo acepta. Ese poder me permite autorizar a otra persona para representarme incluso si no estoy… del todo presente.

Me apoyo en el respaldo de la silla. No me puedo creer que me esté diciendo algo así. ¿Su hijo?

—¿Tu hijo? ¿Es que has hablado con él?

—No, todo sigue igual.

—No te entiendo, Lorraine.

—No siempre estoy así de lúcida, cariño —dice, acariciándose la sien con la punta de los dedos—. Algunas mañanas… me cuesta

volver. Por eso necesitaba hacerlo hoy. No sé cómo estaré cuando llegue el juicio, pero, en cualquier caso, no tengo abogado. Y por eso te necesito, Brooke.

Entonces me mira, muy fija, con un brillo extraño en los ojos.

Trago saliva.

—¿Qué… necesitas exactamente? —le pregunto mientras sigo pensando en lo que me ha dicho de su hijo.

Lorraine toma aire, como si la siguiente frase le costara una vida pronunciarla.

—Quiero que hables con mi hijo. Con Aiden.

La boca se me abre sola.

—¿Con Aiden? Lorraine, yo no lo conozco. Lo vi dos veces de niña…

Me abstengo de decirle que nos llevábamos fatal; que era insufrible.

—Lo sé, Brooke —responde ella, pero sonríe con un cariño que no encaja con la conversación—. Él es un gran abogado, Brooke. Brillante. Puede llevar mi caso mejor que nadie. Quiero que contactes con él, que le des mi mensaje.

—¿Cómo? Lorraine, ¿no sería mejor que te pusieras en contacto con él tú misma?

—Sabes que eso no es posible; hace diecinueve años que no sé de él. Conoces la historia… Sé que ha crecido oyendo una versión de mí que no me deja en buen lugar, lo sabes perfectamente. —Baja la mirada y veo cómo su pecho sube y baja buscando calmarse—. No tengo su número de teléfono personal; pero, aunque lo tuviera, no me escucharía. Me colgaría nada más oír mi voz. Diecinueve años de silencio, Brooke.

—Lorraine, entonces ¿cómo quieres que me escuche a mí? Y lo más importante, ¿cómo quieres que lo localice?

—Quiero que lo intentes, no puedo pedirte más —dice, avanzando un poco hacia la pantalla—. Por eso te pido que vayas al bufete donde trabaja. Está en Boston. Te daré el nombre y la dirección, es todo lo que tengo. Háblale de mí, del juicio, intenta convencerlo, Brooke, por lo que más quieras.

—¿En Boston? ¿No vivía en Nueva York?

—Se mudaron hace muchos años.

—Ya… ¿Por qué no contratas a otro abogado?

—Nadie se haría cargo, Brooke. Esto es pequeño, aquí todo se conoce y los Waverly son amigos de mucha gente. Son muchos años de pleito; nadie quiere meterse en ello.

—¿Y si hablas con Samuel? ¿Y si le cuentas tu situación? Si solo queda un juicio… podría entenderlo y…

—No, Brooke. Él no se hará cargo. Está cansado y felizmente jubilado desde hace un tiempo. De hecho… me aconsejó que llegara a un acuerdo con esa maldita gente. Cree que pueden tener algo sólido; pero yo sé que no, que solo es cuestión de pelear una vez más. No voy a llegar a ningún acuerdo, no pienso darles nada de lo que me pertenece. Es una cuestión de honor, por mi padre. Tienes que convencer a Aiden.

—Pero… si el juicio es dentro de poco tiempo… es muy justo. ¿No has podido solucionarlo antes?

—Estos últimos meses han pasado deprisa. Intenté buscar otro abogado durante un tiempo, pero no lo conseguí. Tampoco tenía la certeza de que siguieran peleando… pero lo hicieron. Y entonces llegó la fecha del nuevo juicio, estaba encima —ya sabes que aquí es todo más rápido—, y luego caí enferma… —Se empieza a angustiar.

—De acuerdo, tranquila, eso ahora ya no importa.

—Tienes que encontrarlo y convencerlo.

Se lleva la mano al pecho y respira hondo.

—Ya… Pero… no puedo simplemente aparecer delante de él y…

—Brooke —me interrumpe, con una firmeza que rara vez le he escuchado—. No tengo a nadie más. Tú sí entiendes lo que significa esa tierra y esa casa para mí. Para mi padre. Para todo lo que hemos

vivido. Sabes que no he podido disfrutar de Aiden, pero si lo intentas puede que mi hijo quiera continuar con esto. Él lo heredará todo cuando yo no esté. Es solo un juicio y mi abogado, Samuel, se encargará de explicárselo todo si él acepta.

Siento un nudo en la garganta.

—Lorraine… no sé si soy la persona adecuada para esto, sinceramente.

—Sí lo eres —dice sin dudar, con los ojos brillantes por las lágrimas—. Porque te importa. Porque me quieres. Porque no vas a dejarlo estar. Porque somos una familia. Por mí, Brooke, por tu madre, por lo mucho que la quise…

Me quedo en silencio con un nudo en el estómago. Ella continúa.

—Y hay algo más. No sé si dentro de unos días podré explicarlo tan bien como hoy. Me siento fuerte ahora, pero… tengo miedo de que esto empeore. Y si empeora, Brooke… necesito que mi hijo ya esté al tanto de todo. Necesito que alguien lo convenza antes de que yo… antes de que no esté así de lúcida. No puedes esperar.

Un leve temblor en su voz me da un vuelco.

—Lorraine… Dentro de unos días estaré en Moonridge. Puedo visitarte y podemos hablarlo con calma.

No sé por qué le propongo esto si ya me imagino la respuesta. Además, ha dicho que el juicio es dentro de poco.

—Tienes que hablar antes con él. Queda poco para el juicio. Me habría ocupado antes de ello, pero no he podido, como te he explicado. El poder que he firmado está a su nombre, a nombre de Aiden. Samuel lo redactó y se ocupó de todo. Hazlo por mí —susurra —. Por favor.

Cierro los ojos. Sé que estoy atrapada. Que siempre he estado atrapada con Lorraine, desde niña, con el cariño que nos une, aunque no seamos familia.

—¿Y si él no acepta?

—Entonces se celebrará el juicio sin mí, o el juez considerará que no puedo defenderme y nombrará a un representante legal. Sería el fin; sería humillante. O… podría anularse. Quiero que todo por lo que he luchado pase a mi hijo cuando yo no esté. Es todo lo que puedo dejarle después de una vida de silencio. No importa lo que luego él haga o deshaga, pero sabrá que pensé en él. Y quiero que ese legado esté libre y se haya demostrado que es legítimo. Para ello debo luchar, una última vez, por esas tierras; para demostrar de una vez por todas que son mías. Es el último juicio. Samuel me dijo que ningún juez permitirá que se alargue más.

—Entiendo…

—No tengo nada más, Brooke; no pido nada más. Quizás mañana entre en un sueño profundo… No quiero morirme sin que se demuestre una vez más que esas tierras pertenecían a mi padre… Aunque yo no pueda verlo. Solo puedo recurrir a ti. Él no me escuchará; ni siquiera sé si podría mantener una conversación sin romperme, o sin que mi cabeza se apagara…

Esas palabras me desmoronan. No sé si ha recurrido a ellas porque sabía que ese sería el efecto o no, pero, en cualquier caso, son reales y no puedo olvidar todo lo que ella me dio cuando más lo necesitaba.

—Está bien, Lorraine —murmuro—. Iré a verle. Intentaré localizarlo y darle tu mensaje. Repite qué quieres que le transmita exactamente.

Lorraine sonríe y por un momento parece la mujer fuerte que conozco.

—Gracias, cariño. Gracias…

Entonces mira hacia otro lado, asiente con la cabeza.

—Lorraine…

—Sí, cariño, estoy aquí. Karen, una de las enfermeras del centro, se ha ofrecido a ayudarme. Te acaba de enviar toda la información. Encontrarás la dirección de Aiden, de su trabajo; los datos de mi

abogado, una copia del poder y… documentos del proceso. Cuando hables con Aiden, entrégaselo todo.

—Bien, así lo haré —le digo confundida.

Y entonces ocurre. Ella pestañea. Una vez. Dos. Tres. Como si se hubiera quedado congelada.

—Lorraine… ¿estás bien?

Tarda en responder.

—Sí, cielo. Claro que sí. Solo… estoy algo cansada. Suele ocurrirme —y repite una frase idéntica a una que ha dicho cinco minutos antes—: Estoy en buenas manos aquí.

El corazón se me encoge.

—Tengo que dejarte, cariño, estoy cansada. Prométeme que lo harás.

—Lorraine…

—Prométemelo, Brooke…

—Te lo prometo, Lorraine. Ahora descansa. Te iré informando.

—Hablamos pronto, cariño —dice, con una voz que ya no suena igual—. Te quiero, estoy en buenas manos.

La pantalla se oscurece.

Me quedo mirando mi reflejo en el vidrio negro del móvil, sabiendo que esto no tiene ningún sentido.

Lorraine no habla con su hijo desde que él tenía once o doce años.

Lo que me ha pedido es casi imposible.

Sé que le debo mucho, pero… no me apetece en absoluto tener que pasar por esto.

No entiendo que su abogado la haya dejado tirada ahora… Lleva toda la vida representándola.

Toda una vida… Es lo que lleva durando ese pleito.

Joder, vaya papel me ha tocado.

Diecinueve años sin hablar…

¿De verdad cree que yo voy a convencer a ese hombre de que se haga cargo de ese tema?

Pero se lo he prometido. Tengo que ayudarla. Al menos intentarlo.

Espero que si logro localizarlo no sea igual que cuando era niño: era realmente insoportable.

14

Brooke

El hijo de Lorraine

Aquí estoy, en el vestíbulo del edificio Ashbury, el que alberga el bufete Redwood & Associates. El mismo en el que trabaja Aiden Harrow.

Ha sido mi último recurso después del fracaso del anterior.

Le he dejado tres mensajes a través de su secretaria, pero no me ha devuelto la llamada en los dos días que lo he intentado. No podía esperar más; por eso estoy aquí: me marcho dentro de tres días a Wyoming.

Está claro que el hijo de Lorraine no tiene interés en hablar con la desconocida que afirma necesitar hacerlo por un asunto personal. Solo puedo hacerlo a través de una cita previa, pero esta solo puede producirse dentro de un mes.

¡Menuda agenda!

No podía explicarle por teléfono a su secretaria los motivos de mi llamada; eso lo habría destruido todo. Si hubiera mencionado a su madre, seguro que habría sido catastrófico. Aunque… puede que la curiosidad hubiera ganado. Pero no podía jugármela; aunque… puede que lo utilice como último recurso. A este paso, no me va a quedar otra opción; mi visita presencial tampoco ha dado resultado.

No me han permitido visitarle, tal y como imaginaba. No he pasado del vestíbulo, donde me encuentro ahora. No recibe visitas sin estar concertadas.

Ni siquiera he podido acceder a la planta donde se encuentra el bufete. La recepcionista ha hecho una llamada y me ha indicado la imposibilidad de ser recibida por el señor Harrow. El resto lo ha terminado uno de los tres agentes de seguridad que custodian el acceso.

Uno de ellos me observa mientras estoy sentada en un banco que hay en la zona ajardinada del exterior del edificio.

No sé qué hago aquí, pero tengo esperanza de verlo salir y, si lo reconozco, abordarlo. Solo me queda eso. Pero no creo que lo reconozca. He buscado una imagen suya en internet, pero no he encontrado nada.

Solo me queda volver a entrar y decirle a la recepcionista que se trata de su madre y que es urgente…

No me quedan ganas de hacerlo. Me siento como una delincuente y no quisiera tener que pasar por esto, pero aún no puedo rendirme.

Tiene que haber alguna forma…

¿Y si ha reconocido mi nombre?

No, no lo creo. No debe ni acordarse de que existo. La última vez que lo vi teníamos diez años u once. Creo que tenemos la misma edad, quizá un año de diferencia.

Yo nunca hubiera reconocido su nombre. Lleva el apellido de su padre y yo no lo recordaba. Lorraine volvió a adoptar su apellido de soltera, así que era difícil relacionarlo.

Tiene que haber alguna forma…

Lo de abordar a la recepcionista nombrando a su madre no me convence…

Nada.

Media hora después, tomo la decisión de alejarme.

Ya pensaré en algo. Me marcho dentro de tres días y todavía tengo tiempo.

Me detengo frente a la fachada del edificio a leer un panel que indica todas las empresas que alberga.

Bufete Redwood & Associates.

Bufete Whitman & Pierce.

¡Un momento!

Este es el bufete de Jayce Merrick, el abogado de Robert.

No me lo puedo creer.

¡Su bufete también está aquí!

¿Y si conoce a Aiden Harrow?

Tardo menos de un minuto en intentar comunicarme con él, pero sin éxito. Maldita sea.

Decido volver a intentarlo, pero antes recibo su llamada.

—Brooke, ¿cómo estás? Me has llamado, ¿cierto?

—Hola, Jayce. Verás…

Me detengo. ¿Cómo se lo pregunto de forma correcta?

—¿Ocurre algo?

—Estoy buscando a un abogado, Jayce. No sé si lo conocerás o si podrías ayudarme…

—¿Un abogado?

—¿Por casualidad conoces a Aiden Harrow?

Silencio, el suficiente como para delatar que el nombre no le es indiferente.

Claro que también podría estar pensando…

—Sí… lo conozco, ¿para qué lo necesitas?

—Es una historia personal, Jayce. Tengo que hablar con él. He intentado comunicarme con él, pero no me devuelve las llamadas ni me han permitido acceder a su despacho. Estoy en el edificio, en la puerta, y he visto el nombre de tu bufete; he pensado que podrías ayudarme… y…

—¿Estás aquí?

—Sí.

—Por favor, sube a mi despacho y hablamos.

—No, no quiero enfrentarme otra vez a esos guardias… ¿Puedes ayudarme?

—Espera, bajo enseguida.

Se me hacen eternos los cinco minutos que tarda en aparecer.

Me ofrece la mano para saludarme sin perder ese aire de elegancia y seguridad que siempre transmite. Además, es guapo, muy guapo.

—Conozco muy bien a Harrow —va al grano—, es un buen amigo, pero… ¿podrías darme algún dato más? ¿Necesitas que te represente? Él lleva asuntos mercantiles, ¿lo sabes?

—No es un asunto profesional, es algo personal, algo que no puedo contarte, Jayce, lo siento. Por favor, haz lo que puedas para que me reciba, solo un minuto… ¿Puedes hacerlo?

—Bueno, yo… puedo intentarlo… —me dice, poco convencido.

—No pretendo asesinarlo ni agredirlo; es algo personal, más de él que de mí. Solo tengo que darle un mensaje y quisiera que fuera en persona. Por favor…

Cómo me jode tener que suplicarle esto. Este asunto me incumbe hasta cierto punto. Sigo sin encontrarle sentido a la petición de Lorraine y me siento como una intrusa, como si estuviera cruzando una línea que no me corresponde.

Su obsesión la ha llevado al extremo. No sé si ese tal Harrow seguirá siendo el insufrible niño que recuerdo, con esa mirada desafiante, pero lleva toda una vida sin hablar con su madre y esto me parece ridículo.

Pero yo solo tengo el encargo de dar un mensaje y es lo que voy a hacer, si es que Jayce, mi única esperanza, me ayuda; aunque empiezo a sospechar que no saldré indemne de esto.

—Bien, vamos a intentarlo. Acompáñame.

Supongo que le ha pesado el hecho de que yo accediera a ayudarlo cuando me pidió que compareciera en la vista de Douglas sin tener obligación de hacerlo. Estaba a punto de recordárselo… pero, por suerte, no ha hecho falta.

Jayce le deja claro al guardia, que me sigue mirando con recelo, y a la recepcionista, que se pone en pie en cuanto me ve, que soy su acompañante.

Este es mi acceso; y también el punto en el que ya no hay marcha atrás.

Conforme subimos las dos plantas, él me pregunta por mi brazo, por mi estado de ánimo y también comentamos la gran decisión del juez de devolver a ese desgraciado a la cárcel, mientras yo apenas logro concentrarme en nada que no sea lo que me espera arriba.

Entramos en una lujosa planta con una recepción en forma de media luna. Jayce se acerca a hablar con la persona que hay detrás y después me indica que lo siga.

—Brooke, confío en que esto no me meterá en líos. Harrow es mi amigo; no quisiera invadir su intimidad ni contribuir a que tenga ningún problema… ¿Me entiendes?

—Solo necesito unos minutos para darle un mensaje y me marcharé, no quiero nada más.

Me pide que espere en una sala con unas butacas grandes y mullidas y me asegura que volverá con noticias en pocos minutos.

Respiro hondo. Estoy nerviosa, mucho más de lo que estoy dispuesta a admitir.

Me muero por soltarle el mensaje y salir de aquí.

Y también me muero de curiosidad por saber su reacción.

Y… también por conocer su aspecto y saber si sigue siendo el niño malhumorado y borde que era cuando lo conocí en Moonridge, o si el tiempo lo ha convertido en alguien completamente distinto.

Respiro hondo…

No sé por qué, pero presiento que va a ser un gilipollas.

15
Aiden
Sorpresa

—No ha sido una victoria épica, Aiden —me dice Barret nada más entrar en mi despacho, sin llamar, como siempre—, pero ha sido limpia. Y eso, en un asunto de esta envergadura, es lo que cuenta.

Asiento. Barret no muestra ninguna expresión, no me ha dado ninguna palmada en la espalda, pero, en su idioma, eso ha sido un elogio.

Le conozco y sé que no ha terminado, así que no intervengo; solo me limito a seguir mirándole.

—El juez no ha tenido que pensar demasiado —añade—. Infracción acreditada, cese inmediato y una gran indemnización. Millones. Suficientes como para que a la empresa le duela durante años.

Asiento de nuevo.

—¿Se me olvida algo que merezca la pena mencionar?

—Todos los beneficios que le ha aportado al bufete…

—Eso también, pero no me refiero a eso.

—No te sigo —le digo, realmente perdido. Con Barret no siempre es fácil seguir el hilo de una conversación, a pesar de llevar trabajando siete años con él.

—Cumpliste tu parte del trato —me aclara con el mismo tono seco—. Así que ahora cumple la mía: tómate esas vacaciones y arregla esa pierna de una vez. No quiero verte cojeando en la próxima vista. ¿Entendido?

—Perfectamente. ¿Crees que voy a poner impedimentos? Solo estaba esperando a que dictaran sentencia, así que ahora me voy a tomar… tres semanas de vacaciones. Tres.

—Bien hecho. Lárgate cuanto antes.

—He dicho tres semanas —insisto, sorprendido de que le parezca bien. Si no recuerdo mal, su pacto incluía dos semanas.

—Te debo al menos siete y te tomas tres… No voy a poner objeciones. Y… ya no puedes cambiar la cifra. Si hubieras sido listo, te habrías tomado más semanas.

Sonrío mientras observo cómo se da la vuelta, dispuesto a dar por finalizada la conversación, con esa forma tan suya de conceder sin conceder nada.

—Y no cojeo… ¡maldita sea! Si llevaba esas muletas es porque fue idea tuya…

La puerta se ha cerrado antes de que termine la frase.

Me acomodo en el respaldo del sillón con la sensación propia de haber recibido el reconocimiento de Barret, alguien a quien admiro profundamente. No es fácil trabajar para él; su nivel de exigencia no tiene límites, pero tampoco los tiene todo lo que aprendo a su lado ni lo que me exige sacar de mí mismo.

Tres semanas de vacaciones… Quizá solo sean dos… Lo decidiré sobre la marcha.

Vacaciones. Descanso.

Las necesito; admito que estoy agotado, más de lo que suelo permitirme reconocer.

Ha sido un caso largo, de los que requieren paciencia y montañas de informes técnicos, por no mencionar el maldito esguince y todo lo que he tenido que soportar.

El juicio se celebró hace doce días y ayer llegó la notificación oficial.

Caso cerrado.

Todo habría sido más fácil si no me hubiera lesionado, pero formaba parte del proceso y no estaba dispuesto a abandonar. Ahora podré dedicarme a la pierna, a ejercitarla como debo para reforzarla, sin excusas.

Escucho unos golpes en la puerta.

Espero que no se haya arrepentido Barret. Me digo, sonriendo.

—Aiden… Dime que tienes un minuto para mí —me dice Jayce, irrumpiendo en mi despacho.

—Tengo un minuto para ti —le digo sin pestañear.

Lo observo. Algo le ocurre; le conozco bien y no suele venir así porque sí.

—Me he encontrado a una chica en el vestíbulo que lleva días intentando hablar contigo y no lo consigue. Me ha pedido ayuda para llegar hasta ti.

—¿Que te ha pedido ayuda a ti?

—Sí, la conozco por un caso. Brooke Keegan. ¿Te suena? Dice que te ha dejado varios mensajes. Dice que no le has devuelto la llamada y ha decidido venir en persona. Al parecer es importante.

—Pero… ¿qué quiere? —le pregunto molesto. A veces Jayce parece que tenga que pagar por las palabras que pronuncia. Cuantas menos, mejor.

—No lo sé, solo quiere hablar contigo. Está fuera esperando.

—Dices que ha intentado contactar… —empiezo a decir mientras busco en mi ordenador la lista de recados de Sarah—. Sí, aquí está. Brooke Keegan. Ha dejado varios mensajes. «Un tema personal». No quiso decirle a Sarah de qué se trataba. Eso suena mal, ¿no crees? ¿Qué quiere?

—Te lo vuelvo a repetir, no lo sé. Recíbela y lo averiguas, ¿no?

—Jayce, ¿de qué va esto? ¿Quieres que reciba a alguien que afirma tener un tema personal?

—¿A ti te suena haberte tirado a una tal Brooke Keegan? —me suelta.

—No —contesto tajante.

—Entonces no hay problema. Se ha portado bien conmigo y me he ofrecido a ayudarla. Se lo debo.

—Pues habla tú con ella; yo no le debo nada.

—Joder, Aiden, no me hagas quedar mal. Recíbela, solo serán unos minutos.

Lo miro confundido, pero confieso que consigue despertarme curiosidad; una incómoda, de esas que no me gustan.

—Está bien, pero quédate. No me voy a comer esto solo. Si se trata de alguna gilipollez, te encargas tú. Sabes que esto no es… lo habitual.

Desaparece mientras sigo dándole vueltas a ese nombre. No, estoy seguro de que no la conozco. ¿O sí? Brooke… Nunca he tenido nada con una Brooke, o eso creo.

Un minuto después, despejo el misterio.

No me puedo creer que sea ella la que entra con Jayce en mi despacho.

Me levanto de golpe. Empiezo a entender lo que ocurre, y no me gusta en absoluto.

—¿Tú? —me dice, abriendo esos enormes ojos que recuerdo tan bien—. ¿Tú eres Aiden Harrow?

No sé a qué viene esa pregunta, pero no me voy a molestar en averiguarlo.

Miro a Jayce de mala gana, dejándole claro que su idea no ha sido buena.

—Jayce, ¿puedes acompañarla hasta la mesa de Sarah? —le digo molesto antes de mirarla fijamente a ella—. Te proporcionarán los datos de mi compañía aseguradora. No te preocupes, te cubrirán todos los daños de la reparación del coche.

Jayce frunce el ceño, y ella también.

—No he venido a eso, ni siquiera sabía que eras tú —dice algo angustiada.

—Me haré cargo de todos los desperfectos. Ahora, si me disculpas… —Miro a Jayce para que intervenga, pero ni se inmuta.

—No he venido a eso —dice ella, enfadada—. No se trata del coche, ya te he dicho que ni siquiera sabía quién eras tú… Tengo que hablar contigo de otro tema… de tu madre, de Lorraine Blackwell.

Ese nombre me deja congelado.

La miro, miro a Jayce, notando cómo se me tensa la mandíbula.

Ella ha debido percibir mi expresión de horror y se esfuerza por suavizar la escena.

—Tengo que darte un mensaje de ella… Es importante.

Todavía no he reaccionado.

—Os dejo solos —dice Jayce, evitando mirarme, desapareciendo sin darme oportunidad de impedirlo.

Me siento de golpe en mi sillón sin dejar de mirarla estupefacto, con el pulso acelerado.

Algo no va bien. ¿Quién coño es esta mujer?

Se sienta frente a mí sin que la invite a ello; eso sí, en el borde del asiento.

Todavía no he reaccionado. Estoy confuso y tengo un muy mal presentimiento.

—Siento presentarme así, pero he intentado comunicarme contigo y no…

—¿Qué quieres? —le interrumpo con un tono tan frío que hasta me produce un escalofrío a mí.

—Yo… ante todo quiero presentarme. Me llamo…

—Ya sé cómo te llamas… ¿Qué quieres? —le vuelvo a preguntar con un tono más seco todavía, si es que eso es posible—. ¿Por qué has nombrado a esa persona?

—Nos conocimos cuando éramos niños… Fuiste a Moonridge alguna que otra vez. Jugábamos juntos… Lorraine y mi madre eran muy amigas.

Me quedo sin habla. La mención de ese lugar me provoca un escalofrío, uno de asco, de puro rechazo.

Brooke… Claro que la recuerdo. ¡No me lo puedo creer!

Claro… Ahora entiendo lo que sentía las veces que me he cruzado con ella, esa sensación de haberla visto antes en alguna parte. Jamás la hubiera reconocido; solo éramos unos críos, pero esos ojos no son habituales.

—¿A qué has venido?

Esta vez la miro con mucho desprecio. Entre el recuerdo que tengo de ella, que solo es el de una odiosa niña, la mención a esa mujer y la sorpresa…

—Tu madre… está… Ella está enferma y me ha pedido que te dé un mensaje de su parte… Ella…

No sé qué pasa por mi cabeza, pero es más rápido que lo que hasta ahora he sido capaz de procesar; más visceral.

—Vete. Sal de mi despacho —le digo sin perder el tono áspero y frío.

—Pero… Aiden, solo te pido que me escuches un momento, es un tema delicado que necesito explicarte con…

—He dicho que te vayas. No quiero recibir mensajes de esa mujer. Hemos terminado.

—Entiendo que este tema es…

—Lo único que tienes que entender es que te estoy pidiendo que te largues… No me obligues a llamar a seguridad para que te acompañe a la salida…

Palidece. Cierra los ojos un segundo y parece respirar hondo.

—Aiden, solo escúchame unos minutos —insiste—. Sé que esto es extraño para ti, pero ella está muy enferma…

—¡Fuera! —grito, consiguiendo que se sobresalte.

Hasta yo lo hago.

Hace un intento por hablar, no se rinde, pero me adelanto a ello.

—¿No me has oído? Vete. Has perdido el tiempo viniendo hasta aquí. ¡Fuera de mi despacho!

Se levanta por fin. Lo hace lentamente. Ya no insiste más. Me mira. Ya no hay súplica, sino odio.

Lo que me faltaba por ver…

—Y no vuelvas a intentarlo —le digo con un tono amenazante.

Sale por la puerta lentamente.

Estoy descolocado, confundido. Y todo mi cuerpo me tiembla.

No me puedo creer que sea esa niña… Esa insoportable niña…

¿Cómo se atreve a venir a verme para darme un mensaje de esa maldita mujer?

«Está muy enferma…», ha dicho. ¿Y qué? ¿Ha creído que eso me importaría?

¿Qué sentido tiene que me diga que está enferma alguien que para mí lleva muchos años

muerta?

16

Brooke

Humillante

Recorro el mismo pasillo que hace unos minutos con la sensación de que es más largo, como si hubieran añadido un tramo en los últimos minutos.

Aunque no hay nadie a mi alrededor, camino erguida, como un robot, como si quisiera con ello salvar la poca dignidad que me queda después de lo ocurrido en ese despacho.

No puedo pensar; solo quiero abandonar este edificio.

Al llegar a la sala donde he esperado a Jayce, me lo encuentro hablando con alguien, pero antes de que llegue a su altura se despide y se acerca a mí.

—Brooke… —me dice observándome atentamente. Debo llevarlo escrito en alguna parte—. ¿Todo bien?

—Gracias por tu ayuda —le digo esforzándome por mantener la compostura, o la dignidad, o lo que sea que ahora necesite salvar.

—No esperaba que salieras tan pronto…

—Es lo que ocurre cuando te echan de malas maneras…

No debería estar contándole todo esto, pero ahora mismo no estoy en condiciones de comportarme de forma correcta y racional.

—¿Te ha echado? —me pregunta arrugando el ceño.

Me separo unos pasos de él.

—Tengo que irme, Jayce. Gracias de nuevo.

—Brooke, ¿de qué conoces a… su madre? —me pregunta con mucha calma, aunque parece que le incomoda pronunciar esa palabra.

—No importa, Jayce, es mejor que lo dejemos aquí.

—Puedes contármelo, Brooke. Aiden y yo somos íntimos amigos.

—Entonces que te lo cuente él.

Emprendo la marcha, pero él se acerca de nuevo.

—Brooke, no sé de qué va esto, pero el tema de su madre es delicado…

Me detengo.

—Lo sé, Jayce. Lo he sabido siempre, desde que acepté el encargo de darle un mensaje. Y también entiendo que no quiera escucharlo, pero lo habría acabado entendiendo igual si me lo hubiera dicho de otro modo. Tengo que irme porque ahora me siento humillada y no estoy en condiciones de seguir hablando con nadie. Estoy segura de que lo entiendes…

Le regalo una sonrisa forzada y sigo mi camino, pero Jayce no se rinde.

—¿Quieres contarme a mí ese mensaje? Puedo dárselo yo…

—Me ha parecido una persona adulta. Es su decisión, es su madre, es… su vida. Yo solo soy una simple mensajera.

Esta vez no me detiene cuando sigo caminando.

Unos pocos minutos después, salgo del edificio y respiro como si hubiera estado conteniendo el aire todo este tiempo.

Sigo erguida, caminando como si estuviera sujeta a un palo, pero al doblar la primera esquina me apoyo en la pared y me inclino hacia delante, como si así pudiera desprenderme de todo lo que siento en este momento.

Sí, podría convertirme en un ser maravilloso y comprender que es un tema delicado, que ha sido algo inesperado y brusco y… mil cosas más, pero lo único en lo que puedo pensar es en la forma en que me ha gritado que saliera de su despacho.

Ha sido… muy humillante.

Algo más recuperada, me dirijo a mi coche y entro en él como si pudiera protegerme de todo. Cierro la puerta y me dedico a respirar hondo varias veces. Muchas.

«Lo siento, Lorraine», digo en voz alta. «Yo lo he intentado, créeme».

«Me habría gustado poderle explicar la situación, pero no ha sido posible. Tu hijo ya me parecía un gilipollas hace unos días, cuando

me tropecé con él en el aparcamiento del juzgado, pero hoy se ha llevado el premio».

No es que yo esperara nada de este encuentro. De hecho, la petición de Lorraine me parece descabellada y puedo entender su sorpresa o su malestar, pero de ahí a que ni siquiera me deje acabar… De ahí a que me eche como si fuera una cucaracha…

Lo que aún no me explico es que su hijo fuera el mismo hombre del juzgado y el del centro comercial… También tropecé con él.

¿No es extraño?

El mismo idiota de las muletas es el hijo de Lorraine, el mismo que no he visto desde que éramos niños…

¡Es de locos! Parece una broma cruel.

Con la sensación de absoluto fracaso, pongo el coche en marcha.

Antes de que pueda maniobrar, recibo una llamada. No está entre mis contactos.

¿Y si es él, que ha cambiado de opinión y ha decidido escucharme?

Pues ahora no quiero yo.

Me cruzo de brazos como una niña mientras el timbre de llamada no cesa.

Decido descolgar.

—Brooke Keegan —me indica una voz femenina muy dulce.

—Sí, soy yo.

—Mi nombre es Karen, le llamo de Maple Groves. Se trata de la señora Lorraine Blackwell.

Mi mente se mueve deprisa. ¿Malas noticias? ¿O es que Lorraine quiere hablar conmigo y ha necesitado ayuda para ello?

—¿Qué le ocurre a Lorraine?

—Ella nos pidió que le comunicáramos a sus familiares y a usted si había una recaída.

—¿Recaída? —pregunto con un temblor en la voz.

—Lleva dos días en un episodio de desconexión —explica con calma—. Permanece inconsciente y no responde a estímulos. Es un

cuadro que ya estaba contemplado dentro de la evolución de su enfermedad.

—¿Dos días? Hablé con ella el domingo, hace justo dos días.

—Poco después de hablar con usted.

Debe de ser la misma enfermera que estaba con ella cuando hablamos.

—¿Esto… ha ocurrido antes? —pregunto casi en un susurro.

—Ha tenido episodios similares, aunque no con esta duración —responde con cautela—. Cada recaída es distinta.

—¿Va a despertar?

Hay una breve pausa al otro lado de la línea.

—No podemos saberlo con certeza —dice finalmente—. En ocasiones anteriores ha recuperado la consciencia, pero ahora mismo solo podemos observar su evolución y seguir el protocolo médico.

Me tomo unos segundos para intentar procesar lo que me ha dicho.

—¿Ella le pidió que me llamara?

—Sí, a usted y a sus familiares.

—¿Familiares? Lorraine no tiene… Bueno, quiero decir que no…

—No se preocupe, ya hemos contactado con ellos.

—Pero… ¿con quién?

—No puedo darle esa información.

—Necesito saberlo por si debo informarles yo misma —le presiono, intentando entender la situación o sacarle algo más de información.

—El señor Harrow está informado, si es lo que desea saber. Ya nos hemos ocupado.

—Acabo de hablar con el señor Aiden Harrow —le digo muy confundida—. ¿Cuándo se lo han dicho?

La enfermera parece incómoda ante mis preguntas, pero necesito entender esta situación.

—Malcolm Harrow —me aclara, algo seca, como si le pesara darme información—. Es con él con quien hemos hablado. Le seguiremos informando de su evolución. Puede llamarnos cuando lo desee.

Todavía impactada, le hago la última pregunta.

—Viajaré a Wyoming en pocos días, ¿podré visitarla?

—Sí, claro, cuando desee puede hacerlo.

No hay más que decir; de hecho, no sé qué más decir. Le pido que me informen de cualquier cambio y cuelgo.

¿Malcolm Harrow?

Ese es el padre de Aiden, el exmarido de Lorraine. Recuerdo haber escuchado ese nombre alguna vez.

Esto es de locos.

¿Por qué le iban a informar de su estado? ¿Por qué lo pidió ella? ¿Era una forma de asegurarse de que su hijo lo supiera? ¿Tenía contacto con él? Entonces… ¿qué pinto yo en esto?

Demasiadas preguntas.

Lorraine no puede contestarlas y esa es la única realidad ahora mismo.

Ni siquiera sé si volverá.

Y no he podido hablar con su hijo, con su odioso hijo.

Veo que no ha cambiado. Ya era insoportable, quejica y arrogante con diez años.

«No he podido darle tu mensaje», pronuncio con la voz entrecortada.

«Espero que despiertes, Lorraine». «Mi querida Lorraine».

Y llegan las lágrimas. Las que le dedico a una persona que significó mucho en mi vida, y en la de mi madre.

17

Aiden

Malditos recuerdos

Las vistas desde mi despacho no son tan buenas como las de mi apartamento, pero recurro a ellas, a ambas, cada vez que quiero poner orden en mi cabeza.

No sirve de nada. El zumbido que siento dentro de mi cabeza desde que esa mujer ha salido por la puerta, hace tan solo veinte minutos, no cesa.

Es pronto, pero me temo que esta sensación no va a desaparecer fácilmente. No todos los días alguien llama a tu puerta para hacerte recordar un pasado que consideras olvidado, enterrado y extinto.

Escucho la puerta a mi espalda. Sé que se trata de Jayce, no necesito darme la vuelta. Probablemente su entrada silenciosa me haya dado ya algunas pistas.

—¿Estás bien? —se anima a decir después de prolongar un poco más el silencio.

—Podría estar mejor —le confieso sin darme la vuelta—, pero no es grave.

—¿Por qué la has echado? —me suelta. No somos muy amantes de los preliminares.

—¿Te ha dado quejas?

—No se ha quejado de que la echaras, sino de las malas formas.

—¿Y qué esperaba?

—Creo que darte un mensaje de Lorraine.

—Mensaje que no tenía por qué escuchar; no me interesa lo más mínimo nada que tenga que ver con Lorraine.

—Lorraine te va a interesar igual si escuchas el mensaje como si no lo escuchas —interviene Jayce.

Me doy la vuelta. Me siento en mi sillón y me acomodo. Él está frente a mí, al otro lado de la mesa, sentado de la misma manera.

—¿De qué conoce a Lorraine? —me pregunta.

—¿No te lo ha contado?

—Solo me ha dicho que la has echado y se ha marchado. Le he preguntado, sí, pero no ha querido contarme nada.

—Es de Moonridge, Wyoming —hago una pausa y aprieto la mandíbula sin darme cuenta—. Me dijiste que la conocías… ¿de qué?

—Es una de las víctimas del caso Douglas, el del tiroteo en la clínica de rehabilitación, en Back Bay.

Abro mucho los ojos. No esperaba esa presentación.

—Entonces… ¿vive en Boston?

—Vive en Boston. Me cae bien.

—¿Te has liado con ella?

—Pero… ¿no me has escuchado? Es testigo en un caso. No traspaso esas líneas.

—Pues la señorita que «te cae bien» lleva persiguiéndome unos cuantos días.

Me mira sorprendido y me animo a contarle todos nuestros encuentros, empezando por el centro comercial y acabando por el aparcamiento, sin omitir ni un detalle.

—Por eso has hablado del seguro del coche…

—Sí. Cuando la he visto, creía que venía a reclamarme los daños.

—Aiden, lamento decirte que tu teoría de la persecución pierde fuerza. Ella estaba en el juzgado porque yo le pedí que asistiera a la vista de fianza de Douglas. No fue al juzgado a perseguirte; fue a una vista. Si lo que insinúas es que quería acercarse a ti, me parece una manera bastante estúpida de hacerlo, por lo que me has contado. Habría intentado hacerse tu amiga, no pelear contigo por un aparcamiento y ponerte obstáculos para que tropieces y te golpees…

—Sé que parece ridículo, pero ¿qué debo creer? ¿Que es casualidad?

—¿Por qué no?

—En cualquier caso, no quiero saber nada de ella ni de su mensaje.

—Aiden —me dice Jayce—, aunque tu teoría fuera cierta, ¿qué más da el modo en que se haya acercado a ti? No es eso lo más importante. Hay un mensaje por ahí que no has querido escuchar…

—Jayce, conoces la historia perfectamente. Sabes que Lorraine está muerta para mí desde hace mucho tiempo, desde que yo tenía doce años, desde que decidió abandonarnos a mi padre y a mí —hago una pequeña pausa, contengo la respiración—. Y diecinueve años después aparece esa mujer en mi vida para decirme que Lorraine está enferma y que tiene un mensaje que darme… No pienso escuchar nada de eso.

—Te entiendo perfectamente, pero creo que nada va a cambiar si escuchas ese mensaje. No tienes que enfrentarte a Lorraine, solo escuchar a Brooke. Siempre es mejor saberlo.

—No quiero volver a ver a esa odiosa mujer.

—Ella no es el problema, Aiden, ella solo es una mensajera.

Me tomo mi tiempo antes de hacer el siguiente comentario.

—Ella es más que una mensajera, Jayce. Ella es la niña por la que mi madre decidió abandonarnos para dedicarse a cuidarla. Brooke… Keegan… No recordaba su apellido, pero lo que no puedo olvidar es que ella es aquella niña por la que Lorraine lo abandonó todo… incluyendo a su propio hijo. Y desde entonces las he odiado a las dos.

18

Brooke

Una madre

—Pobre Lorraine —dice Sharon mientras extrae de la pizza todos los ingredientes que le sobran, que son casi todos.

Brent nos ha invitado a cenar en su casa. Su especialidad son las pizzas, las mismas que estamos disfrutando ahora sentados sobre toneladas de cojines en el suelo de su claustrofóbico salón. Él mismo las amasa, las compone y las hornea. Son deliciosas, pero Sharon siempre encuentra algún obstáculo.

Les he contado mi encuentro con Aiden, con el abogado arrogante que me echó de su despacho ayer. Todavía no me he repuesto.

Ellos conocen mi historia y, por supuesto, mi relación con Lorraine.

—Tenía entendido que adorabas el pepperoni —se queja Brent después de ver el destrozo que ha hecho a su creación.

—En pequeñas cantidades —sentencia sin dejar de perseguir su última rodaja desterrada.

Sharon parece satisfecha. Se acomoda sonriendo, garantía de que la conversación cobrará vida. La inicia con una pregunta.

—¿Por qué llevan tantos años peleados? —me pregunta Sharon. Ya hace rato que hemos dejado atrás la parte en la que ese arrogante abogado me ha echado del despacho, la parte de la disputa del aparcamiento y la llamada que he recibido de la residencia de Lorraine. La he resumido, lo prometo. Pero mis amigos son diferentes. Cuanto más intentas comprimir algo para no aburrirlos, más preguntas hacen.

—Es una historia complicada…

—Cuéntala —me anima Brent, que adora todo lo que sea un conflicto entre seres humanos.

—Lorraine se marchó de Moonridge cuando conoció al padre de Aiden. Él estaba de paso en el pueblo, pero se enamoraron y poco después se casaron y se fueron a vivir a Nueva York, de donde era él.

—No me extraña… Yo habría hecho lo mismo. En cuanto llegara alguien de Nueva York me habría colgado a su cuello y no lo habría soltado… —admite Sharon—. ¿Tú no, Brent?

—De Nueva York o de cualquier parte… —admite Brent.

Los observo sin intervenir; estoy acostumbrada a sus comentarios y chistes sobre Wyoming. Sé que todavía queda un rato.

—¿Qué hay en Wyoming? —pregunta Sharon mientras reproduce la misma expresión que se muestra en un funeral.

—El parque nacional de Yellowstone —le contesta Brent.

—Uffff. Piedras, árboles, bichos… —nos ilustra Sharon.

—Y un volcán —añade Brent.

Esos son mis amigos, amantes de la naturaleza, de los paisajes, de la historia de nuestro planeta. Si no hay asfalto, edificios vertiginosos, centros comerciales y millones de seres humanos deambulando por las calles, no es un lugar habitable.

Sé que, en parte, lo hacen para hacerme reír, así que me limito a escucharles hasta que se harten.

—Sigue, ¿qué pasó con Lorraine? —Esta vez es Brent quien se interesa.

—Lorraine me contó que su matrimonio iba bien, que nunca tuvieron problemas. Hasta que decidió pasar una temporada en Moonridge. Fue al poco de fallecer su madre. Su padre estaba muy mal por la pérdida y permaneció a su lado un tiempo para darle apoyo. Mientras ella estaba allí, su marido pidió el divorcio y utilizó esa ausencia contra ella. Tenía dinero, buenos abogados y el control de la situación. Lorraine no.

—¿Y qué pasó? —pregunta Sharon, arrugando la frente.

—Que no volvió a ver a su hijo.

—¿Qué? ¿Así, sin más? —se escandaliza, abriendo la boca y negando con la cabeza.

—No. Fue un proceso largo, pero el resultado fue ese. Aiden odiaba a su madre; su padre lo convenció de que lo había abandonado. La justicia se puso de parte del padre.

—Entre los diez y los doce años, la opinión del menor empieza a tener peso y el juez puede escucharlo y no forzar visitas, mucho más si vive fuera del estado —nos aclara Brent—. Entre los trece y los dieciséis la opinión del menor tiene mucho peso y, a los diecisiete, la justicia prácticamente no se interpone.

Mientras escucho la explicación de Brent, más consciente soy de lo que debió sufrir Lorraine. Aunque nunca ha dejado de mencionar a su hijo, no quiero ni imaginarme todo lo que pasó. Ahora entiendo su obsesión por el juicio de las tierras. Creo que era lo único que podía mantenerla ocupada. Pero también puedo comprender lo que significa para un niño de doce años que le manipulen y lo vuelvan en contra de su madre sin tener en cuenta lo que eso supone para él.

—El padre se casó poco después —comento para dar por finalizado el tema.

—No entiendo esa historia, Brooke. ¿Y cómo pretende Lorraine que su hijo se haga cargo de ese juicio? —se interesa Brent.

—No lo sé. Supongo que solo le quedaba intentarlo.

—Pues le ha salido mal. El tío te ha mandado a la mierda en cuanto fuiste con el cuento… —resume Sharon con precisión.

—Eso es lo que hizo —admito intentando borrar lo que aparece en mi cabeza de esa escena.

—Ese tema debe de ser muy delicado para él —comenta Brent y lo fulmino con la mirada.

No necesito la versión comprensiva y profesional de Brent respecto a ese gilipollas. Yo también puedo entender muchas cosas, pero no me da la gana de hacerlo. Bastaba con ser un poco más educado. Me echó el muy cabrón, como si fuera basura. ¡Qué desagradable y humillante!

—¿Tienes algún recuerdo de él? —rectifica Brent, sonriendo.

—Siempre llevaba encima un diario en el que lo anotaba todo. Era insoportable. Tenía ese aire de niño criado en Nueva York y no

perdía ocasión de recordárnoslo, como si Moonridge fuera una selva en la que lo hubieran soltado. Siempre se quejaba, todo lo cuestionaba… comparándolo todo con su gran ciudad, dejando claro constantemente que aquel sitio estaba por debajo de lo que él conocía. Nos trataba a mí y a los otros niños como si fuéramos una rareza local, críos de pueblo que no sabíamos nada del mundo. Tomaba notas constantemente, como si estuviera observando el comportamiento de una tribu incivilizada. ¡Odioso!

—De Nueva York a Wyoming… Debió de ser traumático para el pobre niño.

De todo mi relato, esa es la parte que más le ha impactado a Sharon.

—Solo fue dos o tres veces, Sharon, no se mudó a vivir allí.

—Es suficiente para desarrollar un trauma.

Sharon le pone tanto sentimiento a ese comentario que me echo a reír. No me queda otra. Hace años que he aprendido a convivir con esos comentarios sobre el estado en el que nací. Ella es otra de las que considera Wyoming como un desierto o un lugar en proceso de civilización.

—¿Es guapo? —pregunta por fin. Ha tardado mucho en hacerlo y lo esperaba.

—Normal —les digo intentando que no se refleje en mi rostro que estoy mintiendo.

La respuesta correcta habría sido «sí, es increíblemente guapo y atractivo, de los que te dejan clavada al suelo con solo mirarlos», pero no pienso decir nada favorable de ese hombre.

—Pues entonces no se parece a mi chico… Es guapísimo.

Alerta. Esa cara de estar en el limbo nos asusta a Brent y a mí. «Mi chico» es demasiado íntimo. El «alguien» va ganando terreno.

—Vamos, Sharon, deja ya de mantener a «tu chico» en el anonimato. ¿De qué te ha servido otras veces? Han salido mal de todas maneras —le sermonea Brent.

—Todo a su debido tiempo. No quiero hablar de él; siento que en cuanto lo haga, todo se estropeará. Es una manía. Como un

embarazo. Muchas mujeres embarazadas no hablan de su estado hasta que su bebé está algo formado. El riesgo de pérdida en los primeros meses es alto y…

—Lo hemos entendido, Sharon —le digo evitando escuchar una vez más esa absurda teoría que tantas y tantas veces ha utilizado.

—Bien, pues solo puedo deciros que solo nos estamos conociendo. De momento, lo que sé de él es que es encantador y me hace sentir especial. Es guapo, tiene las ideas muy claras y… sé que llegaremos lejos. Lo presiento. Para vuestra tranquilidad, voy despacio. He aprendido mucho.

Esas palabras no son nuevas. Siempre son especiales y definitivas, pero cada vez el golpe es más doloroso.

—Presiento que dentro de poco os hablaré de él, incluso os lo presentaré.

Brent y yo asentimos con la cabeza y sonreímos. Nos miramos y tardamos poco en decidir que el tema no debe continuar. Nos arriesgamos a escuchar otro capítulo completo de boda romántica e ideal. Ahora mismo no podría soportar más pétalos, luces y pasteles en forma de corazón.

—¿Y ahora qué, Brooke? —me pregunta por fin Brent, rescatando la escena.

—Ahora sigo con mis planes. Dentro de dos días me marcharé para gestionar la venta y aprovecharé para descansar.

—¿Qué pasará con ese juicio de Lorraine?

—No lo sé, Sharon.

—Has hecho lo que has podido, Brooke. No te impliques más —me aconseja Brent.

—¿Cuánto tiempo vas a estar en ese pueblucho?

—Una semana.

—¿Tanto?

—Hay más de dos mil millas, Sharon.

—Ya… ¿Vas en avión o en coche?

—Repito, Sharon: hay más de dos mil millas. En coche tendría que cruzar seis estados y, según la ruta, tardaría cuatro días en

llegar.

Me mira con tristeza.

—Lo siento mucho, Brooke. La vida es injusta. No te mereces tener que pasar por eso; nadie se merece tener que pasar una semana en un pueblucho de Wyoming.

Nos reímos y acabamos enredadas en una guerra de cojines que pone fin a la conversación.

Ellos saben poco de la historia de Moonridge. Solo que nací allí y viví hasta los doce años. Alguna anécdota suelta, los datos justos. Lo que se cuenta sin pensar, lo que no exige una explicación.

No saben lo que representa realmente Moonridge en mi vida.

No saben que me voy a alojar en una casa medio en ruinas.

Ni que regreso no solo para vender la casa, sino para poner un punto y final a una historia.

Es una despedida pendiente.

Y hasta que no lo haga, sé que Moonridge seguirá ahí.

Esperando.

19

Aiden

Por lo que fuimos

—¿Cuándo recibiste esa visita? —me pregunta mi padre cuando se decide por fin a hablar.

Me sorprende que, después de escuchar el relato completo de la visita de esa odiosa mujer, sea lo único que le interese. Ni una pregunta más. Ni un gesto. Solo eso.

—Ayer por la mañana.

Vuelve al silencio. Lo mantiene mientras se frota las manos y baja la cabeza, como si necesitara ese tiempo para ordenar algo que no esperaba remover.

Mi padre es un hombre reservado; no es inusual que se comporte de esta manera, pero hay algo en su actitud que me descoloca: una tensión contenida que no le conozco.

Esta mañana, cuando he conseguido tener la mente un poco más despejada, he decidido compartirlo con él. Siempre ha sido mi confidente, mi apoyo, y en este tema en particular no quería dejarlo al margen. Creía que merecía saberlo. Que debía saberlo.

No sabría decir cuánto tiempo hace que no hemos pronunciado el nombre de Lorraine, probablemente muchos años; por eso he buscado la intimidad que nos podía proporcionar su casa para hacerlo. Ese nombre no se pronuncia de cualquier manera.

Estamos solos; Michelle todavía no ha llegado, algo que he tenido en cuenta a la hora de elegir el momento de mi visita.

—¿No quisiste escuchar a esa chica?

—No, no me interesa lo que tenga que decirme, y mucho menos sabiendo quién es ella… ¿Acaso te has olvidado?

—No, no me he olvidado. Entiendo tu reacción —me dice, meneando la cabeza, pero no me resulta natural ni convincente. No hay sorpresa. Solo una aceptación extraña.

—Aiden, hace meses que sé que Lorraine está enferma.

Esas palabras me llegan como un jarro de agua fría. Estaba esperando una reacción de sorpresa, algún rastro de enfado, algo propio tras tantos años de silencio por parte de Lorraine, pero no lo que acabo de escuchar. No estaba preparado para esto.

—¿Lo sabías? No lo entiendo.

—Ella se puso en contacto conmigo hace unos meses. Me contó que estaba enferma y que necesitaba ingresar en una clínica.

—No sé si quiero seguir escuchándote —le digo levantándome de la silla, incapaz de asimilarlo todo a la vez.

—Sí, lo harás, Aiden. Has venido a contarme una historia y yo te voy a contar otra. Yo no soy esa chica que echaste de tu despacho. No me vas a dejar a medias. Esto también es muy desagradable para mí.

Su discurso, seco y exigente, no es propio de él. Me desconcierta más que la noticia en sí.

Vuelvo a sentarme y él continúa.

—Me contó que estaba arruinada y me pidió ayuda para poder pagar la clínica.

—¿Acaso has estado en contacto con ella alguna vez más? ¿Te llamó para pedirte ayuda? ¿Así, sin más?

—No, no he estado en contacto con ella desde hace muchos años, Aiden. No hay ningún elemento nuevo en la historia que ya conoces. Solo este, y pensaba contártelo cuando estuvieras más tranquilo. Llevas meses de mucho estrés por el caso y la lesión.

—Ni que hubiera estado al borde del abismo… Un caso complicado, sí, pero no mucho más que otros. Una lesión inoportuna, pero no hasta el punto de quererme proteger de esa manera… No soy de cristal.

—Puede que esa sea tu visión, pero no la mía. Estabas muy estresado, muy agobiado. No había prisa ni motivo para importunarte con esto.

—Bien, de acuerdo. Continúa. Te pidió dinero… ¿qué más? ¿Qué se supone que viene después?

—Nada más, Aiden. Es todo lo que me pidió. Estaba arruinada; no me contó por qué ni le pregunté. Su salud era muy frágil. Tiene episodios de inconsciencia que pueden durar horas o incluso días. Ya no tiene el control de su vida. Necesitaba ingresar en ese centro para los cuidados y el tratamiento y no se lo podía permitir.

—¿Arruinada? Vaya. Yo tenía entendido que heredó mucho dinero de sus padres, ¿no es así? Eso creía recordar.

—Eso creía yo, pero desconozco qué ha podido pasar ni en qué lo ha invertido.

—¿Qué le dijiste?

—Que lamentaba su enfermedad y que la ayudaría.

Un segundo jarro de agua fría. Y este duele más.

—¿Le diste el dinero? ¿Por qué?

—No puedo darte una respuesta muy concreta, Aiden. Por compasión, supongo… ¡No lo sé! Sentí que debía hacerlo.

—Ya… O sea que ya se lo has enviado…

—A ella no. Me proporcionó los datos de la clínica y lo gestioné directamente con ellos. Al tiempo que gestionaba el pago, también recibí información de su enfermedad y su tratamiento, bajo su autorización.

—Entonces ¿estás pagando esa estancia?

No sé por qué he pasado de no querer escuchar a hacer tantas preguntas. Quizá porque, sin darme cuenta, ya estoy dentro.

—El pago cubría varios meses; todavía quedan unos cuantos, pero no creo que necesite más ingresos.

—¿Por qué?

—Ayer me llamaron de la clínica para decirme que había entrado en un episodio de desconexión más profundo que otras veces. Está inconsciente y no saben cuándo despertará ni si ocurrirá.

Esas palabras me impresionan, aunque no sé por qué. O quizá sí lo sé y no quiero admitirlo.

Mi padre dedica unos minutos a contarme qué clase de enfermedad tiene y no le interrumpo. Pero no presto atención. Mi

cabeza está en otro lugar, preguntándose qué demonios hacemos mi padre y yo hablando de esa mujer después de tanto tiempo, después de todo lo que nos hizo. Después de lo que me hizo.

—¿Te comentó algo de esa chica?

—No, Aiden, no mencionó nada de ella. Solo sé lo que te he contado. Fue una conversación escueta, fría y no entramos en detalles. Me preguntó por ti, eso es cierto, pero me limité a decirle que estabas bien.

Vaya. Dos segundos de protagonismo en la vida de esa mujer están muy bien después de diecinueve años…

Michelle interrumpe nuestra «emotiva» conversación.

Entra sigilosamente y no necesita que le digamos que algo ocurre. Nos conoce bien. Siempre ha sabido leer los silencios.

Me abraza y me besa cariñosamente, como siempre, y mi padre le indica el motivo de nuestra conversación.

Es evidente que estaba al corriente de todo y no muestra sorpresa, pero sí lo hace cuando la informo de la visita de esa mujer. Eso la descoloca.

Después de una conversación algo incómoda, decido poner punto y final.

—Bien, ahora ya nos hemos puesto al corriente de las novedades. No es necesario que volvamos a hablar de este tema.

Mi padre me golpea cariñosamente en la mano. Michelle me besa en la mejilla y me revuelve el pelo.

La observo. No me cabe duda de quién es mi madre. La vida a su lado ha sido fácil y maravillosa. No solo se encargó de curar todas las heridas que tenía cuando me conoció, sino que me integró en su vida, junto a mis hermanos, Cassidy y Jayce, haciendo que fuéramos una nueva y consolidada familia. Una familia de verdad.

Una hora después, tras cenar con ellos, decido marcharme.

Michelle me acompaña a la puerta, me besa y me abraza de nuevo.

—Aiden, no renuncies a ese mensaje —me suelta, provocándome un golpe en el centro del pecho.

—Mamá, no necesito saber…

—No es cuestión de necesitarlo, Aiden. Siempre podrás ignorar el contenido de ese mensaje, pero hazlo conociéndolo, no antes de ello.

—Solo recibiré una retahíla de estupideces que no necesito. Falso arrepentimiento, mensajes absurdos de cariño… Lo propio de alguien que sabe que su vida llega a su fin… No me aporta nada.

—Entonces no tendrás problema en escucharlo.

—Yo…

—Piénsalo, Aiden, solo piénsalo.

Y lo hago. Lo hago durante una larga noche. Demasiado larga.

Y despierto con una idea para la que no tengo explicación.

No sé qué me ha llevado a ello, pero ahora siento curiosidad por conocer el contenido del mensaje de esa mujer.

No hay emoción en ello ni sentimiento. La curiosidad parece razonable en este caso. Controlable.

Lo único que lamento es tener que volver a ver a la tal Brooke.

La sola idea me revuelve el estómago.

¿Y si la llamo?

Jayce debe conocer su número de teléfono.

20

Brooke

Mensaje

No es la forma en la que me habría gustado reunirme con el abogado que me echó de su despacho, pero tampoco había demasiadas alternativas. Jayce se puso en contacto conmigo ayer por la noche. Fue directo: Aiden quería escuchar el mensaje que Lorraine me dejó. Nada más.

Me parece un poco infantil que no me llamara él mismo, pero no me sorprende. Solo me incomoda lo justo y lo suficiente para tomar nota y seguir adelante.

Hemos quedado en una cafetería de Back Bay, una de esas a las que no entra cualquiera y donde nadie se queda más tiempo del necesario. No es un lugar íntimo, pero sí neutral; y eso importa. Aquí ninguno invade el espacio del otro. El tiempo, además, juega en contra. Mañana viajo a Wyoming y no dispongo de más margen. Si voy a darle el mensaje, no quiero hacerlo a medias ni de cualquier manera, pero tampoco estaba dispuesta a recibirle en mi casa. Aunque… por un momento me ha cruzado por la cabeza, quizá para darme el gusto de echarle yo también cuando hubiera acabado. Pero… no es ese mi cometido en este asunto, aunque me pese.

Espero que esté algo más receptivo. Me gustaría poder cumplir con mi cometido. Lorraine no me pidió solo que le transmitiera su situación ni que le planteara lo del juicio. Fue más clara que eso. «Convéncelo, Brooke», me dijo. Cada vez que pienso que esa podría haber sido nuestra última conversación…

Por eso estoy aquí. Aunque no me siento cómoda con esta parte, es prácticamente lo único que puedo hacer por ella ahora, teniendo en cuenta su estado. Y aun así no me hago ilusiones. Es difícil imaginar a Aiden atendiendo los deseos de una madre a la que no ha visto en diecinueve años. El juicio es antiguo, complejo y

desgastado. Está lejos, en otro estado, y no tiene nada que ver con la vida que él ha construido. No es razonable esperar que lo deje todo por algo que, con toda probabilidad, le importa incluso menos que ella. Yo solo transmito el mensaje. Lo hago por Lorraine; consciente de que, para Aiden, aceptar sería casi una locura.

El local es discreto, elegante, silencioso. Mesas bien separadas y cómodas; iluminación agradable y discreta; conversaciones que no se escuchan. Exactamente lo que necesitamos.

Cuando entro, él ya está sentado, al fondo, en la zona más apartada de todo el local. No levanta la mano ni sonríe. Se limita a mirarme fríamente cuando me ve llegar.

Me fijo en su atuendo. Más informal que las veces anteriores. Ni traje ni corbata. Lleva un jersey de lana azul y, por la postura relajada de las piernas, apostaría a que unos vaqueros, aunque la mesa no me concede tanta visión. Yo tampoco voy especialmente arreglada: un jersey blanco, escotado lo justo, y una falda larga. Informal, cómoda… y aun así consciente de cada detalle, como si este encuentro fuera especialmente importante. En parte, lo es. Por ella; por Lorraine.

—Gracias por venir —me dice de forma seca. Nada ha cambiado.

Confieso que me impone su presencia. Él parece tan seguro… Y yo… yo soy un puñado de nervios que me esfuerzo de una forma sobrehumana por disimular.

—¿Es tu manera de disculparte por haberme echado de tu despacho? —pregunto sin rodeos y sin pensarlo demasiado, al tiempo que tomo asiento frente a él.

Me arrepiento en cuanto le digo esas palabras. Se supone que debo tener una actitud conciliadora. Debo pensar en Lorraine, en lo que he venido a hacer aquí, pero ya he cruzado la línea.

Levanta la vista despacio. No parece sorprendido.

—No —responde—. Solo he dicho lo que quería decir.

—Podríamos haberlo solucionado el otro día, no era necesario perder más tiempo —le reprocho; una vez más no soy capaz de

mantener la boca cerrada.

—No me parece que tengas problemas con las pérdidas de tiempo… Perseguirme por todo Boston para acercarte a mí no es que sea muy productivo.

No, por ahí no paso.

—¿Perseguirte por todo Boston? ¿Has dicho eso? —le pregunto alarmada. ¿Qué clase de conclusiones son esas?

—Mejor lo olvidamos.

—No, de eso nada. Ahora me lo vas a explicar. ¿Yo te he perseguido?

—¿Era casual el encontronazo en el centro comercial? ¿Y el del incidente con la puerta del coche? ¿Y el hecho de que te atravesaras para impedirme el paso en el aparcamiento del juzgado?

¿Este tío es abogado? No parece tener mucho cerebro… ¿Cómo ha podido llegar a esa absurda conclusión?

Respiro hondo. Brent me reñiría si me escuchara.

—No, no era casual, lo confieso. Me has pillado.

—Me alegro, es un buen comienzo.

—¿Cómo te has dado cuenta? —continúo con un tono tan irónico que hasta a mí me parece pedante—. Te seguí hasta el centro comercial para chocarme contigo, provocarte un buen golpe y que, en agradecimiento, me invitaras a cenar. Es lo habitual, ¿no? Hasta estudié el rincón para que el golpe te doliera más. Cuanto más te jodiera, más posibilidades tendría de acercarme a ti. Pero no conseguí nada, así que seguí con el mismo método, el de la fuerza, el habitual si quieres acercarte a alguien. Aporréalo y llamarás su atención. Suele ser infalible, pero, por alguna extraña razón, a mí no me funcionó, así que planeé lo de la puerta. Si te hacía volar por los aires, seguro que acabábamos compartiendo números de teléfonos y hasta me invitabas a ir a tu casa en agradecimiento. Para enriquecerlo también introduje lo de las muletas; por eso te las tiré, para ganarme aún más tu cariño. Y… para ganarme el cielo solo tuve

que dejarte media hora dentro del coche hasta que pudiera validar mi pase. Ha sido agotador, pero… aquí estamos. Funcionó.

Sonríe de mala gana.

—Te agradecería que reprodujeras de una vez ese dichoso mensaje. Cuanto antes acabemos, mejor. No tengo todo el día.

—Escúchame, Aiden —empiezo a decirle con un tono serio, pero calmado—. Tengo tantas ganas de estar aquí como tú. Las mismas. Si te he «perseguido» por toda la ciudad es porque quiero darte el mensaje que Lorraine me pidió que te diera, o más bien me suplicó. No es un mensaje que se ciña a dos frases; si fuera así te las habría hecho llegar con un simple correo electrónico, o de cualquier manera más sencilla. Lo que ella me pidió requiere una pequeña explicación, ponerte en antecedentes de algo para que el mensaje te llegue correctamente, claramente y tú puedas decidir qué hacer con él. Después de eso, desaparezco. Así que escúchame, déjame terminar y, si es posible, no me metas prisa ni des por terminada la conversación hasta que haya terminado. En este asunto no tengo ningún interés, ninguno, más allá de cumplir con algo que ella me pidió. A partir de ahí, dejo de existir para ti y tú para mí.

—Empieza de una vez. Lo he entendido perfectamente.

Me tomo un pequeño tiempo. El color debe desaparecer de mi rostro; estoy demasiado encendida.

Por fin adopto el modo cordial, conciliador y dulce. Mi mejor versión.

—Lorraine —digo manteniendo mi propósito de no decir «tu madre», de lo contrario me morderá— lleva años, muchos años, manteniendo un pleito legal con una familia, con los Waverly. ¿Conoces algo?

—No. Te recuerdo que hace diecinueve años que no sé nada de ella.

«Nunca te lo permitieron», pienso, pero, por supuesto, me muerdo la lengua.

—Espera… Puede que algo recuerde… —me confiesa con frialdad —. Algo me suena de haber escuchado. Pero… de eso hace mucho tiempo. ¿Qué tiene eso que ver conmigo?

—Ese pleito lleva activo cuarenta años. Lo inició el padre de Lorraine y ella continuó con él a su muerte… hasta hoy.

—¿Cuarenta años? ¿Qué significa eso?

—No conozco todos los detalles, solo la historia por encima, pero es un conflicto que se remonta a muchos años atrás, cuando ella era una adolescente. Es entonces cuando su padre y un amigo suyo empezaron una guerra que aún parece no haber terminado.

—Sigo sin entender qué tiene que ver conmigo.

—Escúchame y lo entenderás —le digo suavemente—. El pleito tiene que ver con unas tierras y una casa, la misma en la que ha vivido Lorraine hasta ahora.

Él mira hacia otro lado, parece estar intentando buscar entre sus recuerdos. Continúo, y lo hago fiel a un texto que he ensayado previamente. No conozco los detalles y, aunque me preguntara, no podría responderle a casi nada, pero estoy ordenando lo que sé después de haberlo escuchado durante años de boca de su madre y después de haberle echado un ojo a la documentación que ella me envió.

—Su padre, Warren Blackwell, heredó unas tierras de un importante y adinerado terrateniente de la zona para el que había trabajado toda su vida. Un premio a su lealtad, supongo; algo que le había prometido en vida. Clifford Waverly era su amigo y también trabajaba para ese terrateniente. Eran inseparables. Cuando Warren heredó esa tierra, Clifford dijo que la mitad era suya, que era el pacto que tenían con el terrateniente.

—No sé de qué va esto, pero… ¿no había un testamento?

—Sí, y ahí es donde empieza la historia. Clifford lleva toda su vida afirmando que el terrateniente cambió el testamento porque estaba bajo coacción de Warren y que esa no era su voluntad. Lleva toda la vida diciendo en los tribunales que, o bien fue chantajeado, o

bien no tenía las facultades mentales en condiciones para cambiar el testamento. Lo ha probado todo.

—En la redacción de un nuevo testamento intervienen varias personas…

—No puedo darte más detalles, Aiden. Mucho menos de ese tipo. No soy abogada ni entiendo absolutamente nada de esos temas. Te he hecho un resumen del pleito porque es lo que yo he escuchado toda mi vida.

—Sigo intentando entender qué pinto yo en esto…

—Ese pleito ha pasado por muchas fases, muchos recursos, nuevas pruebas, nuevas sentencias…; así hasta hoy. Dentro de poco más de dos semanas, el seis de abril, se celebrará el que Lorraine bautiza como el último juicio. Los Waverly aportarán una nueva prueba que creen definitiva. El abogado de Lorraine se ha jubilado; no quiere continuar representándola y se ha quedado sola.

—Acaba… presiento por dónde vas…

—Es su última oportunidad de demostrar que esas tierras pertenecían a su padre legítimamente. Y, en consecuencia, a ella, que las ha heredado. Me dijo que te pidiera que… —Hago una pausa, sé que lo que viene a continuación le va a sorprender— la representaras legalmente en ese juicio.

Abre mucho los ojos; tanto que parece que se van a salir de su órbita.

—¿Tienes que decirme alguna estupidez más, o has terminado?

21

Aiden

Todo lo que fue

Permanece callada y suspira de forma discreta, tanto como la situación le permite.

Confieso que estaba preparado para alguna frase de amor lapidaria, alguna confesión de arrepentimiento o alguna versión que intentara justificar su desaparición de mi vida, pero ni en mis peores sueños habría imaginado que Lorraine tuviera la absurda idea de proponerme algo así, aunque no fuera directamente sino a través de la mujer que tengo delante de mí: su querida Brooke.

—Sé que puede parecer extraño —me dice con un tono de voz muy cálido.

—¿Extraño? Se me ocurren mil maneras más de describirlo… —le digo sin perder la frialdad que me ha acompañado durante toda la conversación—. ¿Hay algo más?

—Está muy enferma, no sé si sabes que… ha entrado en una fase especialmente delicada en la que… —me informa escudriñándome con la mirada.

—Ahórrate esa parte, estoy al corriente —le interrumpo.

—Sí, me dijeron que… habían informado a la familia.

—Te informaron mal. Informaron a mi padre, y fue solo porque es el que se encarga de pagar su estancia en… donde quiera que esté. No es exactamente «familia».

Parece sorprendida y eso me descoloca.

—¿Tu padre paga el…? —arruga la frente—. No lo sabía.

—Vaya, creía que estabais muy unidas… Solo así podría explicarse que te prestes a ser la portadora de ese absurdo mensaje… Mensaje que ya he recibido y que termina con este encuentro. Supongo que no hace falta que te diga la respuesta que debes darle, si es que mejora y está en condiciones de escucharla.

Hago ademán de levantarme, pero levanta una mano.

—Espera, no he terminado, Aiden Harrow.

—Yo sí, Brooke Keegan.

Se levanta.

—Es evidente que los dos tenemos las mismas ganas de estar aquí viéndonos las caras, pero te vas a sentar y me vas a escuchar hasta el final —pronuncia tan enfadada que hasta me intimida—. Yo invadí tu intimidad, tu despacho, y puede que admita que tuvieras derecho a echarme, aunque las formas dejan mucho que desear. Pero ahora eres tú quien me ha pedido, a través de tu amigo, que me reúna contigo. Siéntate, y cuando haya acabado, te largas.

Durante unos segundos nos miramos de forma que queremos fulminarnos, pero accedo a su petición. Quiero terminar con esto de una vez por todas; no quiero que queden cabos sueltos, no quiero volver a ver a esta mujer.

Miro a mi alrededor y hay dos personas que tienen la mirada puesta en nosotros. Han debido darse cuenta de la tensión que hay en esta mesa. Otra razón por la que debo sentarme y dejar de llamar la atención.

—Termina… —la invito acomodándome en el respaldo del confortable asiento.

Respira hondo y prosigue con una voz, de nuevo, calmada y conciliadora.

—Ella firmó un poder a tu favor para que fueras tú quien la representara legalmente en ese juicio; para que tuvieras acceso a toda la documentación.

—¿Firmó un poder? —le pregunto sin dar crédito—. Esto es inaudito. ¿De verdad pensaba que me iba a hacer cargo de su juicio? Yo, que no tengo contacto con ella desde hace diecinueve o veinte años… En Wyoming… Cuando tomó esa decisión no debía de estar muy lúcida…

—Sí lo estaba —la defiende molesta—. Firmó ese poder cuando su abogado no quiso seguir con el caso y cuando empezó a enfermar. Se temió lo peor.

—Entonces debería haber empleado sus fuerzas en contratar a otro abogado.

Cada vez estoy más confundido. Parece una broma, una de muy mal gusto.

—No tenía tiempo para eso: su enfermedad avanzaba. Y… aquello no es Boston, no es tan fácil contratar un abogado. Ha sido un proceso muy largo…

—Eso no es de mi incumbencia —la corto.

Durante unos segundos se crea un silencio más incómodo todavía que los que ya hemos mantenido.

Estoy a punto de preguntarle si ya ha terminado, pero cambio de opinión.

—Tengo algunas dudas, solo por curiosidad…

—Dime —me dice con pesar.

—Si firmó ese poder mientras aún tenía una salud aceptable, ¿por qué te utilizó a ti para llegar hasta mí? ¿Por qué no lo hizo ella directamente?

—Creyó que nunca la escucharías. Y también temía no estar lúcida para poder explicártelo. Creía que se rompería si te escuchaba…

—Conmovedor…

—Tampoco sabía cómo localizarte.

—Tú lo has hecho…

—Ella solo me dijo dónde trabajabas, nada más. Intenté ponerme en contacto contigo, pero no me devolvías las llamadas. Por eso fui a tu despacho, pero no me permitían entrar y, al ver el nombre del bufete de Jayce, recurrí a él con la esperanza de que te conociera. Pero eso ya debes saberlo…

—Entonces ¿no hubo persecución?

—¿Decepcionado? —me pregunta desafiante.

Confieso que esos ojos, en otras circunstancias, podrían ser hipnóticos. Pero no soy capaz de ver más que a la recadera de Lorraine, a la misma niña estúpida que conocí en aquel maldito

pueblo perdido y por la que mi madre sacrificó su familia. Sé que ella no fue culpable, solo era una niña como yo y acababa de perder a su madre, pero ella representa ese pasado que tanto daño me hizo. Ella es recuerdos; los peores, los que nunca pensé que tendría que volver a afrontar.

—Mucho —le contesto con algo de retraso—. La otra opción, aunque molesta, era más emocionante.

—Y más ridícula.

—Seguro que por Lorraine lo hubieras hecho…

—Seguro que sí…

—Si tanto la quieres podrías haberle dicho lo absurda que era su petición, ¿o te parece razonable?

—Lo que yo opine, no importa. Solo soy una mensajera. Veo que aún no lo has entendido.

Puede que tenga razón. No hay nada en esta historia que sea capaz de entender.

—¿Sabes, Brooke? Te voy a ayudar —le digo con una sonrisa cínica.

—¿En serio? —me pregunta sin ninguna emoción.

—Sí, pero no de la manera que os gustaría a Lorraine y a ti. Lo que sí puedo hacer es aconsejarte que seas tú, ya que ella no puede, la que hables con ese abogado que la dejó tirada. El poder no tiene validez si yo no lo acepto, por lo que la representación, si no se ha indicado lo contrario, sigue perteneciendo a su abogado. De ninguna manera han podido presentar mi nombre sin documentar el cambio. Convéncelo tú misma.

Mi tono es irónico y no le ha pasado desapercibido. No le he dicho ninguna tontería. Aunque me importe muy poco el pleito y Lorraine, es la única solución.

—En el fondo —continúo al ver que no dice nada—, estoy siendo mejor persona de lo que esa mujer se merece.

—Esa idea ya se la planteé yo a Lorraine, pero me dijo que el abogado ya está jubilado y no quiere seguir.

—En cualquier caso, esa mujer está enferma y… creo que ese juicio ahora carece de importancia. Estamos perdiendo el tiempo incluso hablando de ello.

—Aiden… si nadie la representa, se celebrará el juicio sin ella, o… el juez, en el caso de que no esté o no pueda defenderse, nombrará a un representante. O… se anulará.

—Puede ser, pero eso no es asunto mío.

Resopla. Sé que ha perdido la esperanza de convencerme y me alegro; no tiene sentido seguir hablando de este tema. Por mucha entereza que le esté demostrando, me está afectando y empiezo a sentirme demasiado débil para seguir discutiendo.

—¿Has terminado?

Ella asiente con la cabeza.

—Solo… necesito tu dirección de correo electrónico. Tengo el poder y algunos documentos del caso, así como el contacto del abogado y...

—No lo quiero.

—Yo solo me comprometí a enviártelo y me gustaría hacerlo.

—Te repito que no lo quiero.

—O me das tu correo o se lo envío a Jayce. No tengo ni idea de si quieres que reciba toda esa información —me dice altiva.

Se acabó la calma otra vez. Estoy tentado de decirle que puede hacer lo que quiera, pero no tiene sentido que se lo envíe a Jayce. Prefiero destruirlo sin más, sin que nadie tenga acceso.

—¿Dónde te lo anoto?

Me muestra su móvil y me lo entrega para que lo escriba en una aplicación de notas.

Mientras lo hago, siento que me observa atentamente.

Por fin nos levantamos. Ella pasa por mi lado y se detiene.

—A pesar de todo, Aiden… Todo. Que es mucho, me consta, ese juicio… esa causa… es todo lo que ella es, todo lo que tiene. Puede que muy pronto se convierta en todo lo que «fue» y todo lo que «tenía» y se reduzca a nada. Yo… albergaba la esperanza de que, a pesar de todo, aceptaras…

—¿De verdad crees que se merece que mueva un solo dedo por ella?

No me gusta cómo suena esa pregunta incluso para mí. Odio que mi pregunta refleje dudas.

—Ahora mismo eres el único que podría darle sentido a su vida, a esa locura de vida que la llevó a obsesionarse con ese maldito juicio. No lo sé, Aiden, pero creo que hasta el ser más miserable tiene derecho a que su paso por la vida tenga algo de sentido, aunque solo sea un poco.

Se aleja sin esperar a que le diga nada. Tampoco es que pensara hacerlo.

Esas palabras, aunque podría rebatirlas una a una y reducirlas a ceniza, me han atravesado de todas las maneras.

¿Por qué siento que esto todavía no ha terminado?

22

Aiden

El detonante

Jayce sigue absorto en los documentos del caso de Lorraine. Es lo que debería estar haciendo yo; por algo estamos en mi apartamento, sacrificando un viernes que prometía otra cosa para revisar ese dichoso pleito. Pero no consigo concentrarme. Cada vez que veo su nombre escrito —o el mío, estampado en el poder que firmó— se me revuelve algo por dentro y vuelvo a la misma pregunta: ¿qué demonios hago metido en esto?

Quizá fueron las palabras de esa mujer, de Brooke Keegan: «Darle sentido a su vida». O quizá se trate de compasión, como admitió mi padre...

¿Debería seguir sus pasos? No lo tengo claro.

Él se acaba de marchar. Ha revisado la poca información de la que disponemos desde su perspectiva de arquitecto. Conoce bien el valor del suelo y de las edificaciones, aunque nada le ha llamado la atención. Más allá de su ayuda profesional, lo que ha aportado han sido recuerdos:

—Cuando Lorraine y yo nos casamos, su padre llevaba ya años metido en ese pleito, al menos diez. Lo recuerdo perfectamente. Warren me pidió ayuda para verificar unos planos del terreno. Eran posteriores a la edificación de la casa y no presentaban ninguna anomalía: se ajustaban a la extensión real de las tierras. Lorraine lo mencionaba con frecuencia; cada vez que hablaba con su padre o con su entorno, el pleito estaba presente. Demandas y más demandas: unas se aplazaron, otras se recurrieron, otras se rechazaron…

»Era una lucha constante en la vida de ese hombre, una carga que acabó trasladando también a Lorraine y que ella asumió con gusto cuando él murió. Esas tierras, incluida la casa ya construida,

las había heredado de su jefe; así constaba en el testamento. Pero su amigo sostenía que se las había apropiado de forma indebida, que el testamento era falso, que Warren lo había manipulado. No recuerdo todos los detalles.

Ese juicio no me resulta un concepto nuevo; forma parte de mis recuerdos. Pero nunca habría imaginado que todavía siguiera activo.

—Cuarenta años… —indica Jayce sin levantar la vista del documento—. Esto ni siquiera es un resumen. Hay alusión a vistas anteriores que no aparecen por ninguna parte. Y también hay intervalos de tiempo que no aparecen detallados; sin embargo, después, se mencionan recursos y requerimientos que no encuentro.

—Jayce… ¿qué coño estamos haciendo aquí?

Jayce levanta la vista, se acomoda en el respaldo de la silla.

—Buscando información para enriquecer esa defensa que… te ronda por la cabeza.

—En ningún momento he dicho que estuviera dispuesto a asumirla.

—Pero te lo estás planteando. Ya has escuchado a papá… —me dice con su característica falta de expresión.

Así llama Jayce a mi padre: papá. Es lo que es para él desde que se casó con su madre. Construimos una familia tardía, con heridas que intentamos cicatrizar a toda prisa, adoptando apelativos que necesitábamos pronunciar para que el que por biología tenía derecho a ese título se quedara eternamente sin él.

Jayce y Cassidy crecieron sin su padre. Se fue a Canadá, montó un negocio, lo perdió todo y murió joven.

Jayce tiene razón. Mi padre me ha animado a mirar el caso con calma, igual que Michelle. No me han hablado de merecimientos, solo que lo estudie y decida. Son conscientes de todo lo que supone, pero no quieren que decida a la ligera.

—Llama al abogado —dice—. Luego decides. Seamos prácticos, tío. Si no, esto va a hacerse eterno.

No necesito más para convencerme y marco el número de ese hombre. Son las ocho de la tarde; quizá no es una buena hora para importunar a un desconocido, pero necesito respuestas.

Activo el altavoz del móvil para que Jayce pueda escuchar la conversación, si es que llega a producirse.

Al tercer tono, escucho una voz madura, grave, pero enérgica.

—¿Quién me busca? —pregunta nada más descolgar.

—¿Samuel Calder?

—Al habla, pero si busca mis servicios como abogado, le adelanto que estoy jubilado.

—Soy Aiden Harrow, el hijo de Lorraine Blackwell.

Se hace un silencio.

—Vaya… No tenía muy claro que te pusieras en contacto conmigo —me dice como si hablara con un amigo—. ¿En qué puedo ayudarte? Si lo que quieres es que me siga haciendo cargo del caso de Lorraine, pierdes el tiempo.

Jayce se encoge de hombros y sonríe; la forma tan directa y cercana de expresarse nos llama la atención.

—No es ese el motivo de mi llamada. Estoy examinando los documentos que Lorraine me hizo llegar —he intentado que su nombre aparezca cuanto antes para que quede claro que no la voy a llamar «mi madre»—. Falta mucha información...

—Son cuarenta años, hijo, ¿crees que eso cabe en un correo? Conservo cientos de carpetas: ahí sí está toda la documentación. Pero están en las estanterías de mi despacho, no en el interior de un ordenador. Son todas tuyas en cuanto quieras echarles un vistazo. ¿Vas a representar a Lorraine?

Miro a Jayce. Alza las cejas. Sé lo que piensa. Pregunta directa que no se quiere contestar: respuesta indirecta. O «respuesta sin respuesta», como lo llamamos algunas veces.

—Solo estoy examinando la información que he recibido.

—Conozco esa información, yo mismo la redacté. Pero… si te soy sincero, nunca creí que sirviera para algo.

—Yo tampoco lo creo —le digo sin pensar.

Se echa a reír con una risa contagiosa. Consigue que hasta Jayce sonría.

—Estoy al corriente del tipo de relación que teníais… Estoy al corriente de todo.

—Me alegro, así me ahorro la explicación —le digo a la defensiva sin darme cuenta.

—¿En qué puedo ayudarte?

—Señor Calder… —empiezo a decirle, pero me detengo.

—Llámame Samuel. Será más cómodo para los dos si acortamos esa distancia.

—Sí, claro, está bien —le digo—. No conozco este asunto. Lo poco que tengo no me ayuda mucho a entenderlo… Y es lo que me gustaría: al menos, entenderlo.

—Déjame ponerte al corriente de una forma resumida. Quizá te ayude.

—Por favor…

—Se trata de un conflicto entre dos familias, los Blackwell y los Waverly: una afirma que «esto es mío por derecho» y la otra que «esto nos pertenece a los dos a partes iguales». Hasta ahora, Lorraine no ha tenido que arriesgar demasiado: sus victorias se han basado en neutralizar las pruebas que aportaba la otra parte, no en demostrar nada nuevo.

—¿Se trata de una demanda más?

—Esta es distinta, viene más reforzada.

—¿Por qué?

—Han presentado un acuerdo privado anterior al testamento y un testimonio. Antes de que me preguntes, ambas son lo suficientemente relevantes como para que el juez las haya admitido.

—¿Qué base tiene ese testimonio?

—Trabajó durante años con el terrateniente. El administrador de la finca. Él afirma que Warren Blackwell, tu abuelo, le amenazó y coaccionó para que cambiara el testamento y excluyera a Clifford Waverly. Así se lo contó el terrateniente.

Escuchar la palabra «tu abuelo» me produce malestar, pero continúo con las preguntas.

—¿Qué clase de amenazas?

—Desconoce el contenido.

—Pero eso podría significar que…

—Aiden, escúchame, hijo —me interrumpe—. Si decides representar a Lorraine, deberías reunirte conmigo. No basta con que te resuma un proceso de cuarenta años. Sé que vives muy lejos, pero si vas a seguir adelante, debes estudiar esas carpetas. Estoy a tu entera disposición. Te pondré en contexto, pero debes desplazarte. Es la única manera, créeme. El juicio es dentro de dos semanas.

—¿Quieres que viaje hasta Moonridge?

—Si quieres representarla es necesario. Hay mucha mierda detrás de esa historia, hijo, y debes conocerla toda. Si te animas, estaré en Moonridge. Me encontrarás con facilidad. Aquí no hay mucho que hacer. Si decides no venir, invalida el poder en cuanto puedas.

Cuelga.

Miro a Jayce, algo impactado.

—¿Me ha colgado?

—Creo que ya te ha dicho suficiente.

—¿Suficiente para qué?

—Para que te largues a averiguar de qué clase de mierda habla.

23

Brooke

Y pensar que esto fue un hogar

Moonridge, Wyoming.

Siempre que llego a Moonridge me siento mareada. No es para menos, después de circular durante una hora y media por esa espantosa carretera.

Por suerte, he podido alquilar un buen coche en el aeropuerto de Jackson Hole, pero no ha sido suficiente para impedir que mi estómago se revuelva de todas las maneras posibles.

Llevo más de media hora dentro del coche, contemplando la fachada del lugar donde voy a alojarme. Es decir, mi casa. Es decir, el hotel y restaurante que un día perteneció a mi madre. El mismo que después pasó a manos de la familia McDean, después de que mi tía Ruth negociara con ellos el traspaso. Traspaso que durante muchos años proporcionó muchos beneficios, de los cuales una jugosa parte ha ido aterrizando en mi cuenta bancaria. Fue la forma que tuvo la tía Ruth de asegurarme un respiro en el futuro.

Me fijo en la fachada.

En su época de esplendor fue un edificio imponente para un lugar como Moonridge. Dos plantas y media, levantadas en madera oscura y piedra, con un porche que abraza toda la fachada principal. Las columnas están desgastadas por el paso del tiempo y la pintura se descascara en varias zonas, pero aún conserva cierta dignidad; como si se negara a desaparecer del todo.

El rótulo original sigue ahí, colgado sobre la entrada, torcido y descolorido, con letras que apenas se distinguen. El restaurante ocupaba la planta baja; el hotel, la superior. Desde fuera se adivinan las filas de ventanas, limpias pero desnudas, sin rastro de vida

detrás. Ya no recibirán ningún huésped. Fue bonito. Fue acogedor. Ahora ya no puede serlo. Aun así, mantiene algo difícil de explicar: la sensación de haber sido importante. Y aunque hoy solo sea un edificio abandonado, sigue formando parte del paisaje de Moonridge… aunque solo por poco tiempo. Dentro de unos días solo serán cascotes cuando sea demolido después de la venta.

Y pensar que esto fue un hogar… El de mi madre y el mío. En aquella época en la que Moonridge era paso obligado para llegar al Parque Nacional de Yellowstone y este hotel siempre acogía a turistas que venían de varios estados para visitarlo. Pero la carretera dejó de ser importante y, con ella, también Moonridge. Construyeron una mucho mejor, con tramos de autopista desde Jackson, que acortaba la distancia y el tiempo de llegada al parque lo suficiente para que nadie volviera a pisar esta.

Y con ese proyecto, la muerte de Moonridge; al menos de puertas para afuera. Y también la muerte del Hotel Beacon Hill House. Así lo bautizó mi madre, por Beacon Hill, el barrio de Boston donde vivió con la tía Ruth antes de volver a Moonridge.

La familia McDean lo regentó con éxito hasta hace pocos años, cuando la carretera se convirtió en un problema. Se marcharon y, desde entonces, se ha ido deteriorando.

El nuevo hotel, uno que ni siquiera soy capaz de nombrar, se encuentra en el otro extremo del pueblo y lo regentan unos seres despreciables que prefiero no recordar.

Aunque me dé pena, lo mejor que me pudo pasar es recibir una oferta para venderla. Los nuevos dueños quieren construir una gran casa. Pocas tienen las vistas que tiene esta por la parte trasera; excepto la de Lorraine.

Suspiro. No sé cuántas veces lo he hecho desde que he aparcado delante del hotel.

Me armo de valor y entro despacio, temiendo encontrarme algún techo hundido. Está entera, tal y como sospechaba; a menos que se hubiera derrumbado en la última semana, desde que la limpiaron

para que me pudiera alojar por última vez con cierta comodidad y dignidad.

Huele a limón y, al cerrar los ojos, el olor no desaparece; se transforma. Se superpone al presente el aroma de las hierbas que mi madre utilizaba en la cocina del restaurante, tan vivo como entonces. Han pasado muchos años y, aun así, nunca se ha ido del todo.

Esto va a ser más duro de lo que pensaba.

Entro despacio y vuelvo a suspirar. Me encuentro con la antigua recepción del hotel, la misma que hace unos años transformé en un pequeño hogar: un baño, un salón y un dormitorio. Y una cocina a la que se accede por una puerta del salón; la que perteneció al restaurante. Todo reducido, todo abrazado.

Será mi hogar durante los próximos días.

Como en las últimas veces que he venido. Solo que esta vez… Lorraine no ha venido a abrazarme nada más llegar.

Esa idea me golpea en el pecho y me hace llorar.

24

Aiden

Dudas

Siempre me he considerado un hombre con las ideas claras, pero empiezo a no tenerlo tan claro. Jamás había dudado tanto de algo en toda mi vida.

Cada milla que avanzo me pregunto lo mismo: ¿qué estás haciendo aquí, Aiden? Y ya llevo unas pocas millas a mis espaldas. No solo los vuelos de Boston a Chicago y de Chicago a Jackson Hole, sino también ochenta y ocho millas por una infernal carretera que recibió sus últimos cuidados cuando Kennedy era presidente.

Y, por si fuera poco, el coche que alquilé en el aeropuerto de Jackson Hole no estaba disponible. Un error técnico ha hecho que tenga que conducir un coche minúsculo, más propio de la ciudad o de un conductor novato. O de alguien que no mida un metro noventa.

¿En qué coño estaba pensando cuando reservé los vuelos, preparé mi maleta y le anuncié a mi familia que me marchaba de excursión a Wyoming a averiguar qué clase de juicio le espera a una mujer que me importa una verdadera mierda?

En ella, supongo. En el poco sentido que quiso darle a su vida, y en la compasión que me transmitió mi padre y… en esa caja en la que ayer se me ocurrió husmear. La que contiene algunos recuerdos de mi infancia y de una madre con fecha de caducidad.

Allí estaba mi diario, del que nunca me separaba.

Ese diario…

Ya casi no lo recordaba.

No sé por qué se me ocurrió meterlo en la maleta. Son tantas las referencias que tiene a mis visitas a este lugar que quizás, solo quizás, quiera en algún momento leerlo para comparar sensaciones.

¡Qué sé yo! Quizás acabe quemándolo, o simplemente sirva para recordarme que no ha sido una buena idea acudir a este lugar.

Pero no hace falta que lea ese viejo diario infantil. Nada más entrar en el pueblo, ya tengo ganas de darme la vuelta.

Mi moral se descuelga. No es que haya venido a hacer turismo, pero una imagen menos desoladora habría ayudado más.

Conforme avanzo y observo, peor me siento. En ochenta y ocho millas no he visto signos de civilización más allá del aeropuerto, pero esperaba que al menos compensara el largo camino. No sé en qué estaba pensando.

Mis recuerdos de niño son diferentes, menos… trágicos. No recordaba un lugar tan aislado, tan silencioso… Claro que han pasado casi veinte años…

Por mucho que me esfuerzo, no hay nada que me resulte familiar. O esto ha cambiado mucho o yo he bloqueado mis recuerdos.

Moonridge se encuentra en el centro–oeste del estado, dentro del condado de Fremont. No parece un pueblo, sino algo mal resuelto en medio de la nada. Calles demasiado anchas para tan poco tránsito, escaparates vacíos y negocios que sobreviven por inercia más que por necesidad. Todo está abierto a medias, como si nadie hubiera terminado de decidir si merece la pena seguir ahí.

Así es el estado de Wyoming, excepto algunas pequeñas ciudades como Jackson Hole, Riverton o Lander; pero todas quedan muy lejos de aquí. Un estado demasiado grande para tan poca vida, demasiado vacío para tenerlo en consideración. Millas y millas de nada, interrumpidas solo por pueblos que parecen existir por error, como este.

Avanzo en dirección al hotel con el ánimo a la altura de los pies. Para aislarme, habría preferido Alaska o Montana. Al menos sus paisajes son espectaculares.

Recibo una llamada de Cassidy. Decido descolgar; necesito desahogarme con alguien.

—Aiden, no te lo vas a creer… —me dice emocionada; al menos eso es lo que parece.

—Seguro que no —le digo.

—¿Sabes quién es Brooke Keegan?

Escuchar ese nombre me produce un escalofrío, pero no entiendo qué hace en boca de Cassidy.

—¿Qué…? —empiezo a decir, pero, como siempre, me interrumpe.

—Es la novia de Kaden… Lo he descubierto hace un rato hablando con papá y Jayce. Han dicho su nombre y, al escucharlo, no me lo podía creer. Es la misma —sigue hablando sin apenas respirar, algo que a mí empieza a costarme también—. Es la misma con la que hablé hace unas semanas, ¿lo recuerdas? Os lo conté a ti y a Jayce. A la que le mostré el vídeo de Kaden. Menuda coincidencia.

—Pero… ¿estás segura?

—Claro. Me ha llamado la atención el nombre. Resulta que Jayce también la conoce, del caso del tiroteo de la clínica.

Estoy en shock. Debe de tratarse de una broma.

—Aiden… —me llama la atención.

—¿Seguro que es ella?

—Sí, es la misma que fue a tu despacho para hablarte de Lorraine. Jayce me lo ha contado.

—Ya…

—Pelo castaño, largo, ojos azules muy grandes, un cuerpo precioso… ¿Es esa?

—Supongo…

Durante unos minutos tengo dificultades para seguir escuchándola; mi mente no se centra en lo que sea que me está contando sobre las casualidades de la vida.

Brooke Keegan y Kaden…

—¿No has vuelto a hablar con ella? —le pregunto todavía conmocionado.

—No. Desde aquel día en el centro comercial no he vuelto a saber de ella. Parecía muy afectada y supongo que hablar conmigo no es algo que le apetezca hacer de nuevo. El vídeo que le mostré la dejó muy tocada.

—Ella… ¿no lo sabía?

—Claro que lo sabía, pero nunca lo había visto con sus propios ojos; eso deduje. No hablaba mucho, estaba afectada.

—Bien, gracias por contármelo, pero no creo que vuelva a verla. Como sabes, solo me dio el mensaje de Lorraine.

—Jayce me ha dicho que te cae muy mal… En cambio, a mí me pareció una buena chica.

«Solo a Cassidy le puede caer bien la novia de su exnovio, aunque este fuera un gilipollas».

—Son circunstancias distintas, Cassidy. A mí me persiguió por todo Boston para darme un mensaje de Lorraine y a ti…

—¿Te persiguió?

—Sí, eso hizo. Aunque Jayce lo llama casualidades. Y ahora tengo menos dudas que nunca. ¿No te parece demasiada casualidad también que se acercara a ti para hablar de Kaden?

—Me acerqué yo a ella, Aiden. La reconocí desde la joyería y hablé con ella.

—¿Y qué hacía tan cerca de la joyería?

—¿Visitar un centro comercial, como miles de personas a diario?

—¿Eso crees?

—Eso creería cualquier persona que lo hubiera vivido. No escuchas nada cuando te hablo, Aiden. Te dije que la descubrí delante de la tienda de mascotas, la que hay junto a la joyería. La reconocí, me animé a saludarla y la encontré llorando. Deduje qué es lo que le podía pasar y metí el dedo en la herida para que se desahogara. Me identifiqué con ella, con lo que le hacía llorar. No sé si te ha perseguido a ti, pero a mí no.

—Yo creo que hizo algo para acercarse a ti.

—Claro, para hacerse mi amiga y luego no contestarme a los mensajes que le he enviado.

—¿Hablasteis de mí? Piénsalo bien.

—No, no había motivo para nombrarte. Hablamos de Kaden, de vídeos, de lo que se siente cuando tu novio tiene una afición secreta que consiste en convertirse en perro por momentos…

—¿Por qué te enfadas?

—Porque siempre quieres tener razón y no escuchas.

—Lo siento, Cassidy, pero es que todo esto me está afectando mucho.

—Lo sé, Aiden… Pero seguro que todo va bien. ¿Cuánto tiempo estarás ahí? ¿Ya has llegado?

—He reservado hotel para cuatro días, pero… por lo que estoy viendo, no sé si aguantaré. Esto es como un desierto… Estoy entrando ahora en el pueblo y… estoy pensando si darme la vuelta.

Cassidy se echa a reír.

—Haz lo que tengas que hacer y vuelve a casa. Te voy a echar de menos. Y no olvides tenernos al corriente.

Nos despedimos entre risas. Un par de chistes sobre Wyoming, sobre una futura novia de Wyoming que Cassidy me ha deseado que encuentre y un millón de besos. Lo que siempre dice cuando se despide de nosotros, o de cualquier miembro de la familia.

«Haz lo que tengas que hacer», me ha dicho Cassidy.

Después de diez horas de viaje, aún no lo tengo claro.

Miro a mi alrededor en busca del hotel mientras intento quitarme de la cabeza la imagen de Brooke Keegan con Kaden. Tal para cual.

Sin darme cuenta, acelero en cuanto algo me resulta familiar. Es la primera vez desde que he llegado. Ha sido una imagen fugaz, pero creo haber visto la casa de… Lorraine.

Tengo pocos recuerdos, pero esa casa…

Siento un escalofrío que me recorre todo el cuerpo. Es doloroso… Hasta siento una arcada y tengo que luchar para controlarla.

Cierro los ojos. No creo que, si pierdo de vista el volante, me estampe contra nada.

Por fin llego al hotel.

Al menos tiene buen aspecto desde fuera.

Y… rezo por encontrarle sentido a esto.

Y al mismo tiempo lo maldigo… todo.

Y por fin entro en el hotel pensando en unos ojos azules muy grandes y en perros.

Este lugar me está trastornando, y solo acabo de llegar.

25
Aiden
Alojamiento

Respiro aliviado al entrar en el hotel. El vestíbulo es pequeño, pero está bien decorado y parece muy limpio. No debe de ser muy antiguo.

—Bienvenido al Hotel Wind River —me indica una mujer de mediana edad con una sonrisa.

Encontrar nombre para el hotel no debió quitarles el sueño; es un claro homenaje al río que pasa junto a Moonridge.

—Aiden Harrow —le digo desde el otro lado del mostrador—. Hice una reserva telefónica hace dos días.

—Sí, aquí está… ¿Cuatro noches?

—En un principio, sí.

—Si tiene que alargar la estancia, no habrá problema.

Me abstengo de decirle que esa probabilidad es remota, pero está bien saberlo. Nunca me habría imaginado que hubiera disponibilidad en el hotel de Moonridge; es algo impensable.

Mientras trastea en un ordenador, me pregunta:

—¿Qué le trae a Moonridge, señor Harrow?

Vaya, eso me ha cogido desprevenido. Será una manera de mostrarse sociable y amable.

—He venido a visitar a un familiar —le digo sin pensarlo demasiado.

—¿Tiene familiares en Moonridge? Esto es un pueblo pequeño, seguro que los conozco.

—Se trata de… —hago una pausa. Aquí no procede esquivar el parentesco— mi madre, Lorraine Blackwell. Seguro que la conoce.

Si es de Moonridge la debe conocer y no debe sorprenderle que no compartamos apellido. ¿Quién no debe saber aquí que volvió a adoptar su apellido de soltera cuando se divorció de mi padre?

Algo no le ha gustado. Parece sorprendida. Seguro que está buscando una frase amable, pero Lorraine le cae mal y no le sale con naturalidad.

—Sí, claro que la conozco. Aquí nos conocemos todos —dice volviendo al ordenador—. Un momento, tengo que comprobar algo… Vuelvo enseguida.

Desaparece durante unos cuantos minutos y el silencio del vestíbulo se me hace demasiado evidente.

Se me hace algo pesado, la verdad. Estoy deseando tirarme en la cama y descansar un poco.

Escucho voces que proceden del interior. Alguien, un hombre, habla más alto de lo normal. Después, el sonido de una puerta al cerrarse bruscamente se lleva el sonido de esas voces.

Cuando estoy a punto de llamar a esa mujer, aparece de nuevo.

—Señor Harrow, ha surgido un problema. Acabo de comprobar que la reserva no se formalizó correctamente. El hotel está completo y no puedo darle alojamiento.

—¿Cómo? Pero ¿qué está diciendo?

—Lo siento, es una situación inusual.

—Llamé por teléfono y hablé con una mujer… ¿Era usted?

—No, seguramente sería la empleada que trabaja por las mañanas.

—Pues su empleada me garantizó la reserva y he hecho un viaje de diez horas.

—Es terrible, pero no puedo hacer nada. No puedo echar a los otros huéspedes.

—Algo tiene que solucionar; el error es suyo.

—Ojalá pudiera ayudarle, pero no puedo. Lo siento. Sé que es una molestia, pero no hay habitaciones disponibles.

¿Quién se cree eso?

Su explicación no me parece convincente; no tiene sentido.

—Primero me ofrece alargar la estancia y ahora me dice que no hay alojamiento.

—Así es. En cuanto lo he comprobado he visto el error. No tengo alojamiento hasta dentro de una semana.

—Esto es increíble. Una semana… Busque una solución. Otro alojamiento… No puede dejarme tirado; es culpa del hotel.

Solo recuerdo haber encontrado este hotel, pero puede que haya alguna casa en alquiler, algo más. No me puedo creer lo que está ocurriendo.

—Lo siento, pero el hotel más cercano está en Riverton, o Lander, o Jackson Hole… Pero ninguna de esas ciudades baja de las ochenta millas.

—¿Es consciente de lo que me está diciendo?

—Señor Harrow… no puedo ayudarle. ¿Por qué no se aloja en casa de su madre?

Estoy a punto de estrangularla, pero tengo que conseguir que haga algo.

—Seguro que hay alguna solución… Piense… Por favor —le digo tragándome el orgullo.

—Hay un viejo hotel a unos quinientos metros de aquí. No siempre permanece abierto, pero ahora, por suerte para usted, la dueña se encuentra allí. Es muy sencillo, algo austero y necesita una mano de pintura, pero podría servirle. Beacon Hill House, ¿lo conoce?

Algo no encaja. No sé si es su expresión burlona o el concepto de hotel que no siempre permanece abierto. En cualquier caso, debo marcharme de aquí; no voy a obtener nada más.

—No, no lo conozco, pero basta con que me dé alguna indicación para llegar.

Lo hace. Parece que disfruta. Hasta se molesta en señalarlo en un mapa local que ya cuenta con unos cuantos años de vida. Lo hace con una sonrisa tirante y satisfecha; una que no parece la de una profesional que acaba de meter la pata y dejar en la calle a un cliente.

Salgo sin decir una sola palabra, solo mirándola con desprecio.

Ella dice algo, pero me apresuro a cerrar bruscamente la puerta para ignorarla.

¡Maldita sea!

A este paso acabaré pidiéndole refugio al abogado… o a cualquiera que se apiade de mí. O durmiendo en ese coche de juguete que me han alquilado…

O… recorriendo ochenta millas para salvar la noche.

No. Eso sí que no estoy dispuesto a hacerlo.

Ni Lorraine, ni compasión, ni abogado, ni «dar sentido a una vida» ni nada que se le parezca.

Si esta noche me tengo que largar de aquí, no vuelvo a pisar este pueblo. Vuelvo a Boston desde donde sea que me tenga que alojar.

Maldito pueblo y maldita la hora en que decidí venir.

Maldita esa odiosa mujer que irrumpió en mi vida con su absurdo mensaje.

Y… ya que me he animado a soltar maldiciones, no puedo olvidarme de dedicarle una a la remitente del mensaje.

26

Aiden

Oxidado

No hay ninguna duda. La descripción de «viejo hotel» se ajusta a lo que estoy viendo. Y el nombre, aunque descolorido y con alguna letra ausente, todavía deja adivinar que se trata de Beacon Hill House.

Es evidente que ya debía existir cuando era niño, pero no consigo acordarme de nada. Aunque… si lo miro bien, parece que algo en él me trae recuerdos.

Ahora entiendo por qué no siempre permanece abierto. Lo que no entiendo es que no esté cerrado definitivamente.

Es como visitar un edificio abandonado, un escenario de película de terror. Los carteles están medio oxidados, descoloridos… uno de ellos, colgando. Su fachada hace muchos años que está olvidada y lo que lo rodea, alguna vez fue un porche.

En un lateral, en medio de una zona inundada de malas hierbas, se encuentra aparcado un coche, un buen coche.

Respiro hondo y avanzo hasta la puerta. No tengo otra opción. Pero lo que en realidad siento son ganas de salir corriendo.

No puede ser que esto preste servicio de hotel…

Golpeo la puerta con una aldaba en forma de cabeza de bisonte. La observo. Está bien conservada. Hasta diría que me está mirando: «¿Qué haces aquí, estúpido?».

Nada.

Tal y como cabía esperar, aquí no hay nadie, aunque ese coche parece pertenecer a alguien y está dentro de la propiedad.

Repito la acción sin esperanza, pero esta vez, para mi inmensa alegría, se abre la puerta.

Me resulta difícil entender lo que ven mis ojos.

Mi mente debe de estar burlándose de mí porque lo que veo es a Brooke Keegan, que parece tan sorprendida como yo.

Cierro y abro los ojos.

No es una alucinación. Es real.

Soy yo el que rompe el silencio, ella sigue mirándome como si se hubiera topado con un oso enfurecido al otro lado de la puerta.

—¿Qué coño haces aquí? —le pregunto sin medir ni el tono ni las palabras; han salido solas, sin control.

Se toma su tiempo en contestar.

—¿No lo has adivinado todavía? —me dice con mucha altivez—. Perseguirte… ¿Qué iba a hacer, si no?

—¿Qué has dicho? —le pregunto confundido. La sorpresa me impide pensar con claridad.

—Se llama ironía, abogado. Soy yo la que tendría que preguntar qué haces tú aquí, delante de mi casa.

—¿Tu casa? Es una broma, ¿no? ¿Otra ironía? ¿Esto… es tu casa? —le digo con una mueca tan despectiva que hasta me incomoda a mí.

—Sí, «esto» es mi casa cuando vengo a Moonridge —me recalca molesta, hasta se cruza de brazos.

Suelto aire, cierro los ojos.

—Esto no puede estar pasando, esto es una puta pesadilla…

—¿Un mal día, abogado?

—¿Has dicho mi casa? ¿No es un hotel? Bueno, o… algo parecido a un hotel…

—Es casa, hotel, restaurante y el lugar donde estaba plácidamente descansando hasta que han llamado a la puerta.

—Entiendo… —le digo mientras la observo, aunque no es verdad, no entiendo nada.

—¿Ya te ha quedado claro? —me dice todavía más altiva y chulesca.

—No. ¿Este hotel…, o lo que sea que es, es tuyo? ¿Tu casa has dicho? —le pregunto, consciente de que puedo parecer idiota, pero necesito poner un poco de orden en mi cabeza.

—Este hotel, o lo que sea que es, sí, es mío —me dice con una sonrisa que mataría por poder borrar—. Mi casa, he dicho. En Moonridge, como también he dicho. ¿Esta vez sí lo has entendido? No es tan difícil.

—Necesito alojamiento —le suelto, molesto por su estúpido tono de voz.

—Deberías haber empezado por ahí. Ahora entiendo el «malentendido». Si eso es lo que buscas, te has equivocado de «hotel», es más que evidente. Deberías ir en esa dirección. El hotel se llama…

—Ya sé cómo se llama, vengo de allí. Me han hecho una putada con la reserva y me han enviado aquí, me han dicho que encontraría una habitación. Juro que me han enviado aquí: Beacon Hill House.

—¿Qué quieres decir con que te han hecho una putada? —me dice, abandonando el tono que ha empleado hasta ahora; es más suave.

—Tenía una reserva, una que yo mismo hice hace dos días —me animo a aclararle. Es la única manera de que esto no se alargue más —. Cuando he llegado, me han dicho que no tenían habitaciones, que una empleada cometió un error y que el hotel está completo.

Resopla, se descruza de brazos, menea la cabeza.

—No me lo puedo creer… —admite, molesta.

—Yo tampoco, pero te aseguro que es real. Ahora… si eres tan amable de alojarme en cualquier parte…

—¿Les has dicho tu nombre? —me interrumpe.

—¿Qué? —le digo sorprendido. ¿Por qué está más interesada en la reserva que en lo que le he pedido?

—¿Has dicho tu nombre en el hotel? —insiste.

—¿Qué clase de pregunta es esa? Claro que he dicho mi nombre. Te repito que hice una reserva telefónica hace dos días. No había otra forma de hacerla.

—¿Con quién has hablado?

Resoplo. ¿De verdad tengo que saciar su curiosidad en este momento?

—Con una mujer de mediana edad, no sé su nombre, ni siquiera me lo ha dicho, ni tampoco me importa. ¿Necesitas una descripción?

¿Me ayudará eso a que me ayudes con el alojamiento?

Desconecta. Mira hacia abajo en actitud pensativa.

—A ver… Aiden… Aiden Harrow… No, no lo creo, no…

No está hablando conmigo, sino con ella misma. ¿Qué coño hace?

—¿Le contaste el motivo de tu visita a Moonridge?

—Pero… ¿qué clase de…?

—Contesta, joder, no cuesta tanto…

—No, yo no le conté… —Me detengo un segundo—. ¿O sí? Sí, sí que lo hice. Algo me preguntó y le dije que… que venía a visitar a un familiar, a mi madre… ¿Contenta? ¿Es eso importante? ¿Alguna pregunta más?

—¿Le dijiste su nombre, el de tu madre?

—Sí, mencioné a Lorraine, si es a eso a lo que te refieres —le digo de mala gana—. ¿Qué importancia tiene? ¿Debería mantenerlo en secreto?

—La tiene. Por eso no tienes alojamiento.

—¿De qué hablas?

—Esa mujer que te atendió es Suzanne Waverly, la hija de Clifford Waverly, el que mantiene el pleito con Lorraine. Los Waverly… ¿Has leído lo que te envié?

Siento un escalofrío al escuchar ese nombre. Llevo días leyendo sobre esa familia. Aun así, no lo acabo de entender. ¿O sí?

—¿Estás diciendo que me han negado la reserva en cuanto han sabido que Lorraine es…? —Me detengo. La sola mención de la palabra «madre», relacionada con ella, me produce náuseas.

—Eso digo y… no me equivoco. Te aseguro que el hotel no está completo, no debe haber nadie alojado. Ni existe ninguna empleada. Solo trabajan ellos en el hotel.

—Eso no tiene sentido. Me habrían negado la reserva cuando la hice por teléfono.

—No creo que tu nombre, Harrow, les dijera nada. Ha sido cuando has mencionado a Lorraine y tu parentesco con ella. Eres un Blackwell para ellos. Esa palabra está maldita.

—Eso es absurdo.

—Ellos son absurdos… Su historia es absurda, su batalla es absurda.

—¿Clifford Waverly has dicho? ¿Él es el dueño del hotel?

—Sí, pero lo regenta su hija, la que te ha atendido.

—Escuché una voz de hombre cuando ella entró a hacer una comprobación… Parecía que discutían o… al menos, hablaba con la voz muy elevada.

—El hotel se comunica con su casa. Debió decirle al viejo lo que había descubierto —se lo consulta todo— y este le dio instrucciones precisas de cómo echarte. Y por eso te envió aquí, para joderte aún más.

—Pues sí que me jodió, no lo voy a negar, pero ¿por qué?

—¿Aturdido por el largo viaje, abogado? Te lo acabo de explicar.

—¿Aturdida por vivir en una casa hotel con la fachada oxidada? —le replico a la defensiva, usando su mismo tono—. Me refiero a por qué me querían joder enviándome aquí. Me estaban dando una opción de alojamiento que…

—Se estaban riendo de ti —me interrumpe—. No suelen conformarse con joder un poco, necesitan más. Sabían que no te podías alojar aquí…

—¿Por qué?

Me mira como si me hubiera vuelto de color azul.

—Da unos pasos hacia atrás, mira el edificio de frente, échale un vistazo rápido… ¿Te parece un hotel?

—Yo ya no sé qué parece…

—Vale… Muy bien… Te enseñaré el hotel. Contéstame después del tour. ¿Te parece bien, señoría?

—No soy juez.

—Yo llamo señoría a quien me apetece, listillo. Y ahora tienes cara de señoría…

¿Cómo se puede ser tan desagradable?

Se aparta y me cede el paso. Por un momento, dudo, pero, sea lo que sea lo que pretende, no me apetece seguir discutiendo en la calle. Debemos de ser los únicos en todo el pueblo que han osado pisarla hoy.

Espero no encontrarme con su novio, no podría soportar tenerlo delante. Igual se lo ha traído aquí para que se airee en estos parajes rurales. Aquí podría disfrutar de cierta intimidad si decide pasearse como un perro, con correa, ladrando…

Rezo para no encontrármelo, pero me asalta una pregunta. ¿Sabrá ella que Cassidy es mi hermana?

Claro que lo sabrá. Digan lo que digan ella y Jayce, ese encuentro con ella en la tienda de mascotas no me parece fruto de la casualidad. Igual que los encuentros conmigo.

Lo aparto de mi mente. Eso ya no importa, ahora solo me preocupa encontrar un lugar donde pasar la noche.

Solo quiero un alojamiento…

Alojamiento…

Alojamiento…

En cuanto entro, me doy cuenta de mi estupidez y hasta me dan ganas de golpearme la cabeza contra la pared. Tiene razón la señorita espabilada, el viaje ha debido de aturdirme. Esto no es un hotel ni nada que se le parezca, solo lo fue alguna vez, y es evidente que hace muchos años de eso.

Ahora le encuentro sentido a la conversación. ¿Cómo no lo he entendido antes? Quizás la mención de los Waverly y su sucia manera de actuar en el hotel me han confundido más de lo que ya estaba.

O quizás es el aire que se respira en este estado…

O… esos ojos tan grandes que me ponen nervioso…

O el no disponer de tiempo para procesar todo lo que está pasando…

En cualquier caso, puede que todavía haya algún rincón en el que pueda alojarme. Será un desastre, peor que uno de esos moteles de carretera que se reservan por horas y cuyos colchones contienen un ecosistema entero en su interior, pero al menos pasaré la noche en alguna parte y mañana ya me ocuparé de conseguir algo mejor.

Cuando entro, me encuentro con una estancia que desentona.

No es grande. Es una recepción de hotel, la típica, con su mostrador de siempre y el espacio justo para atender a una o dos personas. Pero está vacía, excepto por una bola del mundo amarillenta y con algún continente borrado. Detrás hay un panel donde debieron colgarse las llaves del hotel, ocho exactamente, pero no hay ni una.

El techo es bajo, de madera oscura, y las paredes, de moqueta oscura también. La sensación de antigüedad está presente en todos los rincones, aunque no hay muchos.

Justo a la derecha hay un salón improvisado, lo que debió de ser en su momento una sala de espera contigua a la recepción: dos sillones, un sofá muy pequeño, una mesa auxiliar, una lámpara de pie y un televisor que destaca porque, paradójicamente, es lo más nuevo de la estancia.

El mobiliario, el poco que tiene, está pasado de moda, pero todo está limpio. Impecable. Y huele bien, a cítricos, como si alguien se empeñara en que, al menos, el aire no delatara el abandono.

En una esquina, junto a los sillones, hay una chimenea pequeña encendida. El crepitar del fuego y el calor suave me golpean nada más entrar y no puedo evitar notar el contraste con el exterior: estamos a finales de marzo, pero aquí la primavera queda muy lejos todavía.

A un lado de la recepción-salón hay dos puertas. Al otro, una tercera. Y un silencio raro, que me obliga a moverme de forma sigilosa, como si pudiera molestar a alguien con mi presencia.

—Esto es un salón improvisado —dice ella, seca, como si le molestara hasta tener que nombrarlo.

Señala una de las dos puertas.

—Eso es un baño. Sin ducha. La ducha está arriba.

Señala la otra puerta.

—Este es mi dormitorio. Una cama y un armario.

Luego indica la puerta del otro lado sin esperar a que pregunte y se dirige a ella.

—La cocina del restaurante.

La sigo. La cocina es grande, aunque igualmente castigada por el paso del tiempo. Conserva algunos elementos del tiempo en que su vida fue mejor, pero se ve antigua.

Huele bien. Hay algunas ollas sobre unos fogones antiguos y bandejas con hortalizas desplegadas en una encimera.

Una tabla de cortar, unas piezas de carne…

Parece que la señorita estaba cocinando cuando he llegado y parece también que tiene invitados, a juzgar por el despliegue de alimentos.

Al final de la cocina hay otra puerta. Brooke la abre con un gesto rápido, de mala gana, como si no quisiera que mirara demasiado.

—Y esto era el antiguo comedor, ahora no es nada.

Dentro hay tres o cuatro muebles antiguos apilados, varias sillas, una encima de otra, un par de mesas arrinconadas, un armario y… otros muebles.

En medio, una mesa con un portátil, una lámpara y dos sillas, el único punto que parece tener uso real y cercano a la actualidad.

Al fondo, una cristalera conduce a un jardín amplio, pero lleno de maleza, descuidado, devorado por el mismo abandono que se le ha pegado al edificio.

—Esta es mi casa —dice entonces, tajante, como si me lo estuviera advirtiendo.

Me mira un segundo.

—Si quieres, te enseño la planta superior. La de las habitaciones…

Asiento, todavía sin saber si debo sentir alivio o preocuparme más.

Sube las escaleras delante de mí y la sigo. Y, mientras sube, me descubro fijándome en el movimiento de sus piernas, en el contorno de sus caderas cubiertas por un pantalón vaquero ajustado…

Me riño por hacerlo, por perder el norte. Pero no puedo negar que es muy guapa y muy atractiva.

—Las habitaciones del hotel… o lo que sea que es —me presenta, volviendo a mostrar de nuevo esa odiosa sonrisa cínica.

Me encuentro con un pasillo. A cada lado hay cuatro puertas, o eso creía al principio. En realidad, digamos que son accesos abiertos en la pared; las puertas han desaparecido.

Se detiene en uno de ellos y me muestra el interior. Es una habitación completamente vacía, con un olor a cerrado que echa para atrás. En un lateral hay un baño, o lo que queda de él. Ni sanitarios ni puerta.

La miro desconcertado. Se cruza de brazos y su sonrisa se hace más grande.

—La ducha, la única ducha, está en esa —dice, señalando la segunda—. Sigue tú, yo lo tengo muy visto. Estaré abajo. Elige la que más te guste —añade antes de desaparecer.

Como un idiota —que es exactamente cómo me siento ahora— hago lo que dice y continúo el recorrido. Me encuentro con lo mismo: otra habitación vacía, sin baño. Sigo avanzando y no cambia nada, excepto que dos de las estancias muestran plásticos gruesos cubriendo las ventanas, ausentes ya de vidrio.

Entro en la que ha señalado como ducha. Efectivamente hay una. Contiene productos de aseo en una estantería y restos de agua. Hay dos toallas sobre un taburete y nada más. Aquí tampoco hay sanitarios; solo el cerco y las conexiones indican que alguna vez los hubo.

No me puedo creer que me esté pasando esto. Ni que sea tan idiota para recorrer estas habitaciones una a una.

Me asfixio, me ahogo, siento que me falta el aire.

¿Dónde narices voy a pasar la noche?

27

Brooke

Caridad

—¿Te ha gustado alguna en particular? —le digo al listillo del abogado en cuanto baja las escaleras—. Supongo que ya has entendido que aquí no hay alojamiento, ni para ti ni para nadie.

—Bastaba con que dijeras que esto «fue» un hotel —me dice con los ojos encendidos por la rabia—, que ya no lo es ni tiene posibilidad de serlo.

Estoy tentada a lanzarle la bola del mundo que hay en el antiguo mostrador, pero debo contar hasta diez antes de enfrentarme a este gilipollas. Brent estaría orgulloso. Él me ha enseñado mucho sobre la paciencia y la impulsividad. Algún día tendré que hacerle caso. Voy a empezar hoy. O, al menos, voy a intentarlo.

Uno, dos, tres…

—No necesitaba hacer un tour por tu casa, hotel, restaurante. Entiendo que te aburras, pero yo no estoy para bromitas.

Cuatro, cinco… ¡A la mierda!

—Pero a ti ¿qué coño te pasa? —le digo, mirándolo con desprecio—. Si antes de entrar no te has dado cuenta de que esto no podía ser un hotel, tienes un problema. Has insistido o no lo has querido entender, y lo mejor era que lo comprobaras por ti mismo.

—No me apetece discutir. Llevo un día de mierda, con muchas horas de viaje en la espalda, para aterrizar en el fin del mundo y encontrarme con una familia de locos que me anula una reserva solo porque odian a Lorraine. Dime, si eres tan amable, qué otras opciones tengo.

—El hotel más cercano está a noventa millas, en Riverton.

—Descartada. Ya me lo dijo esa mujer, aunque le quitó diez millas. Algo es algo.

—La casa de Lo…

—Ni lo insinúes —me dice con una mueca de dolor que me sorprende; no parece fingida.

—No hay nada más.

—Bien. Gracias por tu tiempo, Brooke —me dice, dirigiéndose a la puerta.

—¿A qué has venido, Aiden? —le pregunto en un tono conciliador.

Me contesta sin darse la vuelta.

—Cuando lo averigüe, si todavía te interesa, te lo diré. De momento, es una pregunta que me hago cada pocos segundos.

Sale de mi casa y me deja con una sensación muy amarga. Maldita sea.

Lo último que habría imaginado es que fuera a venir a Moonridge, y mucho menos durante los días que voy a permanecer yo aquí.

No lo soporto, es que tiene algo que me saca de quicio. No sé si es el recuerdo del niño insoportable que era, o esa actitud arrogante, o esa forma de mirarme como si fuera un insecto molesto… o quizá todo a la vez.

Y esos desgraciados de los Waverly… ¿Cómo han podido ser tan mediocres? Habría matado por ver la cara de Suzanne cuando le ha dicho que era hijo de Lorraine. O por ver la cara del viejo, si es que era él, no tengo muchas dudas, cuando le ha dicho su hija quién estaba esperando alojarse en su precioso y nuevo hotel.

Pero… no puedo dejarlo en la calle. La única opción es la casa de Lorraine, y yo entiendo perfectamente que no quiera alojarse en ella; yo, en su lugar, tampoco lo haría. No así. No después de todo.

Debería dejar que se buscara la vida. Ha venido a llamar a mi puerta y, aunque no lo supiera, una vez que lo ha comprobado podría haber sido más amable. «¿Qué coño haces aquí?», me ha dicho el muy idiota. ¿No habría sido mejor un «qué sorpresa, no te esperaba, no sabía que estabas en Moonridge»? O… un simple «Hola, Brooke, volvemos a vernos».

Resoplo. Corro hacia la puerta. ¿Cómo lo voy a dejar tirado?

—Es por ti, Lorraine —digo en voz alta—. Tu hijo es un gilipollas, pero sé que desearías que le echara una mano.

Lo encuentro sentado en el coche, con la puerta abierta, mirando al frente, inmóvil.

—¡Eh! Espera —le digo, con un esfuerzo que bien merecería un reconocimiento de Brent—. Hay un colchón. Puedes dormir en el salón. Lo despejaré para colocarlo junto a la chimenea.

—No, gracias, no necesito tu caridad.

¡Ah! No. Eso sí que no. Este no se pone tan chulo. Yo he hecho un esfuerzo de los que aplaude Brent y este se queda como que me llamo Brooke.

—Escúchame bien, abogado —le digo, inclinándome ligeramente para asomar la cabeza dentro del coche—. Ahora mismo la única opción que tienes es hacer una cantidad insoportable de millas por una carretera infernal, en un coche que parece más propio de un coleccionista de miniaturas; dormir en la casa de Lorraine o… tragarte tu orgullo y dormir en un colchón mullido, darte una ducha caliente y cenar la mejor comida que hayas imaginado jamás. Es más de lo que te mereces y más de lo que daría a alguien que me cae tan mal como tú, pero te conviene deshacer tu orgullo, como he hecho yo, y aceptar mi oferta. Tiene una duración máxima de cuatro noches y tres segundos para decidir antes de que me arrepienta.

Sigue frío, sin expresión, como una estatua de cera.

—¿Por qué lo haces?

—Cuando lo averigüe, si todavía te interesa, te lo cuento.

Muestra una media sonrisa, fugaz, y se mueve con intención de salir del coche.

—Está bien —dice mientras recupera su maleta del maletero. Es tan pequeño que ha debido meterla a presión.

Me encamino hacia la casa mientras me sigue.

—Eso es un coche para visitar Wyoming —le suelto, señalando el que he alquilado yo, un todoterreno de lo más confortable.

—No he podido elegir, a menos que me esperara hasta mañana.

—Pues yo lo cambiaría.

—No creo que necesite mucho más para estar aquí.

—Estás en Moonridge, abogado, aquí no puedes circular con eso, a menos que quieras ver cómo saltan poco a poco los bajos de esa preciosidad que te han alquilado.

Mataría por verle la cara, pero no me doy la vuelta. Me conformo con imaginar lo mucho que le estoy fastidiando, a él y a su orgullo.

—Hay toallas en la ducha, arriba —le digo nada más entrar—, ya sabes dónde está. No hay puerta, pasarás frío, pero si te duchas rápido no te darás ni cuenta. Puedes dejar tus cosas en el armario que hay en el comedor, después de la cocina.

Me mira como si le hubiera dicho que se duchara con una manguera en el jardín, pero no protesta.

Desaparece en dirección al comedor y vuelve solo unos minutos después, con algunas prendas de ropa en la mano. Pasa por delante de mí sin decir nada y sube las escaleras.

Tendría que acabar de preparar el plato que he dejado a medias en la cocina, pero decido posponerlo unos minutos. El suficiente para escuchar algún sonido procedente de la ducha. El que emite alguien que se da cuenta de que el agua está solo un poquito caliente o, a veces, casi nada caliente. O… que el chorro de agua es del diámetro de un alfiler.

28

Aiden

Niños adorables

De nuevo me enfrento a una decisión difícil. ¿Qué debo hacer?

O bien bajo las escaleras, recojo mis cosas, me subo en esa fatalidad de coche que he alquilado y emprendo la marcha hasta llegar al aeropuerto, y después me subo al primer vuelo que se dirija a Boston y me olvido de esta absurda lista de calamidades, o bien bajo las escaleras, todavía temblando por la ducha helada en forma de aspersor que me acabo de dar, y me acuesto en el colchón que mi querida anfitriona me ha ofrecido.

Todo un dilema. Las dos opciones son de lo más emocionantes.

Respiro hondo.

Una ducha helada, un colchón en el suelo del salón y verle la cara a esa mujer no pueden hacerme desistir. Ganas de largarme no me faltan, pero si todavía no he encontrado el sentido a este viaje, mucho menos se lo voy a encontrar si me largo antes de obtener alguna información sobre ese maldito juicio.

La encuentro en la recepción, salón y ahora dormitorio improvisado. El alma de la casa. Está colocando ropa de cama sobre un colchón que descansa sobre el mostrador de la recepción. Sigue desdoblando una manta y no se inmuta ante mi presencia.

—Se te ha olvidado comentarme que el agua está helada. Un detallito sin importancia, pero me habría gustado saberlo.

—¡Oh! Vaya. Ha sido la emoción de tener un huésped: me ha desconcentrado.

—No te preocupes, lo comprendo. En este pueblo y en este… hotel, cualquier cosa puede resultar emocionante y distraerte.

—Cierto. Incluso la llegada de un capullo como tú, por desagradable que sea. No gusta, pero distrae —me indica, mirándome, por fin.

Sonrío de forma cínica para fastidiarla. Ya me he dado cuenta de que le molesta, lo he observado en todos los encuentros que hemos tenido. Lo sé porque su mirada se convierte en algo parecido al fuego o en una fuerza exterminadora.

—No deberías insultar a un huésped, eso no está bien, pero no te preocupes, lo comprendo también. Te has criado en Moonridge…

Abandona la manta y se acerca a mí.

—Eres igual de repelente que cuando eras un niño… Igual.

—¿Repelente? ¿Yo?

—Sí, tú. Tienes los mismos aires de grandeza, la misma arrogancia. Siempre paseabas con ese absurdo diario en que lo anotabas todo… Siempre quejándote: «Esto pica, esto escuece, esto no me gusta, esto es peligroso…».

—Es que jugar con unos salvajes no era lo que más me gustaba en el mundo.

—¿Salvajes?

—Sí, salvajes. Eso es lo que erais tú y tus amiguitos del pueblo. ¿Cómo llamas tú a unos críos que se divertían tirándole piedras a todo, bañándose en charcos de lodo, comiendo nieve del suelo como si fuera un postre, cazando ratones de campo, rodando colina abajo metidos en bidones oxidados y probando tabaco de mascar a escondidas mientras decíais que era una tradición?

—Jugar. Yo, y cualquier ser humano, lo llamaría jugar.

—¿A eso lo llamas jugar?

—Sí, eso era lo que hacíamos: divertirnos, jugar. Teníamos nueve o diez años, no leíamos el periódico como tú.

—Claro, debía de ser chocante que un niño quisiera culturizarse en vez de matar ratones a pedradas…

—Tienes razón, ¿qué clase de niños prefieren pasar horas al aire libre, en plena naturaleza, con todo a su alcance, en vez de estar jugando al ajedrez, informándose de la economía del país o rellenando jeroglíficos? Éramos niños muy raros…

—Salvajes, se llama salvajes.

—Dios, pero si hasta te quejabas de que nos sentáramos en el suelo…

—Claro que me quejaba, porque el suelo tenía…
—Vida, abogado, tenía vida y tierra.

La tensión es muy alta. Los recuerdos no han hecho más que empeorar la situación.

—Bien, ahora que ya nos hemos presentado formalmente… ¿Te ayudo con la manta? No te lo vas a creer, pero no tengo nada que hacer —le digo con una calma que hasta a mí me exaspera.

Me fulmina con la mirada. Los recuerdos le han afectado. Es curioso cómo apenas recuerdo ni un solo rincón de este pueblo, pero sí aquellas jornadas de «juegos» con ella y sus amigos.

Menea la cabeza.

—¡Qué facilidad para cambiar de tema, abogado!

—Odio las discusiones y los conflictos.

—Muy acorde con alguien que se dedica a la abogacía.

—Me gusta defender los conflictos de forma civilizada, con argumentos, con recursos inteligentes, no a gritos.

Mueve las manos, mueve la cabeza, cierra los ojos. Está al límite.

—Esta será tu cama, abogado anticonflictos —dice con una calma que me sorprende—. Solo quiero aclararte algo porque creo que estás confundido. No te debo nada, estás aquí por mil razones, pero ninguna porque me apetezca, así que lo mínimo que puedes decir es «gracias», porque por mala que sea la opción, te aseguro que todas las demás eran peores.

Se da la vuelta y entra en la cocina.

Se le olvida que la que me ha llamado repelente, capullo, es ella. La que me ha atacado cuando era niño es ella y… podría seguir con la lista, pero, en honor a la verdad, esa que siempre he creído defender a muerte, me ha ofrecido alojamiento cuando no tenía ninguna opción.

La sigo hasta la cocina. Está ocupada montando un plato con varios ingredientes. Huele bien.

—Gracias —le digo casi en un susurro.

Se detiene, me mira.

—¿Tienes hambre? Te advierto que si te comes esto no voy a tolerar ni una sola crítica. Tendrás que hacer un gran esfuerzo por convencerme de que es exquisito, inmejorable, lo mejor que has probado en toda tu vida. Decídelo antes.

—Tengo hambre. Me doy por informado.

—Bien. Pues sal de mi cocina.

Estoy un poco confundido por sus palabras, pero no voy a enfrentarme de nuevo a ella. Al parecer, esa receta tiene algún valor.

—¡Ah! —me dice antes de que me aleje—. Que conste que si jugábamos contigo era porque mi madre me obligaba.

—¡Ah! —le digo sonriendo de esa forma que le gusta—. Que conste que la mía también. El alcance de la maldad de esa mujer nunca tuvo límite.

Me parece ver algo parecido a una sonrisa en su rostro, pero se desvanece muy pronto.

Salgo por fin de la cocina un poco aturdido. No por la mención a Lorraine ni por las palabras que ha utilizado para atacarme, sino por el efecto que ha causado ese amago de sonrisa en mí.

29

Brooke

Motivos

El ruido de los cubiertos sobre el plato es el único sonido que nos acompaña desde hace unos minutos. Es una situación incómoda estar frente al abogado anticonflictos, en una mesa tan pequeña, degustando un plato que he tardado horas en cocinar.

—¿Quieres cenar aquí…? —le he preguntado mientras despejaba la mesa para servir los platos.

—¿Hay más opciones? —me ha preguntado, volviendo a la carga.

—Si quieres cenar sentado, con algo de calor, esta es la opción. De lo contrario, cualquier otra parte te servirá. Incluso el baño, que también tiene asiento.

Me ha fulminado con la mirada. No ha debido tardar en darse cuenta de que el resto de la casa no está habilitado, hace demasiado frío.

—Cenaré aquí… Gracias.

—Estofado de alce marinado durante horas y cocinado a fuego lento. Verduras asadas, puré de patatas y pan de maíz.

Me ha mirado como si le hubiera servido un ser humano.

—¿Alce? ¿En serio? Joder…

Se crea un silencio. Me abstengo de decir nada. Soy consciente de que vive en Boston y el alce, como otros animales de caza que se consumen aquí, no forma parte de su dieta.

—¿Lo has cazado tú? —me pregunta con una sonrisa exasperante.

No, ya no me callo.

—Claro. He madrugado. Las montañas Absaroka, al amanecer. Dos disparos. Lo despellejé allí mismo y le saqué las vísceras rápido, para que las bacterias no estropearan la carne. Más fresco, imposible. Disfruta.

—Eso haré —ha dicho, borrando su mueca de asco y metiendo los cubiertos en el plato. Debe de tener hambre… o pocas ganas de discutir.

—Sin bromas… ¿Es una carne habitual aquí?

—¡Ah! Tú bromeas… Vaya, me alegra saberlo. Y, respecto a tu pregunta… Es temporada de caza, me lo ha regalado el señor Ford, un vecino.

Un nuevo silencio.

—Aún no me has dicho qué haces exactamente aquí… —me pregunta con sequedad.

—¿Debería?

—Siento curiosidad.

—Tú tampoco me lo has dicho —le replico.

—Has evadido mi pregunta…

—¿No es eso lo que hacéis los abogados?

—Solo si tenemos mucho interés en no contestar a algo. Y no creo que sea solo una estrategia de la abogacía.

—Que estemos aquí, en la mesa, sentados frente a frente, que nos hayamos conocido, se debe a tu relación con Lorraine, con el caso, con el mensaje que me pidió que te diera. Todo esto gira en torno a ti, abogado; lo que yo haga o deje de hacer aquí no es un tema de conversación, no contigo.

No me siento orgullosa de haber asentado una nueva base de confrontación, pero es que me enerva la forma tan arrogante que tiene de pronunciar todas y cada una de las palabras que salen de su boca.

—No he venido a hacer turismo —me dice en un tono conciliador que me deja impactada—, como habrás imaginado. Aunque confieso que la gastronomía local no me está disgustando.

—¿Es eso un halago, abogado?

—Podría serlo. Y también una muestra de mi buena educación, soy agradecido.

Nos miramos durante unos segundos sin decir nada. En realidad, aunque me sorprendo a mí misma, no sé qué debo decir, al menos sin que se inicie un enfrentamiento.

—Hablé con el abogado de Lorraine —se anima a aclarar—, pero no quiso darme mucha información por teléfono. Me animó a visitarlo.

—¿Te pidió que vinieras?

—Me sugirió que lo hiciera si quería estar bien informado.

—¿Y quieres estarlo?

—Aún no sé lo que quiero ni lo que hago aquí. No te mentí cuando te dije que tenía que averiguarlo. He aprovechado un periodo de vacaciones, es todo.

Otro de esos silencios. Empieza a ser habitual. Una ronda de frases y luego un silencio; uno que, afortunadamente, rompe él.

—Tengo algún recuerdo de este lugar, pero no es muy nítido.

—¿De Moonridge?

—Me refiero a donde estamos, a esta calle, al hotel…

—Estuviste aquí cuando eras niño, conmigo.

—¿En serio?

—Solo viniste alguna vez, con Lorraine… yo tampoco tengo recuerdos muy nítidos de esa época.

—Pues recordabas perfectamente que era un niño repelente.

—Eso no se puede olvidar tan fácilmente.

Muestra una de esas medias sonrisas a las que tanto recurre, pero esta vez no parece ser de las cínicas.

—¿Cuánto tiempo hace que este lugar dejó de funcionar como hotel?

—Hace cuatro años.

—Son muchos años.

—De vez en cuando alguien se ha alojado.

—¿Algún desesperado como yo?

—Algún friki de esos de la parapsicología.

—¿Parapsicología?

—De esa gente que busca fenómenos paranormales y cosas de esas. Estupideces. Me lo han pedido en tres ocasiones y no he puesto inconveniente.

—¿Buscaban algo en el pueblo?

—No, lo buscaban aquí, pero no es importante, a mí solo me parecieron frikis.

—¿Qué buscaban?

—Son cosas de los pueblos, leyendas de esas que se van creando por el placer de tener historias que contar.

—¿Qué leyendas?

—¿Te interesa la parapsicología?

—No, me interesa qué buscaban aquí.

—El fantasma de la mujer que murió en una de las habitaciones. Fue hace muchos años. Una mujer joven, sola, se alojó aquí. Apareció muerta al día siguiente.

—¿Qué pasó?

—Fue una muerte natural. Algo cardiaco. Eso se dictaminó. Pero la gente del pueblo se emocionó y se animó a crear una historia.

—¿Qué historia?

—Era una viajera que estaba de paso. Sufrió un infarto y se murió. Fin de la historia. Pero la gente dijo que la habían asesinado y que desde entonces su alma permanecía en el hotel para llamar la atención y que investigaran su muerte.

—Ya…

—Ya sabes, tonterías. Unos decían que la habían visto en la ventana, otros paseando por el jardín…

—¿Y esos parapsicólogos encontraron algo?

—No les pregunté, yo no creo en esas cosas.

—¿Nunca has notado nada?

—Sí, a veces escucho cadenas arrastrándose y veo sombras en el jardín. Por eso quité las camas, porque se movían en mitad de la noche…

Vuelve a dibujar una media sonrisa.

—¿No moriría en el colchón que me has prestado?

—Vaya, no quería decírtelo, pero… no quiero mentirte. Ahí fue. Apareció degollada, en medio de un reguero de sangre…

—¿No fue un infarto?

—Es verdad, pues… apareció pálida, muy muerta… en ese colchón.

—Bien, capto tu tono, pero ahora quiero que me digas la verdad… no quiero dormir en un colchón que generó una leyenda.

—Ni siquiera está estrenado. Es de los que había de reserva, pero ha permanecido algunos años en una posición que no era la más conveniente, así que puede que no resulte muy cómodo.

—Eso me tranquiliza.

—Me alegro, abogado.

—Y… ahora que… llevamos unos minutos con un tono de voz adecuado y un contenido aceptable, ¿por qué no me cuentas qué haces aquí?

—No te rindes…

—Me llama la atención que te alojes aquí… —Hace una pausa y levanta la mano—. No importa, ya me has dicho que no es asunto mío.

—He venido a vender el hotel, abogado. El hotel oxidado cerrará sus puertas definitivamente dentro de pocos días —le digo mientras noto que, al pronunciar esas palabras, los ojos se me llenan de lágrimas.

Pero ¿qué me pasa?

Me levanto bruscamente ante su atenta mirada.

Maldita sea, todavía no me había derrumbado y no pienso hacerlo delante de él, de ese odioso ser, por muchas medias sonrisas que me haya regalado esta noche.

Me repongo rápidamente.

—¿Postre? —le digo mientras me alejo en dirección a la cocina.

30

Aiden

Una historia

Me ha sorprendido su reacción. Al anunciarme la venta del hotel, se ha emocionado y ha desaparecido en busca de un postre delicioso, que ha tardado poco en servir.

—¿Qué te une a este lugar? Me refiero al hotel.

Espero que me diga que me meta en mis asuntos de nuevo, pero, para mi sorpresa, no lo hace.

—Una historia familiar, nada más.

—Me gustaría escucharla. Tú conoces la mía…

—Este hotel lo fundó mi madre —dice mientras apoya las manos en la mesa, como si necesitara anclarse—. Ella se quedó huérfana cuando solo tenía dieciséis años. Sus padres, mis abuelos, murieron jóvenes en un accidente. Heredó su casa familiar… este lugar. Entonces era su casa. Durante un par de años vivió con la familia de Lorraine, con ella y con sus padres. Eran grandes amigas y la acogieron como a una hija más.

Asiento con la cabeza. Por un momento, me arrepiento de haberle pedido que me la cuente; sé que Lorraine aparecerá en ella más veces, pero confieso que siento mucha curiosidad.

—Dos años después se fue a Boston, con su tía, su único familiar. Allí estudió cocina, que era su pasión, y también algo de hostelería. Volvió unos años después, dispuesta a montar un hotel y un restaurante. Y lo hizo.

—Una mujer muy emprendedora…

—Sí, lo era —responde sin apartar la mirada del plato—. Supo invertir lo que había heredado de sus padres en algo que le apasionaba.

—¿Y así nació este hotel?

—Así se convirtió en Beacon Hill House. El nombre hace honor al barrio de Boston donde vivió con su tía.

—Es un buen barrio.

—Lo es.

—Y… ¿tú lo heredaste?

—Sí, cuando mi madre murió —dice tras una breve pausa—. Ella lo convirtió en un negocio próspero que le permitió vivir cómodamente. Pero solo fue durante una década: murió joven.

—Lo recuerdo… Eso sí lo recuerdo, por supuesto —le digo dejando los cubiertos sobre el plato—. También tu padre… creo recordar.

—Sí, él murió dos meses antes que ella, pero no participaba en el hotel; trabajaba en un negocio familiar, administrando tierras de otros.

—¿Qué pasó tras su muerte con el hotel?

—Poco después de su muerte, se hizo cargo una familia que lo regentó durante muchos años, hasta que cerró. Mi tía quiso sacarle rendimiento. Ella tutelaba mi herencia y se encargó de todo. Yo era una niña…

—¿Por qué cerró?

—Porque construyeron una nueva carretera desde Jackson para acceder a Yellowstone —explica con un gesto vago de la mano—. Moonridge ya no era un lugar de paso hacia el parque y eso lo condenó al olvido. Nadie se alojaba aquí, nadie pasaba por aquí; había un acceso más rápido y mejor. No solo el hotel se fue a la ruina, sino otros pequeños negocios que también vivían de turistas y viajeros.

—Entiendo… —comento en susurro.

—Y desde entonces no ha vuelto a funcionar. Dejé que muriera del todo, no era rentable, y lo puse en venta. He ido vendiendo los muebles o donándolos. Solo he mantenido este pequeño salón improvisado para mis visitas. He estado viniendo una o dos veces al año.

—¿Te fuiste a Boston cuando cerró?

—¿A Boston? —me pregunta alzando ligeramente las cejas, tan sorprendida que me desconcierta.

—Has dicho que cerró hace cuatro años… ¿Fue entonces o fue después?

—Hace dieciocho años que vivo en Boston. Cuando pasó a manos de esa familia, yo ya no vivía aquí. Me fui a Boston un año después de la muerte de mi madre.

—No lo comprendo —le digo con sinceridad.

—¿Qué es lo que no comprendes?

—Tenía entendido que… Lorraine se había hecho cargo de ti cuando murió tu madre.

—Solo fue durante ocho meses, Aiden —responde con firmeza—. Pasado ese tiempo, cuando estaba algo recuperada, me fui a vivir con mi tía Ruth, la misma que acogió a mi madre. Y no me he movido de Boston desde entonces.

—¿Ocho meses?

—Sí, eso he dicho.

—Esa no es la versión que yo conozco.

Me levanto de la mesa incómodo.

—¿Cuál es tu versión? —me pregunta, siguiéndome con la mirada.

—Ella se quedó contigo porque estabas sola. Decidió trasladar su vida aquí para cuidarte. Así de estúpido y así de real. Nos dejó porque lo único que le importaba eras tú.

—No tiene sentido —me dice levantándose también—. ¿Quién te dijo eso?

—Ella misma, joder, ella misma. Y… desde entonces, Brooke, te he odiado con todas mis fuerzas. Y a ella también.

Su rostro palidece.

Yo soy incapaz de seguir dentro de la casa. Esas palabras me han impactado, ese recuerdo me ha sacudido y, una puta vez más, me pregunto qué coño hago en este maldito pueblo.

31

Aiden

Solo es un apellido

La noche ha sido como una verdadera tortura. El colchón, tal y como me informó, está algo desnivelado y he tenido la sensación de dormir en un tobogán.

He tenido que lidiar con él, con el fuego que se apagaba de la chimenea y con el hecho de que la puerta del baño esté atascada y no se cierre por completo, lo que garantiza una más que cuestionable privacidad. Y, por si eso fuera poco, he tenido que lidiar con ruidos molestos toda la noche, imaginando que el fantasma que buscaban los parapsicólogos era real.

Me he levantado hace dos horas y media y he salido a dar un paseo por los alrededores. Mi intención era poner un poco de orden en mi cabeza, pensar con calma en lo que quiero hablar con el abogado, con el que me reuniré dentro de unas horas, y pensar en dónde voy a pasar esta noche. Pero se ha quedado en una intención; no he sido capaz de hacerlo. Solo he sido capaz de pensar en ella, en Brooke Keegan, en la mujer que me ha acogido en su destartalado hogar, la misma que ayer me confesó que solo había estado bajo los cuidados de Lorraine unos cuantos meses; la misma a la que ayer le confesé que la había odiado toda mi vida.

Es lo único que he sido capaz de hacer, aparte de darme ánimos sin demasiada convicción y acabar frente a la casa de Lorraine, donde ahora me encuentro.

Confieso que algo se me ha removido cuando la he visto. No me ha resultado difícil localizarla; es como si los recuerdos me hubieran ido guiando, a pesar de no conservar muchos. Solo algunos, y ni son claros ni son completos.

Aquí estoy, sentado sobre una pila de piedras que me permiten observar la casa desde un lateral. Con mi diario infantil en la mano.

No sé qué hago con él ni por qué lo conservé. No sé qué me motivó a incluirlo en la maleta. Quizás porque contiene algunos episodios relacionados con esta casa, con este pueblo… No son buenos recuerdos; quizás por eso lo incluí, para no olvidarme de lo que este lugar y esa mujer representaron en mi vida.

Los últimos años en que ella se comportó como madre, aquellos dos odiosos veranos en este lugar… Eso representa este diario, aparte de otros buenos recuerdos de mi vida en Nueva York, antes de que partiéramos hacia Boston, antes de que mi vida se fraccionara.

Sigo observando la casa, que no tiene muy buen aspecto ni parece recibir muchos cuidados. Claro que mi padre me contó que Lorraine estaba arruinada… Puede que eso justifique el aspecto que tiene su fachada, apagada y descuidada.

La valla que la rodea me impide observarla con más detalle, pero no necesito más para percibir que está cerrada, abandonada. Tampoco necesito acercarme para darme cuenta de que el protagonista del juicio es una gran extensión de terreno con una casa también de grandes dimensiones.

La recordaba así, grande, con un terreno gigante en la parte posterior donde te podías perder, pero… claro, mis recuerdos habían retenido un lugar más vivo; ahora parece que agoniza en silencio… como todo lo que me rodea en este lugar.

Ojeo el diario sin ganas. Paso sus páginas mientras leo por encima algunas frases relacionadas con mi infancia. La visión de la vida de un niño, ingenua y desordenada.

Aparece mi amigo Michael, mi inseparable amigo del que me despedí cuando me marché a Boston.

Releo por encima. Los campamentos de verano, el nuevo coche que se compró mi padre, la floristería de Lorraine… La sonrisa de Maddi, la hija de los vecinos, la más guapa del vecindario…

Durante unos minutos observo frases sueltas que releo por encima y me echo a reír. Pero al ver el nombre de Moonridge,

desaparece la sonrisa, como si alguien hubiera cerrado una puerta de golpe.

En esta página hablo de lo emocionante que ha sido ver los caballos del vecino de mi madre… Eso no lo recordaba; en otra hablo de unas gallinas y de que a Ben Turner también le gustaba leer, pero que tenía pocos libros.

Ben era un niño de aquí, de Moonridge, el menos salvaje y el que mejor me caía. Recuerdo su cara… Es curioso. Eso no lo he olvidado.

También menciono a Brooke… Vaya, ya ha aparecido la señorita Keegan. Lo leo con atención:

Siempre quiere ir al río y todos le hacen caso. Se cree muy lista, pero no lo es. Me ha dicho que me vaya a Nueva York como si ella fuera la dueña de este sitio. Su amigo Paul Nash tampoco me gusta, solo sabe perseguir ratones. No me gusta este sitio ni esos niños ni ella. Ojalá estuviera aquí Michael. Odio a Paul Nash y odio a Brooke Waverly.

«Vaya… ya la odiaba mucho antes de lo que pensaba», me digo sonriendo.

¡Un momento! ¿Brooke Waverly?

Releo el fragmento. No hay duda.

Brooke Waverly…

¿Qué significa eso? Se presentó como Brooke Keegan…

También fue ese el nombre que utilizó Jayce… Incluso Cassidy.

¿Está casada y lleva otro apellido? No, no es posible. Cassidy dijo que era la novia de Kaden.

En cualquier caso, no pude equivocarme cuando escribí el diario.

Waverly… Ese es el apellido que figura en el acta de la demanda… Los que me echaron del hotel…

Waverly…

Aparece en todos los documentos…

¿Son familia?

Puede que se trate de eso, pero ¿por qué no lo ha mencionado? Es ella la que me habló de la identidad de los que cancelaron la

reserva…, de los Waverly, los autores de la eterna demanda con Lorraine.

Siento un escalofrío que me recorre todo el cuerpo. Algo no va bien, lo presiento, y tiene que ver con ella, con todo lo que no me ha contado.

Ese apellido que ha aparecido en el diario es algo más que un simple apellido.

No la he visto desde ayer, desde que me marché de la casa después de la cena. Cuando volví, todo estaba en silencio y el colchón estaba colocado entre los sillones, listo para que pudiera acostarme sobre él, y ella ya no estaba a la vista.

Hasta sentí un pellizco y me sentí culpable por haberle lanzado esas palabras y haber desaparecido, pero estaba sobrepasado.

Voy a averiguar ahora mismo la historia de ese apellido.

32

Brooke

Relevante

¿Qué hago? ¿Le echo?

Es lo que me estoy preguntando mientras devoro una cantidad poco saludable de tortitas con miel, mi manera de combatir la asfixia que siento desde que ese hombre ha llegado aquí. Y solo lleva poco más de una noche…

Yo he venido a vender la casa, a decirle adiós, a cerrar una etapa de mi vida y a embolsarme un buen dinero para mi futura clínica de fisioterapia. Nada más.

Así que, sintiéndolo mucho, no voy a lidiar con este tío tan desagradable, que parece arrastrar un trauma del tamaño de un continente.

¿Qué le contaron? ¿Achaca la distancia con su madre a que me cuidara a mí? En realidad, me da pena. Por muy gilipollas que sea, me parece que es víctima de una manipulación en toda regla. Su padre hizo lo imposible por separarlo de Lorraine, la dejó sin recursos, sin nada con lo que luchar. ¿Quién se cree que el motivo por el que no volvió a ver a su madre es porque se hizo cargo de mí? Ella ya llevaba un tiempo en Moonridge, también ayudó a su padre y luego a mi madre cuando murió mi padre. Solo era una temporada. Si ella se quedó en Moonridge es porque no tenía dónde ir y porque quería resolver los asuntos legales de las tierras. Nada más. No entiendo cómo tiene esa versión tan alejada de la realidad.

Escucho la puerta. El señor Harrow se ha dignado a volver y dar la cara. No lo he vuelto a ver desde anoche. Hasta tenía la esperanza de que se hubiera largado, pero su maleta sigue en el antiguo comedor.

—Buenos días —pronuncia con mucha frialdad.

—Buenos días —le digo sin mirarlo. No me apetece—. ¿Café? ¿Tortitas? Puedes servirte lo que quieras, está en la cocina.

—Gracias —dice, desapareciendo.

Vuelve solo con una taza de café.

—Necesito hacerte una pregunta —dice sin rodeos.

—Si lo necesitas… hazla.

—¿Tu apellido es Keegan o Waverly?

Reconozco que llama mi atención, alzo la vista por primera vez.

—Keegan, creo que ya lo sabes.

—Te conocí como Brooke Waverly, no me cabe duda.

—¿Van viniendo los recuerdos, abogado? —pregunto con una ironía cansada.

—¿Puedes contestarme sin ironizar?

—Claro, estaré encantada. Me llamo Brooke Keegan, pero durante unos años me llamé Brooke Waverly; justo hasta que pude cambiarme el apellido. ¿Contesta eso a tu pregunta?

—¿Es un apellido común en este lugar o tienes relación con los Waverly, los del juicio? —insiste, dejando la taza sobre la mesa.

—Mi padre, Allan Waverly, era hermano de la mujer que te jodió la reserva del hotel: Suzanne Waverly. Y el del juicio, Clifford Waverly, es el padre de ambos. O sea, mi abuelo paterno.

—¿Tu abuelo? ¿Por qué coño no me lo habías dicho?

—No veo por qué tenía que hacerlo —respondo sin alterarme.

—Tú, mejor que nadie, sabes que he venido a indagar sobre esa demanda, demanda que conozco porque tú irrumpiste en mi vida para hablarme de ella. ¿Y no te parece importante decirme que ese hombre es tu abuelo? ¿A qué juegas? ¿Es que no lo entiendes?

Su tono es tan altivo y despectivo que me deja estupefacta.

Me levanto, ya he contado hasta diez, rapidito. No ha servido de nada. Brent tiene que cambiar de método; este no funciona conmigo.

—El que no lo entiende eres tú, listillo —le digo apoyando las manos en la mesa—. Mi relación con esas personas no tiene nada que ver con la demanda de Lorraine ni con el motivo por el que has venido. Nada. Ese parentesco no es relevante en tu causa. ¿No lo

llamáis así los abogados? Relevante… Pues no lo es. Así que, hasta donde yo sé, no es asunto tuyo cómo se llama mi abuelo o deja de llamarse. Y… te voy a aclarar algo de una vez por todas.

»Lo que tú llamas irrumpir en tu vida se llama atender la petición de una amiga, sin ganas, sin obtener nada bueno a cambio, aguantando la prepotencia de un gilipollas y tragándome el orgullo. Lo hice porque sentía que debía hacerlo. Igual que tú. Por eso estás aquí disfrutando tus vacaciones en este maravilloso pueblo mientras indagas en la guerra de dos impresentables que dedicaron una vida entera a joderse la vida a ellos y a sus familias.

»Así que no me hables como si te debiera nada, no me metas en tu puñetera causa y compórtate de una vez porque estoy harta de ese tonito tuyo de superioridad. Si quieres seguir odiándome como me dijiste, hazlo, lo superaré, pero mientras estés aquí ódiame con más consideración. Y métete en la cabeza que no eres el único que tiene una mierda de historia en este pueblo…

Me mira de una forma distinta. Cierra los ojos. Pone los codos en la mesa y entrelaza los dedos. Apoya la cabeza y así permanece unos segundos.

Me siento de golpe, agotada. Miro la tortita. ¿Por qué no? No pienso demostrarle que estoy temblando ni que me muero de ganas de salir corriendo. Aquí, plantada, marcando territorio y comiendo tortitas.

—Lo siento —dice, por fin.

Nos miramos fijamente.

Me levanto y voy a la cocina a coger el resto de tortitas, las que he preparado para él. Si es que soy tonta… incurable.

—Discúlpate comiendo. Miel, mermelada de chokecherry y sirope de arce.

Me mira y mira las tortitas. No sé si tiene hambre o simplemente no se atreve a rechazarlas después de mi sermón, pero se decanta por el sirope.

—¿Recuerdas el diario que tenía cuando era niño? —pregunta tras un breve silencio.

—Ajá…

—Lo he traído conmigo, aunque… no sé por qué. He estado en la casa de Lorraine, lo he releído por encima buscando… No sé qué buscaba, la verdad. Quizás un contacto con este lugar, algún recuerdo nítido. Y… aparecía tu nombre con ese apellido.

—En esa época lo utilizaba. Con ese apellido me conociste. ¿Qué decías de mí en el diario? —pregunto, a la defensiva.

—Que te odiaba.

—Sí, eso me dijiste anoche.

—Lo del diario era por otros motivos, ya sabes, mi conflicto por jugar con vosotros.

—Ajá…

—El odio es así —me dice con una voz calmada, casi hipnótica—. No siempre atiende a razones. Si así fuera, habrías salido de la ecuación hace muchos años; quizás ni siquiera hubieras formado parte de ella. Tú eras solo una niña, como yo.

»Era Lorraine la que eligió su vida libremente y me apartó de ella. Pero… un niño de doce años no tiene la capacidad ni el temple para manejarlo bien. Me envolví en odio hacia las dos, hacia ti y hacia Lorraine. Os imaginaba felices, jugando, acariciándoos, compartiendo momentos especiales, abrazándoos, mientras mi padre y yo intentábamos rehacer nuestras vidas. Él, fingiendo que todo estaba bien, llorando a escondidas. Yo, rezando cada día para que mi madre volviera a casa y dejara de querer a esa horrible Brooke.

Reconozco que sus palabras no me pasan desapercibidas, como quizás me gustaría. Por primera vez desde que le he tenido delante, lo veo vulnerable, hasta humano. Por un momento, no sé cuánto durará, ha dejado de ser el abogado arrogante y ha sido capaz de transmitirme algo parecido a una emoción.

—No sé por qué te cuento esto… Lo siento —dice mientras se levanta.

—Yo formé parte de esas caricias y esos abrazos poco tiempo —le digo antes de pensarlo demasiado, consiguiendo que detenga su huida—. Ella me ayudó a salir del pozo y a intentar asimilar que había perdido a mis padres, especialmente a mi madre. Mi vida ha estado en Boston, Aiden, yo solo he mantenido el hilo con este lugar por el negocio que tenía con el hotel, el que mi tía resolvió para ayudarme en un futuro. He venido solo una o dos veces al año y siempre he visitado a Lorraine. Hablamos por teléfono de vez en cuando, pero más allá no hay nada.

»No sé qué ocurrió exactamente, yo solo tengo su versión y no se parece mucho a la que tú cuentas. Si quieres, algún día, en algún momento que te apetezca, te la cuento. Lorraine es importante para mí, la quiero, me ha ayudado mucho y mi madre la adoraba. Puedo entender que odiaras a esa niña que no te dejaba jugar a lo que tú querías, pero, como tú has dicho, éramos niños. Sea lo que sea lo que has venido a hacer, busca otra diana. Yo no conozco ese juicio ni sé nada de nada de nada.

—Esto me supera… No necesitaba remover estos recuerdos —confiesa muy afligido. Parece otra persona distinta.

—Deja de torturarte, joder. ¿A qué has venido? A algo concreto. Pues hazlo —le regaño como si fuera un niño.

—¿Siempre eres tan práctica?

—Lo intento.

Me levanto para recoger los restos de desayuno, pero él me detiene con una pregunta.

Me siento extraña. Tan raro es discutir con él como tener paz. Las dos opciones me afectan.

—¿Por qué cambiaste tu apellido?

Sigue con ese tono conciliador y reconozco que sigue afectándome.

—Nunca he tenido relación con ellos, nunca —respondo tras un segundo de silencio—. Cuando mi madre murió ni siquiera se acercaron a mí. Y antes tampoco. Odiaban a mi madre y nunca aceptaron que mi padre se casara con ella. Para mí no son nadie.

—¿Ellos tampoco tenían relación con tu padre?

—Tengo entendido que estuvieron años distanciados después de la boda, pero después retomaron la relación. Solo con él. Su madre murió hace años y quedan el abuelo Clifford y la arpía de su hija, que ya la conoces. Si quieres comer en el restaurante del pueblo, el único que hay, no vayas. Lo dirige el marido de esa mujer y tampoco te servirían comida. Han vivido por y para el odio que les corroe.

—¿Por qué odiaban a tu madre?

—Porque era amiga de Lorraine. Eran más que amigas, eran familia. La acogieron cuando ella también se quedó huérfana, creo que te lo conté.

—Pero… ese apellido también era de tu padre. Al cambiarlo…

—No quería ese apellido. Estaba más unida a mi madre. Y… me gustaría dejar de hablar de esto, Aiden, me revuelve el estómago. Quizás en otro momento…

—Te comprendo. Dejémoslo, pero… entonces, dime algo. ¿Qué sabes de la historia del juicio?

—En eso tampoco puedo ayudarte, sé lo que sabe todo el mundo, lo poco que me contaba Lorraine. Un juicio, otro, un testigo, un documento nuevo, un recurso… Pero no conozco detalles.

—¿Te gustaría conocer los detalles?

—Sinceramente, no —le digo saliendo por fin del salón. Es que hay algo en él que me pone nerviosa y no sé qué es. Creía que era su tono altivo, pero ahora está muy calmadito.

Aparece detrás de mí.

—Ayúdame a entender esa historia. Acompáñame a visitar al abogado.

—No, de eso nada. Eso a mí no me incumbe.

—¿Te resulta totalmente indiferente que indague en ese caso o deje de hacerlo?

—Me gustaría que le echaras una mano a Lorraine, no te lo voy a negar, pero entiendo que tu situación es complicada.

—Entonces sí te incumbe. Si no te es indiferente, si esperas algo, sí te incumbe.

—No juegues conmigo.

—Acompáñame. Escucha lo mismo que yo. Ayúdame en lo que se me escape.

—No.

—De acuerdo, lo entiendo —dice antes de darse la vuelta.

Dos segundos después, escucho la puerta de la calle.

Joder, menudo compromiso. ¿O no?

No pienses, Brooke, que te pierdes.

Respira, cuenta hasta diez. Método Brent…

Uno, dos, tres… Siento un nudo en el estómago y el pulso acelerado, esa presión incómoda que aparece justo antes de meterme en problemas. ¡A la mierda!

—¡Eh! Espera —le digo asomando la cabeza—. Estoy lista en un minuto.

Sonríe.

Vuelvo a entrar, me apoyo en la pared.

No quiero que me sonría, quiero la versión borde. La manejo mejor.

33

Aiden

El pacto

El despacho del abogado de Lorraine ocupa una de las habitaciones principales de la casa, como si el tiempo se hubiera detenido ahí dentro. Dos paredes están cubiertas por estanterías repletas de carpetas y documentos, ordenados con una meticulosidad casi obsesiva; otra la ocupa una puerta de madera maciza, y la última, un ventanal por el que entra una luz fría que no consigue suavizar el ambiente.

El escritorio, amplio y sólido, es más práctico que elegante y da la sensación de haber sido utilizado durante décadas sin necesidad de adornos. Sobre él se apilan varias carpetas perfectamente alineadas, sujetas con gomas envejecidas; en una de ellas distingo un nombre: Blackwell.

El abogado nos recibe con una sonrisa abierta y constante, de esas que parecen no apagarse nunca. Contrasta con su atuendo: traje oscuro, camisa impecable y corbata sobria, demasiado formal para alguien que ya no ejerce y que nos abre la puerta de su propia casa. Da la impresión de que, aunque haya abandonado la profesión, no ha sido capaz de desprenderse del todo de ella. Su despacho sigue ahí, intacto, como si en cualquier momento fuera a sentarse a defender un último caso.

No parece sorprenderle que venga acompañado de Brooke, algo que, en realidad, me sorprende más a mí. No solo que haya aceptado acompañarme, sino que haya sido yo quien se lo propusiera. Pero después de la montaña rusa de emociones que he vivido desde que me he levantado, tanto fuera como dentro de su casa, empiezo a asumir que hoy nada va a seguir un orden lógico.

Brooke y él se saludan de forma cariñosa. Él elogia su belleza y su juventud, y enseguida mencionan a una amiga de Brooke que se encuentra fuera del pueblo y que lamentará no haber podido verla cuando se entere de que ha estado en Moonridge.

Permanece callada mientras ocupamos dos butacas frente al abogado. No puedo evitar mirarla, aunque ahora no sea el momento. Los pantalones verdes que ha elegido le sientan bien, igual que el jersey negro de escote sencillo, y el moño alto le despeja el rostro.

Por suerte, la intervención de Brooke me aparta de esta absurda línea de pensamientos.

—Samuel, he querido acompañar a Aiden —dice Brooke con naturalidad—, pero si preferís hablar a solas o hay algo que deba quedar entre vosotros, no tengo ningún problema en salir.

Se tratan con familiaridad. De camino, me ha contado que Samuel, antes de mudarse a esta casa, cuando enviudó, vivía muy cerca del hotel y que mantenían un trato cercano con él.

—No te preocupes, Brooke —responde con una sonrisa tranquila —. Hace tiempo que dejé de ejercer y esto no es una consulta formal. Solo voy a poner a Aiden al día del estado del caso, por si decide confirmar el poder que Lorraine firmó en su momento. Nada más. ¿No es así?

—Si te soy sincero, aún no tengo muy claro qué voy a hacer. Solo quiero tener más información. Con la documentación que he revisado apenas consigo entender la trayectoria de este pleito.

—En estas carpetas está la historia de ese pleito. Cuarenta años de enfrentamiento entre Warren Blackwell, tu abuelo, y Clifford Waverly, el tuyo —nos dice mirándonos a los dos—. Ambos trabajaron codo con codo durante décadas para Bernard Fielding, un terrateniente poderoso, con muchas tierras, dinero e influencia. Se ganaron su confianza y acabaron convirtiéndose en su mano derecha.

»Cuando Fielding murió, dejó un testamento en el que incluía a Warren: unas tierras y una casa, la que hoy ocupa Lorraine. Clifford montó en cólera. Alegó que Fielding les había prometido esa herencia a los dos y que ese último testamento no era válido. Y no mentía del todo: existía un testamento anterior en el que ambos figuraban como beneficiarios. Pero Fielding decidió cambiarlo, y eso es legal siempre que se haga en plenas facultades.

»A partir de ahí empezó la batalla. Testigos que juraban haber oído promesas; otros que aseguraban conocer las verdaderas intenciones del terrateniente; recursos, contrarrecursos, declaraciones ambiguas, papeles que no probaban nada, pero sembraban dudas. Incluso intentaron demostrar que Fielding no estaba en su sano juicio cuando firmó el último testamento. Se aferraron a todo, absolutamente a todo, buscando una grieta por la que anularlo.

»Pero nunca fue suficiente. Ningún juez ha considerado que hubiera motivos reales para anular ese testamento y, aun así, el conflicto ha seguido vivo, arrastrándose de despacho en despacho, de juzgado en juzgado, durante décadas.

»Una vida entera entregados a ello. Nunca quisieron pactar. Su amistad, su gran amistad, terminó, y también la de sus familias. Eso lo sabe también Brooke, ¿verdad, muchacha?

—Sí, lo sé bien —me dice al tiempo que me mira.

No conozco la historia a nivel personal de lo que pasó con su abuelo, pero entre lo que ella me adelantó y lo que acabo de escuchar, me hago una idea bastante clara de lo ocurrido.

—¿Y ahora dónde estamos? —pregunto, algo contrariado.

—Ahora han presentado un acuerdo privado anterior al último testamento. Fue la forma que tuvo Fielding de dejar constancia de sus intenciones iniciales de incluirlos a ambos en la herencia.

—Eso no puede invalidarlo. Sigue sin hacerlo. La posibilidad de cambiar su voluntad no la puede comprometer ese primer acuerdo privado.

—Exactamente. Esa prueba solo es un apoyo. Lo que tiene peso es el testimonio, Aiden. Se trata del administrador de Fielding. Antes

de su muerte se marchó de Moonridge y nadie conocía su paradero. Estuvo fuera del país, pero ha vuelto.

»En su primera declaración afirma que Fielding le confesó que sus intenciones no eran dejarle las tierras a Warren, sino a los dos, como se comprometió con ellos, pero que Warren le exigió un cambio bajo amenazas. Fielding no le dijo en qué consistían, pero sí que eran lo suficientemente graves como para que accediera por miedo. Clifford siempre ha sostenido que, aunque desconoce el contenido de las amenazas, estas existieron y fueron las que llevaron a Fielding a modificar su testamento. El administrador lo respalda. Afirma que, antes de morir Fielding y antes de que él abandonara la finca, le confesó los motivos por los que cambió el testamento, pero sin detallar en qué consistían las amenazas.

—No veo el peso de ese testimonio.

—Lo tiene. Basta con que genere dudas al juez y, te aseguro que, después de todo lo que he visto y oído —podrás comprobarlo leyendo esas carpetas—, esa duda puede ser suficiente.

—¿Quién lleva la demanda? —le pregunto mientras me revuelvo en la butaca.

—Un veterano abogado de Riverton.

—¿Lo conoces?

—Sí, lo conozco. Sería un error subestimarlo. Es bueno.

—Entiendo… —pronuncio en un susurro.

—Aiden, Brooke, creo que os merecéis mi sinceridad. A estas alturas de mi vida, fuera del ejercicio, ya no tengo que tragarme los conflictos morales. Ahora soy un ciudadano más que tiene opinión y, fuera de este caso, independientemente del cariño que siento hacia Lorraine, no lo veo tan claro como otras veces.

—¿Qué quieres decir? —pregunta por primera vez Brooke.

—Después de tantos años, tengo dudas —dice con calma—. No sobre lo que firmó Fielding, sino sobre todo lo que rodeó aquella firma. Conocí bien al administrador. Fue un hombre íntegro, discreto, leal hasta el final, y no alcanzo a ver qué interés podría tener ahora en mentir ni en remover nada de esto. No gana nada con hacerlo. He hablado con él, en calidad de amigo, por supuesto, y le creo.

Creo que hubo esas amenazas y creo también que él desconoce su contenido.

—¿Estás hablando de un pacto? —le pregunto.

—Exactamente. No veo otra forma. Esto se tiene que acabar y es lo mejor para Lorraine. Cuando leas todo esto, llegarás a la misma conclusión.

—¿Pactar? ¿Qué significa eso? —pregunta Brooke, horrorizada.

—Es mejor llegar a un acuerdo con los Waverly y pactar el reparto. Evitar el juicio y que ambas partes se beneficien —explica Samuel.

—Eso no beneficia a Lorraine. No es lo que ella querría. Ella no quiere compartir nada con ellos, aunque esté enferma. Ella quiere seguir luchando por mantener que su padre no mintió, que esas tierras son suyas. Es lo que lleva haciendo muchos años. No puedo creer que tú, que la has representado todos estos años, que sabes perfectamente lo que quiere, propongas algo así.

—Brooke, si el juez admite ese testimonio como real, aunque solo despierte su duda, decidirá él.

—Bien, pues que lo haga. Si el juez decide repartirlo no se podrá hacer nada, pero no podéis adelantaros y ofrecérselo a esos impresentables. Ella no puede defenderse, no puede decidir, lo ha dejado todo en manos de Aiden o de quien sea que la represente. Ella quiere luchar en un juicio, no rendirse antes de tiempo.

—Brooke… —Esta vez soy yo el que interviene—. No funciona así. No se trata de que el juez decida si dejarlo todo como está o repartirlo en dos partes iguales. El juez podría ordenar vender la casa porque no se puede dividir, repartir solo las tierras y dejar la casa aislada y sin valor real, obligar a compartirla con los Waverly…

—O imponer una compensación que Lorraine no podría pagar sin desprenderse de todo —añade Samuel—. Pactar es la única forma de evitar que alguien que no conoce esta historia decida el peor final posible y haga el reparto.

—Yo… Lo siento, pero no puedo seguir escuchando esto. No puedo. Os dejo solos —dice mientras se levanta con brusquedad.

—Brooke, muchacha, no creas que propongo un pacto por las dudas que me pueda generar. Lo creas o no, estoy defendiendo sus

intereses, aunque ya no la represente. Me jubilé y le advertí de que me retiraba del caso. Lo he hecho, pero, cómo ves, no del todo. La he ayudado cuanto he podido sin estar implicado como antes. Pero… mi conocimiento del caso y mi experiencia son los que me hace apostar por un pacto. Alguien tiene que ponerle fin a esto, créeme.

—Yo solo sé que Lorraine, antes de pactar con ellos, habría preferido morir. Y tú… lo sabes.

Abandona el despacho.

Samuel y yo nos miramos.

—Lamento que se lo haya tomado así. Está muy unida a Lorraine. Cualquiera que la conozca sabe que ella habría preferido la muerte a un pacto. Pero la justicia y la experiencia deben darse la mano de una vez por todas, Aiden, en este caso… Espero que Brooke llegue a comprenderlo.

—Creo que tampoco le tiene mucho cariño a los Waverly —le digo esperando algo más de información.

—No, claro que no. Son despreciables en todos los sentidos. Su comportamiento con ella, cuando se quedó huérfana, y con Hellen, su madre, siempre fue despreciable. Viven llenos de odio y de amargura. Y el padre de Brooke, Allan, tampoco jugó limpio. Él nunca defendió a su mujer y a su hija como debía delante de su familia. Fue una marioneta más de su padre.

—Menudos personajes…

—No sé qué más puedo decirte, Aiden. Cuando hablo de pacto, por supuesto, es solo un consejo. La decisión es tuya… Sé que tu historia con Lorraine tampoco es digna de una ovación, pero si estás aquí es porque has considerado la defensa.

—Sigo sin tenerlo claro. Estudiaré esas carpetas y… decidiré.

—Con el juicio a catorce días vista, tienes que decidirlo ya. En unos cuatro días, como mucho, tendrás que confirmar el poder o renunciar. Después, el margen se estrecha y el juez no será comprensivo. Ya conoces cómo funciona.

—Cuatro días es más que suficiente —le digo cargando con las carpetas.

Me despido de él, le doy las gracias y se ofrece a aclararme todo lo que necesite.

—Aiden…

Me doy la vuelta.

—Hoy he llamado al centro para conocer el estado de Lorraine. Dicen que sigue igual. No sé si lo sabías…

—No, pero te agradezco la información.

—¿Vas a ir a visitarla?

—No.

—Lo entiendo, no fue una madre ejemplar.

Me deja impactado. Jamás habría imaginado que este hombre me dijera algo así.

—No, no lo fue.

—Piénsalo también. Quizás sea bueno para ti. Igual que con el juicio, a esto también hay que darle un fin.

—Gracias por todo, Samuel. Estamos en contacto —le digo emprendiendo la marcha con un nudo en la garganta que apenas me deja respirar.

¿Dónde está Brooke?

No me puedo creer que se haya marchado. Hemos venido en su coche.

¡Maldita sea!

34

Brooke

Agua

—Ciérrate de una vez —le digo a una tuerca rebelde con la que llevo peleándome más de veinte minutos.
He encontrado un charco de agua nada más entrar en la cocina y, después de seguir el rastro, he acabado aquí abajo, empapándome por culpa del maldito fregadero, que ya hace al menos diez años que alcanzó la mayoría de edad.

Estoy tumbada en el suelo, con la espalda apoyada en las baldosas frías y los hombros atrapados entre un cubo y la pared del mueble. Con una mano sujeto el sifón y con la otra intento apretar la tuerca con una llave inglesa que, por suerte, conservaba.

Mierda. Esto no termina de sellar, hay un goteo constante. Cada vez que creo haberlo ajustado, vuelve a aflojarse. Se está riendo de mí.

Tengo el pelo pegado a la frente, el jersey empapado y una mancha oscura extendiéndose por los pantalones. No soy fontanera, pero esto lo arreglo, aunque me deje la vida.

Aprieto con más fuerza de la necesaria. Como si la tuerca tuviera la culpa de todo. Como si pudiera descargar aquí la rabia que me he traído del despacho de Samuel.

El pacto.

La palabra sigue retumbándome en la cabeza.

Pactar.

Como si fuera tan sencillo. Como si no significara sacrificar lo único que Lorraine ha defendido durante años. Y lo peor no ha sido que lo propusiera Samuel, sino la calma del abogado anticonflictos. Su forma de asentir, como si no le afectara en absoluto. Ni una duda.

El timbre suena.

Vaya, ha debido encontrar la forma de llegar hasta aquí. Y, por lo que ha tardado, no ha sido en nada que tenga motor.

Lo ignoro. Que espere.

Insiste en llamar.

Expulso todo el aire que acabo de retener y, con mucho esfuerzo, me pongo en pie, pero antes me golpeo la cabeza con los bajos del mueble. Tengo que sujetarme con fuerza al grifo del fregadero cuando siento que voy a resbalar. Este se mueve, amenazando con salir disparado si sigo presionando.

Se me cae la llave inglesa y, con mucho equilibrio, consigo rescatarla del suelo.

El timbre sigue insistiendo.

Me dirijo hasta la puerta dejando pequeñas huellas húmedas y abro lentamente.

No es difícil imaginar qué puede pasar por su cabeza cuando me ve empapada, con la ropa pegada al cuerpo, sosteniendo una llave inglesa. Pero no me quedo a averiguar qué opina, sino que vuelvo sobre mis pasos hacia la cocina.

Su rostro no es muy amigable, así que tampoco me interesa escucharle. Entiendo que esté molesto porque lo he dejado tirado, pero así me siento yo también.

—¿Qué estás haciendo? —me pregunta en cuanto me ve colocarme de nuevo en posición de fontanera sin experiencia. No me gusta nada su tono, nada de nada. Es el mismo que ha empleado el noventa y nueve por ciento de las veces que he hablado con él. El uno por ciento de tregua ya se ha esfumado.

—Un sándwich, ¿te apetece?

—No estoy para ironías, Brooke, supongo que te sientes orgullosa de haberme dejado tirado allí, en mitad del campo, a veinte millas de aquí.

—Una y media, abogado, solo hay una milla y media. Y sí, me siento orgullosa, igual que tú debes sentirte de haber considerado ese puto pacto.

No le veo la cara, pero su tono me deja claro que ha adoptado la versión sarcástica.

—¿Te ayudo? Pareces apurada.

—Ya has sido de gran ayuda en el despacho de Samuel, no te esfuerces más.

—Esto no va de ayudarte a ti, Brooke, no sé si eres consciente. Esto no va contigo, sino con tu amiga Lorraine. Lo creas o no, en ese despacho se han planteado sus intereses, no los tuyos.

Ya casi está arreglado. Creo que no gotea.

Me incorporo con menos esfuerzo que antes, por suerte para mi dignidad, y le miro de frente, furiosa.

—¿Intereses? ¿Qué intereses? Samuel sabe que ella no quería pactar, aunque le fuera la vida en ello. Yo lo sé y tú estás bien informado de ello. Entonces ¿por qué se plantea? No es una opción. Aquí la única que mira sus intereses he sido yo. Si no querías que opinara, no haberme pedido que te acompañara.

—No entiendes lo que ha dicho Samuel.

—Lo entiendo perfectamente. Entiendo que vais a pactar con el abogado de los Waverly para llegar a un acuerdo en el reparto. Parte de esta casa y de esta tierra pasará a ellos, justo por lo que el padre de Lorraine y ella llevan luchando cuarenta años. Ella está en coma, no puede hablar y su querido abogado de cuarenta años, jubilado, dispuesto a liberar su moral contenida durante años, decide convencerte de un pacto. Y su hijo, que está aquí sin saber a qué ha venido, pero que finalmente ha venido, asiente sin rechistar.

—Nadie me ha convencido de nada, me ha planteado la opción más lógica. No es una cuestión sentimental, Brooke —me dice con el ceño fruncido—. Eso no sirve delante de un juez. Ahora se trata de luchar por el patrimonio, no de pelear por principios.

—Ella ni siquiera va a disfrutar de ese patrimonio.

—Ni tampoco de una victoria.

—Pero era su voluntad, para eso firmó el poder. Ella no sabía si lo aceptarías o no, pero pretendía que lucharas, no que la traicionaras. Si no quieres hacerlo, lárgate, vuelve a Boston y renuncia a ese poder.

—Si yo renuncio, el juez nombrará a otro representante. No creo que anule el juicio ni tampoco que lo posponga. Samuel me ha dicho que conoce a ese juez y, si algo tiene claro, es que va a seguir adelante.

—Entonces que la defienda otro.

Guarda silencio. Nos miramos. Por un momento, creo que estas palabras le han hecho reaccionar.

—Déjalo en manos de otro… —insisto creyendo que esta es la clave de la conversación, pero me equivoco.

—Otro que podría pactar también. Otro a quien le importa Lorraine menos que a mí, otro que irá por la vía fácil, que no estará dispuesto a leerse un expediente de un millón de documentos y que ni siquiera llegará a conocer a su representada. Uno que dudará en cuanto conozca el testimonio de ese hombre, porque sabrá que también podría hacer dudar al juez y que probablemente se creará una duda, una que indique que Clifford no ha perdido por falta de razón, sino por falta de pruebas.

—Bien, entonces quedará en manos de otros, no en las tuyas. Lucha por ello o lárgate. Pero no pactes, no la traiciones… No le digas «Ahora te voy a joder», dile «No me interesa tu caso y me aparto».

—Hasta hace unas horas ni siquiera sabía qué iba a hacer con ese poder. Ahora, como habrás notado, estoy considerando aceptarlo y hacer algo por ella, aunque no se lo merezca.

—Si vas a hacer algo por ella, lucha. Si pierdes, lo habrás intentado y que sea lo que tenga que ser. Pero no pactes tú antes de tiempo. Si hay pacto, que no sea porque tú lo has hecho. Sé que la odias, que no te importa, pero a mí sí. Esto no puedes convertirlo en una venganza.

—¿Venganza? Te equivocas mucho, Brooke. Venganza habría sido ignorarla por completo. Estar aquí después de nueve horas de viaje, con todo lo que ha supuesto este lugar, no es venganza. Es una consideración que no se merece, pero que, por compasión o por lo que sea que ha despertado en mí, he tenido en cuenta. Estoy

aquí, voy a hacer algo por ella, creo que ya es más de lo que debería. Desde un punto de vista legal, es lo más sensato.

—Eso no es sensato, señoría. Eso es joderla, aunque tú no quieras verlo.

Pasea durante unos segundos. Sale de la cocina, vuelve a entrar.

—Ese testimonio introduce un elemento clave de duda. No prueba las amenazas, pero permite cuestionar la libertad con la que se modificó el testamento. Y, cuando un juez sospecha que la voluntad final pudo estar condicionada, deja de aplicar el documento de forma literal y busca una solución equitativa, aunque ninguna de las partes la considere justa. Puede haber venta, copropiedad y mil cosas más que a Lorraine tampoco le gustaría.

—Si tiene que ser así, que sea así, pero al menos lucha.

—No voy a hacerlo, Brooke. Cuando he ido a ver a Samuel no tenía ni idea de lo que me iba a encontrar, pero he visto una solución y así puedo largarme tranquilo. Siempre podré decir que hice algo por ella, más de lo que se merecía.

—¿Vas a pactar?

—¿Qué pretendes, Brooke? El juicio es dentro de catorce días. ¿Pretendes que espere aquí hasta esa fecha? ¿O que me marche a Boston y vuelva aquí otra vez? ¿Que pase el resto de mis vacaciones estudiando este caso?

—No pretendo nada, ya no. No entiendo de leyes, puede que tengas razón y sea complicado y el juez acabe repartiendo esa propiedad. Pero… me duele pensar que se va a pactar sin intentarlo. Al menos, haz algo. Si va a haber un pacto, no seas tú quien lo haga. Renuncia al poder y que sea lo que tenga que ser.

—Dame una razón para que vaya a ese juicio.

—No tengo una razón para ti, joder. Pero se está muriendo… y la quiero y, si algo sé, es que dedicó su vida a esa causa. Ya sé que es absurdo, pero, como te dije en la cafetería de Boston, al menos que esa absurda vida tenga un poco de sentido. Sé que no fue una madre durante casi veinte años, pero también sé que lo fue durante doce… Tengo recuerdos.

Me mira en silencio. Apoya una mano en la encimera.

—No debería involucrarme, lo sé. Ni tengo argumentos ni tengo responsabilidad en esto. No tengo nada, ni siquiera entiendo de leyes, pero me da mucha pena ver que su final es así. No creo que dure mucho, su pronóstico no es bueno.

»Ayer hablé con el centro y me dijeron que había una pequeña mejoría, pero que sigue en coma. Esa mejoría podría hacerla despertar, como otras veces, no lo descartan. Pero sí descartan que eso se mantenga mucho tiempo. Volvería a recaer y cada vez será peor y más rápido.

—No vayas por ahí, Brooke, te estás equivocando.

—Mañana iré a visitarla. Acompáñame.

—Ni lo sueñes.

—Haz lo que quieras con el juicio, Aiden. Pacta si quieres, renuncia, lucha… Lo que te venga en gana, pero, por favor, decídelo después de verla. Solo unos minutos…

—Supongo que tampoco tendrás una razón para eso…

—Es el final, Aiden, y es para siempre.

Salgo de la cocina y me dirijo a mi dormitorio para cambiarme de ropa. Estoy hecha un asco.

Sé que estoy traspasando límites. Sé que no tengo argumentos ni para defender esa postura legal ni para atacarla. Sé que no tengo derecho a cuestionar lo que siente alguien que perdió a su madre cuando era un niño y se ha encontrado con este lío.

Sé muchas cosas, pero también sé que necesitaba luchar por ello, con o sin sentido. Quiero hacer algo por Lorraine aunque solo sea enfrentarme a su hijo.

—Me voy —le digo cuando salgo del dormitorio, limpia, seca y con mi vestido favorito, uno que me queda como un guante.

Me mira de arriba abajo cuando levanta la cabeza del suelo. Está sentado frente a la chimenea.

—¿Dónde vas? —me pregunta con un hilo de voz.

—Al cementerio. Yo también tuve una madre y me duró lo mismo que a ti, aunque por otras circunstancias.

35

Aiden

El cementerio

No sé qué me ha llevado a seguirla hasta el cementerio. Quiero creer que ha sido mi deseo de escapar de esa casa para no estar dándole vueltas a la cabeza, pero… podría haber buscado otro entretenimiento, así que ni siquiera esa opción justifica mi presencia aquí.

Lo único que sé es que, entre la conversación con Samuel y mi discusión con ella, he llenado el cupo de lo que mi cabeza es capaz de soportar por un día.

Su coche me confirma que se encuentra en este lugar. Es un alivio. Por un momento he pensado que podría haber venido hasta aquí para nada. Aparco junto a su coche con mi miniatura desesperante.

Me lleva una ventaja de veinte minutos, así que podría estar en cualquier parte. El problema es que este lugar parece mucho más grande de lo que imaginaba.

Recorro los pocos metros que me separan de la puerta principal, se trata de una gran puerta de hierro parcialmente abierta. Chirría al empujarla y me sobresalto.

Delante de mí se abre una extensión amplia de césped perfectamente cortado.

El lugar es todavía más grande de lo que parecía desde fuera. Las tumbas están alineadas en filas amplias, con un espacio generoso entre unas y otras. Tumbas en el suelo, de piedra clara, con placas que ponen nombre y fecha a la vida de todos los que descansan aquí. Nada recargado. Todo limpio. Todo cuidado.

Hay flores frescas en varias sepulturas y pequeños arreglos sencillos: banderas diminutas, jarrones discretos… Se nota que

alguien se ocupa del mantenimiento con constancia.

Camino despacio entre las filas, leyendo apellidos que se repiten. El silencio es total. No hay nadie más, excepto ella, que acabo de localizar.

Está sentada en el suelo con las piernas cruzadas, delante de una tumba.

Me acerco sin hacer ruido.

Cuando estoy justo detrás de ella se gira de forma impulsiva.

—Joder, qué susto. ¿Qué haces aquí?

—En adelante, mientras estemos en este pueblo, no me preguntes qué hago en este sitio o en otro, casi nunca lo sé.

Me parece ver una débil sonrisa, pero se da la vuelta rápidamente.

—No quiero invadir tu intimidad —le comento con un tono de voz cercano a un murmullo.

—No haber venido.

¡Es exasperante!

—Háblame de ella… —le digo en un tono tan conciliador que hasta yo me emociono.

Espero cualquier comentario, menos el que hace:

—Siéntate aquí si quieres.

Golpea el suelo, a su lado, y le hago caso.

Hellen Keegan.

Ese es el nombre que figura en la piedra. No indica fechas, solo que murió a los treinta y seis años.

—¿Qué le ocurrió? —le pregunto mientras hago un intento fallido por recordarlo. Sé que murió cuando Lorraine estaba en Moonridge, pero no recuerdo mucho más.

—Una mañana salió de casa conmigo. Me acompañó hasta el autobús que me llevaba al colegio. Le pedí que se marchara, no quería que vieran cómo mi madre me saludaba con la mano. Yo me sentía mayor para eso. Tenía once años. Ella se rió y se marchó fingiendo que se escondía entre los árboles. Me hizo reír. Nunca más volví a verla.

—Yo… tengo un recuerdo de ella, de su rostro. Y también de cuando mi padre me dio la noticia de su muerte. Algo tengo en la cabeza, pero, como todo lo que corresponde a este lugar, es débil, borroso.

—Era guapa, muy guapa… —pronuncia con orgullo, como si su imagen acabara de invadirla.

—Recuerdo cuando Lorraine y mi padre me hablaron de su muerte… Eso sí lo recuerdo. Creo que es la única vez que pensé en ti de forma positiva.

—No me lo puedo creer, con lo mala que era…

Esbozo una sonrisa, débil, acorde a todo en este lugar.

—Las veces que viniste a Moonridge, dos o tres, creo, mi madre me decía que eras muy guapo, me fastidiaba con eso. Hasta me decía que podíamos ser novios.

—No hace falta que me cuentes lo que le decías sobre eso.

—Mejor que no lo sepas.

Guardamos silencio mientras su rostro y el mío esbozan otra de esas sonrisas a medias, fugaces…

—¿Qué le ocurrió? ¿Estaba enferma?

—Que yo sepa, no. Encontraron su ropa junto al río, en un tramo apartado. Era invierno y dejaron su abrigo, la bufanda, el gorro, las botas… todo cuidadosamente apoyado sobre unas rocas. Su cuerpo nunca apareció.

Siento un escalofrío cuando escucho su explicación y ladeo la cabeza para observarla.

—¿Nunca la encontraron? —repito sorprendido.

—No, nunca. Pero sí una nota junto a su ropa en la que decía que no podía más y… que me quería.

—¿No lo investigaron?

—Buscaron durante días. Rastrearon la orilla y varios kilómetros río abajo, pero no encontraron nada. Cuando localizaron la ropa llevaba al menos un día desaparecida. Y, en esa época del año, en ese tramo del río, eso es más que suficiente. El cauce se estrecha allí, el agua baja helada y con mucha fuerza, golpea contra las rocas

y arrastra todo lo que encuentra. En invierno casi no hay tránsito por esa zona. Se puede desaparecer sin dejar rastro.

Me llama la atención su forma de describir estos parajes, se nota que conoce bien este lugar.

—Lo siento, Brooke, debió de ser terrible.

—Sí, lo fue. Fue terrible. La tía Ruth y Lorraine se encargaron de mí. Ellas acordaron que permaneciera en Moonridge bajo los cuidados de Lorraine durante un tiempo, para que pudiera asimilarlo antes de marcharme con mi tía a Boston.

—¿Cómo fue tu vida con ella?

—¿Con Lorraine?

—Me refería a tu tía.

—Te puedo contar las dos opciones, abogado. Con mi tía fue muy bien, la adoro. Viví con ella hasta hace seis años, cuando me independicé. Ella también cuidó de mi madre, ironías de la vida. Me lo dio todo. Y Lorraine se encargó de recomponer a una niña de once años que en menos de dos meses se había quedado huérfana. Fue lo más parecido a una madre que tuve en ese momento y se entregó en cuerpo y alma para que saliera adelante antes de partir hacia Boston.

—¿Tus padres murieron con dos meses de diferencia?

—Sí. Mi padre tuvo un accidente con su camioneta. Encontraron su cuerpo calcinado al final de un barranco. Estaba irreconocible.

—Joder… —suelto sin pensar—. Y… si no encontraron a tu madre, esto que estamos viendo es…

—Es una tumba simbólica que encargué hace unos años. Por tener algún lugar al que venir.

—¿Y tu padre?

—Allí —me dice señalando hacia el fondo—. Vamos.

Se levanta de golpe y comienza a caminar en la dirección que me ha indicado.

A medida que avanzamos, el cementerio vuelve a cambiar. Las filas de lápidas sencillas desaparecen y dan paso a un terreno que se

eleva ligeramente. Ya no hay simples tumbas en el suelo, sino grandes parcelas familiares.

Aparecen mausoleos de granito oscuro, algunos de mármol blanco, con puertas de bronce y nombres grabados en letras profundas. Columnas discretas con apellidos enmarcados que se repiten generación tras generación. Esculturas, cruces, ángeles de piedra… Todo perfectamente integrado en este lugar de descanso eterno.

Siento escalofríos. Nunca me han gustado los cementerios. Pero, aunque es triste reconocerlo, este es el lugar más bonito de Moonridge. Hay más sensación de vida aquí que en el resto del pueblo, por extraña que sea la comparación.

Brooke no reduce el paso. Continúa hacia uno de esos conjuntos familiares como si ya hubiera recorrido ese camino muchas veces.

Se detiene frente a uno de ellos que no pasa desapercibido. Podría ser de los más lujosos, sin duda.

En un marco exterior incrustado en mármol y adornos dorados aparecen varios nombres, dos mujeres y dos hombres, con las fechas de nacimiento y defunción.

—Este es mi padre, Allan Waverly. Los otros son su madre y sus abuelos.

—¿Por qué está aquí?

—Su familia así lo quiso y mi madre se lo permitió.

—Presiento que la figura de tu padre no es igual para ti que la de tu madre… —le comento recordando las palabras de Samuel hacia él.

—No era una mala persona, pero vivía influenciado y manipulado por su familia. Se olvidó de que tenía otra familia. Estaba, pero no estaba.

Da por concluida la visita al mausoleo y se dirige a otro que hay a pocos metros. Más o menos del mismo estilo, aunque diría que más lujoso.

Este presenta un marco más grande en el que aparecen tres nombres tallados en bronce junto a la fecha de nacimiento y

defunción… excepto uno.

Observo los nombres: Warren Blackwell, Eleonor Blackwell y… Lorraine Blackwell.

Me mira, la miro arrugando la frente.

—Estos son tus abuelos. Como ves, los mausoleos son parecidos. Competían entre ellos para demostrar que uno u otro lo podía construir más grande, más lujoso, mejor…

—Joder, menuda mierda de vida —suelto resoplando—. Y… ¿qué hace el nombre de Lorraine ahí?

—Ella quiso grabar su nombre. Creo que fue hace un año —me contesta con la voz entrecortada—. Tenía claro dónde acabaría, aunque no creo que imaginara que fuera tan pronto.

—Sigue viva, Brooke.

—¿A eso lo llamas estar viva? —me dice mientras se empieza a alejar de mí.

El silencio y el efecto de sus palabras me envuelven en un nuevo escalofrío.

«Es el final, Aiden, y es para siempre». Recuerdo las palabras de Brooke que ha pronunciado apenas hace unas horas.

Miro la placa con los nombres mientras tengo esas frases en la mente.

«Tenía claro dónde acabaría».

«¿A eso lo llamas estar viva?»

Retumban dentro de mi cabeza mientras observo su espalda camino de la salida.

Brooke tiene el don de removerme algo por dentro. Incluso ha conseguido que, por unos minutos, deje de odiar a Lorraine.

Pero… solo unos minutos.

36

Brooke

Más agua

Lo confieso, ha habido «intenciones» en mis palabras. Llevo todo el día soltando frases lapidarias para ver si consigo ablandar al capullo del abogado, que ahora me parece un poco menos capullo, y así poder rebajar su odio hacia Lorraine.

Brent me diría que eso es manipular, pero yo le diría que eso es intentar que no llegue a pactar antes del juicio. ¿Por qué? Porque me da pena, porque está en sus últimos momentos de vida, porque sufrió mucho cuando el padre de Aiden trabajó para que ella no pudiera verlo, porque ha dedicado su vida a intentar dejar el nombre de su padre bien alto, porque me cuidó y me trató como a una hija cuando más necesitaba unos brazos, porque quisiera que su hijo diera un pasito hacia ella, solo uno, para que esté donde esté ahora y esté donde esté dentro de poco, se lo lleve con ella.

Seguro que Brent me diría que es una buena causa. Pero el chico parece de mármol. Ni siquiera el cementerio parece haberle ablandado un poco.

Nos bajamos de los respectivos coches, delante de mi casa. Nada más entrar escucho algo que me inquieta, pero que no sé identificar. Le hago una señal con la mano. Se detiene.

—¿Qué pasa?

Me encojo de hombros y entro lentamente. Me sigue. Nada más pisar el salón lo veo: un brillo extraño en el suelo que llega desde la cocina.

Salgo corriendo en esa dirección y noto que él me sigue corriendo también.

Freno de golpe. El suelo está cubierto de agua y el fregadero lanza chorros violentos desde la conexión inferior. El sifón está en el

suelo, completamente desencajado, y uno de los latiguillos vibra con cada golpe de presión. Es un caos absoluto.

El agua ha pasado desde la cocina al antiguo comedor del restaurante y amenaza con entrar también en el salón.

—¡Corre, coge algo de ahí para que el agua no pase al salón! —le indico a gritos mientras me meto de rodillas bajo el fregadero.

—No pasará, hay una ligera pendiente —me dice mirando hacia atrás—. ¿Dónde está la llave? Hay que cortarla.

—El salón, Aiden, está a punto de inundarse.

Parece que reacciona y corre hacia el comedor en busca de algo. Yo ya estoy empapada cuando tanteo a ciegas bajo el mueble buscando la llave de paso. El agua me golpea como si fueran látigos helados.

—¡No gira! —grito mientras intento forzar la válvula con la mano resbaladiza, intentando ladear la cabeza para que no me entre agua en la boca.

Aiden vuelve arrastrando una manta gruesa. La lanza en la entrada de la cocina para frenar la corriente y el agua la absorbe al instante, oscureciéndola en pocos segundos.

—¡Déjame a mí! —dice agachándose a mi lado.

Un chorro le salpica de lleno en la cara. Cierra los ojos y maldice entre dientes mientras escupe agua.

—¡Joder, está helada!

Intenta meter el brazo por debajo del fregadero y me empuja sin querer. Resbalo hacia atrás y caigo sentada en el suelo con un golpe sordo, el agua me empapa hasta las caderas. ¿Por qué he elegido un vestido hoy?

—¿Estás bien? —me grita. El sonido del agua es ensordecedor. Debe de haber algún chorro que golpea sobre algo metálico.

—Sí. Corta el agua —miento mientras intento incorporarme con cuidado de que el vestido no suba más de lo que debe.

Lo descubro mirándome las piernas y gira rápidamente la cabeza. Pierde el equilibrio y acaba de rodillas mientras otro chorro

le salpica en el pecho.

—¡La otra! —le grito—. La de la derecha.

—Joder, es que no veo.

—Esa, esa…

—No se cierra del todo.

—¡Pues gira más!

—Vaya, qué gran idea —ironiza moviendo la cabeza.

Aprieta con fuerza. La válvula cede y se escucha un crujido seco. El chorro pierde presión de inmediato y en cuestión de segundos se convierte en un hilo débil que termina en un goteo lento.

Nos quedamos agachados, empapados, respirando con dificultad. El desastre ya está hecho. El flujo del agua, al menos, está controlado.

—¿Y ahora qué? —pregunta exhausto.

—Ahora solo tengo una cosa en la cabeza.

—¿Cuál?

Le diría la verdad. Que verlo empapado, con esos rizos oscuros cayéndole en la frente, con el jersey pegado al cuerpo y los vaqueros también, me está poniendo enferma, pero le digo otra verdad.

—Me preocupa el colchón.

—¿Dónde está?

Giro la mirada hacia el comedor.

—Noooooooo —dice derrotado.

—Sí.

—Dime que hay más mantas.

—Hay una manta más dentro de un armario.

—Dime que esta agua no afecta a la ducha…

—Vamos a ver, abogado, acabas de cerrar el circuito general del agua…

—¿Qué coño has hecho esta mañana aquí? —me pregunta señalando la parte baja del fregadero.

—Ajustar una tuerca —le digo escurriéndome el agua.

Ambos nos levantamos cuando nos damos cuenta de lo estúpido que es seguir sobre esa agua helada, o más bien cuando tenemos fuerzas para hacerlo.

Sin decir nada arrastramos los pies sobre el agua hasta llegar al comedor.

El colchón está en el centro, con la mitad sur oscurecida.

Nos miramos y cerramos los ojos, completamente hundidos.

No sé por qué ha surgido esta complicidad. Es donde tiene que dormir él, pero me duele como si hubiera sido el mío.

37

Aiden

Eres rara

No sé cómo lo he hecho, pero he conseguido arreglar ese jodido fregadero. No sé si ha sido una necesidad de hacerme el héroe o la de impedir a toda costa mudarnos a casa de Lorraine, como ha sugerido Brooke hasta en dos ocasiones.

Hemos empleado cerca de dos horas en hacer desaparecer el agua del suelo. Unas escobas, una vieja bomba —que cada veinte minutos necesitaba un reposo de diez— y muchos resbalones han sido los protagonistas de la operación.

Casi en silencio. Maldiciendo de vez en cuando o evitando que el otro se diera cuenta de las ganas de reír que sentíamos al vernos perder el equilibrio. No siempre hemos podido ocultarlo, así que las miradas fulminantes han estado presentes en gran parte de la operación.

El agua está exiliada en el jardín, que nos ha dejado algunas magulladuras por culpa de las malas hierbas que lo han colonizado durante años.

Reconozco que el trabajo de fontanería se ha complicado menos de lo que pensaba. No tenía ni idea, pero el problema era más de encajar las piezas en su sitio que de reparar nada.

Ha sido agotador y también peligrosamente innecesario.

Verla empapada, mostrando esas largas y preciosas piernas, ha sido una tortura. Y esas pestañas mojadas, que parecen abanicos sobre esos ojos tan grandes y azules que me miraban como si…

¡Basta, Aiden! Ha sido una tortura y punto.

Llevo veinticuatro horas en este pueblo y siento que llevo un mes, y que todas mis ideas se están cambiando de bando a pasos agigantados. No soy capaz de poner ni una sola idea en su sitio. Todo me parece desordenado, fugaz, sin base ni argumento. Como

si flotara a la deriva. Es una sensación que a veces puede resultar angustiosa.

Seco, sentado en el sofá de dos plazas frente a la chimenea, intento evitar pronunciar en voz alta lo que me preocupa en este momento: «¿Dónde coño voy a dormir?».

Brooke se ha ofrecido a preparar unos sándwiches. Escucho su voz, está hablando con alguien.

Su móvil descansa en la mesa, así que me pregunto qué está haciendo.

Me acerco de puntillas, asomo la cabeza. Está inclinada hacia el fregadero.

—Tres días —le dice a algo, o… a alguien—. Solo tres días tenías que esperar, no hacía falta que nos jodieras antes. Tres días y me hubieras perdido de vista, y yo a ti.

Puede que me equivoque, pero juraría que está hablándole a las tuberías de debajo del fregadero.

—¿Funciona? —le pregunto cruzándome de brazos.

—Llámame «rara», pero a veces hablo con los objetos.

—Ajá. Y… ¿también te responden?

—A veces —me dice a la defensiva.

—¿Por qué tres días? Es eso lo que le recriminabas, ¿no?

—Porque es lo que falta para que esta casa pase a la historia. Mañana tengo cita en el notario para formalizar el contrato de venta. Se podía haber esperado un poco.

Tres días…

Esa frase me impacta bruscamente y vuelvo al salón.

Por incómoda que sea mi estancia en este lugar, ni siquiera me he planteado que ella está de paso y que se tiene que marchar.

Mi humor cambia de forma radical. Me siento incómodo, molesto, agobiado…

No sé qué narices me pasa, no me reconozco, pero ahora siento como si el techo me aplastara, algo que no descarto, dado el estado de esta casa…

Empiezo a pasear por el salón y vuelvo a sentir las malditas punzadas de dolor en la pierna. No solo me he olvidado de ella, sino que le estoy poniendo miles de obstáculos. La aventura del fregadero ha sido el peor regalo que podía hacerle.

Escucho el sonido de mi móvil. Es Jayce. Aunque ayer por la noche intercambié mensajes con él, esta tarde, antes de acudir al cementerio, le he enviado otro para decirle que he hablado con el abogado y que mañana le llamaré para contárselo, pero no me ha respondido. Lo hace ahora.

Perfecto, mañana hablamos.
En Dock 12, tomando unas copas.
Con Alessia. Encantadora. Es italiana.

Me arranca una sonrisa. Ahora una italiana… ¿No estaba saliendo con Zoey, o era Natalie? Es difícil mantener un orden con Jayce.

En cualquier caso, la mención a ese lugar, el que solemos frecuentar una vez a la semana, me ataca con una nostalgia que no me esperaba. Como si llevara fuera de Boston meses…

Miro a mi alrededor y empiezo a sentirme muy agobiado. Mi cambio de humor, mi malestar, me tiene algo descolocado, pero es así como me siento.

Tres días…

¿Has sido tú, frase maldita?

Mañana tiene cita en el notario para la venta… Pero ha dicho tres días. ¿Ocupará la casa dos días más? ¿Es la fecha de su marcha? ¿Dónde se alojará? ¿Y yo? Si ni siquiera sé qué coño voy a hacer con ese maldito poder.

—¿Estás bien? —me dice entrando con una bandeja de sándwiches con un aspecto increíblemente delicioso, pero ahora no sería capaz de comer nada.

—¿Por qué tres días?

—Ya te lo he dicho. Mañana la venta, y dentro de dos días la demolición.

—¿Demolición?

—Sí, es lo que van a hacer los compradores con la casa. Solo quieren el terreno para edificar unas casas nuevas —me cuenta sin mucho interés. Sé que ha debido percibir mi tono seco y molesto—. Antes de la demolición tengo que entregar las llaves. Me quedaré a verla y después me marcharé… Deberíamos hablar de…

—¿Te quedarás a ver la demolición? —la interrumpo con un tono tan despectivo que hasta me riño a mí mismo—. ¿Has dicho eso?

—Sí, abogado, eso he dicho —me responde a la defensiva—. Me quedaré a ver cómo la hacen añicos y después me marcharé. Llámame rara… Pero es lo que voy a hacer.

—Ya me he dado cuenta de que eres rara, bastante rara; hace días que me di cuenta.

Coloca los sándwiches sobre la mesa y se sienta mientras me observa.

—¿De veras? ¿Y eso por qué, señoría? —me dice frunciendo el ceño con un tono dramático muy forzado.

—Olvídalo…

—No, de eso nada. Me encantaría saber por qué el abogado anticonflictos, un crack en fontanería, afirma que hace días que se dio cuenta de que era rara…

Su tono me exaspera.

—¿Cómo llamarías a alguien que quiere ver cómo una máquina hace añicos su casa, la que ha formado parte de toda su vida? Una casa en la que se crio y que le apetece ver cómo la reducen a un montón de escombros. ¿Eso no es ser rara? ¿O alguien que le habla a un fregadero? Encima le reprende por romperse cuando ella ha jugado a apretar sus tuercas… —Hago una pausa de dos segundos —. Claro que no sé de qué me sorprendo si tienes un novio que se disfraza de perro para sentirse realizado…

Ojalá la pausa que he hecho entre frases hubiera servido para pensar bien lo que iba a decir. No sé cómo ha salido eso de mi boca. Quizás porque durante toda la aventura acuática me ha cruzado mil veces por la mente…

—¿Qué has dicho? —se levanta bruscamente. Me mira enfurecida.

—Olvídalo.

—De eso nada. Tú todo lo arreglas con un «olvídalo». Explícame ahora mismo qué es lo que acabas de decir…

El mal humor que sentía se ha disipado. Ahora me siento ridículo y sin escapatoria.

—¿Por qué coño has dicho eso? —eleva el tono.

—Es cierto que sales con Kaden, ¿no? No es algo que yo haya averiguado; llegó a mí por casualidad. Es todo.

Para mi sorpresa, no dice ni una palabra. Se dirige a su dormitorio y cierra la puerta de un portazo.

Es la única puerta decente de toda la casa; se lo puede permitir.

Me siento tan mal que no sé dónde meterme.

La he cagado y ni siquiera sé por qué me comporto de esta manera.

Espero unos minutos con la esperanza de que salga y podamos hablar, pero presiento que no tiene intención de hacerlo.

Me acerco y golpeo con los nudillos la puerta, pero no hay respuesta.

Espero no volver a meter la pata, pero me animo a abrirla despacio.

Está frente a la ventana, cuyas vistas son matorrales tan altos como yo. Ni se inmuta.

—Me lo contó Cassidy… Es mi hermana. Bueno, hermanastra. Ella y Jayce lo son.

Se da la vuelta y me mira horrorizada.

—¿Qué? ¿Cassidy es tu hermana? ¿Jayce Merrick es tu hermano?

Asiento con la cabeza.

—Esto es increíble… —se queja.

—Mi padre y su madre se casaron cuando llegamos a Boston, al poco tiempo.

—No necesito que me lo cuentes…

—Quiero hacerlo…

Sale del dormitorio y la sigo.

Se queda quieta en el centro del salón, con los brazos cruzados y una mueca que da miedo.

—Cuando apareció tu nombre… Cassidy lo escuchó y nos contó que te conocía y por qué. Escúchame, yo no pretendía molestarte, no sé qué me ha pasado. Cassidy nos contó que eras la novia de Kaden y… conociéndolo como lo conozco… —me detengo, no encuentro un hilo para seguir—. Cassidy lo pasó muy mal. No debería haber mencionado eso; quizás es que me lo ha recordado, o solo es una excusa… La verdad es que no sé ni lo que digo. Cassidy lo pasó mal —repito—. Yo no sé tú qué… Ella nos dijo que estabas afectada, que también lo estabas pasando mal y… lo del vídeo… Yo también he visto ese vídeo y… Espero que seas muy feliz con él.

¿De verdad he dicho eso?

El agua de las cañerías debía contener algún metal que fríe el cerebro…

No sé dónde meterme. Ella me mira con una expresión tan fría que me desarma.

Se marcha de nuevo y se encierra en el dormitorio.

Dos segundos.

Sale hecha una furia.

—Yo soy la novia de Kaden, para tu información.

Se marcha y se vuelve a meter en el dormitorio. Portazo. Más suave quizás que el primero.

Vuelve a salir.

—Fue tu hermana la que me lo contó. Yo no tenía ni puta idea de lo que hacía.

Vuelve a marcharse. Portazo suave. Dos segundos. Vuelve a salir.

—No sé cómo lo pasó tu hermana, ni me importa, pero te aseguro que no es mi caso.

Vuelta a empezar. Se va. Portazo… Vuelve…

—Ese vídeo no debería ir mostrándolo por ahí; aunque pertenezca al imbécil de Kaden, es su vida privada. Deberías recordárselo.

Se va. Vuelve a repetir la operación. ¿No podría soltarlo todo de golpe?

—Pero eso no significa que no se lo agradezca. Aunque fuera un malentendido, gracias a mi encuentro con ella me di cuenta de todo.

Vuelta a empezar. Sale, entra…

—Yo no lo estaba pasando mal. Yo, simplemente, no tenía ni idea. Me encontré a tu hermana en el centro comercial porque estaba en un escaparate de una tienda de accesorios para perro recordando a mi perro, uno que se había muerto hace unos meses, uno real, uno de verdad, un perro, un pe-rro…

Me mantengo callado intentando seguir el hilo, pero me está costando con tanta interrupción.

Entra. Sale.

—Fue ella la que me habló de Kaden y me dijo cosas que me llamaron la atención, pero no tenía ni idea y… me mostró ese vídeo. Yo no lo estaba pasando mal; simplemente me enteré de esa bonita afición de Kaden cuando tu hermanita me enseñó el ridículo vídeo…

Sale. Entra…

—Y que conste que no es mi novio. Y no vuelvas a hablarme con ese tono compasivo, porque no sé si tu hermana lo pasó mal o no, pero a mí me importa una mierda Kaden, su afición y el vídeo. ¿De acuerdo?

—De acuerdo… No debería haberlo dicho. Es algo que pertenece a tu vida privada.

—Pues cuéntaselo también a tu hermana.

—Le he dicho muchas veces que borre ese vídeo, lo creas o no.

—Pues no te ha hecho caso.

Por fin abandona la serie de entradas y salidas al dormitorio y se dirige a la mesa. Se sienta, se levanta y se acerca a mí, mucho, de forma que apenas hay distancia entre nosotros.

—Si le hablo al fregadero es porque me jode haber perdido tanto tiempo en arreglar algo que no merece la pena. Es una forma de desahogarme. Y si me quedo a la demolición es porque he decidido hacerlo para asegurarme, aunque me duela, de que esa parte de mi vida queda cerrada para siempre.

»He vivido durante años con la sensación de que mi madre estaba en alguna parte, de que no era real su muerte… No pude ver su cuerpo por mucho que me hubiera dolido, no pude ver con mis ojos que se había muerto, no pude decirle adiós.

»Siempre he sentido que era algo suspendido en el aire. Ahora quiero ver esa demolición, asegurarme de que el fin es real. Quiero finales que pueda ver, que pueda afrontar, aunque duelan. No quiero imaginarlos. Esta casa ha sido importante en mi vida, pero ya no puedo seguir manteniéndola ni visitándola. Ni puedo ni quiero. Esta casa, este lugar, solo lo relaciono con muerte, con recuerdos dolorosos, con odio… Quiero pasar página. Lo único bonito es Lorraine y también tiene un final escrito, uno cercano. Ahora ya conoces el motivo de mis rarezas, abogado.

Sus ojos emiten un brillo que me impacta de una forma muy dolorosa en el centro del pecho.

No es esto lo que pretendía.

Me siento como un gusano y la explicación sobre su madre me ha arañado por dentro. Y también la mención al final de Lorraine.

—Lo siento, de verdad. Estoy realmente sobrepasado, aunque pueda sonar a excusa.

Respira hondo varias veces.

—¿Tienes hambre? —me pregunta descolocándome.

—No.

—Pues yo sí. Si no vas a comer, no lo hagas, pero siéntate. Tenemos que hablar de dónde vas a dormir. Ya has visto el desenlace del colchón.

Eso aún me duele más. La idea de tener que marcharme me rompe.

Algo me está pasando, algo raro, algo rápido.

No es Lorraine, no es Moonridge, no es la maldita decisión del juicio, no es el pasado…

Es ella, la mujer que tengo delante, que me atrae y me descoloca a partes iguales.

Es ella, la que se está comiendo plácidamente un sándwich como si nada hubiera pasado.

38

Brooke

Dos plazas

Alguien que se haya paseado por Moonridge solo unos minutos se daría cuenta de que, aparte de los dos pequeños supermercados, el taller mecánico, la carpintería, la peluquería, el hotel, el restaurante y la farmacia, con consulta de médico incluida, comprar un colchón no es algo que encaje en el perfil del pueblo. Pero el abogado lo ha preguntado hasta en seis ocasiones.

Sé que era una forma de decirme una y otra vez que no se me pasara por la cabeza volver a plantear mudarnos a casa de Lorraine. Yo solo lo propuse cuando la ducha no funcionaba y parecía imposible quedarnos aquí, pero no después.

No me siento bien, acostada en mi cama sabiendo que él está ocupando el sofá de dos plazas, dos plazas de niños, con las piernas apoyadas en uno de los sillones, pegado a la chimenea y cubierto con una manta que huele a humedad.

Y… encima algo no funciona bien en su pierna. No me ha hablado de ella, pero algunos movimientos, así como el recuerdo de aquellas muletas que utilizó en el juzgado, me hacen sospechar.

¿Qué sentido tiene que yo ocupe media cama y él esté encogido entre un sofá y un sillón? Ninguno, excepto una absurda necesidad de evitar la intimidad que eso supondría.

Me descoloca, me enerva, me saca de quicio, me enternece, me supera, me da pena, me provoca ganas de cometer un delito, pero… hay algo que ha cambiado y no sé qué es. Lo guapo que es tampoco ayuda.

He tenido tantos pensamientos en esa dirección y he tenido que interrumpirlos tantas veces que me estoy preocupando.

Ya no es el imbécil que me encontré en su despacho, o en la cafetería, o el que llegó a Moonridge con aquella prepotencia. El

tobogán de emociones de ayer, en el cementerio, en el despacho del abogado, mientras recogíamos el agua, ha hecho que de vez en cuando vea a alguien distinto, aunque solo se vea con microscopio. Tiene tantos cambios de humor que me descoloca.

Ataca, se disculpa, se hace grande, se hace pequeño, frunce el ceño, medio sonríe…

Parece que haya pasado un mes y solo lleva un poco más de un día aquí…

Sigo sin creerme lo de Cassidy y Jayce, no me parece real. Jayce me dijo que eran amigos, no mencionó nada más y Cassidy… Ella no tenía por qué mencionarlo. Solo hablamos de Kaden.

No me puedo creer que sean hermanastros…

Confieso que la alusión a Kaden me ha llegado al alma. Hasta me he dado cuenta de lo mucho que he luchado por dejar claro que no es mi novio ni me importa. Y es que… no puedo negar que me avergüenza que me relacionen con él. Puede que sea falta de personalidad, o inseguridad o algo más profundo, pero es lo que siento y seguro que es muy humano.

Miro el otro lado de la cama. Está vacío. Él está hecho un ovillo en un triste sofá… ¡A la mierda!

Asomo la cabeza por la puerta. La luz de la chimenea me permite ver que tiene una pierna estirada sobre el sillón y la otra encogida. Sé por qué lo hace…

Localizo rápidamente lo que busco en el interior de mi armario, algo que debería haber usado yo todos los días desde que llegué a Moonridge, pero que he ignorado por completo. Lo desenfundo, me cubro con una sudadera y entro en silencio y a oscuras en el salón.

Seguro que acabamos lanzándonos los troncos que hay justo a su lado. ¡Ay, Dios mío, solo quedan tres…!

Prefiero no pensar en ello. Llegado el momento, le pediré algo de leña a Rachel, que creo que llega mañana.

Me apodero de una silla ante su atenta mirada y me siento a su lado. Despliego la bolsa rectangular.

Se incorpora.

—¿Qué pasa? —pregunta, alarmado.

—¿Rotura parcial o total de ligamentos?

Tarda en contestar.

—Parcial.

—¿Reconstrucción?

—Sí.

—¿Rehabilitación?

—Poca. Eso pretendía con mis vacaciones… —murmura, pasándose una mano por el pelo.

Le subo el pantalón para descubrir el tobillo.

Para mi sorpresa, ni pregunta ni se queja.

Coloco la funda acolchada alrededor de su tobillo, la ajusto con el velcro y coloco dos electrodos en la espinilla.

Activo los controles.

O confía en mí o el aparato le resulta familiar.

—Para el dolor residual postquirúrgico funciona muy bien —le aclaro.

—Jayce me dijo que eras fisioterapeuta.

—Así es —le digo mientras acabo de activarlo y me siento—. Frío y calor y un cosquilleo. ¿Vale?

—Vale. —Asiente sin apartar la mirada de mi cara.

—¿Cómo te lo hiciste? —le pregunto mientras espero el efecto, como una madre que espera que el antitérmico le haga efecto a su hijo.

—Durante un juicio. El acusado estaba harto de mis preguntas y me empujó. Bajé un escalón bruscamente.

—¿Y se acabaron las preguntas?

—Sí, consiguió lo que pretendía.

—¿Por qué jugabas con las muletas el día que te vi en el juzgado? Te vi con ellas, sin ellas…

—No jugaba. Se celebraba el juicio contra el mismo hombre que me empujó. Mi jefe creyó que ir enfundado en muletas conmovería al juez, que no descartaría el carácter violento y delictivo del acusado, aunque la causa fuera otra.

—¿Y funcionó?

—Hubo una condena justa, pero te aseguro que no fue por mis muletas. ¿Y tú? Te vi con un cabestrillo, sin él… Sé lo del accidente en la clínica, conozco el caso que representa Jayce…

Por un momento dejamos de estar en Moonridge y nos trasladamos con mucha facilidad a Boston.

—Pues fue idea de él. También quería que conmoviera al juez.

—Creo que le denegó la libertad bajo fianza…

—Sí, volvió a la cárcel, pero tampoco creo que fuera por el dichoso cabestrillo.

—¿Ya estás recuperada?

—No del todo, por eso llevo conmigo esto —le digo señalando lo que cubre su pierna.

Me acerco a él para retirarle el aparato. Me fijo en su pierna, con el vello rasurado, fuerte, trabajada, a pesar de la lesión, y siento que el corazón se me acelera.

—Venga, vamos a la cama… —le suelto sin esperar su respuesta, camino del dormitorio.

—¿Cómo? —se gira hacia mí, desconcertado.

—Vamos a ver, señoría, ya me odias por lo que te fastidié de pequeña, por recibir los cuidados de tu madre, por hacerte chocar contra la puerta de mi coche, por recibir otro golpe en el centro comercial… Por ponerte contra las cuerdas con Lorraine… No quiero darte más motivos para que me odies. La cama es grande y ahí donde estás no puedes dormir.

Antes de entrar en el dormitorio me giro de nuevo hacia él.

—Y… porque se está acabando la leña. Mejor te calientas en la cama… O… nos calentamos… No, no quería decir eso… Quiero decir que…

No sigo. Me ha parecido ver que se reía y no he podido quedarme a comprobarlo.

¡Dios! Es que no me callo…

No, no, no.

Me desprendo rápidamente de la sudadera y me cobijo bajo la tonelada de mantas y ropas de abrigo que hay sobre mi cama.

Él llega poco después y noto cómo se sienta en el borde opuesto. Poco después noto cómo se hunde el colchón y, poco después, cómo se coloca de lado, mirando hacia fuera de la cama.

No sé si voy a poder dormir. Esto es muy raro.

—Brooke…

—Dime. —le contesto temiendo que haga alguna gracia con mi comentario.

—Mañana te acompañaré a ver a Lorraine.

—Ajá…

Es todo lo que soy capaz de decir.

—La cama está… muy caliente, Brooke. Tenías razón.

Ya no le contesto. Me hago la dormida.

39

Aiden

Lorraine

Una vez más, como tantas otras desde que llegué a Moonridge, me he preguntado qué estaba haciendo aquí; hoy no podía ser menos. Quizás hoy sea el día en que esa pregunta más me queme por dentro.

Han pasado diecinueve años y voy a volver a ver a Lorraine, inconsciente, en la cama de una clínica. Diecinueve años… demasiado tiempo como para fingir que nada duele.

Esta mañana he salido muy pronto a correr por los alrededores y he aprovechado para hablar con mis padres de mis intenciones de visitar a Lorraine. Necesitaba un empuje, algo que me indicara que no estaba cometiendo una estupidez. Una señal mínima de que no estaba removiendo algo que debía permanecer enterrado. Y es lo que he obtenido. Él y Michelle me han animado a hacerlo, me han dicho que mi viaje a Moonridge no tendría sentido si se reducía a una visita a su abogado.

«No pierdes nada, Aiden. Te ayudará a pasar página cuando consideres que debas pasarla», me ha dicho Michelle con su voz dulce y cálida, esa que siempre ha obrado milagros en todos los miembros de mi familia.

Lorraine está ingresada a las afueras de Jackson. Recorrer la misma carretera que me trajo hasta aquí hace tres días me ha hecho darme cuenta de que he perdido por completo la noción del tiempo. Habría jurado que llevo en Moonridge una eternidad, como si este pueblo tuviera la capacidad de deformar los relojes y comprimir los recuerdos.

Brooke me ha mantenido entretenido hasta llegar a la clínica. Hasta me ha permitido conducir su coche de alquiler. Me ha contado

anécdotas de la vida en Moonridge, de su gente y hasta algunas vividas con Lorraine. Todo muy seleccionado, medido, sin ningún elemento que pudiera alterar la paz que anoche se instaló entre nosotros. Ha ido rellenando los silencios con historias ligeras, como si supiera exactamente qué puertas no debía abrir.

He dormido mejor que la noche anterior, pero menos relajado. Cada vez que abría los ojos y sentía que estaba tan cerca, me costaba una hora entera volver a cerrarlos. La cercanía pesa más que cualquier rencor.

Este viaje es una prueba de cordura en todos los niveles. Y no estoy seguro de estar aprobándola.

Recorremos los amplios jardines de la entrada y accedemos a un edificio imponente, coronado por una cúpula blanca en el centro y rodeado de cientos de ventanales. Ni una hoja fuera de lugar. Ni una grieta visible.

Es amplio, es luminoso y no da la sensación de ser una clínica, sino que parece uno de esos balnearios de lujo en los que muchas personas buscan desconexión y relajación. Demasiado perfecto para albergar cuerpos que no responden.

Es una clínica privada, especializada en patologías neurológicas, así como un centro de recuperación y rehabilitación de otras dolencias. Un lugar donde la esperanza se factura por meses y donde el tiempo parece suspenderse en una espera interminable.

Brooke nos identifica y nos conducen a una amplia sala de espera donde no se encuentra nadie más. El silencio es tan pulcro como el suelo de mármol. Me ajusto el reloj de pulsera y me obligo a respirar con normalidad.

—No has dormido muy bien, ¿verdad? —me pregunta con una mueca algo infantil.

—¿Por qué dices eso?

—Te escuché subir las escaleras.

—¿Cómo? Yo… no he subido las escaleras.

—Venga, Aiden, ese jueguecito de fantasmas ya te dije que no me lo creía.

—Brooke, te vuelvo a decir que no he subido las escaleras. Salí a correr muy temprano, puede que sea eso lo que has escuchado.

—Eran las tres de la madrugada y no tiene gracia que lo niegues. Eras tú. No me vas a convencer.

—No he salido de la cama en toda la noche. ¿No lo comprobaste?

—No comprobé nada, solo te escuché. Y la primera noche también.

Trago saliva.

La primera noche me harté de escuchar ruidos, pero no le dije nada. Creí que eran los propios de una casa a la que le cuesta mantenerse en pie. Pero… yo no subí las escaleras, ni esa noche ni la pasada.

—¿Qué clase de pasos has escuchado?

—No pienso seguir hablando de esto, ya te he dicho que me parece una broma idiota —refunfuña con una mueca infantil.

Esto empieza a molestarme. ¡Está hablando en serio!

La miro y me mira. Su expresión es de auténtico terror. Un momento. ¿No es exagerado todo esto?

—Subiste las escaleras, eras tú… Lo escuché perfectamente. Un paso, otro paso… Creí que tenías insomnio y querías ducharte.

—No es cierto.

—No sigas con ese juego, que me aburre. No creo en fantasmas.

—Te juro que no me he movido… Te lo juro.

—Entonces ¿quién ha subido?

—Yo… no he oído nada, pero…

Se echa a reír con tantas ganas que me deja clavado al suelo.

Maldita sea, me ha tomado el pelo.

Pero… no me importa. Es la primera vez desde que la conozco que la veo reír de esa manera.

Es hipnótico.

Justo lo que necesito ahora. ¿Lo habrá hecho para distraerme? No me ha preguntado cómo estaba, yo tampoco lo he compartido con ella. Simplemente hemos venido hasta aquí sin comentarlo.

Se abre la puerta y aparece una doctora sonriente que nos saluda y nos informa del estado de Lorraine.

—Ayer tuvo un periodo breve de recuperación. Estuvo consciente durante un par de horas, abrió los ojos, respondió de forma sencilla cuando le hablamos y parecía ubicarnos.

—¿Podía hablar? —pregunta Brooke.

—Solo balbuceó algunas palabras. Habló de flores, como otras veces, y también pronunció un nombre… —dice mientras consulta algo en el interior de la carpeta que sostiene— Agnes Fa… o Agnes Fi… ¿Les resulta familiar?

—No —dice Brooke y yo niego con la cabeza.

—También dijo Cash… ¿Les dice algo?

—No —contesta Brooke rápidamente.

—Los repitió varias veces, parecían personas que formaban parte de sus recuerdos. Después volvió a entrar en un estado de coma, que es en el que se encuentra ahora. Su situación sigue siendo crítica. En estos cuadros derivados de su enfermedad hepática pueden darse nuevas fases de lucidez, pero no podemos saber si volverán a producirse ni cuánto podrían durar. La evolución es imprevisible y debemos ir valorando día a día.

Ni Brooke ni yo le preguntamos nada y nos conduce hasta su habitación.

Brooke me guiña un ojo antes de entrar y me arranca una pequeña sonrisa.

El corazón me sube a la garganta cuando entro.

Está acostada boca arriba y solo se le ve el rostro, uno que… aunque no es exactamente el que recuerdo, se parece mucho a la imagen que retuve de ella.

Los años y la enfermedad le han pasado factura, pero no han permitido que pierda esa belleza natural que siempre tuvo. Sigo reconociendo algunos rasgos que, aunque lo acabo de averiguar, no había llegado a olvidar.

Brooke se acerca a ella y le coge la mano. Se sienta a su lado, me mira y no me recrimina que me quede a cierta distancia.

El rostro de Brooke se contrae. Me vuelve a mirar.

Está rodeada de monitores que deben controlar su estado, y también de un electrodo que tiene pegado en la sien.

Mi estómago se encoge, mis recuerdos se agolpan y empiezo a sentir ganas de salir corriendo.

Siento una gota de sudor en la nuca y me obligo a coger aire.

Es ella. La mujer que tanto quise… y que se convirtió por voluntad propia en nada.

Es ella, mi… madre, aunque solo ejerció unos pocos años.

Su última etapa en la vida y… una visita fugaz y hasta carente de sentido.

De repente, me resulta insoportable estar aquí y necesito marcharme.

—Brooke, no puedo estar más tiempo, lo siento —le digo abriendo la puerta—. Necesito aire.

No la escucho decir nada, solo noto que se ha puesto en pie.

Salgo a toda prisa del edificio y me siento en el centro de una de las pequeñas hileras de bancos que se encuentran en el jardín.

Apoyo mis codos en las rodillas. Oculto mi rostro entre mis manos y expulso el aire que tanto he contenido, como si al hacerlo pudiera vaciar diecinueve años de golpe.

Pierdo la noción del tiempo, no sé cuánto tarda en llegar Brooke. No sé si diez minutos o veinte… o un día entero. Solo sé que no me he movido del sitio ni he cambiado la postura. Solo sé que llega en el peor momento, cuando siento que una lágrima desciende por mi mejilla sin que haya podido impedirlo.

Me pongo en pie y le doy la espalda. Ella se coloca frente a mí y me obliga a mirarla.

Sus ojos también contienen restos de lágrimas.

Me abraza.

Mis manos se alzan como si fuera un cuerpo extraño que ha chocado conmigo. Después descienden lentamente y la sujetan con una torpeza desesperada, como si dependiera de ella mi equilibrio.

Siento que algo muere en este momento y que nace a la vez.

40

Brooke

Civilización

«Lo volveré a intentar», le he dicho a Lorraine cuando he estado a solas con ella. Palabras que se pronuncian en un intento de proporcionarle paz a alguien que está preparando su partida, a ese alguien a quien quieres, a alguien a quien sabes que vas a echar de menos.

Palabras que he pronunciado con el corazón encogido, con la certeza de que era un adiós, pero también con una sensación extraña que no he podido descifrar hasta unos minutos después.

Ha sido por una lágrima y por un abrazo que ha durado dos minutos.

Diecinueve años de ausencia y un mensaje: «Luchar por unas tierras, una casa y un honor que solo tienen valor para ella». Un legado que se reduce a una escritura notarial.

A él no le importa ese legado, ni siquiera cuando llegue a sus manos lo va a aceptar. Lo ha dejado claro en alguna ocasión. Y, aun así, ella sigue aferrada a eso como si fuera suficiente.

Quizás un «dile a mi hijo que lo he querido, que no ha habido un solo día en toda mi vida que no haya pensado en él». O un «dile que renuncié a él para que fuera feliz, que no tuve fuerzas para luchar, que me pusieron muchos obstáculos» habría sido más acertado. O… quizás más digno.

Quizás por escrito, de su puño y letra. Las fuerzas que empleó para hablar conmigo podría haberlas empleado en escribirlo, en pedirle a alguien que lo hiciera si no se encontraba con fuerzas, incluso a mí misma. Algo que pesara más que unas tierras. Algo que pudiera leer cuando ella ya no esté.

No quiero juzgarla a estas alturas, la quiero demasiado para hacerlo. Pero ese abrazo me ha dicho claramente que no se trataba de odio ni de rencor. Hay una herida, una abierta hace mucho

tiempo, que con la defensa de un legado no va a poder cicatrizar. Y las heridas que no se limpian acaban mal.

Quizás me equivoque. Solo hace dos días que convivo con él y la mayor parte ha sido para discutir. Pero esos otros momentos, aunque más breves y más fugaces, en que no nos hemos enfrentado son los que me han hecho ver una realidad que nunca antes me habría planteado. Una grieta en su rabia. Una duda.

Sea lo que sea, él no me lo ha aclarado. Lo que ha sentido se lo ha guardado para él. No hemos vuelto a pronunciar su nombre ni a comentar nada relacionado con la visita.

Nos hemos marchado en silencio y lo hemos roto para discutir cuál era la opción más rápida para entrar en Jackson, donde nos encontramos.

Aparte de querer disfrutar unos minutos de «civilización», como lo ha llamado él hasta en tres ocasiones, también tengo una visita concertada en el notario para formalizar la venta del hotel. Cierre emocional por la mañana, cierre legal por la tarde.

Nos hemos guiado por las buenas valoraciones en las redes sociales de un restaurante en el centro de Jackson. Valoraciones fieles a la verdad.

Es acogedor, luminoso, sirve una comida excelente y permite un nivel de intimidad en cada mesa que se agradece, especialmente para poder estudiar la copia del contrato de venta que se ha ofrecido a repasar conmigo. Un refugio temporal entre decisiones que pesan mucho.

—Me parece correcto. No veo cláusulas que puedan perjudicarte ni condiciones adicionales. Supongo que la cifra que aparece es algo que ya has valorado y estudiado.

—Es el que acordamos. Es un precio muy generoso teniendo en cuenta que se trata de un terreno en Moonridge.

—¿Por qué tan generoso?

—Por las vistas. Puede que no hayas podido verlas por todo lo que ha crecido en el jardín. Pero si lo hubieras visto limpio y

despejado, lo habrías entendido. Van a construir varias casas. Antes de construirlas ya están vendidas. Los interesados son familias que quieren mudarse a Moonridge, bien porque proceden de algunos pueblos que hay alrededor y que son más pequeños y con menos vida, bien porque dan el salto de la ciudad a la tranquilidad.

—¡Dios mío! ¿Cómo son esos pueblos para que consideren que Moonridge tiene más vida?

Me echo a reír sin ser consciente de que hasta hace unas horas era un gesto impensable con él.

—De la ciudad al campo… No me sorprende que alguien quiera abandonar Jackson; por lo que he visto es una ciudad apagada, desangelada, pero acabar en Moonridge…

—Vamos a ver, abogado de Boston, solo dispuesto a vivir si hay asfalto bajo sus pies, no eres la persona más indicada para entenderlo.

—¿Qué sabes tú si solo quiero asfalto bajo mis pies?

—Lo llevas reivindicando desde que eras aquel niño repelente que viajaba a Moonridge creyéndose con derecho a decirnos: «mi vida sí es una vida, lo que tenéis vosotros es una mierda».

—Pero… ¿tan repelente era? —me dice asustado, haciéndome reír.

—Bueno… busquemos la manera de enterrar esto. Ni tú eras tan repelente ni yo tan salvaje.

—No, eso no lo firmo. Si tengo que tragarme el apelativo de repelente, lo haré, pero no pienso negociar que tú y tus amigos erais salvajes.

Mueve las manos y niega con la cabeza como si estuviera defendiendo algo básico en su vida y de nuevo me echo a reír. Su manera de dramatizarlo todo empieza a resultarme acogedora y… peligrosa.

—¿Te acompaño? Siempre impone más entrar acompañado de un abogado.

—¿Crees que lo necesito? Es una firma ante notario.

—No, pero si surge algo inesperado que te cause dudas podrás resolverlo.

—Todo está más que redactado y revisado.

—Pues hazlo por una buena causa. No me dejes aquí fuera esperando.

—¿No será que echas de menos tu trabajo?

—No suelo ocuparme de compraventa de casas particulares, pero… sí, podría ser ese el motivo. ¿No lo echas de menos tú?

—Sí, por eso con lo que voy a recibir de esta venta voy a empezar a estudiar en profundidad mi futura clínica de fisioterapia. No me llega, pero es un comienzo. Un paso hacia algo que sea solo mío.

—¿Es ese un sueño, doctora?

—Lo es, señoría. ¿Tiene usted sueños?

—Los tengo, muchos. Pero uno de ellos ha surgido ahora, mientras almorzábamos. Quiero entrar contigo a la firma. No seas cruel, no rompas el sueño de un humilde abogado de Boston que todavía se pregunta qué coño está haciendo en este lugar apartado de la civilización, enfrentándose a un pasado de mierda mientras duerme en un colchón que hace un ruido espantoso, rodeado de fantasmas que suben por las escaleras y tuberías que reivindican su derecho, el que se han ganado después de una larga vida de trabajo y entrega, al descanso eterno.

Mediante el humor, la ironía y el dolor, el chico se ha desahogado. Pero no es eso lo que me convence, sino la sonrisa que lo acompaña cuando termina. Esa sonrisa que hasta hace muy poco no existía.

—No seré yo quien rompa sus sueños, abogado.

—Sabía que aparte de obstinada, de tener un genio imposible, de ser una muy mala fontanera, tenías algo de corazón.

—Has olvidado decir buena cocinera, así que ya no entras —le digo levantándome bruscamente, fingiendo estar enfadada.

—No eran elogios, pero… si es lo que quieres lo haré. Cocinas muy bien, todo exquisito, hasta el búfalo —me dice mientras me sigue a la salida.

—Era arce, gilipollas.

—Eso también debo destacarlo: lo bien que hablas…

—Tú sigue ganándote la entrada al notario. Te juegas esperar dos horas. Este es mi coche y tengo yo las llaves. Tú mismo…

Me sigue en silencio diciendo tantas tonterías que no logro alcanzar a entender. Habla de leyes, de toda la lista de delitos que estoy cometiendo y por los que podría demandarme y no puedo hacer otra cosa que echarme a reír. Y quizá eso sea lo más peligroso de todo: que me haga reír en un día como este.

—¿Quién eres y dónde está el prepotente de Boston? —le pregunto para su sorpresa al entrar en el coche—. ¿Dónde está el arrogante que llegó a Moonridge mirándome como si mi vida estuviera en sus manos y estuviera deliberando entre perdonármela o no?

—Eso quisiera yo saber —me dice como si fuera un globo y acabara de desinflarlo. Y por primera vez no suena a ironía, sino a cansancio.

Por mucho que disfracemos el día, ha sido jodido, muy jodido.

Él por su encuentro con Lorraine, yo por mi supuesta despedida de ella.

Y todavía me queda un duro trago.

Llegamos poco después al notario y esperamos solo unos minutos antes de entrar en una gran sala, ser recibidos por el notario, el abogado del promotor y el promotor, y proceder a la firma.

Desde este momento, la propiedad ya no me pertenece, aunque me permiten pasar un día más para poder recoger todas mis cosas, que son pocas. Así lo acordamos y así se ha pactado.

Salgo de la notaría más rica, más liberada por la responsabilidad de una propiedad que se cae a pedazos, pero algo más débil.

La debilidad propia de sentir que acabas de desprenderte de algo. Algo que no sabía que estuviera tan incrustado en mi alma. Como si al vender el hotel también hubiera vendido una parte de mi historia, de mi pasado, de mi vínculo con Lorraine.

Y él lo comprende. Por eso nada más salir me devuelve el abrazo que le di en los jardines de la residencia de Lorraine. Un abrazo que, como el suyo, me sirve de pilar para apoyarme.

41

Aiden

Versiones

Sumergirme en las carpetas que me entregó Samuel nada más llegar ha sido una forma de evitar pensar.

No quiero que inunde mi cabeza la visita a Lorraine, ni el abrazo de Brooke, ni las horas vividas en Jackson, ni la idea de que pasado mañana volverá a Boston.

No quiero. No puedo.

Solo soy capaz de fingir que estos documentos me interesan, pero no es cierto.

A pesar de que Samuel se dedicó a clasificarlos de forma que las consultas son rápidas y conducen a lo esencial, nada de eso logra llamar mi atención.

Conforme paso páginas me doy cuenta de la cantidad de años, recursos y fuerzas que han invertido ambas partes en esta causa y me cuesta entenderlo. Tanto desgaste para algo que ya no parece pertenecer a nadie.

Brooke, que lleva un buen rato deambulando por la casa, asegurándose de que no se queda nada en ella que pueda interesarle, pasa por mi lado.

—¿Cuál es tu versión? —le pregunto casi en un murmullo. No lo he pensado demasiado antes de decirlo; ha sido impulsivo.

—¿Mi versión?

—Dijiste que tú tenías una versión diferente a la que yo he contado, o simplemente mencionado. De ella, de Lorraine…

Asiente con la cabeza. Deja sobre la mesa un pañuelo blanco que llevaba en la mano y se dirige al sofá.

Lo interpreto como una invitación a reunirme con ella para escucharla y me siento a su lado.

Ambos alargamos las manos en busca del calor que el penúltimo tronco emite mientras arde. Es un gesto automático, casi infantil.

—Ella, a lo largo de todos estos años, me ha ido contando algunas cosas… Me dijo que mientras permanecía aquí cuidando a Warren, tu padre le pidió el divorcio. Me contó que nunca comprendió que ella pasara un tiempo cuidándolo en sus últimos días de vida. Me dijo que tu padre te volvió en su contra y consiguió que la odiaras y no quisieras ni siquiera hablar con ella. Que la dejó sin nada. Que intentó pelear en el juzgado de Nueva York, pero él siempre ganaba. Que se ocupó de que nunca más pudiera volver a verte y que te llenó de odio. Me dijo que un día se lo dijiste por teléfono y que también le dijiste que tenías otra madre y que era mejor que ella. No recuerdo nada más, Aiden.

Creo que la sangre se me ha detenido al escuchar ese relato. Y lo sé porque me siento helado, a pesar de estar casi quemándome las manos.

—Vino a Moonridge cuando su padre enfermó. Su madre había fallecido meses antes y su padre estaba enfermo. Había un hombre que lo cuidaba, a él y a la propiedad: Gianni. Llegué a conocerlo. Era muy simpático. Un día me dijo: «Yo no tengo padres ni familia. Vengo de un lugar que está muy lejos, de Italia», y el tiempo que pasé en Moonridge, un mes de verano, me habló de su país. Era lo más interesante que había en Moonridge.

—Los niños salvajes también lo éramos —me dice dándome un suave codazo.

Me hace sonreír.

—Me acuerdo de Gianni perfectamente. Era muy alto y muy fuerte y le encantaba gastarnos bromas —me confiesa.

—Gianni llamó un día para decir que Warren estaba débil y Lorraine no dudó en venir a Moonridge e instalarse durante un tiempo. Algo perfectamente comprensible para cualquiera, y para mi padre también, te lo puedo asegurar. Si lo conocieras entenderías lo poco que encaja en el perfil que ella te dio de él.

»Warren murió a los seis meses y ella seguía sin volver a Nueva York. Primero fue la herencia, luego el juicio, uno de ellos. Seguía ocupada y seguía sin volver a casa. Mi padre era paciente, esperaba, la intentaba comprender, pero llevaba mucho tiempo fuera y no parecía que aquello fuera a acabar nunca. El tiempo se alargaba. Y después, tu madre. Esa fue la siguiente excusa. Acababa de enviudar y estaba destrozada, no quería dejarla sola en esos momentos tan delicados. Yo le pedía que volviera, ella siempre lo posponía, mi padre se desesperaba. Esa fue la ecuación que estuvo presente durante un año. Cuando tu madre parecía haberse recuperado de la muerte de tu padre, llegó la suya propia. Lorraine anunció que no podía dejarte sola.

—¿Solo la viste en verano en ese año que mencionas? Yo… no me acuerdo de eso —me confiesa pensativa.

—Sí, solo un mes, cuando tuve vacaciones escolares. Hablábamos por teléfono, pero nunca era ella la que llamaba. Siempre era mi padre. Los escuché discutir muchas veces porque mi padre le recriminaba que no me llamara. Pero siguió sin hacerlo. Siempre estaba ocupada, siempre estaba hasta arriba de trabajo. Mi padre se mostró comprensivo durante mucho tiempo, créeme, más de lo que cualquier persona hubiera hecho. Pero tardó en entender que ella no quería volver. Y cuando lo hizo, cuando anunció que había decidido cuidar de ti unos meses, mi padre estalló. Vino a verla a Moonridge, solo.

—¿Quería convencerla de que volviera?

—Sí, él lo definió como su último intento de hacerla entrar en razón. Recuerdo cuando pasó. Me dijo que quería hablar con ella en persona. Yo quería acompañarlo, necesitaba verla, pero él no quiso. Me quedé con mis abuelos paternos hasta su vuelta, tres días después. Él tenía claro lo que iba a pasar, así que quiso protegerme; por eso no permitió que le acompañara. Y te aseguro que me quedé agotado de pedírselo. Yo tenía doce años, había muchas cosas que no podía entender.

—¿Qué ocurrió cuando tu padre vino aquí?

—Decidieron divorciarse. Ella le dejó bien claras sus intenciones de no volver. Su vida estaba en Moonridge, le dijo. Y mi padre volvió a casa y me lo contó con el relato propio que se emplea para contárselo a un niño. Mis abuelos le ayudaron y me quedó claro que mi madre no quería volver. Hablé con ella. Me dijo que tenía mucho que hacer allí, que tú la necesitabas más que yo y que «el abuelo Warren» le había dejado mucho trabajo por hacer. Ese fue el argumento que me dio para decirme que se quedaba a vivir en Moonridge.

—¿Qué te contó tu padre?

—A su llegada, una versión infantil, como te he dicho. Años después he ido averiguando que nunca tuvo intenciones de volver. Mi padre se encontró con una mujer fría, que aceptó el divorcio cuando él se lo propuso sin inmutarse y que ni siquiera me mencionó. Él le dijo que siguieran adelante con la separación, pero que no se olvidara de mí, que volviera a Nueva York una temporada, que la pasara conmigo, pero se negó. «Sé que tú lo cuidarás bien», le dijo. «Este es mi hogar», le dijo también.

»No hubo juicios, Brooke, no hubo nada. Se divorciaron, la custodia la asumió mi padre y los días de visita que el juez le otorgó nunca los utilizó. No volví a verla.

—¿Ni siquiera hablaste con ella?

—No. Solo me llamó una vez, pero fue casi tres meses después y le dije a mi padre que no quería hablar con ella. No insistió más.

—No puedo entenderlo…

—Nadie lo entendió. Tampoco es real que la dejara en la ruina. Es mentira. Mi padre vendió la floristería. Fueron ambos quienes la pusieron en marcha para que ella pudiera trabajar en lo que más le gustaba; sin embargo, le entregó todo el dinero de la venta. No es cierto que estuviera en la ruina. Ella heredó mucho dinero de sus padres, aparte de la dichosa casa. No hubo ruina, ni juicios, ni llamadas de odio. Yo jamás le dije que tenía otra madre porque, para empezar, no hablé con ella. Eso, sin contar que Michelle entró en nuestra vida mucho tiempo después, cuando llegamos a Boston.

Cassidy y Jayce iban al mismo colegio y nos hicimos amigos. Mucho después, ellos empezaron a salir. Pero en ese entonces mi madre ya no existía desde hacía mucho tiempo.

—¿Y siempre creíste que vivía en Moonridge conmigo, cuidándome?

—Nadie nos dijo lo contrario ni supimos más de ella. Mi padre me contó que incluso habló con una amiga suya, aunque no recuerdo el nombre.

—Debía ser Rachel. Ella fue amiga de mi madre y de Lorraine. Tengo una buena relación con ella —me aclara.

—Entonces podrá corroborar mi versión, aunque si tienes relación con ella debería habértelo dicho.

—No es ese tipo de relación la que tengo con Rachel. La visito siempre que vengo porque siempre ha sido cariñosa conmigo. Era una gran amiga de mi madre y, a la vez, la madre de una amiga mía de la infancia: Amber. Una de aquellas salvajes que tú recuerdas. Rachel se marchó de Moonridge hace años, pero siempre que sabe que estoy aquí viene a visitarme. Debió de ser ella con la que habló tu padre.

—¿Tiene relación con Lorraine?

—Hace tiempo que se distanciaron, ya no es como antes. Ella vive en Lander, a setenta millas, y viene pocas veces a Moonridge. Ya sabes, la distancia…

Guardamos silencio un par de minutos.

—Ahora ya conoces la historia, Brooke. Nada de lo que te ha contado durante años es cierto. Es una historia mucho más simple. Se mudó a este pueblo y nunca quiso ni volver ni tener relación conmigo. Así de simple.

—No puedo entenderlo, Aiden. No puedo. No sé por qué me contaba sobre los juicios, la ruina, lo que le costó salir adelante… Cuánto la odiabas… La manipulación de tu padre…

—Él jamás, a pesar de todo, me habló mal de ella. Con el tiempo evitamos nombrarla y, siendo adultos, por supuesto, lo hemos hablado tal y como fue, pero cuando era pequeño, cuando el

divorcio estaba caliente, siempre me decía que algunas personas se dedican a ayudar a otras y tienen que renunciar a otras cosas. Nunca sembró el odio en mí; ese se lo ganó ella solita. Mi padre nunca verbalizó lo que tardé poco en descubrir: que yo a esa mujer no le importaba nada.

Esas palabras hacen que ella me mire con curiosidad.

—Esa es la historia de Lorraine, Brooke.

Me mira. No sé interpretar lo que refleja su rostro.

No sé si es sorpresa, si es duda, si es dolor.

Sé que no es odio, ni rabia, porque esa mirada ya la conozco y no se parece a esta.

—Y ahora… dime… ¿crees que tengo alguna razón para seguir en este lugar?

Baja la mirada. Silencio.

Más silencio. Uno que me atraviesa el alma.

42

Brooke

La última noche

Sé que no es silencio lo que espera de mí después de compartir conmigo lo que vivió con su madre, pero soy incapaz de romperlo porque no hay ni una sola palabra que sea capaz de pronunciar.

Aiden, hasta ahora, era como un cristal sucio que te impide ver con claridad lo que hay al otro lado, que distorsiona las imágenes por todas las capas oscuras que lo cubren.

Y ahora, en pocos segundos, esa ventana deja pasar la luz.

Y descubro que esa luz me ciega, me deja clavada al suelo, expuesta, sin defensa alguna.

Por eso me levanto, me aparto de su lado envuelta en silencio y paseo de una forma errática por el salón.

Sé que me mira, que espera palabras, pero yo solo puedo hacer un esfuerzo por mantener mi mente en un lugar seguro y no dejar que explote.

No sé qué me ocurre. Me asusta entrar en la única idea en orden que hay en mi cabeza, porque es la más peligrosa y es la que más fuera de lugar está.

Por un momento creo que la historia del fantasma es real porque solo así podría explicar que haya algo sobrenatural que me esté dominando en este momento y me esté alejando de la realidad. Algo que me empuja hacia él cuando debería estar huyendo.

Todo deja de importarme, y es mucho lo que tendría que estar ocupando mi cabeza, con su correspondiente tristeza, nostalgia, inquietud, dolor…

Pero deja de importarme.

—¿No vas a responderme? —me dice por fin sin ocultar su malestar.

Ni siquiera sé a qué quiere que le responda, ni siquiera recuerdo la pregunta.

—No quiero pensar, no quiero hablar de Lorraine, ni del pasado, ni de versiones contradictorias, ni de que esta noche es la última que pasaré aquí…

Respiro de forma agitada después de haber vomitado esas palabras con tanta fuerza y con tanta fragilidad a la vez.

Se levanta y se acerca lentamente. Se detiene solo a un metro de mí. La distancia justa para que el aire se vuelva denso.

—No quieres pensar… De acuerdo… no lo hagas. ¿Qué quieres? —me pregunta con un tono de voz que me deja sin las pocas fuerzas que ahora tengo.

—Quiero saber si me acerco a ti y te beso, ¿qué pasará?

Si le ha sorprendido, no lo demuestra. Su rostro se mantiene igual, sin pistas que me ayuden a entender con qué clase de muro me voy a estampar por haber pronunciado esas palabras.

Nada.

Quiero morirme, meterme bajo tierra.

—Averígualo… —me dice por fin devolviéndome algunas fuerzas.

—No estoy preparada para sentirme rechazada, hoy no.

—No te rechazaré.

—¿Por qué? ¿Sería deseo o sería compasión?

Nos miramos fijamente y el silencio, una vez más, se convierte en un castigo.

Sigo envuelta en una nube y no quiero que acabe. Si recupero la cordura, me hundo.

Entonces ocurre.

Se abalanza sobre mí, estampa sus labios sobre los míos con una fuerza que me desestabiliza, más de lo que ya lo estoy.

Me sujeta la cara con las manos y me besa con fuerza y con ansia. No hay delicadeza, hay hambre, sed, deseo…

Me empuja hasta la pared, me acorrala con su cuerpo y me levanta los brazos. Siento una punzada de dolor en el brazo herido, pero lo reprimo. Ahora mismo no soy capaz de distinguir la línea entre el dolor y el placer.

—En mi vida he besado a alguien por compasión —me dice mientras me clava la mirada—. Y en mi vida he sentido tanto deseo por besar a alguien, ni por desnudarla lentamente, ni por devorar todas las partes de su cuerpo… Jamás, doctora, jamás.

—¿Ya no me odias? —le pregunto mientras lucho por todo el calor que siento. Es deseo, joder, y duele cuando es tan intenso, cuando todavía no está liberado. No lo conocía, no de esta manera. Es nuevo para mí y lo provoca el hombre que hasta hace unas horas me parecía el mayor gilipollas que había conocido.

—¿Qué te hace pensar eso? —me pregunta mientras me parece ver un destello brillante que lo envuelve.

Me besa, me devora los labios, me muerde en el cuello y en el pecho…

Me gusta cómo me odia…

Poco después estoy tumbada sobre la cama y ni siquiera sabría decir cómo he llegado hasta aquí.

La única prenda que me cubre se desliza por mis piernas suavemente mientras yo arqueo la espalda y convierto mi cuerpo en una ola.

Siento su mirada, su deseo y me pregunto si él verá lo mismo porque no hay otra cosa que desee más en este momento que sentirlo dentro de mí.

Pero me hace esperar.

Más besos, más caricias…

Más mordiscos.

Sí… eso es lo que quiero…

Sí, es lo que… ¡Joder! Esto es… increíble…

Siento un tirón en el muslo…

Me gusta…

Joder…
Estoy ardiendo… Joder…
Sube por mis piernas. Su aliento… sus manos…
¡Dios mío!

Lo miro sintiendo que me abraso.
Podría acostumbrarme a que me odiases así…
Y… sigue…
Y… sigo viendo luz a través de este cristal llamado Aiden.

43

Aiden

Más agua

Ahora soy yo el que no quiere pensar. Si lo hago, si permito que mi mente repase lo que hemos vivido en las últimas horas, va a explotar.

Por eso me concentro en un sonido que lleva un rato queriendo llamar mi atención. Persistente. Irritante.

Puede que sea el fantasma. Alguien murió aquí hace años y no se investigó su muerte. Debe de estar muy revuelta sabiendo que este lugar va a ser historia dentro de muy poco tiempo.

No la culpo, a mí me pasa lo mismo, pero no me revuelvo, simplemente me niego a pensarlo.

El sonido se me incrusta en la cabeza. Empieza a ser molesto.

Me concentro más en averiguar de qué puede tratarse.

¡Mierda! Creo que lo sé.

Salgo de un salto de la cama y atravieso desnudo el salón. El frío me despierta más que cualquier pensamiento.

Tenía razón ella. No hay mucha pendiente entre el salón y la cocina, y si la hay, el agua no ha tenido problema en superarla.

Los bajos del salón están cubiertos de agua, y las principales víctimas son los dos sillones, que tienen los bajos empapados.

Corro hasta el dormitorio y me siento a su lado de la cama.

—Brooke… —le digo suavemente.

Abre los ojos lentamente y me mira como si fuera un monstruo peludo.

—Olvidamos cerrar la llave principal del agua…

Sus ojos se convierten en grandes esferas, más de lo que ya lo son de por sí.

Se incorpora suavemente. Las mantas dejan de cubrirle el pecho y me lo muestran sin piedad.

No sé si seguir debatiendo sobre el descuido de no cerrar la llave, como acordamos que haríamos antes de acostarnos, o desprenderla de lo poco que ahora cubre su cuerpo.

«Céntrate, Aiden», me digo.

—¿Qué pasa? —me pregunta adormilada.

—Mejor ve al salón… Hay… mucha agua.

Sale de la cama como un huracán y se detiene justo en el mismo sitio que lo he hecho yo.

—No… no puede ser. ¿No cerramos la llave?

—Es evidente que no.

—Joder…

Me mira con desesperación. Ninguno de los dos corre a solucionar el desperfecto. Ambos sabemos que a estas alturas no tiene sentido hacerlo.

—Estaba cerrada cuando nos fuimos a Jackson… —comenta, como si ese debate ahora fuera trascendental.

—La abrimos cuando nos duchamos —le aclaro recordando la maldita ducha helada que me di cuando llegamos de la ciudad.

—Se va a inundar todo… —me dice al borde del llanto.

Sale corriendo hacia el dormitorio y se coloca una sudadera.

—¿Qué pretendes? —le digo mientras me visto.

—No tiene sentido hacer nada, pero al menos podemos detener el agua.

—Iré yo —le digo sabiendo la clase de baño que me espera.

Tiene razón, no podemos dedicar tres horas a sacar esa agua a estas horas de la madrugada para que solo unas horas después vengan unos operarios a preparar la casa para su demolición al día siguiente.

Me doy el baño esperado y consigo cerrar la llave. Las piezas que ajusté han vuelto a desprenderse, llevándose otras consigo que ni siquiera reconozco.

Esta vez el agua está teñida de color marrón, dejando ver la parte oscura que las tuberías llevan guardando años.

Salgo dando arcadas de la cocina por el olor tan desagradable que desprende el fregadero. Salgo empapado de agua hasta la cintura y salgo con la moral a la altura de los tobillos.

Ella está en la puerta, con los pies mojados, observando la operación con dos toallas en la mano, que me entrega lentamente.

—¿Y ahora qué? —me dice encogiéndose de hombros.

—Ahora tenemos que largarnos de aquí, Brooke.

—Solo hay un sitio donde podemos ir… Ni se te ocurra poner objeciones —me advierte.

Niego con la cabeza. Ya poco importa que vayamos a casa de Lorraine. Es una cuestión de supervivencia.

Nos sentamos en la cama y organizamos la operación huida, que consiste en bloquear la salida de la cocina para evitar que siga avanzando, preparar las maletas lo más rápido posible y buscar las llaves de la casa de Lorraine, porque no se acuerda de dónde las guardó.

Nos lleva dos horas y cuarenta minutos culminar la operación huida.

Ella emplea media hora en preparar su maleta; yo, una hora y media, teniendo en cuenta que mis cosas están en el antiguo comedor.

Media hora más en repasar las estancias para ver si se olvida algo importante.

Y cuarenta minutos para localizar las llaves, que se encontraban en el interior del mostrador de la recepción, en un cajón vacío y atascado.

—¿Cuánto hace que no las utilizas?

—Nunca las he utilizado. Siempre que he ido a su casa me ha abierto ella la puerta —me contesta molesta.

Es así como hemos estado durante toda la operación. Incómodos, de mal humor, maldiciendo el agua fría que nos cubría

los pies una y otra vez. Como si la casa se resistiera a dejarnos marchar sin cobrarse algo más.

Por fin estamos en medio de la calle. Secos, vestidos, con las maletas en la mano y una caja que sujeta Brooke con algunos recuerdos del hotel.

Nos miramos y recorremos la pequeña distancia que nos separa del coche.

Brooke se gira para mirar atrás.

Cierra los ojos. Sé que le duele.

Y a mí también.

No por la casa, a pesar de haber sido testigo de una noche que no voy a ser capaz de olvidar, sino por ella.

44

Brooke

Sin espacio

Tras seis intentos, la puerta cede y se abre. Seis intentos que me han proporcionado alivio creyendo que íbamos a recorrer noventa millas en busca de alojamiento, o dormir dentro del coche, bajo un árbol o… bajo un puente. Cualquier cosa me entusiasma más que entrar en este lugar.

La casa de Lorraine…

El único lugar de este pueblo del que conservo algunos recuerdos. Su hogar, el que eligió para pasar el resto de su vida sin importarle quién la estaba esperando en Nueva York.

Y aquí estoy.

Sigo sin querer pensar, o saldré corriendo.

Antes de entrar, observo la casa. Tal y como percibí hace dos días, su aspecto no es bueno.

Fachada apagada, madera sin tratar desde hace tiempo, pintura descascarillada en algunas zonas, el porche vencido en un lateral. Las contraventanas torcidas. La valla descuidada.

Parece cerrada. Abandonada.

Parece que agoniza en silencio… como todo lo que me rodea en este lugar.

—No sé si es buena idea entrar… —le digo a Brooke, temiendo que lo que vamos a encontrar sea peor que lo que hemos dejado atrás.

—El año pasado, cuando vine por última vez, también estaba descuidada la fachada, pero por dentro es distinto —me responde mientras termina de abrir la puerta.

La oscuridad nos da la bienvenida.

Brooke localiza un interruptor y enciende la luz. Ante nosotros aparece un vestíbulo grande y vacío. La estancia resulta inquietante,

quizá por la baja intensidad de la luz y el tono amarillento que desprende.

Brooke me mira de forma extraña, pero no dice nada. Avanza hasta una puerta amplia con cristales tallados en colores y la abre lentamente, como si temiera lo que pueda haber al otro lado.

Otra estancia.

Ahora ya no es inquietante, no es nada.

Su expresión de sorpresa me alerta. Algo de lo que está viendo no encaja.

Podría ser la ausencia de… todo.

Nos encontramos con una estancia vacía, completamente vacía.

Nos miramos. Brooke parece asustada.

Vacío. Esa es la palabra exacta que define lo que vemos.

El interruptor enciende una única bombilla colgada de un cable torcido.

No falta un mueble. Faltan todos. No hay sofá, ni mesa, ni alfombra, ni lámparas. Solo el suelo desnudo y las marcas claras en la madera donde antes descansaban los muebles.

—¿Qué ha pasado aquí? —pregunta desconcertada—. ¿Qué es eso de ahí?

Señala la base de las escaleras que conducen a la segunda planta. Hay una puerta que antes no estaba ahí; incluso yo lo recuerdo. Una puerta fuera de lugar. Madera nueva encajada torpemente en una estructura antigua. Herrajes brillantes y una cerradura algo torcida. La escalera termina en esa puerta como si alguien hubiera decidido amputarla.

Brooke se acerca despacio.

—Esto no estaba… —susurra.

—¿Está cerrada? —le pregunto sin salir del asombro.

Brooke la empuja y gira la maneta, pero no cede. Prueba a insertar la llave que sostiene, pero no sirve de nada, como cabía esperar. No hay hueco lateral. No hay alternativa.

La puerta sella el acceso a la planta superior y divide la estancia. Arriba… a saber qué hay. Abajo… nada. Una casa enorme reducida a la mitad.

Y entonces vemos un amago de luz.

No proviene del salón vacío, sino del fondo, de la parte por donde antiguamente se accedía al inmenso jardín; a pesar de la desnudez de la estancia, todavía puedo recordarlo.

Se trata de una claridad tenue, cálida, distinta a la del resto de la casa. Nos dirigimos hacia ella sin hablar.

El jardín ya no es un jardín, no como tal.

Donde antes había un espacio abierto, ahora hay un cerramiento completo de madera clara y cristal. El techo y los laterales están formados por paneles translúcidos sujetos con vigas firmes, que dejan pasar la luz del exterior de manera suave y uniforme. No parece algo provisional; está bien construido, encajado en la casa como si siempre hubiera formado parte de ella. Pero no ocupa todo el terreno. Solo una fracción. El resto del jardín, el auténtico, ha quedado fuera, al otro lado de esa estructura. Brooke se queda quieta a mi lado.

—¿Pero qué coño es esto? —dice sin apartar la vista.

Da la sensación de que lo han vaciado todo y han colocado una urna de cristal donde antes había jardín.

El espacio está dividido en dos. A la izquierda, jardín. Un césped real cubre la mitad del suelo y está atravesado por caminos estrechos de piedra que forman pequeños recorridos entre parterres llenos de flores ordenadas, que dejan ver parcialmente los conductos que se encargan de un riego automático. Todo está delimitado, accesible, pensado para poder caminar entre las plantas sin pisarlas. No es una extensión amplia; es un jardín contenido, recortado, como si hubiera decidido quedarse solo un pedazo del mundo exterior.

A la derecha, un «hogar». Un sofá sencillo sobre una alfombra, dos mecedoras enfrentadas, una mesa baja de madera y varias

estanterías alineadas contra el cerramiento. No hay separación física entre ambas zonas, solo el cambio de suelo te da una pista de dónde estás. Jardín y hogar conviven bajo el mismo techo. El conjunto no es grande. Al contrario. Con apenas unos pasos se recorre de un extremo a otro.

—Ha transformado el jardín en… —comenta Brooke sin terminar la frase.

—En un invernadero-vivienda claustrofóbico.

—¿Por qué?

—Es una buena pregunta, pero no sé si soy el más indicado para responderte —le digo, recurriendo a la ironía para no detenerme en lo que tenemos delante—. Ahí hay una puerta.

—Vamos —dice, avanzando sin dudar.

Caminamos por la «zona hogar» y dejamos atrás una caseta de madera. Brooke la abre y la cierra rápidamente.

—Herramientas de jardín —me informa sin detenerse.

La puerta conduce a lo que antes debió de ser un cobertizo; ahora es una cocina. Sencilla, pequeña, austera… No hay adornos, solo lo imprescindible.

A la izquierda de la cocina, para mi sorpresa, una puerta comunica con un baño. No me parece la mejor ubicación, aunque aquí nada parece responder a una lógica clara. La bañera domina toda la estancia. Toda. Parece hecha a medida y encajada con dificultad, como si el espacio se hubiera adaptado a ella y no al revés. A su alrededor, un espejo, un inodoro y toallas colgadas en las paredes a una altura poco habitual. Es una bañera demasiado grande. No le encuentro sentido.

Al fondo, otra puerta nos lleva a una estancia cerrada por paredes de madera, la única que no contiene paneles translúcidos. Una cama amplia, un armario sencillo, una lámpara tenue sobre la mesilla. Nada más. Sin decoración innecesaria. Sin recuerdos a la vista. Incluso aquí el aire parece más denso, más próximo.

Termina el recorrido. Volvemos sobre nuestros pasos en silencio, perplejos; Brooke más que yo.

—Se ha trasladado al jardín… y ha construido… «eso».
—Sí, «eso».
—Lo ha vaciado todo y ha construido «eso» en el jardín…

«Eso» es un espacio reducido, aunque el recorrido pueda dar otra impresión. Salón, baño, cocina, dormitorio y jardín, organizados en un conjunto en forma de L, cerrado por madera y paneles translúcidos por todas partes. Un perímetro cerrado dentro de una finca enorme.

Es como un búnker dentro de su propia fortaleza. Un escondite. Un refugio demasiado pequeño para tanto terreno alrededor.

Brooke me mira como si acabara de descubrir algo imposible de comprender. Yo la miro sin querer analizar lo que tenemos delante, lo que construyó esa mujer y el único lugar donde ahora podemos instalarnos.

Sigo sin querer pensar. Aquí, en este lugar, junto a ella, la mente en blanco es la mejor opción.

45

Brooke

Sin decidir se está mejor

Hemos conducido veinticinco millas para desayunar.

Veinticinco millas para escapar de esa casa. Para intentar recuperarnos de la impresión que nos ha causado verla convertida en… lo que sea que pretendiera Lorraine.

Estamos sentados en una cafetería integrada en una gasolinera. Pertenece a Crowheart, un pueblo diminuto con menos de una centena de habitantes.

Aiden está frente a mí, con una taza de café humeante entre las manos, como si el calor pudiera ofrecerle alguna explicación coherente a lo que hemos visto. No hemos hablado mucho durante el trayecto. La radio ha llenado los silencios, junto con las constantes advertencias del abogado para que redujera la velocidad.

Estamos impactados, no solo por el invernadero-salón que ha construido, sino por lo que hemos descubierto en la planta superior. A pesar de la puerta que nos impedía el paso, localicé un cable metálico en la cocina y conseguí forzar la cerradura.

Aiden me miró como si me hubiera comido un trozo de la puerta. No sé si por pensar que no debíamos hacerlo o por la rapidez con la que lo logré.

—Ser salvaje de pequeña tiene sus ventajas… —le dije, y conseguí que se echara a reír.

Arriba no había nada que justificara el misterio de esa puerta. Algunas habitaciones estaban completamente vacías, desnudas como el salón. Otras apenas podían abrirse: la hoja chocaba contra montones de cajas, muebles apilados y trastos sin ordenar que bloqueaban el paso. No era abandono. Era acumulación. Como si todo lo que ya no tenía cabida abajo hubiera sido empujado hacia arriba sin intención de volver a mirarlo. Como si hubiera decidido

reducir su mundo y arrinconar el resto en un lugar al que ya no quería subir.

La camarera nos ha mirado como si no recibiera visitas nuevas desde hace semanas. Nos ha servido huevos, tostadas y café sin hacer preguntas. Se agradece. Aquí nadie nos conoce. Aquí nadie sabe quién fue Lorraine.

—Uno de los dos tiene que decir algo, empieza tú —le digo con una expresión casi infantil que le arranca una sonrisa.

—Ya has hablado tú suficiente por el camino —me reprocha sonriendo también.

—El que hablaba era el locutor de la radio contando la aprobación de las nuevas reformas agrícolas del condado. Apasionante.

—Y tú le acompañabas quejándote de la velocidad.

—Era alta —me replica con una sonrisa cínica.

—Wyoming. Dos rectas y ni un ser vivo a la vista.

—Hay que ser prudente…

—Menuda noche… —comento, cambiando de tema.

—¿A qué parte de ella te refieres exactamente? Yo, de la primera parte, no tengo ninguna queja.

—Atrévete a quejarte, abogado…

Se echa a reír con ganas.

Es la única alusión que hemos hecho desde que nos hemos despertado a lo que compartimos ayer por la noche.

No es la primera vez, desde que nos hemos levantado, que pienso en ello. No ha vuelto a haber un acercamiento, algo que prolongara una noche increíble en la que… sentí más de lo que debía sentir.

Y eso me araña de todas las maneras posibles.

Puede que la aventura que hemos tenido que vivir después lo justifique.

—¿Por qué ha hecho algo así? —pregunto, volviendo a Lorraine, intentando escapar de mis propios pensamientos.

—Si no lo sabes tú…

—Esa casa hace un año era totalmente diferente. Siempre lo ha sido. Estaba algo anticuada y Lorraine nunca invirtió demasiado en modernizarla, pero conservaba el encanto de un siglo a sus espaldas. Estaba repleta de muebles, figuras y cuadros. Y todo, aunque decorado como hace setenta años, estaba en su sitio. Lo que ha hecho ahora es una aberración.

—Se habrá cansado, Brooke, ¿qué más da? A mí lo que me preocupa es que tengamos que dormir allí. ¿No habrá alojamiento en este pueblo?

Lo miro como si me hubiera dicho que en otra vida fue un dinosaurio.

—Vale… descartado. Pues nos encajamos en el invernadero. Parece cómodo. Feo, pero cómodo. Las vistas al jardín no están del todo mal.

—Pensé que te afectaría más entrar allí.

—Agradezco que la casa no sea como yo la recordaba, es más fácil así.

—Yo también agradezco haber tenido que abandonar el hotel tan rápido. Es mejor así.

Me mira sin estar muy convencido de lo que digo. No lo estoy ni yo.

—¿Nunca te habló de esas obras en la casa?

—No. Las veces que he hablado con ella en el último año no ha mencionado nada que se le parezca.

—¿De qué solías hablar con ella?

—Le contaba cosas de mi trabajo, de mi vida en general… Nada especial.

—¿Y ella?

—De sus flores, del juicio… De los desplantes de los Waverly y de cualquier cosa relacionada con ellos: que se habían comprado una nueva camioneta, las obras del hotel…

—¿Solo hablaba de eso?

—No había más en su vida, Aiden, ahora lo sé mejor que nunca.

—Una vez me dijiste que podía darle algo de sentido a su vida…

—Alguno habrá tenido, Aiden —le contesto con pesar—, aunque solo lo conozca ella.

No sé qué es lo que ocurre en este momento, pero el aire se vuelve espeso.

No sé si ha sido su comentario o mi respuesta, pero ambos parecemos incómodos.

—¿Y ahora qué, Brooke? —me pregunta partiéndome en dos. No estoy preparada para planear ni siquiera las dos próximas horas.

Tardo en contestar.

—Ahora… deberíamos volver a Moonridge —le digo con mi mejor sonrisa.

No pone objeción ni añade nada más, pero su rostro se endurece. Se levanta, deja unos billetes en la barra y se dirige a la salida ante la atenta mirada de la camarera.

Le sigo preguntándome a qué se debe ese cambio de humor.

¿No le ha gustado mi respuesta? ¿A qué se refería? «¿Y ahora qué?», esa ha sido la pregunta. ¿Qué significa «ahora»? ¿Después de desayunar? ¿El resto de nuestras vidas?

Quizás mi respuesta le ha parecido evasiva, de hecho lo ha sido, pero si lo que desea es indagar sobre el futuro, el inmediato, quizás debería haber formulado la pregunta de otra manera.

Todo el camino de vuelta lo hacemos en silencio. Aumento la velocidad cada vez que lo veo posible con la esperanza de escuchar sus protestas, pero se mantiene callado. Pruebo con el volumen de la radio, pero no consigo nada con ello, solo escuchar la preocupación del locutor de una emisora local por las horas que permanecerá cortado el acceso al extremo norte del río.

Llegamos a la casa de Lorraine envueltos en el mismo silencio. El camino se me ha hecho eterno. Hemos pasado del odio a la tregua,

de la aventura con las tuberías a la aventura bajo las sábanas, de un abrazo después de una visita a Lorraine a un abrazo después de salir de mi casa por última vez. Y ahora silencio. Un ceño fruncido. Un rostro pétreo. Y todo en tres días.

¡Que le den!

Le entrego las llaves de la casa de Lorraine con una sonrisa. Tendrían que matarme antes de mostrarle mi malestar.

—Voy a… decirle adiós a una amiga —le anuncio para que entienda el gesto de las llaves.

—¿Adiós? —me pregunta frunciendo el ceño.

—No sé si alguna vez volveré a Moonridge. Ahora tocan las despedidas —le aclaro sin perder mi falsa sonrisa.

Me atraviesa con la mirada. ¿Qué coño le pasa?

—No las necesito —me dice rechazando las llaves—. Yo también voy a visitar a alguien. También voy a decirle adiós. Yo, al contrario que tú, sí sé cuándo… volveré a Moonridge… Nunca.

Se baja del coche y se sube en el suyo.

Pero ¿qué coño le pasa?

Salgo a toda prisa tras él y me acerco a su coche. Golpeo sobre la ventanilla y tarda una vida entera en bajarla.

—¿Y si vuelves antes que yo? —le pregunto ofreciéndole de nuevo las llaves.

—¿Y si vuelves tú? —me replica como si tuviera diez años.

Con un gesto rápido, le ofrezco mi móvil. Me mira con curiosidad, pero tarda poco en entender mis intenciones y lo acepta. Graba su número de teléfono entre mis contactos y me lo devuelve.

Pulso sobre el contacto y realizo una llamada para proporcionarle mi número.

Pulsa sobre su móvil de mala gana.

—Tú también puedes necesitar el mío… —le aclaro, molesta por esa arrogancia que está mostrando.

Me olvido del abogado por un momento y me centro en la visita que quiero hacer.

Pongo rumbo a la casa de Rachel con el corazón en un puño, con ganas de bajarme del coche y gritar.

Y me torturo con la mente…

Todo es un final. Todo. El final de lo que me une a Moonridge. El final de Lorraine. El final de mi aventura con el abogado…

Esta última es la que más me duele y la que menos debería.

Necesito hablar con mi psicólogo preferido. Necesito un amigo.

46

Aiden

Decisiones

—Esas historias son auténticas —me comenta Jayce después de haberle puesto al corriente del fascinante pleito de los Waverly y los Blackwell.

—¿Auténticas?

—Historias viscerales, de raíz… La lucha por el honor… Eso no se da en Boston, eso no llega hasta nuestro bufete.

—Jayce, ¿estás bien? —le pregunto, algo sorprendido por sus palabras.

—Los crímenes pasionales, los secretos guardados generación tras generación, la lealtad al apellido, a la tierra. El silencio que envuelve historias enterradas en el tiempo…

—Jayce… —le interrumpo, completamente desconcertado—. ¿Qué coño estás diciendo?

—Es que no se me ocurre nada más que decirte. No entiendo tus dudas. Solo quería quitarle hierro al asunto.

—No necesito que me entretengas, Jayce, necesito… ¡No sé lo que necesito!

—¿De qué has hablado con el abogado? Has dicho que lo acabas de visitar.

—Nada nuevo. No sé ni por qué he ido a visitarle. Con lo que hablé en la primera visita bastaba. Me ha vuelto a contar lo mismo. Me he tragado otro resumen de la historia, una de esas viscerales y apasionantes que parecen fascinarte, y hemos hablado de nuevo del pacto como opción.

No le miento. Es el resumen de mi errónea visita a Samuel. Se ha mostrado atento, como la primera vez, me ha preguntado por Lorraine y le he formulado algunas preguntas sin importancia que me han surgido las pocas veces que he consultado el sumario.

Formalismos sin mayor relevancia que matar el tiempo y demostrarle que mi visita tenía un sentido.

No podía decirle que, después de desayunar con Brooke y de ver su actitud indiferente ante una pregunta que lo que pretendía era…

¡Dios! No sé lo que pretendía, pero desde luego no era obtener una respuesta tan superficial.

—Aiden, ¿qué te pasa? —me pregunta Jayce con un tono que conozco muy bien. «Vamos al grano, hablemos claro».

—No lo sé, Jayce. Estoy confundido de todas las maneras. No me reconozco.

—¿Seguro que es el asunto jurídico el que te hace estar tan confundido?

—¿Qué quieres decir?

—Brooke Keegan…

—¿Qué tiene ella que ver? Te he contado todo lo que respecta a ella, no sé a qué viene esa pregunta.

No es cierto que se lo haya contado todo. En las casi dos horas que llevamos hablando por teléfono, le he ofrecido un resumen completo de todo lo que he vivido desde que llegué a Moonridge, pero no he incluido la parte más íntima; esa no estoy preparado para hablarla con Jayce. No puedo hacerlo ni siquiera conmigo mismo, a pesar de que sé que no la puedo dejar al margen de esta sensación tan mala que me envuelve.

—Es guapa, inteligente y… por lo que me has contado, ahora os lleváis bien. Tú mismo me lo has dicho.

—Sí, pero te estás equivocando en lo que insinúas.

—No insinúo nada, solo saco conclusiones, quizá equivocadas. Brooke es una persona que me fascinó desde el momento en que la conocí. Tendrías que haberla visto ante el juez, en su primera declaración. Conmovió al juez y al fiscal con su relato sobre el tiroteo, y ni siquiera era la víctima principal. No todo el mundo te ofrece un testimonio que te haga reír y te rompa al mismo tiempo. Brillante.

—¿Por qué me cuentas eso?

—Para que no la subestimes.

—No lo necesito, Jayce, te vuelvo a decir que Brooke no tiene nada que ver con lo que siento.

—Si no fuera testigo de un caso, habría intentado algo con ella. ¿Dices que ya no es la novia de Kaden?

—Jayce… —le regaño, harto de la dirección que está tomando la conversación.

Guardamos silencio. Sé lo que pretende. Hacerme saltar. Y lo está consiguiendo más de lo que me gustaría admitir.

—Aiden, lo que no he entendido, después de todo lo que me has contado, es qué clase de decisión es la que tienes que tomar. Creo que está claro… Ya has visitado a Lorraine, ya has cumplido con lo que fuera que tu conciencia te pedía para vivir más tranquilo. Brooke se marcha mañana. Solo puedes alojarte a años luz del pueblo o en la casa de Lorraine, que, por lo que has descrito, es rara de cojones, además de ser su casa.

»¿Qué coño haces ahí? Acércate al juzgado, presenta la renuncia de la representación, renuncia al poder y que el proceso siga el curso que tiene que seguir. Esa casa no es para ti, no la quieres. Ella está enferma, ¿qué más le da? Busca unos billetes de avión y vuelve a casa.

—Joder, no es tan fácil, Jayce. Podría haber renunciado sin pasar por esto. Esa opción solo me recuerda lo absurdo que ha sido venir hasta aquí.

—Bien, entonces descartemos esa opción. No renuncies… Ya que estás ahí, haz algo de provecho. Pacta. Sigue el consejo de ese abogado y pacta con la otra parte antes de la celebración del juicio. Un reparto equitativo después de debatir cuánto vale el honor de cada parte.

—No me importa Lorraine, pero esa opción es como una traición. Así lo define Brooke.

—Entiendo… Y Brooke, esa mujer exasperante que lo único bueno que ha hecho es darte alojamiento, ahora resulta que

condiciona tus decisiones…

—Joder, Jayce, ¿qué coño te pasa? Estoy intentando averiguar por qué he ido a visitar a ese abogado una vez más en vez de ir al juzgado y renunciar al poder. Estoy intentando saber por qué no estoy planeando mi regreso a Boston en vez de darle vueltas una y otra vez a ese juicio. Sigo buscando una respuesta, algo que me satisfaga, y solo consigo sentirme cada vez peor.

—Aiden, lo que te impide marcharte es lo mismo por lo que has ido a visitar a Lorraine. No deja de ser alguien que te importó mucho, que formó parte de tu vida durante muchos años. Es tu madre biológica, se está muriendo y sabes que, si haces algo por ella o no, será lo último. Si hasta ahora no ha estado en tu vida, de ahora en adelante menos. Y como no eres como ella, sientes, como papá, que debes echarle una mano, aunque no se lo merezca.

Sus palabras me impactan, me devuelven a la realidad, una que llevo todo el día evitando.

—Aunque fuera verdad… sigo sin saber qué hacer, Jayce.

—Lo averiguarás, Aiden…

—Tienes razón.

Nos despedimos rápidamente, con la promesa de mantenerle informado. Es más que suficiente.

Al menos, ahora tengo la sensación de que mis dudas están justificadas. Pero Jayce no conoce todo lo que me inquieta.

No es el pacto ni el juicio. No es mi visita a Lorraine, ni todos los recuerdos dolorosos que ha activado.

Es ella, inexplicablemente ella.

Se va. Desaparece. Ya no hay aventura, ni enfrentamientos, ni frases irónicas. Ya no hay agua, ni deliciosas cenas.

El sentido de mi presencia en este lugar se reduce a una tercera parte, y el empuje emocional que mantenía activa mi relación con Lorraine se desmorona.

Mi conclusión no tiene sentido. No hay base ni tiempo suficiente para haber establecido esos cimientos.

Joder, pero es real.

Brooke tiene la respuesta a esta confusión.

No. Me equivoco. Ahora lo sé.

No tiene sentido. No tiene razón de ser. Es una locura. Pero ahora lo sé…

Brooke no tiene la respuesta.

Brooke es la respuesta.

47

Brooke

Así es ella

Rachel concluye la conversación relacionada con su hija Amber mostrándome unas fotografías.

Amber formó parte del grupo que el abogado arrogante bautizó como los «salvajes». Aunque es dos años mayor que yo, en Moonridge los juegos de infancia reunían varias edades. Fuimos buenas amigas, como lo fueron Rachel y mi madre, hasta que ambas tomamos caminos distintos. Yo me marché primero, a Boston, con mi tía. Y ella, años después, se marchó del estado para estudiar en la universidad.

—Esta casa es preciosa, Rachel, no me cansaré nunca de decírtelo.

—Sí, lo es —me dice mientras me sirve otro café filtrado—, pero cada vez vengo con menos frecuencia. Desde que murió Roy no me apetece volver demasiado por aquí.

Rachel se mudó hace unos años a Lander, un pueblo a setenta millas de aquí. Esta casa pertenecía a su marido antes de casarse y vivieron en ella durante décadas. Cuando Roy enfermó, decidieron trasladarse a un lugar más cercano a los hospitales. Nunca regresaron del todo.

Mientras saboreo el café, Rachel retoma el tema de Lorraine. Es de lo primero que hemos hablado cuando he llegado. Ella también ha sido siempre amiga suya. Formaban un equipo de cuatro: Rachel, Hellen, mi madre, Lorraine y Suzanne, la hermana de mi padre, la que echó al abogado del hotel.

—¿Cómo es Aiden? Tengo recuerdos de él cuando era pequeño. Amber y tú no se lo poníais muy fácil —dice riéndose con complicidad.

—Todo esto es difícil para él —le digo sin implicarme en su descripción—. Más de lo que aparenta.

En estos momentos me resulta muy complicado hablar de él en ese aspecto. No es muy apropiado que le diga que es un gilipollas la mayor parte de las veces, que me he acostado con él y que me duele decirle adiós. No. Ni siquiera yo puedo darle sentido a esa línea de pensamientos.

—Pobre chico, sufrió mucho. Debe de ser muy duro volver a ver a su madre después de tantos años sin contacto y… en ese estado…

—Rachel… me gustaría preguntarte algo.

—Claro, cariño. ¿De qué se trata?

—Él me contó una versión muy distinta a la que Lorraine siempre me ha contado sobre los motivos que hicieron que perdieran el contacto.

Me detengo. No sé exactamente qué quiero preguntarle, solo espero que se anime a hablarme de este tema.

Rachel pierde la sonrisa. No desaparece de golpe, se le borra poco a poco. Baja la cabeza y guarda silencio.

—No sé si te he preguntado algo que no debo, no quería…

—No te preocupes, cariño, no pasa nada. Supongo que Lorraine te dijo que era una víctima del padre de Aiden. Malcolm Harrow, aún recuerdo su nombre. ¿Es así?

—Sí, eso es lo que siempre me contó. Que la dejó sin nada, que nunca comprendió que ella se quedara una temporada en Moonridge, que hizo que Aiden la odiara, que perdió los juicios por la custodia…

Soy consciente de que es un tema que nunca he hablado antes con ella, pero nuestra relación siempre ha sido menos estrecha que la que he tenido con Lorraine.

—¿Y Aiden? ¿Qué te contó él? —me pregunta con un gesto muy delicado, tan delicado como es ella cuando teme herir a alguien.

—Una versión totalmente opuesta.

Le ofrezco un resumen. Mientras me escucha, permanece con un rostro sereno, pero sigue pareciéndome que este tema le incomoda. En ningún momento muestra ni sorpresa ni nada que me dé una pista sobre lo que piensa. Ni siquiera intenta matizarlo.

—No te ha mentido, Brooke. Lo que Aiden te ha contado es lo que ocurrió.

No dudé del relato de Aiden. Me afectó conocer una versión tan distinta y confieso que ni siquiera he podido pensar en ello. Pero escucharlo de boca de Rachel me impacta todavía más.

—Nunca me contaste nada…

—Brooke, cariño, siempre has tenido una buena relación con ella, yo no era nadie para hablarte de ello. Se trata de su vida. Te contó la misma versión que le contó a todo el mundo, pero yo conocía muchos más detalles.

—Aiden mencionó que su padre vino a Moonridge y habló con una amiga de Lorraine…

—Esa amiga era yo. Vino a verme desesperado para que le echara una mano con Lorraine. Quería que la convenciera de que volviera a casa con él, que la hiciera entrar en razón. Ella llevaba un año en Moonridge y siempre encontraba un nuevo motivo para quedarse —Hace una pausa y suspira—. Ese hombre fue muy paciente, pero estaba desesperado. Sufría mucho por su hijo. Aiden echaba de menos a su madre y lo estaba pasando muy mal. Imagínate. Cerca de la adolescencia, con una madre a miles de millas… Lorraine dejó a su familia de lado, descuidó un negocio que tenía en Nueva York, los apartó de su vida para quedarse aquí, en Moonridge.

Trago saliva.

—Pero ¿por qué?

—Es muy sencillo, aunque no tanto de entender. Simplemente porque no le importaban. Le importaba más su vida aquí: su casa, el juicio, el honor de su padre… su orgullo. Sé que es difícil de entender, pero es así. Así es ella.

—¿Por qué me ha contado una versión tan distinta todo este tiempo?

—Es lo que ha hecho con todo el mundo. Es la versión de la que ella se ha querido convencer, pero… nunca hubo ninguna batalla por la custodia ni nada por el estilo. Lo más duro para el padre de Aiden fue la facilidad con la que ella le dijo que se quedaba y que separaban sus vidas, sin pensar en su hijo, sin pensar en nada más… Después de ese viaje… nada más. Silencio. Lo que te ha contado Aiden.

Rachel mueve la cabeza y me acaricia la mejilla. Le haría cientos de preguntas, pero algo me dice que no debo hacerlo.

—¿Aiden ha ido a visitarla? —pregunta, intentando interrumpir mi desconcierto.

—Sí. Fuimos juntos. Yo… en cierto modo, le animé a que lo hiciera, a que enterrara el odio y… —no puedo acabar. Hoy siento que todo lo que me rodea se queda a medias.

—Hiciste bien, Brooke —dice esta vez sin sonreír.

—Está muy enferma. No creo que su vida se alargue mucho, por lo que nos dijeron. ¿Irás a visitarla?

El semblante de Rachel cambia de nuevo, pero esta vez es mucho más sombrío.

—Brooke, cariño, quédate con todo lo bueno que te ha dado Moonridge, con tus recuerdos. Pronto te marcharás y este lugar será solo parte de tu historia. Tu vida está en otro lugar. Tu madre siempre estará contigo.

Ese discurso no es acorde a mi pregunta. Sé que debería callarme, que estoy forzando algo, aunque desconozco el qué, pero no puedo.

—¿Qué quieres decir con eso, Rachel?

Tarda en contestar. Alarga una mano para coger la mía.

—No iré a visitar a Lorraine —me dice volviendo a sonreír, aunque con un gesto más apagado.

—Lo entiendo. Es muy complicado verla en ese estado —le digo presintiendo que ese no es el motivo.

Me suelta la mano y se pone en pie.

—No me importa el estado en que esté, ni siquiera me importa si se muere. Yo hace muchos años que la considero muerta.

48

Aiden

Sorpresa

Necesito detenerme un segundo antes de entrar en la casa de Lorraine. El coche de Brooke sigue aparcado fuera. No me sorprende. Llevo horas caminando sin rumbo, evitando regresar demasiado pronto.

Tarda poco en abrir la puerta. Lo hace regalándome una sonrisa mientras espera a que cruce el umbral.

—¿Qué tal te ha ido tu visita? —le pregunto mientras la sigo hasta el invernadero.

Cuando llego, encuentro su maleta en medio de la zona equivalente al hogar. La mía no se encuentra.

Esta mañana hemos salido sin ni siquiera abrir las maletas, solo con la idea de desayunar muy lejos de Moonridge, pero recuerdo haberlas guardado en el dormitorio.

Me siento en una de las mecedoras, imitando lo que hace ella.

—He visitado a Rachel. Te hablé de ella.

—¿La mujer que visitó mi padre?

—Sí, me lo ha confirmado —me dice algo incómoda.

—¿Se lo has preguntado?

—Sí. ¿Algún problema? —me contesta con una actitud que no comprendo, tensando ligeramente la mandíbula.

—Ninguno. No sé por qué te pones a la defensiva, solo era una pregunta.

—Me pongo a la defensiva por tu tono, Aiden.

—No hay tono, Brooke, a menos que esté en tu cabeza. Solo era una pregunta. Solo quería saber si ha surgido de forma natural o te has interesado tú.

—¿Hay alguna diferencia? Esto es un pueblo, un pueblo muy especial. Todo el mundo sabe que has venido, todo el mundo se pregunta por qué estás aquí, cuánto tiempo estarás… ¿entiendes?

—Vale, de acuerdo. Te lo ha comentado ella.

—No, se lo he preguntado yo.

¿Qué hago? ¿Me río, lloro o lo ignoro?

Opto por suspirar, es lo que más necesito.

—Rachel me ha dicho que es cierto lo que me has contado sobre tu relación con Lorraine.

—¿Lo habías dudado?

—Aiden, solo hemos comentado el tema.

—Bien, de acuerdo, solo habéis comentado el tema. Y… ¿qué más?

—Me ha hablado de la visita de tu padre.

—¿Tienes buena relación con ella?

—Sí, claro que sí. Rachel y mi madre eran muy amigas.

—¿Y amiga de Lorraine?

—Lo fueron.

—Entonces ¿por qué no te había hablado nunca de eso?

—No tengo una relación tan estrecha como con Lorraine. Solo nos hemos visto las veces que he venido a Moonridge…

—Entiendo…

—No sé por qué Lorraine me contó esa otra versión. Rachel me ha dicho que es la que iba contando a todo el mundo.

—¿Qué versión exactamente?

—Que tu padre era el malo, el que os separó.

—Era la que más le convenía.

—¿Por qué me lo contó a mí? Se supone que somos amigas.

—No debe de ser fácil contar que pasas de tu hijo y que le has dicho a tu exmarido que se lo quede él, que estás mejor solita en el pueblo donde te criaste.

—¿Qué clase de madre hace algo así?

—Una que no se quiere más que a sí misma, no es tan difícil. Si te toca una madre de esas, pues te jodes.

Me mira y levanta las cejas.

—¿Y tu visita?

—Como ya habrás deducido, ha sido a Samuel. Larga, predecible, innecesaria. Pero parece haberse alegrado de verme.

—Está jubilado, seguro que se aburre.

—¿Es esa la única razón por la que alguien se alegraría de verme, doctora? —le digo sin darme cuenta de que mi tono es provocador.

—Es la única que se me ocurre, abogado —responde sin titubear —. ¿Por qué ha sido innecesaria?

—Porque no la necesitaba. Ya he tomado una decisión respecto al caso.

Me mira fijamente. No pregunta.

—De las tres opciones que tengo, ya he descartado una.

—¿Cuál?

—Renunciar al poder y largarme.

—¿Qué te queda? —me pregunta sin mostrar ni una sola emoción.

—O bien pactar, o bien representarla. Me quedo, Brooke. No puedo decirte qué haré, pero de momento no me marcho.

—Bien.

—¿Bien?

—Es que no sé qué decirte. Es tu decisión.

—Creí que te alegrarías.

—¿Por qué?

—Me lo pediste.

—Te pedí que no pactaras. Pero de eso hace un siglo.

—Hace dos días, Brooke, ¿ha cambiado algo?

No me contesta. Se levanta y se coloca en el borde de la plataforma, justo donde empieza el jardín. Me da la espalda.

—No me voy a quedar a la demolición. Es una locura, tenías razón. No necesito verla para saber que todo ha terminado.

Si no me estuviera dando la espalda, vería cómo me tambaleo al escuchar lo que me ha anunciado.

—¿Qué quieres decir? —le pregunto haciendo un esfuerzo sobrehumano para que no se note cómo me siento—. ¿Te vas?

Se da la vuelta.

—Sí, Aiden. De hecho, te estaba esperando para decírtelo. ¿Qué más da hoy que mañana? Solo es un día de diferencia y no quiero quedarme a verlo. Fue un error planearlo, sé que no me va a gustar. Esta vez sé que es un final, no necesito ver cómo se hunden las vigas y cómo en pocas horas se reduce a escombros. Prefiero imaginarla como está y… si vuelvo a verla, será mejor contemplar lo que sea que edifiquen en su lugar.

Asiento con la cabeza. Ojalá encontrara algo que tuviera sentido y pudiera decirlo, pero estoy un poco bloqueado, me ha pillado por sorpresa. No sé qué esperaba, pero esto no.

—Me marcho —repite, y lo recibo como si me clavara un puñal.

—¿Ahora?

—Sí. He consultado los vuelos. Hay uno esta noche y otro a primera hora. No tendré problemas para reservarlo. Saldré cuanto antes y lo gestionaré en el aeropuerto.

—Bien. Pues… —empiezo a decir sintiendo que el corazón se me sube a la garganta.

—Eso de las despedidas no va conmigo. Ya he tenido bastantes. Así que… ya nos veremos. Quizás nos crucemos en Boston.

—Claro. Mientras no me lesiones —le comento con desprecio.

—¿Lesionarte?

—Si no recuerdo mal, me golpeé en la cabeza por tu culpa en el centro comercial. Y también contra la puerta de tu coche —le digo molesto.

—¿Ahora te acuerdas de eso? Dios, qué rencoroso eres.

—Es verdad, no tendría que haberlo comentado. El rencor no procede aquí, se me olvidaba que fueron encontronazos casuales. Todo en este tema es casual, todo es absurdo… Todo es una puta mierda.

No sé si sigo con esta retahíla de estupideces para retenerla un poco más o simplemente es que mi cabeza empieza a fallar. Esto es

una discusión infantil…

—Cómo me arrepiento de ello… —me dice con un tono muy severo, casi amenazante—. No creo que sepas cuánto…

—¿Arrepentirte? Creía que habían sido encuentros casuales… ¿Ahora vas a confesarme otra cosa distinta?

—No debí buscarte… Qué estúpida fui.

—Es tarde para lamentaciones, ¿no crees?

—Lo es, pero necesitaba decirte lo mucho que me arrepiento de… todo.

—¿De qué te arrepientes tanto? ¿De irme a buscar? ¿De pedirme que no pactara? ¿De haberme convencido para que fuera a ver a Lorraine? ¿De acogerme en tu casa?

—Y de acostarme contigo también… —me dice llena de furia mientras sujeta la maleta y la empuja con el pie hacia delante.

Joder, eso duele. De todo lo que puede arrepentirse eso es lo que más me duele.

—No sé qué te pasa, abogado, pero yo no pienso aguantarte —me dice alejándose.

—Es que estar en Moonridge y respirar este ambiente cargado de odio me está afectando.

—Pues lárgate. No te estropees más, abogado. Cuando llegaste eras un auténtico gilipollas, pero la dosis era aceptable.

Veo su espalda recorrer la plataforma de madera.

—Las llaves están en la cocina —me grita—. Disfruta de tu herencia.

—Quédate, Brooke, no te vayas… —le digo a una espalda a punto de desaparecer de mi vista.

Pero no desaparece. Se detiene. La maleta frena con ella y juraría que ha tenido que hacerle daño en un tobillo.

Se da la vuelta lentamente.

—¿Qué has dicho?

—Quédate, por favor. Ayúdame a investigar ese caso. A tomar una decisión justa. Hasta ahora solo he podido tomar la decisión de

no marcharme. No quiero pactar sin tener la certeza de que es lo mejor ni acudir a ese juicio sin saberlo también. Ayúdame a averiguar cuál es la mejor manera de hacer justicia. No por ella, por Lorraine, sino por la justicia, por la que me levanto cada mañana dispuesto a luchar por ella, aunque no siempre sea posible. Sigo sin encontrarle sentido a estar aquí, pero hay algo que me retiene. Quiero la verdad, o lo más cercano a la verdad. No te arrepientas de haberme ido a buscar. Yo también necesitaba un final, aunque no lo sabía. Yo… no necesito, como tú, ver una demolición, pero al menos sentir que es un final. Jayce tiene razón, yo no soy como ella, por eso estoy aquí. Por aquellos tiempos en que… la quise y… quizás ella también me quiso. Quiero saber, quiero justicia, la que tenga que ser, quiero intentarlo y… quiero hacerlo contigo.

Su expresión se relaja.

Jamás en toda mi vida pensé que pudiera hablar de este modo, expuesto, desnudo, sin que me importara.

—Lo siento, Aiden, pero no puedo —me dice antes de desaparecer de mi vista y dejarme aturdido por el impacto que he sentido en el centro del pecho.

49

Brooke

A la mierda

Pongo el coche en marcha todo lo rápido que puedo. Freno.
Por el retrovisor veo mi maleta en medio de la calle. Maldita sea. ¿Cómo he podido dejarla ahí?

La recupero y me alejo a toda prisa, como si fuera una criminal a la que están persiguiendo.

No quiero pensar. Si lo hago, me estrello.

Doy tres vueltas alrededor de las mismas calles hasta desembocar frente al hotel… mi casa.

Hay dos camiones en la puerta y dos operarios se mueven por los alrededores colocando algo en el porche.

¿Cómo se le dice adiós a un lugar que ha formado parte de tu vida tanto tiempo? ¿Al lugar que ella, mi madre, construyó con tanta ilusión?

Sé que me estoy fustigando innecesariamente, pero soy incapaz de moverme de aquí.

Me seco las dos lágrimas que me recorren la mejilla.

Tengo que marcharme, pero algo me lo impide.

«Quédate».

El abogado es irremediablemente gilipollas.

Quedarme…

¿Con él?

¿Para qué?

No, de eso nada, abogado. Tienes unos cambios de humor que no soporto, y ese tema del juicio es tuyo, solo tuyo. Me involucré, lo sé, pero han pasado muchas cosas desde entonces.

Ni siquiera sabía que Lorraine me había mentido toda mi vida culpando a quien no debía de su drama.

Ni tampoco que Rachel la odiaba. Aunque no sepa por qué, ni se lo pregunté ni me lo contó. Estaba deseando marcharme de su casa. Más dudas, más sorpresas… Este lugar parece maldito. Parece consumido por el odio. Aquí todo el mundo odia, todo el mundo guarda secretos, rencores…

No, no puedo seguir aquí derramando estas lágrimas.

Mi madre no es este hotel, es un recuerdo superior a todo eso.

Aquí no me retiene nada. Mucho menos un abogado que, porque no quiere pasar los días en el invernadero, me pide que le acompañe y le ayude a investigar… lo que sea que quiera investigar. Lo que otros, en cuarenta años, no han sido capaces de hacer.

No, abogado, de eso nada. Follamos, nos divertimos y me has ayudado a pasar el tiempo aquí, aunque nos hayamos peleado. Pero no me voy a quedar.

Y puedo hacerlo. Tengo vacaciones, tengo tiempo, no tengo gato ni perro y nadie, excepto Sharon, mi tía y Brent, me echa de menos, pero no es motivo para que no me quede.

El motivo es otro, es… que no lo soporto.

«No puedo hacerlo», le he dicho.

«Bien dicho, Brooke», me digo. Es la verdad.

Podría haberle dicho: «ni quiero ni puedo».

—¿Sabes por qué? —digo en voz alta mirando el retrovisor, como si fuera la cara de Aiden—. Porque cambias de humor, porque tus traumas con Lorraine no son de mi incumbencia, porque eres sarcástico, porque… Por todo eso. Pero no soy tan cruel, también tienes cosas buenas. Si quieres te las digo, para que veas que yo también soy justa. También me ayudaste cuando ayer por la noche tuvimos que salir corriendo. Ese adiós fue menos adiós con tu abrazo. Y también me hiciste reír con lo de las cañerías y con la casa de Lorraine. Eso debo reconocerlo. Y también… es agradable verte, joder, eres guapo. Y… no follas nada mal. Me gusta, de hecho, follas bien, muy bien. Y la noche que pasamos juntos… pues no estuvo mal. De hecho, fue la mejor de… mi vida… creo… No, no creo, lo sé. Y… a veces me gusta hablar contigo, eres sensible, divertido… Pero

no puedo quedarme. Y no puedo porque si me quedo estoy perdida. Porque, ¿sabes qué, gilipollas? Me gustas más de lo que deberías gustarme. Aunque seas un arrogante. Y me gustas hasta un punto en que… es mejor huir. No lo sé porque me haya pasado antes, sino precisamente por eso, porque nunca antes me había ocurrido. Y eso es peligroso, y acabará mal… Y seguro que duele y…

Me callo.

Observo una lona que manejan dos operarios.

Hotel Beacon Hill House.

—Ya casi eres historia…

Respiro con dificultad, me duele coger aire, justo en el centro del pecho.

Sigo observando el hotel.

La lona empieza a suspenderse en el aire, ayudada por los brazos de una grúa.

Muy pronto desaparecerá el hotel…

¡A la mierda!

Giro en dirección contraria. Le guiño un ojo al hotel y me dirijo a casa de Lorraine.

La puerta sigue entreabierta, tal y como la he dejado.

Su coche aún está aparcado.

Entro despacio, me dirijo al único lugar donde puedo dirigirme.

Está de pie, apoyado en la estructura de madera que cubre el jardín, mirando en esa dirección.

Hago ruido. Se da la vuelta.

—Me quedo, abogado. Con una condición…

Sonríe.

—Adelante, pide lo que desees.

—¿Tanto necesitas que me quede?

—Pide…

—No quiero pensar en nada… Ahora no. Quizás mañana.

Se echa a reír y viene corriendo hacia mí. Me impulsa en el aire, me abrazo a su cintura y en pocos segundos mi espalda está pegada a la pared.

Y ya no soy capaz de pensar.

Solo de recibir unos besos ansiosos, erráticos, deliciosos…

Y la siguiente parada es en la caseta del jardín.

Y después la cama.

Cuando siento sus labios entre mis piernas, me pierdo, desconecto, río, grito y le agarro el pelo con fuerza.

Sí, joder, sigue…

Esto… es… increíble.

Puede que sea un error.

Pero… será…

Mi más perfecto y delicioso error.

50

Aiden

Espectáculo

Después de una noche como la que hemos vivido, este no es el escenario que hubiera elegido para darle continuidad a esta nueva etapa, pero Brooke se ha empeñado en presenciar la demolición del viejo hotel o, más bien, parte de la demolición.

Le he preguntado seis veces si estaba segura de querer verlo y la respuesta siempre ha sido un sí rotundo.

Me ha pedido que la acompañara y le he puesto una única condición: que solo le dedicara unos minutos al espectáculo.

Los minutos que ella ha interpretado deben rondar los cuarenta y cinco, el tiempo que llevamos en plena calle, bajo un ruido infernal, acompañados de cuatro o cinco curiosos, viendo cómo la estructura del viejo hotel se convierte en un conjunto de escombros y astillas.

Los curiosos que, como nosotros, no parecen cansarse hace ya un rato que se han acercado a Brooke para saludarla, para recordarle que su madre era una gran mujer, para obsequiarla con alguna anécdota de los tiempos en que ella todavía no había nacido y para presentarle sus condolencias por la muerte del viejo hotel.

Y también a compartir su inquietud por lo que se pueda construir en su lugar.

Y… cómo no, también a averiguar quién era el joven que la acompañaba.

—Si le desvelas a alguien que soy el hijo de Lorraine, te demando —le he advertido—. No voy a soportar más anécdotas de la infancia de esas personas.

—¿Quién es este joven tan apuesto? —ha preguntado Nancy. Después he sabido que era el alma de Moonridge. Noventa y dos años.

—Es Aiden, el hijo de Lorraine Blackwell —le ha aclarado Brooke con una gran sonrisa de satisfacción.

La he fulminado con la mirada y he tenido que soportar dos anécdotas, pero no con ella, sino sobre su padre, Warren Blackwell, que al parecer era muy travieso cuando era niño. Fascinante.

—Todo el mundo sabe quién eres, señoría —me ha aclarado Brooke, muerta de risa, tras los quince minutos que he tenido que dedicarle al alma de Moonridge.

La observo. Me gusta verla reír, algo que consideraba impensable cuando hemos decidido ver la demolición: ruido, humo, escombros… Sin embargo, por primera vez desde que llegué a Moonridge, siento que mi presencia aquí tiene algo de sentido.

La sigo observando. Su sonrisa ha desaparecido y parece muy concentrada en lo que ve.

Me pregunto qué pasará por su cabeza en este momento y también qué pasó ayer, cuando decidió dar la vuelta y aceptar quedarse.

No hemos hablado de ello, solo hemos bromeado, y en ningún momento las respuestas eran coherentes. «¿Por qué me has pedido que me quede?», me dijo en medio de una maraña de brazos y piernas exhaustos sobre la cama. «¿Por qué has aceptado?», le pregunté yo. Silencio. La mejor evasiva. A cambio, cientos de estupideces para acabar riendo a carcajadas.

No hemos hablado, ni creo que valga la pena. Aquí estamos.

Asusta, pero yo, como ella, no quiero pensar.

—Espero que no se acerque nadie más —le digo para llamar su atención.

—No lo harán, tranquilo. Todos esos de ahí son amigos de los Waverly, no se acercarán a ti.

—A ti te han saludado…

—A mí me consideran a medio camino entre unos y otros.

Aunque ha servido de anécdota para matar el tiempo mientras la máquina actuaba sin piedad contra el viejo hotel, me he dado

cuenta de que aquí las cosas no se miden como en otros sitios.

Aquí nadie es solo una persona. Eres un apellido. Una herencia. Una cuenta pendiente.

No importa lo que pienses ni lo que estés dispuesto a defender ante un juez. Importa de dónde vienes. Quién fue tu padre. Qué hizo tu abuelo. En qué lado del conflicto estuvo tu familia cuando empezó todo.

Moonridge no está dividido por calles, sino por lealtades.

Y las lealtades aquí no prescriben.

Algunos me miran con curiosidad; otros ni siquiera se acercan. No es indiferencia, sino posicionamiento. Hablar conmigo es, para ellos, elegir un bando.

No soy Aiden. Soy el hijo de Lorraine.

Y eso, aunque no lo haya pedido, me coloca automáticamente en una trinchera.

En Boston discutimos cláusulas y precedentes. Aquí se discuten memorias, rencores y tierras heredadas.

No es solo un juicio lo que está pendiente dentro de once días. Es la continuación de una guerra que nadie se ha atrevido a cerrar.

Y, aunque me repita que todo esto no me pertenece, siento cómo empieza a arrastrarme, como si no hubiera forma de permanecer neutral en un lugar donde hasta el silencio toma partido.

51

Brooke

Silueta

Aiden me está observando atentamente. Sé que busca alguna emoción en mí ante lo que tengo delante de mis ojos, pero no la va a encontrar. No quiero más despedidas. Ni siquiera sé por qué estoy aquí. Ya hace tiempo que me despedí del hotel.

Hace días creía que si veía esos escombros podría tener la certeza de que había pasado a la historia. Pero me equivocaba. La certeza la tuve cuando salí por última vez del hotel y sentí alivio. Ahí vi claramente el final.

Esta casa me dolía.

Me dolía ver cómo envejecía, cómo se derrumbaba y dejaba de ser. Me dolía ver que se convertía en un «lo que fue».

Perdió su juventud, su rumbo y… cuanto más rápida fuera su muerte, mejor.

Bien, ya ha desaparecido, o gran parte de ella. No quiero seguir aquí.

Extraigo mi móvil del bolsillo y capturo la imagen de los escombros.

—¿Quieres una foto de este desastre? —me pregunta la nueva versión del abogado que conocí ayer por la noche.

—Es para enviársela a mi tía Ruth.

—¿Eso le vas a enviar? ¿No es un tanto cruel?

—No para alguien que se alegrará de verla.

Parece impactado con mi respuesta, como si todavía esperara que me quebrara delante de él.

Antes de que diga algo, sujeto el colgante que me cuelga del cuello y lo beso.

Le guiño un ojo a la casa y le doy las gracias en silencio.

Levanto la mano para saludar a los pocos curiosos que se han quedado y sonrío cuando me devuelven el mismo gesto.

Aiden me sigue. Camina a mi lado, callado.

—¿Qué simboliza ese colgante? —me pregunta con curiosidad.

—Siempre lo llevo.

—Lo sé, te he visto desnuda, ¿recuerdas?

—No hace falta que esté desnuda, listillo, es un colgante, y esto es un cuello… Se ve siempre que yo quiera que se vea, sin llegar a desnudarme.

—De acuerdo, un error de formas en mi expresión. No he debido recordarte que te he visto desnuda, seguro que has sentido pudor.

Lo miro aturdida. Sencillamente es un gilipollas, pero, joder, me encanta. Hoy sí; ayer por la noche, más. Hace un par de días, menos, a ratos. Hace unas semanas, nada. Hace un mes… ni siquiera sabía que existía.

Joder, qué absurda manera de medir el tiempo para tantas emociones.

No sé qué está pasando y miedo me da pensarlo, pero, igual que ayer le confesé mi deseo de no pensar, me lo voy a repetir a mí misma cada día. Hasta donde me lleve lo que sea que me esté empujando.

Si me caigo, me caigo; si no, mucho mejor.

¿Me estoy pillando de él? Sí. ¿Y qué? Ya no hay remedio. Lo sé cuando me mira así, como si quisiera desarmarme pieza a pieza sin tocarme siquiera. Veremos dónde me lleva la aventura.

—¿Qué significa? —insiste.

—Es la mitad de otro colgante, uno que tenía mi madre. Ella los diseñó y los encargó en una joyería. Me lo regaló cuando tenía ocho años. Siempre lo llevábamos puesto, siempre. Cuando nos despedíamos solíamos chocarlos, era algo especial para las dos. Es la silueta de la cresta de Moonridge, la que se ve desde cualquier punto del valle. A las dos nos encantaba pasar la noche en la falda de esa montaña —le señalo en dirección al perfil recortado contra el cielo—. ¿Lo ves?

Él asiente mientras sigue la línea que marco con el dedo.

—Las dos partes del colgante mostraban esa silueta, la de la parte derecha de la montaña…

—¿No pudiste conservar el colgante de ella?

—No, Aiden. Donde quiera que fuera, se lo llevó con ella. Nunca se lo habría quitado.

Llegamos a casa de Lorraine y, en cuanto entramos en la zona habitable, me pregunta:

—¿Por qué has dicho que a tu tía le alegraría ver ese derrumbe?

No sé por qué me resulta fácil hablar con él. Ni siquiera he sido capaz de hablar de esa parte de mi vida con mis amigos. Puede que se deba a que él está familiarizado con la historia, pero, aun así, siento que puedo hacerlo sin medir las palabras, sin decidir qué debo contar y qué no, como si delante de él no necesitara protegerme.

Me siento en la mecedora. La intención es contestarle, pero se me ocurre balancearme como si estuviera en un columpio y estoy segura de que habría aterrizado en el jardín de no ser porque sus brazos lo han impedido.

—Me he emocionado… —le digo, todavía asustada por la forma en que ha tenido que frenarme para evitar el golpe.

—Emociónate, Brooke, todo cuanto quieras —me dice mientras me besa.

Es la postura más ridícula e incómoda del mundo: él, con una rodilla clavada en el suelo, sujetándome por la cintura; yo, con una pierna doblada hacia atrás y la otra apoyada en una de las columnas, aferrada a su camisa con los dedos tensos, deshecha por la manera en que ha pronunciado esas palabras.

Me alegro de no haberme marchado; me habría perdido este beso que me ha dejado completamente aturdida, con el pulso desbocado y la respiración entrecortada contra su boca.

Tardamos en recomponernos. Desde anoche cualquier momento es bueno para decir tonterías y echarnos a reír.

—Mi tía Ruth siempre ha lamentado que mi madre volviera a Moonridge. La acogió durante tres años en Boston y luego decidió volver para montar el negocio del hotel y el restaurante y, aunque fue muchos años después cuando ella desapareció, siempre ha dicho que lamentará toda su vida no haberse esforzado por impedir que regresara a este lugar y no haberla retenido en Boston.

—¿Achaca su muerte a algo relacionado con el hotel?

—Odia Moonridge. Nunca lo ha expresado con esas palabras, pero lo sé. Ella también nació aquí, pero se marchó muy joven y nunca volvió.

—¿Nunca ha vuelto?

—No para instalarse. Vino en contadas ocasiones. Para ver el hotel terminado, para el funeral de mi padre, de mi madre… para negociar el traspaso…

—¿Odia este lugar por la pérdida de tu madre?

—Ella nunca ha creído que se suicidara, nunca.

—¿Qué quieres decir? ¿No hubo investigación?

—Yo era una niña, pero ella nunca lo vio claro. Intentó que lo investigaran. Pasó un mes aquí intentando removerlo todo, pero las autoridades le dijeron que estaba claro que se había quitado la vida.

—¿Se basaron solo en la nota? ¿Sufría alguna depresión? ¿Había pasado algo para que esa teoría fuera incuestionable?

—Los Waverly dijeron que se sentía culpable por la muerte de mi padre. Según ellos, mis padres habían tenido una discusión muy grave, de esas que parecen marcar un antes y un después. Ese mismo día mi madre y yo nos fuimos a Boston. No fue por la pelea, el viaje ya estaba previsto: la tía Ruth se estaba recuperando de una lesión y mi madre quería visitarla. Me llevó con ella.

»Después contaron que mi padre se quedó destrozado, que empezó a beber y que terminó saliéndose de la carretera. Que el coche rodó colina abajo y acabó explotando. La señalaban a ella. Decían que lo había empujado al límite y, al mismo tiempo, aseguraban que vivía consumida por la culpa. Fue una pesadilla. La increpaban por la calle, le gritaban que había matado a su marido. Yo presencié algunos de esos episodios.

—¿Y con eso bastó?

—Eso reforzó la idea del suicidio. Y como su cuerpo no apareció… todo se complicó. Lo buscaron durante dos días y cerraron el caso.

—Menuda gente… los Waverly…

—Son lo peor… ¿entiendes por qué me cambié el apellido?

—Lo entiendo.

—No sé si la has reconocido, pero Suzanne Waverly estaba en la demolición.

—¿En serio?

—Se reía de forma forzada. Quería que la viera sonriente, feliz.

—¿Para qué?

—Para demostrarme que la demolición le hacía feliz. Ese hotel perteneció a mi madre y ellos siempre la han odiado. Está vinculado a mí, a mi padre… A la historia de mi familia.

—Dime, Brooke… ¿Tú qué crees?

—Que es una amargada, un ser despreciable.

—Me refiero a la muerte de tu madre…

—¡Ah! —le digo, sonriendo por el malentendido—. Me habría creído que fue un accidente, pero esa nota siempre me ha parecido extraña. Aunque fuera una niña, he crecido creyendo que ese «Ya no puedo más» que había en la nota no se correspondía con ella. Mi madre no fue tan desgraciada cuando mi padre murió como ellos afirman; más bien lo fue cuando él vivió, durante una época. No diría que la pena la tuviera consumida. Tenía muchos planes, adoraba su hotel, habíamos decidido pasar parte del verano en Boston porque yo me enamoré de la ciudad cuando estuvimos allí visitando a la tía Ruth. La mujer que salió de mi casa aquel día no lo hizo para quitarse la vida, Aiden. Algo pasó. Y mi tía Ruth siempre lo ha creído y siempre lo ha arrastrado. Pero nunca lo sabremos…

—Entiendo…

—Esa es la respuesta a por qué Moonridge no le trae buenos recuerdos y la imagen del hotel desaparecido le va a encantar. De hecho, lo acaba de confirmar. Me ha enviado cientos de emoticonos celebrándolo… Aunque negoció con él para que fuera una fuente de ingresos para mí, últimamente se había convertido en un dolor de cabeza y ella estaba deseando que lo vendiera. El hotel tenía todos

los ingredientes, en el pasado y en el presente, para que ahora esté celebrando que ya no exista.

—¿Por qué te quedaste con Lorraine? —me sorprende preguntando.

—Estaba traumatizada, no quería marcharme. No quería alejarme de este lugar; era mi vida. Boston era fantástico y la tía Ruth también, pero no estaba preparada. Lorraine se encargó de cuidarme, animarme y prepararme para ese viaje. Cuando me marché estaba mucho mejor.

Sé que este tema, esta mención a Lorraine en ese momento de su vida, le revuelve, pero no parece dispuesto a expresarlo.

Guardamos silencio un rato.

—Fin de la historia, abogado —le digo mientras me levanto de un salto—. ¿Tienes hambre?

—Sí —me dice— el desayuno ha sido reducido.

Me dirijo a la cocina.

—¿Salimos a cazar? No hay nada en el frigorífico. ¿O lo hacemos al amanecer?

Me tapo la boca para que no se me escape la risa.

Aparece en la cocina.

—¿Es una broma? Seguro que sí.

—Bueno, si no quieres, siempre podemos ir al supermercado o desplazarnos hasta Riverton, pero es una buena opción. Es temporada de oso negro, una de mis especialidades.

—Prefiero el supermercado o el viaje a la ciudad.

—Claro, ya me imagino que no quieres… Bueno, es comprensible, no estás familiarizado con la caza y tienes razón. Es que ella, mi madre, me enseñó a cocinar el oso y hoy especialmente siento nostalgia por ella.

—Yo… Brooke, no es que tenga problema en comer oso, pero ¿cazarlo? No sé si eso es…

—Tengo licencia, puede ser una aventura. Venga, anímate. Lo cazamos, lo traemos aquí y le pedimos a alguien que lo despelleje, le quite las vísceras y nos lo zampamos. Si le damos la mitad, nos ayudará. Es uno de los manjares más preciados. Tengo una puntería

increíble. No podemos desaprovechar la temporada. Sale de la hibernación por esta época, a finales de marzo, principios de abril. Es más peligroso porque tiene hambre, pero… ¡Oh! Perdona, me he emocionado hablando de caza. Lo siento… El recuerdo de mi madre…

Me doy la vuelta y me permito sonreír.

—Veamos, yo… no sé en qué te podré ayudar ni tampoco te prometo que sea capaz de comérmelo, pero si es tan importante… Eso de despellejarlo tampoco sé si… Pero estaría dispuesto. ¿Puedes cazar osos?

Me doy la vuelta y me echo a reír a carcajadas.

—Joder, Brooke. Menuda mierda de broma. Igual te crees que me lo he tragado —dice antes de salir malhumorado.

Me sigo partiendo de risa, pero me reúno con él.

—¡Eh! Chico de Boston, eres tú el que me llamó salvaje y me lo estoy cobrando. No he cazado en mi vida, no me gusta. Me crie aquí y algunas carnes forman parte de mi historia, pero no para cazarlas.

—Compénsame por esa broma de mal gusto. ¿Sabes lo que he sufrido imaginándome en la montaña disparándole a un oso?

—No quiero pensar…

—Pues piénsalo. Se me revuelve el estómago solo de imaginarlo, yo soy…

—No quiero pensar…

—Claro, para ti es muy fácil porque…

—Joder, Aiden, que no quiero pensar… Deja ya a los puñeteros osos.

—Brooke, me vas a volver loco. Primero, osos; ahora no quieres pensar… ¡Ah! Claro… No quieres… pensar, eso significa…

—¿Qué significa, abogado?

—Significa que ahora mismo te voy a follar y me voy a quitar la puta imagen del oso de la cabeza.

52
Brooke
Detectives

—¿Qué es lo que buscamos exactamente? —le pregunto a Aiden mientras colocamos la última carpeta del caso de Lorraine sobre una mesa que hemos rescatado del desván de la planta de arriba.

El despliegue de papeles es consecuencia de una conversación que hemos mantenido entre las sábanas, todavía con el calor de nuestros cuerpos mezclado con planes y promesas, con la intención de empezar a ordenar nuestra estancia en Moonridge: asumir la casa de Lorraine como residencia oficial —no había más opciones— y dar forma, de una vez, a nuestro «trabajo de detectives», el motivo por el que ambos seguimos aquí.

Ya es oficial. Ya no hay dudas. Ya no hay marcha atrás. Estamos aquí para averiguar algo, aunque no sepamos exactamente qué, y así decidir si se plantea un pacto a la parte contraria o si se representa a Lorraine en el juicio, que se celebrará dentro de once días en Riverton.

Con menos palabras se lo he transmitido a Brent, a Sharon y a mi tía, a quien a lo largo de la tarde he ido informando. Con mi tía ha sido fácil hablar; ella está al corriente de todo lo que me encargó Lorraine con respecto a su hijo y también conoce ese juicio por todo lo que siempre le he contado después de mis conversaciones con Lorraine. Ha bastado con decirle que quería echarle una mano a Aiden para recibir esas maravillosas palabras de apoyo y cariño que siempre me regala, con las que he crecido. En parte se deben también al buen humor que le ha provocado ver el hotel fuera de mi alcance, de una vez por todas. Con Sharon y Brent, sin embargo, ha sido diferente. He tenido que recurrir a otros argumentos, como que se ha pospuesto la venta dos semanas por un asunto burocrático y he decidido quedarme para disfrutar más tiempo de mis últimos días

en la casa. Han protestado, pero ha sido un gran placer sentir que lo hacían porque me echan de menos.

Aiden también ha pasado un buen rato hablando por teléfono. Primero con Jayce, por lo poco que he podido escuchar, y después con sus padres.

Cuando le he escuchado decir «mamá», me ha parecido extraño. Como si no asumiera que Lorraine no es en realidad su madre, sino la biológica, la mala, la que se desentendió de él.

Sigo sin entenderlo. Hasta Rachel me lo confirmó. Me pregunto si Lorraine es tan desconocida como empiezo a sospechar que es…

—No lo sé, Brooke —me dice Aiden, contestando a una pregunta que le he hecho hace una eternidad—. Tenemos que reunir toda la información posible sobre los Waverly y los Blackwell, algo distinto a la versión que consta en el sumario sobre la herencia del terrateniente. Hechos y antecedentes que no aparecen por escrito, detalles que puedan ayudarnos a entender qué pasó realmente. Eso no significa que no encontremos algo aquí que nos obligue a mirar en otra dirección.

Ya que no hemos escatimado en ambientación, me decido a sacarle provecho. Me levanto y me coloco delante del panel de trabajo que hemos improvisado con la puerta de un armario que hemos descolgado del desván y apoyado contra la pared del salón.

Con un lápiz que hemos encontrado en la caseta del jardín me decido a estrenarlo con un esquema del que partir.

—Veamos —le digo, empezando a trabajar el esquema—. ¿Me escucha, abogado?

—La escucho, doctora.

Su tono cambia cuando me llama así. Más bajo. Más atento. Como si no solo estuviéramos hablando de papeles.

—Bernard Fielding. Terrateniente adinerado. Sus empleados de confianza son Warren Blackwell y Clifford Waverly, que a su vez son íntimos amigos. ¿Correcto, señoría?

—Correcto.

—En agradecimiento, les promete incluirlos en el testamento y donarles unas tierras con una casa. O sea… donde estamos pisando.

—Correcto.

—Firma un… ¿cómo se llama?

—Un acuerdo privado entre ellos.

—Firma eso para que queden por escrito sus intenciones. Y después redacta el testamento.

—Correcto.

—Fielding muere, se abre el testamento y… Sorpresa. Las tierras y la casa solo las hereda Warren. El otro se enfada y decide recurrir a la justicia. Se rompe su amistad y hoy, cuarenta años después…

—Aparece la copia del acuerdo privado, que no invalida el testamento, pero sí puede servir para cuestionar si esa última voluntad reflejaba realmente lo que quería.

—Y aparece un testigo: Edgar Holloway —anuncio de forma teatral—, que afirma que Fielding… ¿Qué es lo que afirma?

—Que Fielding le confesó antes de morir que había modificado el testamento porque Warren le había chantajeado con algo importante que no pudo ignorar. Y que le pidiera perdón a Clifford.

—Pero no le pide que le explique a Clifford que lo sacó del testamento por el chantaje de Warren, ¿verdad?

—No. Y eso es importante. Si hubiera dejado claro el motivo, el pleito se habría planteado hace años. Ahora lo único que tenemos es una declaración tardía sin nada que la respalde.

—Vale… ¿Dónde nos lleva esto?

—A averiguar si ese chantaje existió de verdad y, sobre todo, cuál fue. Sin entender eso, no podemos plantear una defensa sólida.

—¿Cómo?

—Investigando. Necesitamos contexto, posibles conflictos ocultos, cualquier cosa que explique un cambio tan radical en el testamento. ¿Ya te has cansado?

—No, Aiden, pero dudo que podamos encontrar algo tú y yo en una guerra que ha durado tantos años.

—Lo encontraremos. Siempre hay algo que no encaja.

Su seguridad me hace reír.

Yo no lo tengo tan claro, pero sí sé que quiero estar aquí e intentarlo. Con él.

Los Waverly no son solo los que aparecen en el sumario como demandantes… son los padres de mi padre, la hermana de mi padre, las personas que tanto daño le hicieron a mi madre. Los que afirmaron que no querían saber nada de mí cuando la perdí.

Si hay algo de mierda, quiero encontrarla, ya sea de una parte o de otra.

53

Aiden

¿Eso es malo?

Brooke interrumpe su precioso y decorado esquema para atender una llamada. Frunce el ceño cuando ve la pantalla de su móvil y se apresura a buscar intimidad.

—Brent, mi amigo —me aclara, desapareciendo en dirección al dormitorio.

A pesar de que me ha contado que Brent y ella, junto a otra chica cuyo nombre no recuerdo, son amigos desde hace muchos años, siento un pequeño pellizco en el estómago cuando se aleja para hablar con él.

«Joder, Aiden, esto no puede ser bueno», me digo, completamente fascinado conmigo mismo.

Llegué el domingo a Moonridge y hoy es jueves… Cuatro días… Pero me siento como si llevara un mes. Y con ella, como si lleváramos meses y meses conociéndonos.

—Brooke está haciendo estragos en mi amigo, estragos buenos —me ha dicho Jayce cuando le he confirmado que me quedaba en Moonridge y le he puesto al día de lo ocurrido, aunque no de todo. De Brooke, solo lo justo y necesario, pero Jayce no es idiota. Me conoce. No sé si eso es bueno o malo; unas veces más que otras, pero cuesta mentirle.

En cualquier caso, no hemos hablado de ella en esos términos, quizás otro día… quizás algún día… quizás nunca.

Brooke vuelve poco después, interrumpiendo mis pensamientos, algo que le agradezco.

—¿Todo va bien? —le pregunto al observar un gesto de preocupación.

—Sí, se trata de Sharon, de nuestra amiga. Brent está preocupado por ella.

—Vaya, espero que no sea grave.

—Se ha enamorado —me confiesa con la misma expresión que mostraría alguien que recibe un diagnóstico terminal.

¿Tanta tragedia por eso? ¿O es que me está tomando el pelo?

—Vaya, pues sí que es grave… No sabes cuánto lo siento.

No me sigue la corriente; descarto la broma.

—Brooke, ¿estás hablando en serio? —le pregunto al ver que sigue ausente.

—¿Qué quieres decir?

—Pareces preocupada…

—Lo estoy.

—He oído que eso de enamorarse es jodido, pero… ¿tan preocupante es? ¿Se ha enamorado de un asesino? ¿De un narcotraficante?

Confieso que me impacta que considere tan grave enamorarse. ¿O es decepción lo que siento?

—No lo sé, solo sé que se llama «alguien» y que lleva bastante tiempo saliendo con ella.

—¿«Alguien»?

Me mira y sonríe.

—Debes pensar que no estoy muy cuerda, ni yo ni mis amigos.

—No te lo negaré.

—Sharon ha tenido dos relaciones que le han hecho mucho daño; lo ha pasado muy mal.

—¿Y os preocupa que le vuelva a pasar?

—Esas dos relaciones han sido duras, pero entre medias se ha llevado algún que otro disgusto también. Se emociona muy rápido y se entrega como si no hubiera un mañana. Después llegan las decepciones. Trabaja en una empresa que organiza bodas de esas… de ensueño, como las llama ella. Yo las considero espantosamente cursis, pero a ella le gusta.

—Ya… ¿Cómo es una boda cursi?

—Pétalos, corazones…

—Me hago una idea. Hace pocos meses, a Jayce y a mí nos invitaron a una boda de esas, de un compañero de trabajo.

—¿Era cursi?

—Un poco recargada, empalagosa… Nos faltaba el aire…

Le describo a grandes rasgos lo que recuerdo de la boda y se echa a reír.

—¿Desaparecieron?

—Fue un espectáculo, claro está. El mago los hizo desaparecer en medio de una cortina de humo y aparecieron poco después sentados dentro de una barca, en un estanque cercano. Aplausos, pétalos de flores… ¡Impresionante!

—Tengo que darle esa idea a Sharon, creo que nunca la han llevado a cabo… Quizás la adopte en su boda. Eso es lo que ella sueña. Una de esas bodas, cinco hijos, una casita en las afueras…

—Si es lo que desea, puede que algún día lo encuentre.

—Puede… Pero es muy enamoradiza. Cuando empieza a salir con alguien pisa el acelerador y empieza a soñar sin freno. No ve la realidad y el golpe que se da es descomunal.

—Y ahora crees que se lo va a dar.

—Nos dijo que salía con alguien, que se ven de vez en cuando… Nos dijo que iba despacio, que no volvería a pasarle, pero hoy le ha dicho a Brent que está enamorada y que ha encontrado al hombre de su vida. Lo ha dicho claramente. Hasta ahora era prudente. Solo era «alguien» y tenía buenas vibraciones, pero ahora lo ha subido de categoría y por eso nos preocupa. No solo por el golpe que se dé, sino por lo insoportable que es cuando le ocurre.

Me echo a reír.

—Vaya, esa parte no te deja en muy buen lugar como amiga.

—Todo cuenta… —me dice sin defenderse. Esta situación me recuerda a Jayce cuando se queja de Gabe y sus dramas amorosos.

No sé por qué, pero me animo a contárselo; me siento cómodo.

Le cuento la última aventura de Gabe con Kara, su ruptura, la oposición de Jayce a confesarle que la habíamos visto con otro hombre…

—¿Por qué Jayce no quiso decírselo? —me pregunta riéndose.

—Son polos opuestos, jamás se comprenderán. Gabe se enamora con una facilidad increíble, como tu amiga. Y Jayce… es todo lo contrario, tiene una cita distinta cada dos o tres días.

De repente, recuerdo que Jayce y ella se conocen y me siento incómodo.

—No te preocupes, te guardaré el secreto —dice como si me leyera la mente.

—¿Cómo sabes que estaba pensando en eso?

—Hace mil años que te conozco, me sé todos tus gestos.

Me echo a reír.

Me levanto, doy la vuelta a la mesa, la impulso en el aire y la siento sobre ella.

Muestra una sonrisa provocadora que me enciende de todas las maneras.

Me arrodillo delante de ella y me pierdo entre sus piernas.

Los documentos del caso de Lorraine empiezan a caer de la mesa.

Se necesita mucho más para que ahora dejemos de hacer lo que estamos haciendo.

—Joder, Brooke, me vuelve loco esta parte —le digo, mordisqueándole entre los muslos.

—¿Solo esa, abogado? —me dice entre risas.

No le contesto, pero podría decirle que son muchas las partes de ella que empiezan a volverme loco. Muchas, demasiadas… Y creo que muy pronto podré decir que son todas.

«Eso es preocupante, Aiden», me dice una vocecilla al oído.

«Frena», me dice otra.

«Ella considera grave enamorarse», me dice la más cruel de todas.

No puedo frenar…

54

Aiden

Los Waverly

Samuel no parecía muy entusiasmado con el hecho de que dude entre proponer un pacto o representarla en el juicio, pero ha acabado admitiendo que entiende mi postura y mis motivos. He acudido a él para consultarle algunas dudas sobre el testimonio que presentarán los Waverly.

A Brooke y a mí nos asaltó ayer la misma pregunta mientras rematábamos el esquema improvisado sobre la puerta vieja del desván: ¿por qué ese testimonio aparece ahora, tantos años después? Si la declaración de Edgar Holloway es tan relevante, ¿por qué Clifford Waverly no recurrió a ella en su momento?

Samuel me ha explicado que Edgar abandonó la finca de Fielding y su puesto como administrador mucho antes del fallecimiento del terrateniente y que se marchó al Reino Unido, donde ha vivido durante las últimas cuatro décadas. No presenció el estallido abierto del conflicto entre Warren y Clifford; cuando empezó la guerra entre ellos, él ya no estaba aquí.

No sabe cómo han contactado con él ni quién lo ha localizado exactamente. Solo que ahora figura como testigo de la parte demandante.

Samuel conoció a Edgar cuando este todavía trabajaba en la finca. Por aquel entonces, Samuel acababa de licenciarse y fue Edgar quien le facilitó algunos encargos menores relacionados con la redacción de documentación interna. Nada relevante, lo justo para que un abogado recién titulado empezara a abrirse camino. Después, Samuel voló por su cuenta y cada uno siguió su rumbo.

Aun así, ha aceptado intermediar. Dice que, por una cuestión de cortesía profesional y porque no le gustaría que este asunto volviera a incendiar el pueblo sin antes intentar aclarar ciertas cosas, puede propiciar un encuentro entre nosotros. Y también —aunque no lo ha

dicho abiertamente— porque han sido demasiados años orbitando alrededor de este caso como para desvincularse ahora del todo.

Se ha comprometido a organizar esa reunión cuanto antes, confiando en que Edgar no pondrá objeciones. Al fin y al cabo, es un testigo de la parte contraria, sí, pero nadie puede impedir una conversación informal previa si él accede a mantenerla. No se trataría de preparar su declaración ni de influir en ella, sino de escuchar su versión antes de que la formalice ante el juez.

Brooke se ha ofrecido, entusiasmada, a llenar la nevera acercándose al supermercado. Aunque me habría gustado acompañarla, no voy a ponerle ningún obstáculo a una tarea tan odiosa; mucho menos voy a disputarle la cocina, con lo mal que se me da. Prefiero dejarla hacer y seguir descubriendo esa faceta suya, esa gran cocinera de la que tanto presume.

Camino hacia casa de Lorraine, dispuesto a compartir con Brooke la poca información que he conseguido arrancarle a Samuel —escasa, pero útil—, y paso por delante del hotel. No el viejo, el que ahora es un montón de escombros, sino el otro: el que, a mi llegada a Moonridge, me negó el alojamiento. El de los dichosos Waverly.

Nunca hasta hoy había vuelto a detenerme ante ese edificio. Brooke me contó que, antes de convertirse en hotel, fue una casa. La casa en la que ella vivió con sus padres cuando todavía eran una familia. No habitaban el viejo hotel, sino esta propiedad, la que Clifford cedió a su hijo Allan, el padre de Brooke.

Se me pasa por la cabeza una idea. Una que nace de una conversación con Samuel en la que, entre bromas, hemos dejado caer más de una pulla. Surgió cuando le conté mi particular odisea con el alojamiento en Moonridge: desde este hotel, que me anuló la reserva, hasta las cañerías rebeldes y la casa invernadero que ahora ocupamos. Sus comentarios, cargados de sarcasmo hacia los Waverly, y lo que me contó Brooke sobre Suzanne —que no quiso perderse la demolición y se dedicó a sonreír como si fuera una

victoria personal— terminaron de convencerme. Y también Jayce, que me dio unos consejos que no pienso ignorar.

Entro despacio. Un timbre seco anuncia que la puerta se ha abierto. Durante unos segundos no hay nadie. Después aparece un hombre entrado en años, altivo, con un gesto permanentemente hosco. La mirada es dura, desconfiada, como si cualquier visitante fuera una molestia. No necesito que se presente. Ese aire hosco solo puede pertenecer a Clifford Waverly.

—Buenos días —le digo con una sonrisa de oreja a oreja.

No me contesta.

Rápidamente aparece Suzanne, como si no quisiera que su padre atendiera a nadie en la recepción.

Su expresión se endurece y mira a su padre. Antes de que pueda decir nada, se adelanta.

—Seguimos sin tener habitaciones libres —me dice, mostrándome la misma sonrisa que Brooke describió.

—Ya la ha oído, márchese de aquí.

—Papá —le reprende su hija—. ¿Por qué no entras dentro? Yo me ocupo del señor Harrow.

—No. Alguien tiene que decirle al hijo de esa maldita mujer que nadie que tenga que ver con los Blackwell es bienvenido en esta casa.

—Será mejor que se vaya —me dice mientras le pone la mano sobre el brazo a su padre para calmarlo—. No tenemos alojamiento. Aunque no creo que lo necesite; tengo entendido que se aloja en casa de su madre.

—¿Cuántas cosas sabe usted de mí? Es curioso. Y yo cada vez más de ustedes. No, no he venido a buscar alojamiento; como usted ha indicado, ya tengo uno. De hecho, he venido a conocerles personalmente, a presentarles mis respetos. He oído mucho hablar de usted e incluso he leído su nombre decenas de veces en estos últimos días. ¿Qué menos que ponerle rostro? —les suelto, mirando al abuelo fijamente.

Suzanne intenta decir algo y el abuelo también, pero me adelanto.

—Ya que saben tan bien dónde me alojo, les informaré también de a qué me dedico, así completamos el expediente. No deben quedarse con que soy hijo de Lorraine; eso no es asunto suyo. Lo que sí lo es es que soy abogado. Estoy especializado en derecho mercantil, sucesiones, impugnación de testamentos y conflictos patrimoniales. Y, cuando hace falta, fraude y responsabilidad civil. Y estoy representando a mi madre en el juicio.

Ambos se miran; de hecho, lo han hecho varias veces desde que empecé a enumerar mis especialidades.

—No nos interesa —me dice Suzanne, frunciendo el ceño—. Fuera.

—Tiene poco que hacer, excepto el ridículo —añade el abuelo.

—No, el ridículo nunca, señor Waverly. Trabajo en uno de los mejores bufetes de Boston —por no decir del país, pero no quiero resultar presuntuoso—. Nunca hemos perdido un caso —me río como un idiota—. A veces incluso les propongo a mis compañeros que lo hagamos, para saber qué se siente. Pero no será en este cuando hagamos la prueba. Tanto ellos —doce abogados de distintas especialidades— como yo estamos trabajando en este asunto: Waverly contra Blackwell. No es que sea apasionante; de hecho, no entendemos que se haya alargado cuarenta años. Es… sencillo. En Boston manejamos asuntos mucho más complejos. Este es casi un descanso.

—No nos impresiona, señor Harrow… —dice ella, apretando la mandíbula.

El abuelo intenta intervenir, pero se contiene.

—No lo pretendo, al menos aquí. Lo dejo para el juicio. Allí sí que lo haré. Es una necesidad que tengo cada vez que piso un tribunal. Puede que entonces no conserve la misma sonrisa que lució ayer durante el derrumbe de la casa de Brooke… su sobrina.

—Esa no tiene parentesco con nosotros —afirma el abuelo—. Su madre mató a mi hijo.

—Papá —grita ella antes de dirigirse a mí—. Fuera.

—Esto se ha acabado, Clifford Waverly —le digo en un tono frío que logra que me mire de verdad—. Le quedan diez días de esperanza. Disfrútelos.

Salgo lentamente. Ninguno dice nada, para mi sorpresa.

Cuando llego a mi coche me noto el pulso acelerado.

Menuda vacilada…

Cuánta prepotencia, arrogancia y chulería…

Cuántos títulos, cuánta seguridad…

Puede que algún día tenga que tragarme cada palabra, pero… entre que no me importa lo más mínimo y lo increíblemente bien que me ha hecho sentir…

Los he acojonado. Objetivo cumplido.

55

Brooke

Alguien

—¿Rosas blancas o rojas? —me pregunta Sharon. No sé bien cuál es el destino de esas rosas, pero lo mejor será acabar rápidamente; seguro que ni siquiera lo tiene en cuenta.

—Rojas.

—Aquí resultan muy agresivas, el blanco es más suave.

Justo lo que he pensado.

—¿No te cansas de estar ahí? —me pregunta lloriqueando.

—Estoy bien.

—Yo no sé cómo puedes estar en un lugar en…

Continúa con su discurso, pero desconecto. Ya me lo conozco. No me interesa saber lo que opina sobre mi estancia en Moonridge, sino que me hable de su «alguien» para intentar hacerla frenar un poco, tal y como hizo Brent sin éxito.

—¿Cómo va con tu… chico?

—Va bien, Brooke, estoy bien.

—¿Qué ocurre? —le pregunto alarmada—. Ese no es el tono de la Sharon que suspira por amor.

—Nada, tranquila. Es que me gusta mucho, Brooke, no quiero que salga mal. Otra vez no. Esta vez me ha dado muy fuerte. Y… no me digas nada, como el pesado de Brent. Es algo que no se puede controlar, surge y surge.

Su tono es calmado, coherente, y eso me alivia. Puede que Brent y yo exageremos. Aunque su historial ha sido complicado, ¿por qué no le puede salir bien?

—No te voy a decir nada, Sharon —le aseguro, bajando la voz—. Me gusta verte así. Me alegro mucho. A veces te freno, pero sabes que es porque no quiero que te hagan daño de nuevo.

—Lo sé, pero esta vez me siento diferente. Esta vez va poco a poco y lo estoy disfrutando.

—No puedes darme más evasivas. No puedes dejar a tu amiga al margen. Lo necesito saber todo sobre él… —insisto, intentando sonar despreocupada, aunque por dentro analizo cada palabra.

Se echa a reír.

—De acuerdo… ¿Qué quieres saber?

Esa respuesta me sorprende, lo que significa que Sharon está más centrada, con los pies en la tierra.

—Todo. ¿Cómo es contigo? ¿Qué tiempo compartís? ¿Cómo te habla?

—Estás muy romántica, Brooke, no es propio de ti.

—Estoy sensible, te veo feliz.

—Es amable, atento… No nos vemos muy a menudo, cuestión de agendas, pero sí una vez a la semana.

—¿Dónde?

—En mi casa. La suya está en obras y vive con su hermana provisionalmente.

—Vaya… —le digo algo inquieta—. Eso de las obras es un clásico.

—¿Qué?

—Nada —me apresuro a corregirme—. ¿Qué hacéis cuando estáis juntos?

—Cenamos en un restaurante del centro, venimos a mi casa, hablamos de todo un poco, nos acostamos y… unas veces se va; otras, se queda y se va por la mañana. También hemos ido al cine…

—¿Te ha dicho algo especial?

—No, no hablamos de nosotros. Nos limitamos a disfrutar del momento. Sin presiones… ¿Qué te parece? Eso es un gran avance, ¿no crees?

—Me tienes impresionada, Sharon, claro que sí —le digo, y esta vez no finjo.

Estoy emocionada. Brent se alarmó sin motivos. Al parecer, ha aprendido a ir despacio y a protegerse.

—¿Es de Boston?

—Sí, vive en South End.

—Vaya, ese es un buen barrio.

—Lo es. Cuando acaben las obras supongo que me invitará.

—¿Familia?

Se echa a reír, sabe que el cuestionario no ha hecho más que empezar.

—Padres y dos hermanos.

—Profesión.

—Abogado.

Se me atraganta una risa que logro disimular a tiempo. No puedo contarle que yo ahora estoy esperando a uno.

—¿Aficiones?

—Hace deporte, se reúne una vez a la semana con su familia, le encanta su trabajo, le encanta el cine, es un apasionado de las motos, le vuelve loco la comida japonesa…

—¿Sentido del humor?

—Es serio, pero muy irónico, tiene mucha gracia.

—¿Guapo?

—Alto, moreno, ojos azules, cuerpo de gimnasio… Increíble.

—Me alegro mucho, Sharon. ¿Cuándo lo voy a conocer?

—¡Eh! Alto ahí, eso no está en mis planes todavía.

—Me rompes el corazón —exagero teatralmente.

—Eres tú la que siempre me ha dicho que vaya despacio y no puedes quejarte si te hago caso.

—Tienes razón. ¿Le has hablado de mí?

—Sí, sabe que tú y Brent sois mis amigos, pero evito hablarle de temas personales. Incluso alguna vez me propone salir y finjo que no puedo, aunque me muera de ganas. Pero es que cada vez me gusta más, Brooke. Si esto sale mal, a la velocidad a la que me estoy enamorando de él, me muero.

—¡Eh! Si sale mal, nadie se muere. Uno menos. Y si sale bien, pues a disfrutarlo —le digo con firmeza, intentando que no note el nudo que empieza a formarse en mi estómago.

—Esta vez es distinto lo que siento, nunca me había sentido así. Apenas nos conocemos, solo nos hemos visto unas ocho o nueve

veces, pero me vuelve loca, Brooke, y en la cama es como viajar al cielo…

—Todo saldrá bien. Pero no le hables de matrimonio, que te conozco y los espantas. No le hables de tus bodas en el trabajo ni de los cinco hijos que quieres tener.

—No lo hago.

—Eso es importante. Me has convencido de que esto va bien. ¿Lo ves pendiente de ti?

—Los horarios de trabajo nos impiden hacer mucha cosa. Ya sabes que yo los fines de semana a veces tengo trabajo, pero un día a la semana está asegurado y te aseguro que lo espero desesperadamente. Hoy toca.

—Foto, quiero una foto.

—No tenemos fotos juntos, no le va eso, pero… no te preocupes porque vas a verlo. Dame un minuto… ¿Te acuerdas de que te dije que lo conocí en una boda de las que organicé?

—Sí.

—Pues tengo una foto de los novios con sus amigos y aparece él. El del traje azul oscuro. Y camisa azul claro… Te la he enviado. Venga, dime…

Me echo a reír, pero la sonrisa se me corta de golpe.

¡No puede ser! Esto debe tratarse de una broma.

En mi pantalla aparece la foto de unos novios acompañados de cuatro personas: Aiden, Jayce, Cassidy y alguien más que no conozco.

Identifico al que lleva la camisa azul. Se me detiene el corazón.

—Brooke… No seas mala, dime qué te parece.

—Primero su nombre —le digo, con una calma que no siento.

—Jayce. Se llama Jayce Merrick.

56

Aiden

Sin buscar

—Necesito encontrarlo —me dice mientras se incorpora y sale de la bañera. La espuma resbala por su piel y, por primera vez, puedo verla sin ese velo blanco que hasta ahora solo me había dejado adivinarla a medias. Me quedo embobado, recorriéndola sin disimulo, como si la estuviera descubriendo de nuevo.

—¿Tiene que ser ahora? —protesto, sin apartar la mirada.

—No haberlo sugerido.

—¿Dónde piensas buscarlo? Ni siquiera sabemos si existe. Puede que todos los documentos importantes los guardara Samuel o… en una caja de seguridad en el banco —le planteo, refiriéndome a la posible existencia de papeles relevantes relacionados con la casa, de esos que cualquier familia conserva para acreditar una propiedad o guardar una copia de un testamento…

—Arriba, en esas habitaciones, tiene que haber algo.

Me guiña un ojo mientras se envuelve en la toalla y desaparece de mi vista.

Entiendo que tenga curiosidad; de hecho, es algo que hemos planeado hacer, pero hay algo en su actitud que me descoloca.

Cuando he llegado, parecía ausente, pensativa, y se ha mantenido algo evasiva durante un buen rato. Solo ha vuelto a conectar cuando me he animado a contarle mi visita a los Waverly. Ahí parecía haber regresado al mundo. No dejaba de reírse escuchando mi relato —que he exagerado deliberadamente para divertirla— y de decirme que hubiera matado por poder presenciar la escena.

—¿Y si te ves obligado a pactar? ¿Y si se llega a juicio y los pierdes? ¿Qué será de tu orgullo? —me ha preguntado, arqueando

una ceja con media sonrisa, cuando le he relatado mi actitud chulesca y desafiante ante ellos.

—No me importa, Brooke. No solo ha sido el placer personal de hacerles pasar un mal rato y contribuir a que duerman mal unos cuantos días, sino que Jayce me dio la idea. Me aconsejó que los acojonara un poco para que, en caso de plantear un pacto, no lo descartaran tan rápido.

Incluso después ha mantenido un momento de cercanía cuando le he dicho que, desde que me habló de la presencia desafiante de Suzanne en la demolición, sentía ganas de borrarle la sonrisa.

Ese homenaje a ella le ha gustado y me ha abrazado y besado de todas las maneras.

Hemos acabado sumergidos en la bañera, jugando de todas las maneras posibles, riendo, devorando cada parte de nosotros al tiempo que luchábamos con los inconvenientes del espacio.

A pesar de las grandes dimensiones, nos ha faltado espacio para todo lo que necesitábamos hacer cubiertos por agua y espuma.

Pero justo después, cuando la respiración encuentra dificultades, cuando la temperatura es abrasadora y nuestros cuerpos un ovillo desordenado… parece que algo la ha desconectado y ha permanecido en silencio un buen rato.

Cuando ha vuelto ha sido para contarme que ha hablado con su amiga y que, efectivamente, está perdidamente enamorada.

A pesar de mis intentos por hacerla reír, solo he conseguido que hiciera comentarios torpes, a medias, y todavía no sé cómo hemos acabado hablando de Jayce y de su vida amorosa. Es como si ella lo hubiera forzado para que el tema surgiera.

¿Acaso le interesa Jayce? No es lo que quisiera pensar, pero por un momento me ha parecido que sus preguntas contenían algo más que simple curiosidad.

He intentado hacerla reír con algunas anécdotas que Jayce ha vivido a lo largo de su extenso y fluido historial amoroso, nada que pudiera atentar contra su intimidad, pero ella parecía más interesada en saber cuál era su situación actual.

Aunque le he preguntado a qué se debía ese interés, solo me ha dicho que era curiosidad, que solo quería hacerse una idea de cómo era, ya que lo ha tratado en algunas ocasiones.

Pero… hay algo que no encaja.

De repente, me siento incómodo, inquieto. Repasar esta situación solo me ha llevado a crearme un malestar que ahora no necesito bajo ningún concepto. Bastantes ideas desordenadas tengo en la cabeza, muchas relacionadas con ella y con lo que estamos viviendo, como para añadir esta estupidez.

Porque… ¿será una estupidez?

Afortunadamente, no tengo tiempo de indagar en la respuesta. Brooke asoma la cabeza por la puerta y aparece unos segundos después sosteniendo una caja de madera oscura. La sujeta contra el pecho como si acabara de encontrar un tesoro olvidado.

—Lo tengo —me dice, con una sonrisa triunfal.

—Voy enseguida —le anuncio, contagiándome de su entusiasmo.

—Sigue disfrutando del baño, abogado, yo voy a explorar la caja.

Me tomo mi tiempo antes de reunirme con ella; no necesito sentarme a inspeccionar lo que sea que ha encontrado con restos de agua y espuma.

La encuentro sentada frente a la mesa, que contiene la caja y varios documentos desplegados.

Levanta la mirada y sé que algo no va bien.

—¿Qué ocurre? —le digo, acercándome.

Levanta una carpeta rígida de cuero grueso y la agita con suavidad. Deduzco que su contenido es el que hay disperso en la mesa.

Me siento a su lado y observo.

El contenido parecen recuerdos de un adolescente: notas arrugadas, envoltorios de caramelos, dos tickets ennegrecidos que debieron permitir la entrada a alguna sala de cine hace muchísimos años, varios ramilletes secos de hierbas, algunos pétalos de flores marchitos…

—¿Qué tiene de especial? —le digo, más atento a su reacción que a los objetos.

Me entrega dos de las notas arrugadas.

Contienen una letra manuscrita:

A las seis en la fuente seca.

Indica una. Y la otra:

Trae la camioneta de tu padre, la mía está averiada. A las seis, donde siempre.

Brooke se encoge de hombros y me entrega un sobre y lo que parece una fotografía.

Aparece un hombre muy joven, montando a caballo. Parece feliz.

—Es mi padre —me aclara, sin apartar la vista de la imagen.

—Ya… ¿Y esto? —le digo, aceptando la carta.

—Va dirigida a él, pero está cerrada.

La observo.

Allan Waverly
Silver Creek Ranch
Big Piney, WY

Atravesando el sobre, con tinta roja, aparece un sello: REHUSADO POR EL DESTINATARIO.

La parte trasera indica una dirección de Moonridge, pero un nombre que no reconozco: Evelyn Miller.

—Esa era la dirección de la floristería de su tía. Lorraine tenía muy buena relación con ella.

—La devolvieron… —observo, mientras ella me la arrebata de las manos.

—Eso parece.

—¿Vas a abrirla? —le pregunto, sabiendo ya la respuesta.

—¿Quieres quedarte sin saber lo que dice esta carta? —replica, con una mezcla de desafío y miedo.

Niego con la cabeza.

La abre con cuidado y despliega una hoja escrita a mano.

—Léela tú, por favor —me dice algo inquieta. Sé que, como yo, presiente que vamos a leer algo que nos va a sorprender.

Y lo hago.

Su fecha indica que se escribió hace treinta y dos años.

Allan,
No sé si esta carta llegará a tus manos ni si querrás leerla. Tal vez sea mejor así. Tal vez algunas cosas estén destinadas a quedarse en el silencio en el que siempre han vivido.

He intentado entenderlo. He repasado cada palabra que me dijiste, cada promesa susurrada cuando el mundo no nos veía, cada vez que me pediste paciencia porque «no era el momento». Siempre había un motivo.

No te culpo por no haber sabido enfrentarte a nada. Lo que me desconcierta es que esta vez sí lo hayas hecho. Que por fin hayas decidido plantar cara a los tuyos, precisamente ahora. Que hayas encontrado el valor justo cuando yo ya no estoy en tu camino.

Supongo que hay decisiones que se toman sin pensar en quienes quedan atrás. O quizá sí se piensa, pero se elige de todos modos.

No sé qué duele más. No sé si lo que me desarma es verte luchar contra aquello que siempre decías que era imposible… o comprender que nunca fui lo bastante importante para que movieras un solo dedo por mí.
He comprendido, aunque tarde, que lo nuestro solo existía en los márgenes de tu vida. En los huecos. En las horas que sobraban.

Y yo acepté ese lugar porque creí que algún día dejaría de ser un escondite para convertirse en un principio. Empiezo a entender que fui exactamente eso: un lugar al que acudir cuando necesitabas olvidar quién eras, y del que podías marcharte sin consecuencias cuando volvías a ser el hijo obediente que siempre fuiste.

No ha sido así. Ahora hay alguien por quien sí has decidido enfrentarte a todo. Por quien sí vale la pena arriesgarlo todo. Y eso es algo que no puedo ignorar, aunque me rompa.
No sé si alguna vez sentiste lo mismo que yo. Quiero creer que sí, aunque solo sea para no sentirme utilizada. Porque empiezo a preguntarme si no fui más que una pausa conveniente en tu camino hacia algo más adecuado, más aceptable, más fácil de mostrar ante los demás. Más correcto para ellos.

Tus amenazas me han llegado. Puedes estar tranquilo. Nunca escucharás mi voz contar lo que fue nuestro. No tienes nada que temer de mí. Siempre he sabido callar, incluso cuando callar me desgarraba. Por Rachel tampoco debes preocuparte; ella no dirá nada.

No voy a pedirte explicaciones. Tampoco voy a reprocharte nada que no haya consentido antes en silencio. Solo necesitaba decirte que, por primera vez, he entendido que no era el miedo lo que te detenía. Era la elección. Y esta vez, elegiste.

Me esfuerzo por odiarte. Lo intento cada día. Pero todavía no lo consigo. No sé cuánto tiempo podré sostener esta indulgencia hacia alguien que me miró a los ojos tantas veces y, aun así, decidió que yo no era suficiente.

Te deseo paz, Allan. De verdad.
Ojalá algún día recuerdes que hubo alguien que te quiso sin condiciones, incluso cuando tú sí las ponías.

Lorraine

57
Aiden
Memoria

La distancia que nos separa de la casa de Rachel, que vive en las afueras de Moonridge, es de dos millas. Dos millas que recorremos en silencio, con la voz de algunos clásicos que nos regala la emisora local.

Desde el hallazgo de la carta hasta que nos hemos subido en el coche solo han pasado unos minutos, los que ha necesitado Brooke para hablar con Rachel y anunciarle nuestra visita. Sin decirlo, ambos necesitábamos salir de allí. De aquella casa que, de pronto, parece guardar secretos.

«Necesito respuestas», le ha dicho Brooke a Rachel y ella no ha dudado en invitarla a su casa.

«Aiden me acompaña», le ha anunciado y… a la vista está que no ha puesto objeción. No sé si eso me tranquiliza o me inquieta más.

Brooke empieza a tararear una canción de Springsteen, el siguiente clásico que selecciona la emisora.

Sube el volumen y la canturrea sin cometer un solo error en la letra.

La observo mientras repite las palabras del artista que homenajea a su pueblo y recuerda cuando era niño y su padre lo llevaba en coche por las calles y le señalaba los edificios diciéndole: «Este es tu pueblo». El sentimiento de orgullo, de permanencia. Pero luego el pueblo cambia, se apaga, la gente se marcha… Y años después vuelve y se enfrenta a los recuerdos y se envuelve de nostalgia.

—Mi madre adoraba a Springsteen, y también esta canción —me informa con una débil sonrisa—. «My hometown…», así se llama esta canción…

Pisa el acelerador y me sobresalta, pero no le digo nada, aunque esté acojonado. No por la velocidad, sino por la sensación de que estamos entrando en algo que no controlo.

Frena hasta detener el coche y se gira hacia mí.

—A veces me siento como él, siento que hay algo aquí que me atrae y me susurra que este es mi hogar, y a veces siento que me ahoga. Esta tierra solitaria, apartada de todo, es…

—Esta tierra fue tu hogar, Brooke, como dice Springsteen. Y quizá lo sigue siendo de algún modo.

—Me siento como si estuviéramos abriendo la puerta de un sótano cerrado durante cientos de años y…

—Fuéramos a encontrar algún cadáver, alguna historia macabra… —le ayudo a terminar la frase.

Asiente con la cabeza mostrando unos ojos que brillan más de lo habitual.

—Aiden, yo… haga lo que haga y diga lo que diga, me siento muy rara…

La palabra «rara» se queda corta. Yo también lo siento. Como si todo estuviera a punto de encajar de una forma que no nos va a gustar.

Me acerco a ella y la beso.

—Yo me siento igual.

Parece que mi confesión la consuela. Me regala una sonrisa, pero desaparece enseguida.

—Cuando visité a Rachel… me dijo que odiaba a Lorraine, que hace muchos años que la considera muerta.

Abro mucho los ojos.

—¿Cómo has dicho? Pero… ¿a quién se supone que vamos a visitar? ¿Me dijiste que era su amiga?

—Eso creía yo. Le pregunté si iría a visitarla a la clínica donde se encuentra y me contestó lo que te he dicho. No quiso decirme nada más.

—¿Qué sabe de mí? ¿Sabe por qué estoy aquí?

—Le conté lo justo, solo que te había conocido y que habías ido a visitarla. Y… ya sabes, hablamos de tu relación con Lorraine en el pasado.

Brooke se acerca a mí, me mira, me acaricia la mejilla en un gesto tan íntimo que me desarma. Como si necesitara asegurarse de que sigo aquí. Como si temiera que lo que vayamos a escuchar pueda alejarnos.

Vuelve a poner el coche en marcha y recorremos en silencio la corta distancia que nos separa de la casa de Rachel. El silencio ya no es cómodo. Es denso.

Es una casa increíblemente grande, aunque no oculta todos los años que lleva a sus espaldas. Años que no presumen de historia, sino que más bien parecen quejarse de cansancio.

Accedemos al interior de la finca sin ninguna barrera que nos lo impida. Todos los accesos están abiertos.

Poco después de aparcar nos recibe. Su aspecto es cuidadoso y elegante, pero su rostro muestra señales de cansancio. Un cansancio que no parece físico, sino acumulado.

De no ser por cuatro comentarios relativos a mi estancia en Moonridge, a algún recuerdo que tiene sobre mí cuando era niño —por suerte, no se parecen a los que tiene Brooke—, lo mucho que me parezco a mi padre y mis preferencias sobre el té que nos ha ofrecido, se podría decir que hemos ido directos al grano.

Rachel sirve el té con delicadeza y elegancia, y con lentitud, como si quisiera posponer la conversación que nos ha traído hasta aquí.

Antes de que esté servido, Brooke, que nunca será recordada por su paciencia, le entrega la carta.

—Hemos encontrado esto en casa de Lorraine.

Rachel observa el sobre y lo coge lentamente. Mira el remitente y el destinatario sin decir nada y extrae la carta, que lee más lentamente de lo que querríamos. Cada segundo que tarda en pasar de línea es una presión en el pecho.

Terminada, la vuelve a doblar y se la entrega a Brooke.

—Es mi padre… —comenta Brooke.

—Sí, es tu padre.

—Tú… sabías algo de esto.

Rachel se toma su tiempo.

—Sí, Brooke, conozco esa historia perfectamente.

Rachel parece inquieta.

—Pero… ¿qué significa? Y… ¿por qué nunca me hablaste de ello?

—Brooke, tú y Lorraine siempre habéis tenido una buena relación; ¿por qué no te habló ella? Es a quien le correspondía, ¿no crees?

Se crea algo de tensión. Rachel se ha expresado con un tono poco acertado para el tipo de conversación que estamos manteniendo. Decido intervenir.

—Rachel, he venido a Moonridge a representar a Lorraine legalmente en el juicio.

No sé por qué lo aclaro. Tal vez para marcar territorio. Tal vez para recordar que no solo soy un espectador en esta historia.

Abre mucho los ojos y mira a Brooke, quien, más tranquila, se anima a hacerle un resumen de lo ocurrido desde que Lorraine le pidió que me convenciera para representarla.

Lo que opina Rachel de esa locura no lo manifiesta; a cambio, empieza a contarnos un relato.

—Como sabéis, Warren y Clifford empezaron una disputa que… a día de hoy no ha terminado. Cuando Warren se mudó a la casa en la que estáis ahora, como nuevo propietario de esas tierras que Fielding le dejó en herencia, empezó esa guerra. La trasladaron a sus familias. Les prohibieron a sus hijos que se relacionaran entre ellos. Vuestras madres, Suzanne y yo, éramos amigas desde que éramos niñas. Inseparables. Crecimos juntas, lo hicimos todo juntas, pero esa guerra lo cambió todo. Prohibieron a Lorraine relacionarse con Suzanne y viceversa. Teníamos catorce años. Poco después, un año creo, Hellen quedó huérfana y la familia Blackwell la acogió como a una hija. Eso la colocó en el bando contrario de los Waverly y la única que quedó sin bando fui yo.

»Warren no les permitía ni a Lorraine ni a tu madre hablar con tu padre, Allan, y su hermana Suzanne, y a ellos tampoco. Yo estaba en medio; era una situación realmente incómoda. Durante años nos vimos a escondidas, como fugitivos, y así pasaron los años.

»Lorraine siempre estuvo enamorada de tu padre, siempre, desde que era una niña, aunque no lo supe hasta mucho tiempo después. Ninguna lo sabíamos, nunca lo dijo y nunca se lo notamos. Allan era guapo, simpático y le gustaba hacernos reír. Era algo mayor que nosotras y siempre bromeaba con ello. Era el hermano de Suzanne, alguien muy familiar para nosotras, y en cierto modo era uno más.

Intento imaginar a la Lorraine adolescente, riendo con ellas, y soy incapaz de imaginarla. La metí en un agujero oscuro hace mucho tiempo y soy incapaz de sacarla de él. Me cuesta.

—Cuando Hellen terminó el instituto se marchó con su tía, con vuestra tía —dice mirando a Brooke— y allí pasó tres o cuatro años. Después volvió a Moonridge dispuesta a montar el negocio del hotel y el restaurante.

»Durante el tiempo que estuvo fuera, Allan y Lorraine se veían a escondidas. Estaban liados. Desde la perspectiva de Lorraine estaban enamorados y eran víctimas de la guerra de sus padres. Desde la perspectiva de Allan, solo eran amigos que de vez en cuando se divertían.

«Se divertían», repito en mi cabeza.

—Ella estaba locamente enamorada y Allan… la tenía como un pasatiempo, como alguien que siempre estaba dispuesta a complacerlo. Él jugaba con la guerra de sus padres, diciendo que su padre nunca lo aceptaría y que no podía enfrentarse a él. Era cierto, pero él no tenía interés en que fuera de otro modo.

Siento una punzada extraña que no sé explicarme.

—Lorraine se moría por sus huesos —continúa diciendo Rachel— y esperaba que algún día la guerra terminara. Aunque él no le prometía nada, ella vivía con esa ilusión. Estuvieron varios años así. Él la citaba en este sitio o en otro y ella acudía. Charlaban, se acostaban y hasta otra. Se enviaban notas y… yo era la que la mayoría de las veces las portaba. Suzanne no sabía nada. Temían que se le escapara algo delante de Clifford. Era muy ingenua.

Todo encaja demasiado bien con la carta. Demasiado bien con ese «rehusado».

—Hellen, cuando volvió, era otra distinta. Estaba todavía más guapa. Volvió con ese aire de la gran ciudad… con estilo, moderna, elegante, formada en una profesión… Resplandecía y Allan se enamoró perdidamente de ella. Y ella de él. Ahí empezó una historia de amor, Brooke.

Rachel guarda silencio mientras su expresión cambia. Parece incómoda, como si algo hubiera cambiado.

Nos mira a ambos y sonríe de forma forzada.

—Fin de la historia. ¿Queréis más té?

Brooke y yo nos miramos.

—Queremos la historia completa, Rachel… y lo sabes —le dice Brooke con una frialdad que me conmueve.

58

Brooke

La historia continúa

Hay algo distinto en Rachel que no sé descifrar. No se comporta de la misma manera que lo ha hecho siempre que he hablado con ella. Y han sido muchas veces, tantas como viajes he hecho a Moonridge en los últimos diez o doce años, desde que tomé las riendas del negocio del hotel que mi tía gestionó para mí.

—¿Dónde encaja esta carta? —le pregunta Aiden.

—Ella la escribió en ese momento, cuando ellos dieron a conocer su relación. Se la envió al rancho donde él trabajaba; era la única manera de que solo la recibiera él. Y el remitente indica…

—Sí, lo sabemos. Es la floristería de su tía —le aclaro con un hilo de voz.

—¿Conocías esta carta?

—Sabía que se la había enviado, pero no el contenido exacto, nunca la leí. Y tampoco que había sido devuelta; eso nunca me lo dijo.

—Habla de amenazas… —le comento.

—Lorraine quería hablar con él, supongo que para decírselo en persona. Necesitaba hacerlo e intentó acercarse a él, aunque no lo consiguió. Allan habló conmigo, me pidió que le dijera a Lorraine que mantuviera la boca callada, que no se acercara a él y que, si lo hacía, la destruiría.

—¿Mi madre no sabía nada de esa historia entre ellos? —le pregunto temiendo que empiece una historia para la que no creo estar preparada. Hellen-Lorraine.

—No. Allan, al parecer, nunca le contó nada y Lorraine me pidió que no lo hiciera yo tampoco. Nadie lo conocía, solo ellos dos y yo. Siempre tomaron muchas medidas para que nadie se enterara. Lorraine y Hellen continuaron con su amistad, aunque parezca raro. Lorraine la quería y simplemente se resignó. Pero, claro, fue muy

duro para ella. Le dolió ver la realidad, ver que él nunca la había querido. Ver que por tu madre sí se enfrentó a sus padres y les plantó cara. Por ella sí estaba dispuesto; por Lorraine, no. Entonces, en aquella época, no era tan fácil vivir sin la aprobación de los padres, no en un pueblo como este. Ahora la vida es muy diferente, lo es también en una ciudad como la que vivís. ¿Os imagináis viviendo algo así a escondidas de vuestros padres?

Intento imaginarlo y no puedo.

Aiden y yo nos miramos.

—Mi madre… ¿jamás supo nada? —insisto.

—Que yo sepa, no. Me habría enterado.

—¿Qué pasó después? —pregunta Aiden.

—Cuando su relación se hizo oficial, los Waverly le dieron la espalda a Allan, a su querido hijo. No querían a Hellen por la relación que tenía con los Blackwell. Ella los quería como a unos padres; le dieron mucho, la recogieron en un momento delicado de su vida.

Eso me hace pensar en Lorraine, en lo que también hizo conmigo y me incomoda. Hoy, Lorraine, me incomoda de todas las maneras posibles. Hay algo que me está revolviendo todos los recuerdos.

—Y los padres de Lorraine sí aceptaron a Allan… —comenta Aiden.

—No les gustaba, pero Hellen no era su hija y no podían hacer mucho más que sermonearla y pedirle que no lo hiciera. Hellen, a pesar de lo mucho que los quería, no les permitió que atravesaran esa línea. «O aceptáis a Allan o me perdéis para siempre». Y… la querían mucho, es cierto, por eso cedieron. Claro que… no solo era una cuestión de amor hacia Hellen. Aceptando a Allan también era una forma de fastidiar a los Waverly. «Nos hemos quedado con tu hijo». Esas palabras no las imagino, te aseguro que llegaron a pronunciarse.

—¡Qué locura! —comenta Aiden—. ¿Es que nadie tenía la cabeza en su sitio?

—El odio puede hacer estragos en las personas, Aiden, y eso era lo que Warren y Clifford sentían: un odio por encima de todo y de

todos.

—¿Y después? —pregunto impaciente.

—Los Blackwell asistieron a la boda, pero los padres de Allan no. Lorraine también, claro está. Ella y yo fuimos sus damas de honor. Fue un día maravilloso, pero para ella fue el peor día de su vida. Presenció la boda fingiendo felicidad por su amiga y por… su amigo. Allan estaba triste por no poder contar con la presencia de sus padres, pero entre todos hicimos que se olvidara y disfrutara del enlace. Warren aceptó a Allan y lo trataba como un hijo más. Parecía la boda de su propia hija, no la de alguien que hubieran adoptado, como más o menos podría definirse la situación.

—Yo… no tengo ese recuerdo, Rachel —le digo confundida—. Yo… crecí considerando a Warren y a Brenda mis propios abuelos, aunque no lo fueran, pero mi padre… él no les hablaba, no tenían relación.

—Eso fue después. Tú eras pequeña. Allan se reconcilió con sus padres y, en consecuencia, se alejó de los Blackwell. Fue una situación muy complicada para tu madre.

—¿Y para Lorraine? —se interesa Aiden.

—Lorraine no vivió esa época. Al poco de que ellos se casaran, tu padre apareció por Moonridge y… ya conoces la historia. Se enamoraron y… se fueron a Nueva York. Fue algo muy rápido. Se conocieron poco después de la boda y tres meses después Lorraine hizo la maleta y se fue. Se casaron en Nueva York. Sus padres le dieron la espalda, no les gustaba tu padre porque sabían que se la llevaría lejos.

—Eso lo sé —dice Aiden—, mi padre me lo contó. Estuvieron algún tiempo enfadados, creo.

—Sí, pero no mucho. Lorraine y él volvieron poco después, estaba embarazada y sus padres lo olvidaron todo.

—Ella ya se había olvidado de mi padre, por fin… —comento.

—Claro —dice Rachel sin mucha convicción.

No me gusta esa duda en su voz.

—O sea que… —interviene Aiden—, a Lorraine la vida le sonrió. Mientras estaba destrozada por la boda de Allan y Hellen, sufriendo

por un amor no correspondido, aparece mi padre y se enamora de ella…

—Sí, así es la vida —comenta Rachel.

—No será que mi padre fue… oportuno —añade con ironía Aiden.

Rachel me mira sin decir nada.

Ese silencio es peor que cualquier respuesta.

—Rachel, yo no tengo relación con Lorraine —le aclara él—. Como ves, ni siquiera la llamo madre. Nada de lo que digas puede afectarme, no después de tantos años separados y no después de lo que ella hizo. Me consta, por Brooke, que lo conoces muy bien. Puedes hablar sin tapujos.

—Tu padre fue su vía de escape, Aiden. Estaba locamente enamorada de Allan y había sufrido un rechazo que ella consideró una gran traición. Su amor por Hellen le hizo callar, pero necesitaba escapar. Y tu padre llegó en el mejor momento. Guapo, simpático, acomodado, Nueva York… Era perfecto. Para escapar de Allan y de sus padres también, de su control. Pero… debo admitir que no le fue mal, al menos eso parecía. Cuando volvió a Moonridge presumía de su vida y nos hablaba como si no se hubiera criado aquí.

—Puede ser que en un principio fuera una vía de escape, pero después se enamoró de él —propongo esperando impaciente la respuesta de Rachel.

—Puede ser —dice con muy poca convicción.

—¿Lorraine mantuvo el contacto con Hellen mientras vivía en Nueva York? Creo recordar que sí —le pregunta Aiden.

—Sí, seguían en contacto. Se llamaban con mucha frecuencia y pasaban tiempo juntas siempre que ella venía, igual que conmigo. Incluso planeamos un viaje a Nueva York, pero nunca se produjo.

—Recuerdo cuando volvió a Moonridge —comento mirando a Rachel— para cuidar a su padre… Con mi madre tenía buena relación.

—Así fue. En esa época volvimos a coincidir las tres… Fue bonito. Solo Suzanne se mantuvo aparte.

—¿Cuál fue el papel de Suzanne?

—Cuando empezó la guerra entre Warren y Clifford, nos mantuvimos unidas las cuatro, nos veíamos a escondidas, como os he dicho, pero con el tiempo, influenciada por su padre, se fue alejando de todas.

—¿Cómo era la relación de Lorraine con mi padre cuando Lorraine volvió a Moonridge y se quedó?

—Mantenían una relación cordial. El pasado parecía olvidado. Habían pasado diez o doce años… Ahora no lo sé, pero fue suficiente para pasar página. Lorraine se relacionaba más con Hellen, claro está. De todas maneras, cuando Lorraine volvió ellos estaban atravesando una mala racha, quizás la peor, y Lorraine le sirvió de apoyo a Hellen.

»Allan estaba muy influenciado por su familia y se llevaba toda esa mala influencia a vuestra casa. Siempre discutían. Pasaron varios años así. Tenían altibajos, pero siempre había algún enfrentamiento. Los Waverly siempre estaban metiendo mierda, siempre, y Allan no supo ponerlos en su sitio. No se comprende que él tolerara que os despreciaran a ti y a tu madre de la manera que lo hicieron. Nunca claudicaron. Ni siquiera cuando naciste tú.

«Ni siquiera cuando naciste tú», repito en mi mente. Esa frase pesa.

—No sé por qué mi madre lo aguantó. Recuerdo sus discusiones, eran constantes.

—Aguantó mucho, es cierto, Brooke, pero llegó un momento en que se hartó. Estaba dispuesta a acabar con todo. Tuvieron una discusión tremenda y tu madre le dijo que lo quería abandonar. Se marchó a Boston para visitar a tu tía, que estaba en el hospital por un accidente, creo. Le dijo que, a su vuelta, empezarían a tramitar el divorcio. Te llevó con ella.

»A los tres días de su marcha, Lorraine y yo la llamamos para decirle que tu padre había tenido un accidente. Fue terrible. Estaba en shock. Volvió al día siguiente. Lo encontraron dentro de su camioneta, calcinado, al pobre. Se salió de la carretera. Iba muy bebido. Encontraron restos de botellas de alcohol. Esa fue la versión oficial.

—¿Oficial? —pregunto antes de poder evitarlo.

—Para los Waverly, tu madre lo había asesinado. Se hartaron de decir que ella lo había matado. Indirectamente, pero la responsabilizaban de su muerte. Y… poco después… ya sabes, Brooke, fue ella la que se fue.

—Mi tía nunca creyó que mi madre se suicidó, Rachel… —planteo decidida a hablar de un tema que siempre me ha parecido delicado.

—Es normal que lo creyera… A todos nos sorprendió, pero… a saber qué pasó por su cabeza.

Lo pronuncia de una manera que no me gusta. Ensayada, como si estuviera hablando de algo insignificante, como si fuera un discurso preparado.

—¿Entonces tú crees que ella se quitó la vida?

—Brooke… ¿a qué viene esa pregunta? Lamentablemente es así, no debes darle vueltas a eso. Se sentía muy presionada, e incluso culpable por la muerte de tu padre. La presión de los Waverly, la sensación de culpa por haberle pedido el divorcio… Todo se juntó.

—¿Te lo dijo ella que se sentía así?

—Me dijo cómo se sentía. Lo que no me dijo fue lo que tenía intenciones de hacer. Ojalá hubiera podido ver alguna señal que me dijera lo que iba a pasar.

Rachel se entrega a un momento de suspiros que… me parece forzado. Aiden me mira y sé que está pensando lo mismo que yo.

—¿Cómo está Lorraine? —le pregunta a Aiden.

—Sigue inconsciente —le cuenta incómodo—. No saben cuánto tiempo estará así.

—Pero… ¿despertará? ¿Es algo que puede curarse?

—No, curarse no, por lo que nos han dicho. Lo que no saben es si tendrá más episodios de conciencia o si, en caso de que se produzcan, cuánto pueden durar y en qué condiciones.

—No hay muy buenas expectativas, como te dije —le recalco. Estoy molesta y no sé por qué.

—Entiendo… Pobre, Lorraine, qué final más triste.

Puede que se deba a la presencia de Aiden, pero esa lamentación no encaja.

—Rachel, dijiste que la odiabas, que la dabas por muerta… ¿por qué?

Rachel mira a Aiden y luego a mí.

—Me lo ha contado Brooke, ya te he dicho que puedes hablar sin tapujos.

—Es que Brooke es un poco exagerada. No me refería a eso, quizás estaba enfadada y lo expresé mal.

No doy crédito a lo que escucho.

—Es cierto que llevamos un tiempo distanciadas, pero… solo estoy enfadada con ella porque desde que me marché de Moonridge, hace unos años… he sentido que ya no le importaba. Estaba dolida… Pero siento tanto que esté enferma… Claro que iré a visitarla, pero no sé si voy a poder verla en ese estado.

Podría intervenir, pero no lo hago. Sé que no obtendré nada más. Se ha metido en ese papel y no saldrá de él. No encaja con lo que me dijo, sé que algo oculta, pero guardo silencio.

—¿Por qué se quedó en Moonridge, Rachel? Es una pregunta extraña —le dice Aiden—, pero me interesa tu versión.

—Ella sintió que este era su lugar y… se perdió, Aiden. No supo gestionar bien su vida.

—Me dijiste que no le importaba nadie, solo su casa, el honor de su padre… —le recrimino, harta de esas versiones tan diferentes. No me creo que lo suavice por Aiden, él ya le ha dejado claro que le da igual.

—Estaba enfadada y dije cosas que no siento, Brooke. He pensado mucho y… aunque nos distanciamos, Lorraine es mi amiga y yo solo he tenido un arrebato infantil y he sido crítica con ella. Yo también tengo culpa, debería haberla llamado más.

Tengo ganas de vomitar, esta versión me supera. Aquí no hay reflexión ni sinceridad, solo alguien que ha querido borrar lo que dijo el otro día de forma impulsiva.

—Me temo que deberíamos hablar de otro tema, porque este nos está afectando y… ya poco más os puedo decir —nos informa Rachel—. Ahora ya conocéis la historia y creo que es mejor que no penséis en ella. No puedo decir que Lorraine fuera una buena madre, porque sé que no lo hizo bien contigo, pero fue una buena

amiga y… ahora que está enferma solo debemos desearle que tenga un final digno.

Aiden frunce el ceño, sé que está algo sorprendido.

Poco después, anunciamos que nos marchamos, pero antes, me animo a hacerle una última pregunta.

—¿Te suena de algo Cash? Nos dijeron que Lorraine mencionó varias veces ese nombre o lo que sea…

—Así llamaba Lorraine a Allan cariñosamente. Allan siempre escuchaba al cantante Johnny Cash, un cantante de los cincuenta que vosotros no conoceréis.

Así que Lorraine, en el mundo que vive ahora, sigue pensando en mi padre…

—¿Y Agnes? ¿Te suena ese nombre del entorno de Lorraine?

—No… Agnes… No. ¿También pronunció su nombre?

Ambos asentimos y ella sigue negándolo.

Nos despedimos de ella y salimos de la casa.

Antes de entrar en el coche, Rachel aparece detrás de nosotros.

—He recordado ese nombre, pero no entiendo qué relación puede tener con Lorraine como para nombrarla. La mujer del terrateniente para el que trabajó su padre se llamaba Agnes. Agnes Fielding…

Sé que es ella a la que se refería Lorraine. Ese Agnes Fa… Agnes Fi… que indicó la enfermera coincide. Pero ahora no me importa.

Solo me importa la persona que está a mi lado en este momento, aturdida como yo, con la cabeza a punto de explotar.

59

Aiden

Riesgos

El silencio es nuestro único aliado en este momento. El mejor para protegernos del aturdimiento con el que hemos salido de la casa de Rachel.

Han sido frases, matices, confesiones, justificaciones… Todo ha sumado para hacer que salgamos de esa casa completamente aturdidos, como si nos hubieran agitado sin darnos tiempo a reaccionar.

Ella ha recibido sus golpes, unos más grandes, otros más pequeños, y yo los míos. Esos para los que me creía inmune, pero que todavía producen un efecto en mí, más profundo del que estoy dispuesto a reconocer.

El paisaje de vuelta a casa se me antoja más desértico, más vacío, como si hubiéramos regresado después de muchos años y nos hubiéramos encontrado un pueblo convertido en lo mismo que ahora es el viejo hotel de Brooke: escombros, añicos… olor a pasado removido.

Entramos en casa de Lorraine y nos miramos. No sé qué pasa por su cabeza, pero es como si atravesáramos la puerta de un lugar distinto, como si todo lo que Rachel nos ha contado hubiera cambiado el color y la distribución de este lugar y también algo entre nosotros.

Entramos lentamente, como si fuera la primera vez que vemos este lugar, y solo nos detenemos cuando llegamos al pequeño salón del invernadero.

Brooke se dirige a la línea que separa el jardín, de espaldas a mí. Por un momento, temo que Brooke se aísle, se evada… o que esté, pero no esté, como ha ocurrido esta mañana, antes de acabar sumergidos en la bañera, pero no lo hace.

—¿Quién habrá cuidado estas flores? Ella lleva mucho tiempo fuera… —susurra, como si hablara con ella misma.

—Tienen un riego automático —comento, recordándole algo que ya hemos observado en otros momentos.

—Pero… necesitan más cuidados… Los necesitan…

La observo en silencio mientras se da la vuelta.

—¿Y tú, Brooke? ¿Qué necesitas tú?

—Solo necesito un abrazo, Aiden. Y lo necesito de verdad, y solo necesito eso, solo. Como el que me diste cuando me despedí del hotel, cuando se destruyó… Uno como el que nos dimos cuando visitamos a Lorraine… Uno igual, Aiden, uno mejor… No puedes imaginar cuánto lo necesito…

Su gesto es casi de súplica.

Me acerco lentamente a ella y de la misma manera la rodeo con mis brazos. Se apoya en mi pecho y siento su respiración irregular, como si también estuviera conteniéndose.

No sé qué pasa, pero algo pasa, algo que me desconcierta y me gusta a partes iguales. Y eso es lo que más me inquieta.

Le sujeto la barbilla y la obligo a mirarme. Acerco mis labios a los suyos lentamente, observando cómo cierra los ojos, cómo abre la boca, cómo los acoge sin reservas.

Esta vez no hay prisa ni necesidad. Hay decisión. La cojo en brazos. Se abraza a mi cuello, siento su aliento en mi hombro.

La llevo lentamente hasta el dormitorio y la siento sobre el borde de la cama. Ella se impulsa hacia atrás hasta quedar en el centro. Se incorpora, se sienta sobre sus piernas. Yo hago lo mismo. Frente a frente.

—Solo quería un abrazo, abogado —me dice, provocadora.

—Pues un abrazo tendrás…

Media sonrisa y un brillo en sus ojos que me desarma.

Ella me desnuda, yo la desnudo, sonreímos cuando una prenda se resiste o nos obliga a hacer un movimiento que rompe con el ritmo pausado y elegante que hemos adoptado desde el primer

momento. Algo nuevo, pero parece que nos gusta. Demasiado fácil. Demasiado natural.

Desnudos, de rodillas, nos miramos…

La impulso en el aire y me abraza la cintura con las piernas, la empujo hacia atrás.

—Brooke… Si supieras todo lo que siento en este momento… Joder…

—Cuéntamelo.

—Te pedí que te quedaras y siento que te estoy exponiendo a algo que te hace daño. Siento ganas de protegerte, pero… al mismo tiempo, no soportaría que te marchases. Pero… si te quedas, si nos quedamos, podríamos descubrir más cosas que duelen… Y si me quedo, Brooke, me expongo a… algo que está por encima de ese pasado… —hago una pausa—. Si me quedo… corro el riesgo de enamorarme de ti.

El corazón se ha instalado en mi garganta y estoy seguro de que ha notado el leve temblor que hay en mis manos. No tiemblo por miedo. Tiemblo porque ya es tarde para fingir que esto es solo deseo.

—No me protejas. Aunque pueda doler, quiero la verdad; si hay alguna más, quiero saberla. Presiento, como tú, que hay más, mucho más… Quédate, abogado. Quédate. Quédate y me quedo.

—¿Y si me enamoro?

Se toma su tiempo en contestar. El corazón ya no lo siento en la garganta, creo que ya no lo siento en ninguna parte. O quizá está en todas a la vez.

—Pues te jodes —me suelta, alzando las cejas—. Yo ya lo he hecho y no me he quejado.

—Joder, Brooke…

—Aiden, fóllame, ya no necesito un abrazo.

Con esas palabras, mi chica salvaje y romántica, hace que sienta que estar en Moonridge es lo mejor que me ha pasado en la vida. Lo más peligroso.

Solo cinco días…

Es una locura, una puta locura, pero… me gusta.

60

Brooke

¿Qué buscas?

—¿Y ahora qué? —le pregunto mientras me abrazo con más fuerza a él.

—Estoy agotado, Brooke, dame un poco más de tiempo para reponerme… —me dice, casi al borde del llanto.

Le doy un codazo suave.

—Me refiero a cuál es el siguiente paso, ya hemos hablado con Rachel.

—Pero no hemos hablado de ello…

—Bien, pues hagámoslo ahora —propongo—. ¿Qué tenemos?

—Dilo tú, señorita detective, yo sigo sin fuerzas.

Me echo a reír con suavidad y comienzo mi relato.

—Tenemos a dos estúpidos que se disputan unas tierras en los tribunales. Uno dice que la herencia es suya; el otro, que es de los dos. Trasladan su guerra a las cuatro amigas y a Allan. Lorraine lleva enamorada de Allan desde niña y se lía con él cuando Hellen se marcha a Boston. Ella se enamora aún más de él y mantiene la esperanza de que algún día puedan estar juntos. Allan pasa de ella, la utiliza básicamente para tirársela cuando le apetece. Allan es un cabrón porque le da falsas esperanzas y utiliza el problema entre las dos familias para justificar que no lleguen más lejos.

—Buen resumen, sigue.

—Hellen vuelve de Boston espléndida y Allan se vuelve loco por ella. Y ella se vuelve loca por él. Allan saca valor y se enfrenta a su padre, lo que no hizo por Lorraine, y eso le llega a ella en forma de puñalada. Lorraine calla, sigue manteniendo la amistad con Hellen y, en cuanto aparece tu padre, aprovecha para desaparecer de Moonridge. Vuelve años después, mantiene una buena relación con Allan, una mejor con Hellen, y así pasan los años hasta que se muda a Moonridge para cuidar a su padre. Ya no se mueve de aquí.

Primero su padre, luego la muerte de Allan y luego la de Hellen. Todo la retiene y así pierde a su familia. Desde entonces se dedica a cuidar flores y a seguir luchando por las tierras para salvar el honor de su padre. ¿Me he dejado algo?

—Un buen resumen, pero quizás deberíamos hablar de cómo nos ha afectado ese relato de Rachel. Ya no se trata del juicio, sino de nosotros. Hemos salido de esa casa completamente aturdidos…

—¿Cómo te ha afectado a ti?

—Brooke… Hace mucho tiempo que Lorraine dejó de ser importante en mi vida. Es cierto que resulta incómodo e impactante escuchar algunas cosas que pueden cargarse los pocos buenos recuerdos que conservo de ella, pero el impacto dura unos minutos y me repongo. Algún día, después del juicio, esto quedará atrás, en cuanto me aleje de este lugar. Yo tengo una familia a la que adoro e incluye una madre. No es eso lo que me preocupa, Brooke. Me preocupa a lo que te estás exponiendo tú.

—Deja de preocuparte. Descubrir que Lorraine estaba enamorada de mi padre no me va a cambiar la vida. Ella nunca me lo contó, igual que nunca me contó la verdad sobre lo que ocurrió contigo y con tu padre. Siempre he tenido una versión muy distinta de todo, pero… no me afecta como crees. Como tú has dicho, sorprende, impacta, incluso puede doler, pero… dura lo que tiene que durar. No soy una persona que se hunda con facilidad. Estoy aquí, contigo, acompañándote a averiguar de qué forma te implicas en ese juicio. Y mientras… follamos para divertirnos.

—Joder, Brooke, me encanta la forma en la que lo describes. ¿No podías darle un poco más de profundidad?

—¿La tiene?

—La tiene, señorita, y si dices lo contrario, mientes. Si no quieres que te recuerde que hace un rato eras toda sensibilidad y dulzura, no lo haré…

—De acuerdo… ¿Seguimos hablando del juicio? He hecho un relato fantástico, deberías estar aplaudiendo en vez de intentar llevarlo por la parte emocional o recordarme que hay grietas en mi fortaleza.

Se echa a reír y, con un solo movimiento, me impulsa y me facilita que me coloque a horcajadas sobre sus piernas.

—Hay un fallo en tu relato.

—¿Qué fallo? —le pregunto cruzándome de brazos, fingiendo estar ofendida.

—Lorraine no ha luchado por defender el honor de su padre, sino por seguir ganándole una batalla a los Waverly —dice, sin titubear—. Creo que estas tierras y esta casa nunca le han importado tanto como ha hecho creer. Lo que sí le importaba era joder a esa familia. Odiaba al padre, odiaba a Allan y odiaba a la que fue su amiga, Suzanne. No hables de honor, habla de venganza.

Me deja fría con sus conclusiones, pero no puedo negar que me ha cruzado por la cabeza mientras hablábamos con Rachel.

—Ya… Ella se sumó a esa guerra, pero no por la misma razón que su padre, sino por la suya propia. Los Waverly le jodieron, todos, y ella los odiaba.

—¿Por qué guardar esos recuerdos si lo odiaba? —insiste, frunciendo el ceño.

—No creo que haya una razón. Ese odio es el equivalente a haberlo querido mucho, no están tan separados los dos conceptos. Y esos recuerdos contienen buenos y malos momentos, como su historia. Esa carpeta es el resumen de esa historia y ella quería conservarla. Quizás para no perder nunca las fuerzas y seguir luchando por defender estas tierras que significan la derrota de los Waverly.

—Si algo está claro es que a tu madre la quiso mucho… La protegió, no le contó lo que sentía por Allan e hizo un esfuerzo en mantener una buena relación con él cuando fue necesario.

—Sí, al menos esa parte de la historia no está adulterada.

—No debemos olvidar que tenemos la versión de alguien. Rachel ha podido alterar elementos.

—Rachel estaba distinta, Aiden. Ella no es como se ha mostrado hoy. No me ha llamado cariño ni una sola vez, y es la única manera en la que se dirige a mí desde que la conozco.

—¿A qué se debe? —pregunta, intentando ordenar lo que también ha percibido—. He observado que a todo le restaba

importancia…

—Hoy no odiaba a Lorraine, y el otro día su rostro estaba desencajado mientras me lo contaba. El otro día también me habló de lo que Lorraine hizo contigo; hoy parecía algo mucho menos importante. Lo ha suavizado todo, lo ha reducido a anécdota, le ha quitado hierro a cada detalle. Estaba rara. Creo que el otro día dijo lo que sentía y que también lo hizo porque creía que yo me marchaba al día siguiente. La casa demolida… «Brooke no volverá». Quizás por eso se desahogó, pensando que ya no tendría que sostener sus palabras. Lorraine enferma, yo en Boston… fin de la historia. Digo lo que me da la gana. Pero, al verme de nuevo, ha frenado. Al verte a ti y saber los motivos de tu presencia en Moonridge, más; y, al ver que hacemos muchas preguntas, más todavía.

—Pero… ¿por qué? —me pregunta confundido.

—Ahí hay más mierda, Aiden, lo presiento. Ella la conoce y no quiere compartirla. Pero la vamos a averiguar…

—Lo que hemos averiguado hoy no tiene nada que ver con el juicio, Brooke. ¿Quieres seguir?

—Quiero seguir. Hay mierda en ambas historias. No me da miedo.

Silencio.

Es cierto que estamos agotados y que todo lo que hemos escuchado, aunque no queramos admitirlo, nos afecta. A él por saber que Lorraine nunca estuvo del todo, ni siquiera cuando parecía que estaba. Y a mí, porque la que consideraba una amiga me parece un ser desconocido que me ha ocultado siempre que estuvo enamorada perdidamente de mi padre y que eso le cambió la vida de muchas maneras distintas.

El sonido de mi móvil me sobresalta. Se trata de un mensaje.

Miro en dirección a mi móvil, que descansa en la mesilla de noche, y distingo el nombre de Sharon, pero lo ignoro.

¡Mierda!

Me había olvidado de ella. Desde que me ha enviado la fotografía, no he tenido tiempo de darle vueltas a ese tema. He

intentado obtener información a través de Aiden, pero ha sido de una forma torpe, y sé que solo he conseguido sorprenderle con mi interés por Jayce.

—¿Todo bien? —me pregunta inquieto.

—Sí. Se trata de Sharon. La llamaré después.

—¿Sigues preocupada por ella?

—Sí, sigo algo inquieta. Sé que se va a dar un golpe descomunal.

Me mira extrañado, y no es para menos. Ojalá encontrara la manera de hablar de Jayce sin que parezca forzado, pero no se me ocurre nada.

—¿Sigue enamorada? ¿Es eso lo que te preocupa?

—Sí. Se enamora con mucha facilidad, es muy intensa, va muy deprisa y después se hunde.

—¿Quizás esta vez sea distinto? ¿Has hablado con ella?

—Sí, por eso sé que no es distinto.

—Entiendo…

Miro el móvil. Abandono el contacto con el cuerpo de Aiden y me animo a leer el mensaje.

Aparece una fotografía con dos copas de vino medio vacías.

Con Jayce…

La mejor velada de mi vida…

Es él, Brooke, es él…

Ya se ha animado. Es lo de siempre. En cuanto deja de ser «alguien» y nos desvela algo sobre él, nos hace partícipes en tiempo real de los detalles que forman parte de esa «relación». Pero esta vez sé con antelación que eso va a acabar mal. En otras ocasiones, al menos, tenía dudas.

Le muestro la imagen a Aiden y asiente con la cabeza.

—¿Una velada romántica?

Asiento con la cabeza.

—Ya te he hablado de la vida de Sharon, ahora háblame tú de la de Jayce. ¿Él también está enamorado? —le digo sin mirarlo, devolviendo el móvil a su sitio y sentándome en el borde de la cama.

Joder, qué torpeza. Menuda forma de introducir el tema.

—¿Tanto te interesa Jayce? —me pregunta con un tono que deja claro que está molesto.

—¿A mí, Jayce? ¿Qué insinúas?

—No insinúo nada, solo me sorprende tu interés. Esta mañana también hablabas de él…

Ha llegado el momento de aclararlo. De hecho, debería haber empezado por ahí.

Me levanto y me doy la vuelta. Aiden se está vistiendo y no parece estar de muy buen humor. Poco después sale del dormitorio.

¡Mierda! Menuda situación más estúpida.

Me reúno con él poco después. Está sentado en una de las mecedoras, consultando su móvil.

—Aiden… Jayce no me interesa en el sentido que estás pensando…

—Claro… —me dice fingiendo indiferencia.

Busco el mensaje de Sharon. Amplío la fotografía y se la muestro.

Me mira perplejo y observa la pantalla.

—¿Qué significa esto?

—Es una foto que me ha enviado Sharon.

—¿De dónde la ha sacado?

—Le pedí que me enviara una foto del chico del que se había enamorado y me ha enviado la única que tiene.

—¿Del chico del que se ha enamorado? ¿En esa foto? ¿Por qué tiene esa foto?

—Es organizadora de bodas, creo que ya te lo dije. En una de ellas conoció al chico con el que lleva un tiempo saliendo.

—¿Y qué tiene eso que ver con lo que me has preguntado de Jayce?

—Porque me ha dicho que se llamaba Jayce Merrick y adjuntó esa foto. ¿Lo entiendes?

—Vale, empiezo a entenderlo… Estás enfadada con tu amiga porque te ha mentido… Por cierto, esa foto es privada… Dile que no

es muy profesional por su parte. ¿Ella organizó esa boda? ¿Qué tienes que ver tú con eso?

—Aiden, aún no lo has entendido. No me ha mentido. Escúchame. Ya sé que esto es una casualidad un poco rara, pero… lo entenderás cuando te cuente lo que ha ocurrido.

Levanta la mano a modo de invitación para que siga hablando, pero lo hace incómodo y molesto.

Durante unos minutos le cuento la historia. Desde el momento en que Sharon nos anunció a Brent y a mí que había conocido a «alguien» hasta hace un momento, cuando me ha enviado las fotografías de las copas de vino diciéndome la feliz velada que estaba disfrutando.

—Pero… ¿tú desconocías todo eso? —me pregunta suavizando la expresión.

—Lleva meses hablándonos de ello a mí y a Brent, pero nunca hasta ahora había visto una foto ni escuchado su nombre.

—¿Y la foto que te acaba de enviar? ¿Qué significa?

—Esta mañana me ha dicho que hoy se verían…

—¿Hoy?

—Sí, como te he dicho, se ven una vez a la semana. Ella está ilusionada y, después de lo que me has contado de Jayce, es normal que me preocupe. A menos que me digas que Jayce te ha hablado de alguien especial o exista la posibilidad de que… sea real o…

—No, Brooke, eso no es real.

—Bien… ahora ya entiendes por qué estoy preocupada.

—No debería preocuparte que tu amiga se haya hecho ilusiones con Jayce y él pueda desmontárselas…

—¿Qué quieres decir?

—No sé quién la tiene tan ilusionada, ni quién queda con ella una vez a la semana, ni quién va con ella al cine, a cenar o a su casa porque la suya está en obras —me repite con la información que le he proporcionado—, pero no es Jayce. Te aseguro que él no es. Jamás en su vida ha estado saliendo con nadie más allá de dos o tres encuentros. Y no pienses en la posibilidad de que no me lo haya

contado… Estoy al día, como siempre, de sus historias. Jayce es el de la fotografía, es cierto, pero no el que describe tu amiga.

Estoy confundida. El corazón me late muy deprisa. Él se da cuenta y me coge la mano. Con la otra, sujeta su móvil y me muestra otra fotografía. En ella aparecen Jayce y Cassidy sonrientes. La imagen la acompaña un texto que indica «Te echamos de menos».

Lo miro intentando averiguar qué pretende al enseñarme esa foto.

—Jayce no es el que se ha tomado esa copa de vino ni le ha regalado esa increíble velada… Jayce está en Chicago esta noche, con Cassidy. La ha acompañado a firmar un contrato para la joyería.

Siento que el techo acristalado del invernadero se me cae encima.

61

Aiden

Demasiado profundo

Brooke no parece haberse recuperado todavía de lo que le he contado sobre Jayce, cuando su móvil anuncia una llamada.

Debe de ser importante porque decide atenderla. Espero que no se trate de su amiga, ya he tenido bastante dosis de surrealismo por hoy.

Antes de que consiga averiguar de quién se trata, para entender por qué se limita a asentir con la cabeza y a decir «de acuerdo», es mi móvil quien decide distraerme.

Samuel.

No puedo ignorarlo.

Ambos terminamos la llamada con una expresión de sorpresa y dispuestos a compartir quién ha interrumpido un momento de tanta confusión. Por un lado, una llamada de la residencia donde se encuentra Lorraine: ha despertado. Por otro, una llamada de Samuel anunciando que se encuentra en su casa con Edgar Holloway y que está dispuesto a recibirnos.

No perdemos tiempo y nos ponemos en marcha en dirección a la casa de Samuel, discutiendo por quién conduce su coche. Ella defiende su derecho a la propiedad; yo, a seguir vivo. Gano yo.

—Me niego a hacer este trayecto en silencio… y… no intentes poner esa emisora local…

Sonríe, que es lo que pretendía exagerando mi advertencia.

—¿De qué quieres hablar? Es corto el trayecto.

—Quiero saber qué te inquieta más: la llamada de la residencia o el tema de tu amiga.

—Las dos cosas, de formas distintas.

—¿Nunca le has hablado a… Sharon de Jayce?

—No, no había necesidad. A Jayce lo he visto pocas veces, siempre relacionadas con el juicio del tiroteo.

—¿No te parece una casualidad?

—Yo ya no me atrevo a poner etiquetas… También dijiste eso cuando te tropezaste conmigo y… todavía tengo mis dudas.

Me fulmina con la mirada y me echo a reír.

—Solo era una broma…

—Lo sé, pero es que no entiendo esa historia que se ha forjado…

—¿Y de mí?

—De ti, ¿qué?

—Si le has hablado de mí…

—No, tampoco.

—Te entiendo, no hemos tenido tiempo de hablarlo entre nosotros, como para contárselo a un amigo.

Esta vez se ríe con más ganas.

—Eso ha sido muy profundo, abogado, estoy impresionada.

—Deberías, y deberías también hablarle a tu amiga de mí. Dile que sales con un tío increíble… Yo soy real.

—Jayce también.

—Pero no de la forma en la que te lo cuenta ella.

—¿Has dicho que salgo contigo? —me pregunta, provocándome al tiempo que cambia de conversación.

—Es curioso que esta conversación no desentone, a pesar de que hace unos días que nos conocemos… a pesar de considerarte la mujer más insoportable que había conocido nunca.

—¿Y a qué crees que se debe, abogado?

—A que hace unas horas nos hemos saltado todos los preliminares posibles en algo que acaba de empezar y hemos aterrizado mucho tiempo después, al menos con esa sensación. ¿Me equivoco?

—Sigue siendo demasiado profundo para alguien salvaje como yo, que se ha criado en Wyoming, pero eso que has dicho de que «algo acaba de empezar» me gusta, suena bien y… el resto también suena bien, tiene sentido.

—Aclarado el asunto, dime qué más te preocupa.

—Me han dicho que Lorraine ha preguntado por mí, que quiere que la visite.

—Y…

—Y… no me apetece, sinceramente. Por un lado, sí; por otro, no.

—Si te acompaño, ¿cambiaría en algo esa inquietud?

—No voy a pedirte eso… Esta vez está despierta, Aiden.

—No tienes que pedírmelo, ya me he ofrecido yo. Solo responde.

Aparco el coche delante de la casa de Samuel. Hay dos coches al lado; uno lo vi la última vez que acudí. El otro debe de pertenecer al testigo que se encuentra en su interior.

—Brooke —le digo, obligándola a mirarme—. He aceptado representarla, he ido a visitarla y me he instalado en su casa… ¿Crees que verla consciente está fuera de lugar después de todo lo que estoy haciendo?

—Puede ser doloroso…

—Brooke, puede ser muchas cosas, pero esa capacidad ya la perdió hace mucho tiempo. Puede sorprenderme, impactarme, revolverme el estómago, hacerme vomitar o incluso enternecerme o hacer que la compadezca por lo que ha sido y por la situación en la que se encuentra. Pero ya no duele. Yo tengo una familia y una madre a la que adoro desde hace casi veinte años. Lo mejor que me ha pasado aquí eres tú…

Me mira mientras asiente y me sonríe de forma débil. Sé que no tengo un escudo tan grande como el que le he descrito. Quizás mis palabras no se ajusten a la realidad al afirmar que no me va a doler.

Puede que sí, pero, si algo tengo claro, es que Lorraine está de paso en vida; de hecho, siempre lo ha estado.

62

Brooke

Agnes

Aunque Edgar es un hombre de trato fácil y agradable, hay cierta tensión en el ambiente.

Hay una combinación extraña: el antiguo abogado de Lorraine, el actual, una amiga de Lorraine y el testigo de los Waverly… Todos con intereses distintos.

Samuel, dispuesto a subrayar y dar peso a las palabras de Edgar con el firme propósito de que Aiden comprenda el peligro que supone ese testimonio y opte por pactar; Edgar, más pendiente de comentar lo que le ha removido volver a Wyoming después de tantos años en tierras inglesas que del juicio; Aiden, preocupado por encontrar algo que le ayude a determinar qué clase de justicia merece una causa que está lejos de su interés, y yo, que estoy entre el cielo y la tierra, lejos también de posicionarme en una causa que con el paso de los días ha dejado de tener el mismo valor.

—Señor Holloway, le agradezco que nos haya recibido. Lo que quiero preguntarle es solo para situarme. Lógicamente no es un interrogatorio, quiero entender cómo encaja todo esto.

—Lo sé, Samuel me ha puesto al corriente. Le diré lo mismo aquí que ante el tribunal. No tengo más interés en este asunto que el de cumplir con lo que me requiera el juez.

—¿Por qué, después de tantos años, aparece su testimonio y un acuerdo privado que usted mismo redactó?

Aiden es directo, pero su tono es cercano. Parece tenerlo todo estudiado, incluso sus gestos.

El señor Holloway no es quien responde, sino Samuel, que se encarga de aclararlo con la calma de quien ya ha repetido esa explicación antes. Algunos matices jurídicos se me escapan, pero entiendo lo suficiente: el antiguo abogado de Fielding conservó

durante años documentación que nunca llegó al procedimiento, y el abogado de los Waverly ha pasado décadas hurgando, pidiendo y rebuscando hasta dar con algo distinto a lo ya sabido. Esta vez lo han encontrado. Y, por supuesto, no van a dejar pasar la oportunidad.

Eso también podría habérselo explicado yo. Esa gente lleva tantos años empeñada en ganar que, tarde o temprano, tenían que terminar encontrando hasta lo que parecía imposible.

—¿Usted, hasta ahora, no conocía este pleito?

—Me marché un año antes de que falleciera Fielding. He sabido de él ahora, cuando el abogado de Clifford Waverly se puso en contacto conmigo. Me habló de ese acuerdo y me pidió que confirmara su autenticidad y el contexto en que se firmó. Y aquí estoy. Llevo muchos años planeando mi vuelta a Wyoming y ahora la vida me ha puesto una buena oportunidad para no posponerlo más.

—¿Qué significa ese acuerdo?

—Significa lo que hay redactado, nada más. Que Fielding quiso recompensar a Warren y Clifford por su lealtad. Les pagó una cantidad de dinero muy generosa y redactó ese acuerdo para que no dudaran de que los incluiría en su testamento. Eso era todo. Les pagó y luego redactó el primer testamento.

—Me parece mucho dinero… Y si a eso añadimos unas tierras y una casa… ¿Tan «leales» eran?

—Alguien como Fielding, acostumbrado a tener enemigos por todas partes, pagaba bien la lealtad. Y le aseguro que esos dos hombres lo eran. Trabajaban para él desde que eran unos críos, eran su mano derecha en la finca. Él quiso premiarlos y lo hizo.

—El primer testamento los nombra a los dos —comenta Aiden—, pero Fielding decide dejar fuera a Waverly.

—Solo de las tierras; el dinero que les prometió se lo pagó a los dos.

—¿Por qué lo excluye?

—Eso es lo que yo le pregunté a Fielding cuando me ordenó redactar un testamento nuevo. No me contestó en el momento, solo me ordenó que hiciera lo que me pedía. Me sorprendió, pero solo

hice lo que me pidió. Fue poco antes de marcharme cuando me lo contó. Me dijo que Warren le había chantajeado y que no había tenido elección.

—¿No le dijo por qué le chantajeó?

—No. No me lo dijo, pero solo así se podía explicar un cambio tan extraño.

—¿Por qué se marchó de la finca?

—Para serle sincero, porque la forma de trabajar de Fielding y la mía chocaban. Estaba harto de sacarle de apuros. Él siempre lo quería hacer todo a su manera, y cuando quería saltarse la ley, todo se complicaba.

Aiden parece no tener más preguntas. Sé que está disgustado porque ese testimonio, aunque el juez no lo admita, parece decir la verdad.

—Señor Holloway —intervengo por primera vez. Ya era hora, me estaba sintiendo parte de la decoración del escritorio—. Supongo que usted conoció a Agnes Fielding…

Aiden me mira y asiente levemente. Es su forma de decirme que se había olvidado del tema.

—Agnes… Por supuesto que la conocí. Era una gran persona. No se merecía ese final. Era joven. Era mucho más joven que Fielding, se llevaban veinte años.

—¿Qué final? —pregunta Aiden.

—Salió a pasear, como hacía todas las mañanas, y sufrió un accidente. Rodó por un barranco y perdió la vida. Fue algo terrible.

—¿Cuándo murió? —pregunta Aiden.

—Dos años antes que Fielding.

Salimos del despacho poco después. Aiden está ausente y espero a que entremos en el coche para hablar con él.

—No, no ha aportado nada nuevo, ¿no? —pregunto completamente ajena a las conclusiones que haya podido sacar él.

—¿Has dudado de su palabra, Brooke?

Me coge desprevenida el tono que emplea. Es como si ahora me estuviera interrogando a mí en un estrado.

—La verdad es que parece… Bueno, no sé bien qué…

—¿Has dudado o no?

—Yo le creo. Otra cosa es que Fielding le mintiera.

—Lo importante es que le crea el juez. En este caso no hay más pilares que su testimonio y el propio acuerdo. No tiene intereses, no que conozcamos; ha estado fuera todo el tiempo que ha durado el pleito, ha vuelto por petición del abogado de Clifford… y ese acuerdo puede reforzar su versión, darle fuerza. Su firma está ahí, redactó los testamentos, los dos… Él estaba dentro… y no tiene motivos para mentir. Su situación económica es buena, más que buena, según me dijo Samuel…

—¿Qué quieres decir con todo eso? ¿Que es difícil ganar el juicio?

—Que Samuel tenía razón. El pacto es la única vía lógica, además de parecer lo más justo.

—Pues pacta.

Me mira incrédulo.

—¿Así sin más, Brooke? ¿No le damos unas cuantas vueltas más?

—¿Para qué?

—Si pudiéramos saber con qué lo chantajeó…

—Qué más da con qué, Aiden. Basta con creer que lo hubo. Si no lo hubiera habido, la casa se habría repartido entre los dos.

—Es que ya no me planteo si ese reparto era justo o no. Ahora quiero saber si estoy perdiendo el tiempo con Lorraine y no se merece ni siquiera un minuto de mi tiempo.

—¿A qué te refieres?

—A que me cuesta creer que Lorraine no conozca el motivo. Si alguien puede saberlo, es ella. Y tenemos que averiguarlo.

—¿Cómo?

—Preguntándoselo.

63

Aiden

Nada

Yo ya me he rendido hace rato. Llevamos más de dos horas rebuscando en todas las partes de… lo que queda de esta casa con el objetivo de encontrar «algo».

La teoría de Brooke es que, si apareció una carpeta con la carta de su padre, podría haber algo más que nos sorprendiera, pero se ha quedado en una teoría; no hemos encontrado nada.

Por suerte, ayer por la noche, cuando llegamos de casa de Samuel, pude frenarla, porque estaba dispuesta a revolver toda la casa nada más llegar.

La convencí, sin mucho esfuerzo —debo ser justo—, de que podíamos emplear el tiempo en otros placeres, y así lo hicimos. Uno de ellos tuvo como escenario la bañera y otro, una de las mecedoras.

No recuerdo haberme reído a carcajadas con tanta intensidad en toda mi vida, pero es que las posturas y el balanceo nos proporcionaron situaciones de lo más ridículas y surrealistas.

«Nada», ha dicho la última vez que ha pasado delante de mí, pero no ha desistido.

La han llamado de la residencia para confirmarle que puede visitarla dentro de dos horas, tal y como solicitó a primera hora de la mañana.

—Brooke, tenemos un camino muy largo por delante, ¿quieres dejar la búsqueda?

No me contesta. Debe de seguir en su empeño. Tendré que secuestrarla dentro de diez minutos; es el tiempo máximo que podemos permitirnos estar aquí: la residencia está a las afueras de Jackson.

No dejo de pensar en esa visita…

Lorraine sigue despierta, cada vez menos aturdida, con la mente clara y capacitada para mantener una conversación nítida y real. Esas han sido las palabras de la doctora. La insistencia de verla ha hecho que Brooke confirme la visita cuanto antes y que pregunte si hay inconveniente en que la acompañe su hijo.

«No, claro que no», ha dicho rotunda la doctora.

«Se alegró mucho cuando le dijimos que, mientras estaba dormida, le hicisteis una visita», ha añadido la enfermera, la que nos ha dado las pautas para verla:

Si algo la agobia, cambiar de tema.

No llevarle preocupaciones y mentirle si es necesario para que no se inquiete por nada.

Ser optimistas y evitar hablar del tiempo que ha estado dormida porque la pérdida de noción del tiempo le produce ansiedad.

¿Qué pasaría por su mente cuando le dijeron que yo la había visitado? Ese «se alegró mucho» no me parece muy acorde con la realidad. Debería contener algún matiz más. O no era consciente de lo que le estaban contando o esa enfermera no sabe bien de lo que habla. Claro que, si su paciente no ha dicho lo contrario, que reciba la visita de su hijo debe encajar perfectamente en el grupo de «se alegró mucho».

Con todas esas pautas va a ser difícil averiguar algo, tal y como pretende Brooke; por eso hemos decidido que la visita, a pesar de haber confirmado la presencia de los dos, la realizará solo ella. No niego que siento cierta curiosidad por saber qué diría o haría al tenerme delante, pero no quiero olvidar que es una persona enferma, que yo no soy como ella y que me resultaría muy difícil mantenerme callado y no decirle algo que acabaría comprometiendo su ya de por sí limitado estado de salud mental.

Es mejor que la visite Brooke, que la lleve a su terreno —si es que es posible hablar con ella— e intente sacar algo limpio de esta visita.

Sé que, a pesar de todo, le duele visitarla y verla en ese estado. Sé que, a pesar de sentir que le ha ocultado muchas cosas, la quiere

y le sigue estando agradecida por el tiempo que la cuidó y la ayudó a salir de aquel pozo oscuro en el que se sumergió cuando perdió a sus padres, pero también sé que ya no es la misma que defendía a su amiga y se negaba a traicionar su lucha con un pacto.

Somos un conjunto de sentimientos encontrados y de confusiones; eso somos.

—Brooke…

Me dispongo a reunirme con ella; esta vez debe salir de ese maldito desván, no podemos esperar.

Subo a toda prisa las escaleras y la encuentro sentada encima de unas cajas apiladas.

Está mirando al suelo y tiene una mano levantada ligeramente, con el puño apretado, tanto que se ven las marcas blancas de la presión.

Algo no va bien.

—Brooke… ¿qué ocurre?

Me mira con los ojos envueltos en lágrimas y abre la mano lentamente.

Me muestra su colgante, el de las montañas…

—He encontrado la otra mitad… —me aclara.

Me acerco rápidamente y me arrodillo frente a ella, observando que el suyo sigue colgado de su cuello.

Miro el collar que me muestra. Extraigo con cuidado el que lleva colgado al cuello, oculto bajo la blusa.

—Ella nunca se lo hubiera quitado, Aiden, jamás.

—¿Estás segura de que es el de tu madre?

—Sí, estoy segura.

—¿Lo llevaba puesto el día que…?

—Sí. Y lo chocamos como cada día antes de salir de casa, al despedirnos.

—¿Por qué lo tiene Lorraine?

—Eso quiero saber, Aiden, eso quiero —me dice, respirando de forma agitada.

—¿Dónde estaba?

—En ese armario, dentro de una caja con ovillos de lana.

—No sé cómo interpretar esto, Brooke —le digo mientras me incorporo y la ayudo a levantarse—. Puede que haya una explicación…

La estrecho contra mi cuerpo.

—Vamos a averiguarlo, Aiden… Vámonos.

—Brooke, espera, no creo que ahora…

—Ni se te ocurra intentar impedírmelo. Vamos a visitarla. Tengo muchas preguntas que hacerle y no me voy a marchar hasta que me conteste o hasta que vuelva a entrar en coma. ¿Vienes o te quedas?

—Yo conduzco…

Algo está a punto de cambiar, lo presiento.

64

Brooke

De espaldas

El trayecto de dos horas hasta la residencia ha servido para poner algo de orden en mi cabeza y adoptar la actitud que necesito de cara a la visita que estamos a punto de hacer.

No sé qué esperar ni sé qué busco exactamente, excepto respuestas cuyas preguntas ni siquiera sé cómo debo formular ni en qué estado estará la persona a la que pretendo hacérselas.

Las dudas no han desaparecido, pero al menos he podido, con la ayuda de Aiden, calmarme y establecer mi objetivo. Así lo ha llamado él.

—Brooke, debes mantener en todo momento la compostura. Quieres respuestas a algo que solo ella puede darte. Y ella está enferma; su cabeza puede desconectar en cualquier momento, bien por un día, bien por una semana, bien para siempre. Si eso ocurre, te quedas sin saber. Y ya te habrás dado cuenta de que en esta historia hay muchas opciones donde buscar. Ya has oído a la enfermera. Está completamente lúcida…

Tiene razón. De camino, la enfermera ha vuelto a contactar conmigo para asegurarse de que la visita seguía en pie. Al parecer, no deja de preguntar por mí y de pedirme que me llamen.

—Recuerden que es importante que ella esté calmada. Que lleve ella el ritmo de la conversación —nos indica mientras nos guía hacia una sala distinta a la de la anterior visita.

Cuando llegamos a la puerta, ella continúa con sus pautas.

—Hemos pensado que estaría mejor aquí, por las vistas al jardín. Le encantan las flores. Entraré primero a anunciarle que ya han llegado.

—Espere —le digo, enfrentándome a su dulce sonrisa—. De momento, solo debe anunciarme a mí. Queremos hacerlo poco a poco, despacio. Primero entraré yo y le diré que él también ha venido. La conocemos y sabemos cómo hacerlo.

Parece dudar.

—Ya le he dicho que vendrían los dos, es lo que usted me dijo, pero parece una buena opción.

Así lo hemos convenido Aiden y yo. Él cree que lo que ella esté dispuesta a contarme o yo a sonsacarle será más efectivo si él no está delante.

La enfermera entra y sale solo dos minutos después, aunque se me hacen eternos. ¿Tanto tiempo necesita para anunciarle que he llegado? ¡Dios! Me espero lo peor.

—Ya puede entrar —me dice, abriendo la puerta con una sonrisa.

Aiden da un paso hacia atrás para evitar ser visto. Lo miro, le guiño un ojo y entro despacio. La puerta sigue entornada.

Es una sala rectangular, muy amplia, repleta de sillones y elementos decorativos que invitan a la calma. La pared del frente es una hilera muy ancha de cristaleras que, efectivamente, como nos ha indicado la enfermera, desembocan en un jardín repleto de flores y pequeños árboles.

Lorraine está de espaldas, de cara al jardín. No puedo verla, pero sí la parte trasera de la amplia butaca que ocupa y parte de sus manos descansando en el reposabrazos.

—Brooke —escucho su voz.

—A… aquí estoy —le digo con entusiasmo.

En cuanto me pongo a su lado, ella me sonríe y yo me siento rápidamente a su lado, en una de las dos butacas que han colocado, y le cojo la mano.

Mi cabeza se gira hacia la puerta y algo muy rápido me cruza por la mente. Puede que se deba a la posición que ella ocupa, sumergida completamente en almohadones que le impiden moverse con facilidad.

Si va a decir algo importante, necesito que alguien más lo escuche.

—La puerta, espera, la cerraré —le digo sonriendo.

Me levanto con naturalidad, como si fuera un gesto sin importancia.

Corro hacia ella, la termino de abrir con cuidado, asomo la cabeza y le hago una señal a Aiden para que entre. Frunce el ceño y tengo que tirar de él. En cuanto entra, por suerte, entiende lo que pretendo. Le hago una señal de silencio con el dedo y otra con la mano para que se quede al final de la sala, junto a una de las paredes, fuera del ángulo directo de visión de la butaca.

Asiente con la cabeza mientras cierro la puerta con algo más de fuerza de la necesaria, para que Lorraine lo perciba.

Vuelvo a mi lugar y, en cuanto me siento, lo miro disimuladamente. Vuelve a asentir con la cabeza.

No podemos pensar. Si la enfermera entra o ocurre algo, deberemos improvisar.

—Brooke… —repite con una voz que me satisface. No es excesivamente débil como la imaginaba.

—Aquí estoy —digo antes de respirar hondo y cogerle la mano de nuevo—. Tienes muy buen aspecto.

—Brooke… esto es terrible, me paso el día dormida…

Habla con claridad, aunque su rostro refleja el cansancio y los días de desconexión. Sus movimientos son lentos y su mano está fría, teniendo en cuenta la temperatura de la sala, que es asfixiante.

No puedo mirar a Aiden, no mientras ella me mira fijamente, pero mataría por hacerlo.

Me siento bloqueada y, de repente, todo se me viene encima. No sé cómo conducir esta situación. Esto parece una escena de una película y me está sobrepasando.

«Céntrate, Brooke», me digo mientras aprovecho que Lorraine hace un movimiento para incorporarse. Miro a Aiden, me hace un gesto con las manos indicando calma. Respira, parece decirme. Me relaja, me da fuerza.

¿No estoy exagerando?

—Brooke, cariño, estás estupenda… —me dice, como si quisiera tranquilizarme ella a mí—. Yo no puedo decir lo mismo de mí.

—Todo irá bien, Lorraine, ya lo verás. Estamos hablando tranquilamente, eso es una buena señal.

—No tiene cura —me dice bruscamente, como si me estuviera llamando idiota por ser tan optimista.

—No pienses en ello ahora, tenemos mucho de lo que hablar.

—Estás nerviosa —me indica con un tono frío.

—Lo estoy. Tenía muchas ganas de verte, estoy muy preocupada por ti.

—No debes hacerlo, cariño. Estoy bien. Estamos hablando tranquilamente, eso es una buena señal.

No sé si esa repetición de mis palabras es buena o mala. No sé valorar su estado mental y me desinflo al pensar que puede que espere demasiado de este encuentro.

La observo mientras sonrío, mientras le acaricio una mano y siento que me está costando mucho hacerlo. Hay algo en ella que me produce rechazo. Sé que todo lo que he descubierto de ella está influyendo, especialmente el colgante, que descansa en mi bolsillo y siento que me está quemando.

—¿Hablaste con mi hijo?

Bien, me gusta que vaya al grano.

—Sí, lo hice, Lorraine. No sabía si debía contártelo tan pronto, me han dicho que no debo provocarte emociones fuertes.

—Bobadas. Estoy bien. No les hagas caso a esas enfermeras, cobran mucho dinero para sonreír y fingir que les importo.

No sé cómo tomarme eso, pero le voy a dar la razón en todo.

—Tienes razón, pero a mí sí me importas.

Sonríe ampliamente y coloca su otra mano sobre las que tenemos entrelazadas.

—Aiden aceptó el encargo que me diste —le digo, aprovechando un descuido para mirarlo a él y ver cómo asiente con la cabeza—. Se va a ocupar de tu juicio, te va a defender como mereces.

—Cuánto me alegro de escucharlo, Brooke —dice echándose hacia atrás, como si el peso que se ha quitado de encima le dejara sin fuerzas.

—Vino a visitarte…

—Lo sé.

—Se alegró mucho de verte.

—Lo sé, me lo dijeron.

—Volverá a visitarte, si lo deseas.

Se calla y mira hacia el jardín.

—No sé cuántos días faltan… El juicio…

—Pocos, muy pocos. Te mantendré informada, no te preocupes, todo saldrá bien.

No soy yo, parezco un robot y, si Lorraine está tan lúcida como empiezo a sospechar que está, debo relajarme y mostrarme más natural.

—No quería hablarte del juicio, pero veo que estás bien y puedo hablarte de todo. Esa enfermera es una exagerada, qué poco te conoce. Quiero que hablemos de todo, como siempre, me he cansado de ir con delicadeza. Tú estás bien, joder, menudo rollo me han soltado.

—Ya te lo he dicho. Cuando me duermo, no existo, pero estoy muy viva en este momento. Cansada y algo débil, pero nada más. No pienso desaprovechar ni un minuto mientras esté en este mundo consciente, ya tengo tiempo de dormir.

—Bien, pues vayamos al grano. Aprovechemos que estás bien y hablemos de todo, como siempre, sin tapujos. Aiden se encarga de tu caso y está trabajando en ello. Lo tengo todo controlado. No pienso irme de Moonridge hasta que se celebre y pueda informarte de todo.

—Mi niña… ¿A qué has venido a Moonridge?

Joder, esto me descoloca.

—A vender la casa de mi madre, por fin… ¿recuerdas que era un problema mantenerla?

—Cierto, cariño, lo había olvidado.

—Ya la he vendido y debo decirte que he tenido que instalarme en tu casa, espero que no te importe.

—Claro que no, por supuesto que debes instalarte. Tampoco tienes más opciones, ya sabes de quién es el único hotel que hay en Moonridge. Esa escoria de gente…

—Entonces —le digo cambiando de tema, no creo que alterarla con el recuerdo de los Waverly sea buena idea. ¿O sí?— no te importa que esté en tu casa.

—Claro que no, esa casa es tu casa, es para ti, Brooke, es tuya…

—Gracias, Lorraine —le digo fingiendo entusiasmo.

—Cuida de mis flores. Llama a Michael para que no se olvide de ir una vez por semana, ¿o eran dos?

—No te preocupes, Michael sabe lo que tiene que hacer, descuida. Tus flores están preciosas.

Eso parece agradarle y gira la cabeza en dirección al jardín. Aprovecho para mirar a Aiden, que asiente con la cabeza. Su mano me indica que debo profundizar más, o al menos es lo que interpreto.

—Lorraine, has hecho muchos cambios en tu casa, no me lo habías dicho.

—He hecho cambios, sí. Me gusta cómo está mi casa… me gusta mi jardín… Pero debo hacer más cambios, no sé si podré, Brooke. Si esta maldita enfermedad me lo permite, iré a visitar mi casa, aunque solo sea por unas horas, quiero despedirme de ella. De mi jardín… Sobre todo de mis flores… Quiero ver la lavanda y las margaritas blancas…

—Claro, seguro que las verás.

—Son especiales…

Me niego a hablar de flores, esto tiene que acabar.

—Hay algo que quiero preguntarte, Lorraine, y quiero que seas sincera conmigo. Es importante para mí. Eres la única persona que puede ayudarme a entenderlo, la única, y necesito tu ayuda. Como me has ayudado siempre, cuando cuidaste de mí durante mi peor época. Igual que cuando te llamo y te cuento mis problemas y me escuchas… Siempre me has cuidado, eres… como una madre para mí…

Reacciona.

—Brooke —me dice tocándome la mejilla. Una lágrima resbala por la suya y aprovecho para mirar a Aiden, que esta vez se limita a levantar el dedo pulgar.

—Verás, Lorraine…

—¿Qué te pasa? ¿Qué necesitas?

—Quiero que me cuentes, sin miedo, lo que le pasó a mi madre. Sé que has sufrido mucho por ello y quiero que me lo digas. He encontrado este collar en tu casa, sé que lo guardas con mucho cariño. ¿Qué pasó?

Sonríe y alarga la mano para cogerlo. No parece impactada. Aiden junta las manos en señal de rezo. Creo que, como a mí, se le ha parado el corazón.

Aunque desconocemos qué significa y que quizás pueda tener alguna explicación, en ningún momento he dudado de que hay algo que no encaja, algo que no me va a gustar.

Solo así se puede explicar el paripé que estoy montando delante de ella para que no se altere y me dé alguna pista.

Solo tengo en la cabeza aquel día en el que me dijo adiós delante de la parada del autobús, el mismo día en que, minutos antes, al salir de casa, chocamos nuestros colgantes.

Nadie la vio en el intervalo entre ese momento y el hallazgo de su ropa. Nadie.

—Es igual que el mío —le digo mientras observo cómo lo acaricia con la yema de los dedos, como si reconociera cada curva.

Me lo devuelve y se echa hacia atrás. Enfoca su mirada hacia el jardín.

—¿Por qué lo has guardado tanto tiempo? —le pregunto, sintiendo que quizás la pregunta no está bien formulada.

Silencio.

Un silencio espeso, demasiado largo.

Me desespero.

Miro a Aiden, que niega con la cabeza, pidiéndome paciencia.

—¿Te lo regaló ella? —insisto sin esperanza. En cualquier momento puede ponerse a gritar, o ladear la cabeza desconectando o… cualquier cosa que indicaría el fin de las respuestas.

—No, no me lo regaló. —Hace una pausa mínima, casi imperceptible—. Se lo quité yo. Se lo quité el día que la maté.

65

Aiden

Aguanta

Por un momento, creo que no he escuchado bien las palabras que acaba de pronunciar Lorraine… hasta que veo la expresión de Brooke, que está inmóvil, con la mirada fija en Lorraine.

Siento tanta presión en el pecho que me llevo la mano a él, intentando amortiguar el impacto.

Necesito que me mire, que algo me indique cómo debo actuar, porque soy incapaz de decidir si debo acercarme a ella o no.

Por fin levanta la mirada, aterrada, y la presión en el pecho aumenta.

Doy un paso hacia delante, pero ella me hace un gesto con la mano, mientras finge arreglarse el pelo, que hace que me detenga.

Puede que sí lo haya escuchado mal, puede que esa mujer no haya dicho que ella mató a la madre de Brooke.

Tiene que ser eso, una confusión, de ahí que Brooke no reaccione.

Pero estoy equivocado. Las primeras palabras que pronuncia Brooke, así como su pose erguida y la manera en que se sujeta las manos, me lo confirman.

—¿Por qué la mataste? ¿Es eso lo que has dicho?

Está aguantando. Por un lado, aplaudo su iniciativa, pero me duele entender lo que debe estar sintiendo en este momento.

Entonces me mira, asiento con la cabeza y la animo. En un momento de claridad, he entendido que si ahora se acaba la conversación, será insuficiente, le dejará miles de dudas y será peor.

Hago un movimiento con las manos: calma.

—Yo no quería hacerlo, pero ella se portó mal conmigo, Brooke. No quiero hablarte mal de ella, pero se portó mal.

—¿Por qué?

Lorraine se calla. Por la forma en que Brooke me mira, deduzco que debe de tener la mirada puesta en otro punto, de ahí que ella se arriesgue a dirigirse a mí.

—Cuéntame, Lorraine —dice en un tono calmado, casi entusiasta, que ha debido arañarle por dentro de todas las maneras posibles—. Quiero verdades, siempre las quiero. Eso es lo que tú siempre has dicho cuando me has hablado de tu casa. Solo defiendo la verdad, es lo que decías, es la única que importa. Por mí no te preocupes, sé más de lo que crees. Sé que estuviste enamorada de mi padre… de Allan.

—Mi Allan…

—Leí la carta, Lorraine. Había tanto dolor en ella…

Desde aquí no puedo ver lo que ocurre, pero la forma en que Brooke gira la cabeza y sonríe me indica que ella debe de estar mirándola fijamente.

Esto me está costando mucho asimilar. ¿Qué hago?

—Esa enfermera me va a echar y no vamos a tener tiempo. Tengo que irme pronto, Lorraine, tengo que ayudar a Aiden a preparar el juicio.

—Allan me quería, lo sé, pero estaba perdido. Hellen quería dejarlo, quería divorciarse de él. Se marchó con su hija a Boston… Contigo… —añade, como si la rectificación fuera necesaria—. Y él estaba muy triste, desesperado… Vino a verme y me lo contó. Pobre Allan, estaba perdido. Habían pasado muchos años, pero yo le seguía queriendo, tu madre no le quiso igual. Le consolé como solo yo sabía hacerlo y él dejó de estar tan triste. Le acaricié, le toqué el pelo como a él le gustaba, le coloqué un mechón… pero se enfadó, se enfadó porque estaba perdido y… me dijo cosas terribles. Maldito Allan, me despreció después de todo lo que siempre hice por él… Tantos años después, se atreve a despreciarme, a insultarme… Solo era un beso, solo era un beso para decirle que todo estaba como siempre. Le dije que yo le cuidaría, que se olvidara de Hellen, y me dijo que estaba loca… Loca… ¡Maldito sea! Pero estaba perdido, Brooke, yo no quería matarlo, no quería, pero él hizo que yo estuviera perdida también y lo golpeé una y otra vez, por todos los años en que lo amé, en que lo quise… Nos impidieron estar juntos y

él prefirió a tu madre, a mi amiga… Y yo callé… Y me llamó loca, a mí…

Brooke sigue hipnotizada. Sus ojos, que ya son grandes de por sí, ahora parecen focos brillantes enfocando la figura de Lorraine.

Joder… ¿Mató a su padre? Esto solo pueden ser desvaríos.

No puede ser que ella haya dicho algo así.

—¿Mataste a… Allan, Lorraine?

—Sí, eso hice, no me gusta admitirlo…

—Allan tuvo un accidente con la camioneta… Encontraron su cuerpo calcinado… ¿Qué pudo pasar? Me lo estás contando muy bien y empiezo a entenderlo, pero me faltan detalles… es bueno saber la verdad…

Le dice Brooke mordiéndose, entre palabra y palabra, los labios.

—Gianni me ayudó, más de lo que cree.

El tono de voz de Lorraine ha cambiado, es más firme, más templado, más seguro. A Brooke no le pasa desapercibido y me mira. Noto que traga saliva y, como un idiota, le vuelvo a pedir calma.

Joder, menudo papel me ha tocado.

Lorraine se anima a seguir y esta vez no se detiene. Sigue con el tono firme y amplía el relato sin que Brooke se lo tenga que pedir. Intercambiamos miradas, lo único que me permite saber que Brooke lo tiene todo más o menos bajo control, aunque se esté abrasando por dentro. Es fuerte, más de lo que ya sospechaba. Joder, lo que daría por abrazarla y sacarla de aquí.

—Allan aparcó su camioneta delante de mi casa y eso era un gran problema. Llamé a Gianni y le pedí ayuda. Le hice creer que Allan me había pedido que llevara su camioneta hasta Deadman's Gulch y que yo había perdido la práctica en conducir por esos terrenos. Fuimos juntos en la camioneta de Allan y cuando llegamos… lo golpeé. No dudé. Con mis padres se volvió muy ambicioso y dejó de ayudarles. El plan era perfecto… Era perfecto. Lo más complicado fue vestirlo con las ropas de Allan… Lo había desnudado antes de que llegara Gianni… Pude disfrutar de su cuerpo una vez más, como antes —cambia el tono y lo endurece—. La

camioneta se estrelló cuando la empujé hasta el barranco con Gianni dentro. Explotó y el alcohol que había introducido hizo que ardiera y ardiera… Nunca supieron quién era. Nadie tuvo nunca la duda de que fuera Allan. Esa es la verdad, Brooke.

—¿El que hay enterrado en el cementerio es Gianni?

—Sí. A Allan lo enterré en otra parte.

Guarda silencio.

—¿Y mi madre, Lorraine? ¿Qué pasó?

—Se presentó en mi casa, poco después de la muerte de Allan, para exigirme que le explicara esa carta… Yo ya ni siquiera me acordaba. Se la había enviado doce años antes, pero esa no la habían devuelto. La otra sí…

—La que yo leí es la que devolvieron… ¿cierto?

—Sí, pero le escribí otra después y no la devolvió. Se la quedó. Tu madre la encontró entre sus cosas después de su muerte. Se puso a revolverlo todo, quería desprenderse de todos sus recuerdos y encontró mi carta. Ya no me acordaba de ella, pero tu madre vino a exigirme respuestas. Estaba muy enfadada… Doce años después me pide explicaciones, con todo lo que yo callé, con todo lo que hice para que ella fuera feliz, con todo lo que sacrifiqué… Quería divorciarse y me pide explicaciones de una carta escrita hace doce años. Se lo dije claramente, que yo lo había querido al contrario que ella, se lo dije todo… Que mientras ella se daba aires de grandeza en Boston yo cuidé de él, y estuvimos juntos hasta que ella apareció.

—¿Os peleasteis? ¿Qué pasó?

—Me insultó y me dio una bofetada. Perdí los nervios y la empujé tan fuerte que se golpeó contra la pared. Y luego más fuerte, y más… no la quería viva, no, ella solita se lo había buscado. Fue más fácil que con Allan. Me bastó con llevar su ropa a la orilla del río. No la buscaron mucho, la nota y algunas personas que dijeron que estaba triste ayudaron a creer que se había suicidado. Sé que esto te puede doler…

Aunque apenas me tengo en pie, soy capaz de diferenciar que por primera vez se dirige a ella hablando de dolor hacia Brooke, como si fuera consciente ahora de que ella lo está escuchando.

—Y… ¿dónde está mi madre, Lorraine? Nadie la encontró.

—Esa estúpida de Rachel… Hellen fue a hablar con ella antes de hablar conmigo y le contó lo de la carta… Estúpidas… Y Rachel no le dijo que ella lo sabía todo… Hipócrita… Pero yo se lo aclaré, no podía dejarlo así. Rachel fue la que nos ayudó a estar juntos… Y no tuvo valor de decírselo…

—Pero… eso fue antes de que se casaran… ¿no es así, Lorraine?

—Pero lo sabía y no le dijo que lo sabía, fingió…

—Entonces… ¿Rachel sabe todo esto?

—No… claro que no, pero quiso hacerse la lista conmigo y la puse en su sitio. Ella no sabía nada, ella solo era una estúpida que no tenía valor para nada.

—¿Rachel sabe que mataste a… los dos… a Hellen y a Allan? —pregunta Brooke con un tono que empieza a dejarme claro que está perdiendo toda la fuerza.

—No, ella no lo sabe, quiso entrometerse y la puse en su sitio.

—¿Dónde están? Dime dónde están, para que la verdad sea más verdad, Lorraine. Has hecho mucho esfuerzo, no quiero cansarte.

—Perdóname, Brooke.

Brooke hace un gesto brusco, deduzco que Lorraine ha querido acariciarla y ella ha retirado la mano. Se levanta, ya no debe poder seguir más. No, ahora no, Brooke, debes saber dónde los enterró.

—Perdóname, yo… los quise a los dos, lo juro.

—Pero los mataste… Lorraine.

—No puedo morirme sin decir la verdad, no quiero. El reverendo Martin dice que debo hacerlo, que si no entraré en otro infierno peor que el que ha sido mi vida… Perdóname, Brooke…

Brooke tiene una oportunidad de oro para saber dónde están enterrados, pero su cabeza ya no rige igual, está sobrepasada, lo noto.

Hasta la mía empieza a estarlo. Ya no sé si esto es real o lo estoy soñando, si la que habla es una mujer que sabe lo que dice o es un delirio.

No, no puede ser un delirio. Esa maldita mujer sabe lo que dice.

Brooke flaquea, sus lágrimas empiezan a descender por las mejillas y le vuelve a preguntar dónde están, pero no hay respuesta, solo un débil «perdóname, mi niña».

No puedo seguir aquí como un pasmarote, no va a decir nada.

Recorro los pocos metros que nos separan a toda prisa. El pistoletazo de salida lo da cuando Brooke me mira suplicante.

Me acerco a ella, me agacho a su lado y la abrazo con fuerza.

Y por primera vez en diecinueve años me enfrento a la mirada de ese monstruo.

66

Aiden

Sus ojos

Mantenemos la mirada mientras abrazo a Brooke y hago todo lo posible por no perder el equilibrio. Agachado, con ella entre mis brazos y la cabeza girada hacia ese monstruo que tengo delante. La suya es serena, como si nada pudiera alterarle el pulso.

No veo a la mujer enferma y frágil que necesita almohadones para sostenerse. Veo a la mujer que se marchó. La que decidió que Moonridge era más importante que su hijo. La que acaba de confesar dos asesinatos: el de su antiguo amante, el de su amiga.

Acaba de confesar una atrocidad y no hay rastro de miedo. Ni culpa visible. Solo cansancio. Y algo que no sé identificar, quizás la sorpresa de verme.

—Dinos dónde están —le digo sin rodeos mientras Brooke sigue abrazada a mí.

Mi voz no tiembla. Me sorprende.

Brooke se mantiene rígida, pero me aprieta con fuerza contra su cuerpo. No quiero mirarla porque si lo hago voy a perder el control.

—Dinos dónde están los cuerpos —repito, más firme—. Si de verdad quieres decir la verdad, empieza por ahí. ¿Quieres perdón? Di dónde están.

Lorraine parpadea despacio.

—Aiden…

Me cuesta escuchar mi nombre en su boca después de veinte años.

—Sí, Aiden, ese soy yo… Dinos dónde están.

Silencio.

—Si quieres perdón, dínoslo. Ahora.

Sigue mirándome. No responde. Empiezo a desesperarme. Quiero salir de aquí, quiero su maldita revelación.

—No olvides que soy tu abogado, Lorraine, que tengo en mis manos el honor de tu padre y la forma de hundir a los Waverly para siempre.

Ahí sí reacciona. Respira con algo más de dificultad, mira a Brooke, me mira, baja la cabeza. Mira al vacío.

—El juicio…

Lo dice como si acabara de recordarlo. Como si esa palabra existiera en otra dimensión.

Durante un segundo pienso que ha desconectado, que no ha entendido nada de lo que acaba de decir, que ni siquiera ha sido consciente de que esa confesión podría destruir cualquier estrategia legal.

—Sí, el juicio —me inclino ligeramente hacia ella—. El juicio en el que voy a representarte. El juicio por el que me pediste que viniera. A cambio, quiero saber dónde están enterrados Allan y Hellen.

Sus ojos se mueven. Hay algo. Una chispa mínima.

—Perdóname…

—Dime dónde están, te perdono y me cargo a los Waverly. Ellos no te quisieron como nuera, te despreciaron… Y también a Brooke. Son malos, déjame que los ponga en su sitio de una vez por todas, pero solo lo haré si me dices dónde están los cuerpos.

—Te lo diré… No quería morirme sin decirlo…

—Entonces dilo. ¿Dónde están?

Brooke respira de forma irregular a mi lado. La siento tambalearse, pero no se cae.

Joder, esto es una carrera contrarreloj.

Lorraine gira la cabeza hacia el jardín.

—Están conmigo. Él está conmigo y ella también —murmura—. Como debían estar.

No me gusta cómo suena eso.

—¿Dónde?

Se le escapa una sonrisa mínima.

—En mi jardín. Allan debajo de la lavanda. Hellen debajo de las margaritas.

67

Brooke

Despierta

Me desprendo de los brazos de Aiden cuando escucho el lugar donde están enterrados y me lanzo hacia ella.
Aiden me detiene, de lo contrario no sé lo que habría sido capaz de hacer.

—Maldita hija de puta… —le suelto con tanto odio que hasta me asusto.

Aiden tira de mí hasta el centro de la sala mientras yo sigo intentando deshacerme de sus brazos con la mirada puesta en la espalda del sillón donde ella está sentada.

Aiden me sujeta con fuerza por los hombros, me acaricia rápidamente, me obliga a mirarlo y poco a poco voy recobrando la calma, aunque no la normalidad en la respiración.

Me coloca la ropa en su sitio y hasta me peina, sin dejar que desvíe la mirada de la suya.

Una luz roja ilumina el techo. Aiden y yo miramos en dirección a la puerta cuando se abre pocos segundos después.

Entra la enfermera con gesto preocupado y nos observa.

—¿Algo va mal? —pregunta.

—Ya nos marchamos… —le aclara él.

—No era necesario activar el aviso de emergencias —nos indica forzando una sonrisa mientras se dirige a Lorraine.

Aiden hace un intento de salir, pero le freno. Debemos esperar para saber qué dice o hace ella.

—Lorraine… —dice acercándose a ella.

—Llévame a mi habitación, preciosa —le dice con calma, como si nada hubiera pasado.

Respiro con alivio al atravesar la maldita puerta.

Salimos al pasillo. Aiden me sujeta la mano y tira de mí en cuanto encuentra un baño; nos metemos dentro a toda prisa. Se apoya sobre el lavabo, se mira en el espejo y se refresca la nuca. Yo le imito por inercia y, al acabar, me abrazo a él. Pero… debo desprenderme rápidamente de su abrazo cuando siento la necesidad de correr hacia el inodoro, dentro de un cubículo, donde vacío mi estómago al tiempo que siento dolor en todos los músculos de mi cuerpo.

Aiden espera y golpea la puerta, entreabierta.

—¿Estás bien?

—Sí, solo estoy vomitando —le digo con dificultad.

Le escucho reír. Es lo que menos nos apetece, pero lo mejor para este momento.

—Vámonos —me dice cuando me ve salir, algo más entera, más pálida y menos rígida.

Me sujeta de nuevo la mano.

Emprendemos la marcha.

—Mi abrigo… Mi bolso… —le digo recordando que hemos salido a toda prisa.

Volvemos sobre nuestros pasos y encontramos a la enfermera con lo que buscamos en la mano.

Se alegra al vernos, sonríe y nos ofrece orgullosa lo que ha encontrado.

—Estaba a punto de llamarles… —indica dejando claro que lo tiene todo estudiado.

—Gracias… —le digo cuando me apodero de ello antes de darme la vuelta con la necesidad de huir.

—Está muy contenta por la visita…

—Hija de puta… —le digo, consiguiendo que su rostro se convierta en algo parecido al terror.

Aiden tira de mí:

—Se refiere a ella —le aclara para que no se ofenda—. A Lorraine. A usted… le damos las gracias.

Diez minutos después, por fin, abandonamos el centro y entramos en el coche.

Aiden me mira mientras me coloco el cinturón.

Alarga la mano para impedírmelo y me coge la mano.

Ya no puedo controlarme más. Me abrazo a él y rompo a llorar. Permanecemos abrazados tanto rato, que temo que alguien venga a echarnos del aparcamiento.

—¿La has oído, Aiden? Está loca, Aiden, es una maldita loca. Ella los mató, joder, esto es una locura, no puedo entenderlo… Mató a mis padres, a Gianni… Es él quien está enterrado en la tumba de mi padre…

—Creo que lo mejor que podemos hacer ahora es buscar un hotel y hablarlo con tranquilidad.

—No, Aiden, quiero volver a Moonridge.

—No es el momento, Brooke, tenemos que calmarnos, reflexionar sobre lo que ha dicho, pensarlo desde otra perspectiva.

—Estoy bien, joder, ¿no lo ves? No puedo meterme en un hotel sabiendo que están en su jardín.

—Puede que sea mentira, puede que todo sea un delirio… Por eso tenemos que pensarlo con calma.

—Sabes, como yo, que no es mentira, lo sabes, lo intuyes… Vamos a comprobarlo, Aiden, no me dejes sola ahora…

—¿Qué quieres hacer, Brooke?

—Buscar debajo de esas flores. Vamos, Aiden, no le des más vueltas, por favor…

Me mira fijamente y niega con la cabeza.

—No podemos hacer eso todavía… Debemos calmarnos, analizarlo todo.

—Estoy mal, Aiden, me duele el alma y todo lo que hay debajo de mi piel, pero estoy entera. Soy fuerte, Aiden. No sirvo para quedarme llorando y maldiciendo. Quiero un paso más, quiero acabar con esto de una vez porque vamos a terminar tan locos como ella. Vamos a ese jardín… Te juro que estoy bien.

Le cuesta decidir, pero finalmente, después de dos largos minutos, acepta.

—De acuerdo —me dice poniendo el coche en marcha.

Tardamos media hora en pronunciar la primera palabra. Y, de ahí en adelante, no volvemos a permitir que el silencio nos invada. Sabemos el daño que hace.

Con una fuerza que no sé de dónde sacamos, comentamos cada palabra, cada frase y cada actitud de Lorraine. Heridos, eso sí, pero sin hundirnos.

Sé que esta fortaleza tiene que ver con la rabia y la adrenalina que nos envuelve; también sé que desaparecerá, que vendrá el momento «me rompo», pero no será ahora.

Su móvil anuncia una llamada. La ignora. A los pocos minutos, otra que ignora también.

—¿No vas a responder?

—No. Son Jayce y Cassidy. Ya sé lo que quieren.

—¿Qué quieren? —le pregunto—. No necesito saberlo, pero quiero entretenerme.

Sonríe.

—Sé que me llaman porque he hablado esta mañana con mis padres y quieren asegurarse de que estoy bien. Así funciona mi familia. Estamos preocupados por uno de nosotros, le preguntamos directamente y luego enviamos a alguien a que compruebe si es verdad.

—¿Qué les has dicho a tus padres para preocuparlos?

—Solo hemos hablado del juicio. No les he contado nada más.

—Podrías llamarlos ahora. Diles que no se preocupen, que estás bien, que has descubierto que Lorraine estuvo enamorada de Allan toda su vida, que lo mató, que mató también a mi madre, al ayudante de tu abuelo y que vamos a descubrir dónde están enterrados.

Me mira.

—Joder, Brooke, parecía la sinopsis de una película, pero es real…

—¿Les has dicho que vives en un invernadero?

—No —me dice jugando con la voz.

—¿Que vives conmigo?

—Sí.

—¿Que casi nos ahogamos con unas tuberías?

—No.

—¿Que has comido arce?

—Sí, eso también.

—¿Que no te estás cuidando la pierna?

—No.

—¿Que has perdido habilidades follando y estás preocupado?

—Joder, Brooke, eres…

—¿Salvaje?

—Salvaje, Brooke, sin duda salvaje —le digo entre la resignación y el entusiasmo.

—¿Qué vamos a hacer, Aiden?

—Estar unidos y tomar decisiones correctas.

—Vale —le digo como si estuviera hablando con el líder de una secta. No pienso, solo asiento y me transmite seguridad.

Me acaricia la mano y le devuelvo la caricia.

El resto del camino permanecemos sorprendentemente calmados, pero no callados. Necesitamos volver a repasar esa maldita conversación.

Cuando llegamos a casa de Lorraine, vemos un coche que no nos resulta familiar y nos encogemos de hombros.

Miramos alrededor, pero no vemos a nadie. Es raro. La casa está algo apartada, nadie acudiría con intenciones de solo aparcar.

Entramos despacio. Yo, confieso en voz alta, tengo el corazón a punto de salirse de su sitio. Él, que nunca pensó que tendría que vivir algo así.

Nos quedamos de pie en el centro del salón mirando hacia el jardín y localizo las flores: margaritas en la parte norte, lavanda en el centro.

No somos capaces de explicar cómo es el escalofrío que nos envuelve en este momento, pero su explicación y la mía nos proporciona una idea aproximada de lo devastador que es el del otro, aparte del propio.

El timbre de la puerta suena y nos sobresalta. Alguien tiene prisa. Alguien es inoportuno.

Ambos decidimos abrir, no solo por la insistencia, sino porque todavía necesitamos fuerzas para llevar a cabo lo que pretendemos.

No puedo creerme lo que tenemos delante. Tampoco Aiden, que parece aterrorizado.

Son Cassidy y Jayce, que nos miran sonrientes.

68

Aiden

Visita

No doy crédito a lo que veo. No puede ser. Jayce y Cassidy no pueden estar delante de la puerta de la casa de Lorraine.

—Joder —consigo decir.

—Eso es que se alegra de vernos, Jayce —dice Cassidy con ironía.

—Hola, Brooke —le dice Jayce ofreciéndole la mano—. Me alegro de verte. ¿Se está comportando mi hermano?

—A ratos —se anima a decir ella aceptando sonriente su mano.

—¿Te acuerdas de mí? —dice Cassidy.

—Claro, ¿cómo voy a olvidarme? —admite Brooke con una sonrisa mientras se acerca a ella y le da un abrazo rápido.

Su reacción ha sido buena y eso me anima, pero todavía no puedo dejar de pensar en lo inoportuna que es esta visita.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —es lo único que se me ocurre decir.

—Turismo —dice Jayce—. Descartamos Los Ángeles y Miami y nos decidimos por Mo… Moonridge.

Cassidy le golpea en el brazo.

—Hemos estado en Chicago y… con tres horas de vuelo y dos de coche, podíamos saludarte. Queríamos asegurarnos de que estabas bien. No te molestas mucho en ponernos al día.

—¿Somos inoportunos? —añade Jayce—. Hemos venido antes y no estabais.

Brooke se aparta para que entren y me hace una señal para que haga lo mismo. Ha debido intuir mi colapso.

Reacciono. Estoy contento de verlos, se han desviado desde Chicago para verme, pero no puedo quitarme de la cabeza lo que

tenemos entre manos. Brooke disimula, pero sus miradas me dicen que está pensando lo mismo.

Entramos lentamente. Los miro. Sé que no dicen nada, pero están perplejos por todo lo que van observando.

—¿Cómo nos habéis encontrado? —pregunto para romper el silencio.

—Preguntando por la casa de Lorraine. No me acordaba del apellido, pero no ha habido problema. Una señora encantadora nos lo ha indicado —indica Jayce, que no deja de mirar alrededor.

—Nos ha contado que está enferma, que su hijo estaba aquí… ¡Dios! Cómo son los pueblos… —se queja Cassidy.

Brooke y yo nos miramos y a ellos no les pasa desapercibido.

—¿Estáis bien? Solo hemos venido a saludar, podemos explorar este lugar y largarnos mañana, no debéis preocuparos —nos suelta Jayce.

Sé que está molesto por mi forma de recibirlos.

Brooke y yo nos miramos. Ella se encoge de hombros.

—¿Nos concedéis un minuto? —les digo mientras se miran sorprendidos.

Le hago una señal a Brooke y salimos al vestíbulo.

—¿Qué haces, Aiden?

—O me invento algo para que se vayan, o seguimos como si nada, o se lo contamos todo.

—¡Eh! No puedes echarlos, eso no es justo. Han venido a visitarte. Puede que no sea el mejor momento, pero ellos no tienen la culpa. Antes o después se tienen que enterar. Se trata de Lorraine… tendrás que contárselo. Y… sea lo que sea lo que descubramos, no vamos a mantenerlo en secreto.

—¿Cómo les cuento eso? Si ni siquiera sabemos qué vamos a encontrar…

—Yo te ayudo, no te preocupes, pero… si algo está claro es que no podemos actuar como si nada hubiera pasado.

—¿Estás bien? —le pregunto.

—Sí, asimilando esta locura, con miedo a lo que nos quede por ver, pero… sí. Estoy bien. Nadie me va a contar que están muertos, ya lo estaban. Pero… al menos, serán reales. ¿Y tú?

—Estoy bien, un poco descolocado con la visita, pero me alegro de verlos.

—Pues demuéstraselo y diles la verdad. Te ayudaré.

Le doy un beso en los labios y ella me aprieta la barbilla.

Las caras de Cassidy y Jayce están a pocos metros, observando la escena. No nos hemos dado cuenta de ello.

—Creo que esta visita no ha sido buena idea —comenta Cassidy, consiguiendo que se me rompa el corazón—. Lo entendemos, solo queríamos…

—¡Eh! —la interrumpo mientras me acerco a ella—. Me alegro mucho de que estéis aquí, pero entenderéis, dentro de un rato, por qué nos comportamos así. No es por vosotros, sino por el momento en que se ha producido vuestra visita. Hay algo que quiero contaros, algo… delicado.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Cassidy.

Jayce guarda silencio y se cruza de brazos, esperando.

—Ha ocurrido algo hace un par de horas —continúo—. Acabamos de llegar. Hemos estado en Jackson, en la clínica donde está Lorraine ingresada. No os he atendido la llamada porque estábamos intentando recuperarnos de algo que hemos escuchado. Tiene que ver con ella…

—¿Se ha muerto? —pregunta Cassidy, impactada.

Guardo silencio. Miro a Jayce. Cambia su expresión. Sabe que me pasa algo.

—No, no se ha muerto —aclara Brooke—. Es una historia un poco larga, así que intentaremos abreviar y que la comprendáis. Aiden y yo estábamos a punto de… hacer algo importante, algo delicado, pero será mejor que os contemos lo que está pasando. Yo… por mi parte, os doy la bienvenida a este pueblo de mierda y a esta casa de mierda.

Ambos la miran y sonríen.

—Me muero por saber de qué estáis hablando… —admite Cassidy.

—Esta es la casa de Lorraine y… como veis es algo rara. Ella la modificó y trasladó toda su vida a esa zona. El resto está vacío. Vayamos para allá, será mejor.

—¿Vacía? ¿Arriba no hay nada? —pregunta Cassidy mientras nos dirigimos hacia el salón, junto al jardín.

—Un desván con trastos —aclara Brooke.

—Veréis, hemos ido a… visitar a Lorraine —le digo algo afectado —. Ha despertado de ese trance que os conté y… estaba lúcida. Es una larga historia, ahora no puedo entrar en detalles o perderemos tiempo y tenemos algo importante que hacer.

—Pero ¿qué pasa? —pregunta Cassidy—. Aiden…

—Sentaos —les pide Brooke mirando de vez en cuando de reojo al jardín—. En cuanto os lo contemos, saldréis corriendo, pero de momento sentaos.

Ambos se miran y obedecen.

Brooke acerca las dos únicas sillas que hay junto a la mesa y las coloca frente a las mecedoras.

—Venga, ¿qué coño pasa? —pregunta Jayce, inclinándose hacia delante, impaciente.

Alternamos el relato entre los dos. Breve, directo, sin emociones. Ya tendrán tiempo de sacar conclusiones. Empezamos por narrar la muerte de sus padres en el pasado, algo del juicio, la medalla, la carta y un resumen de la conversación de Lorraine, con asesinato incluido.

Ni a ella ni a mí nos apetecía contar este relato, pero me ha ayudado y se lo agradezco enormemente. No podíamos echarlos ni tampoco empezar el relato por el final. «En el jardín, supuestamente, hay dos cuerpos enterrados». No era un buen comienzo.

La cara de Cassidy adquiere todas las expresiones. Se tapa la boca, abre mucho los ojos, suelta un grito, maldice, nos mira, le dice a Brooke cuánto lo siente, nos pregunta cómo estamos… Y eso que

todavía no hemos llegado a la mejor parte. Nos hemos quedado en la confesión y relato del asesinato.

Jayce, como siempre, no expresa nada, pero la forma de mirarme me indica que está disgustado.

—¿Os lo ha dicho o no? —pregunta por fin, sin apartar los ojos de mí—. ¿Sabéis dónde están?

—Sí —contesta Brooke—. Tu hermano cogió las riendas, le plantó cara y consiguió que confesara.

—Dios mío. ¿Qué hizo con los pobres? —se escandaliza Cassidy.

Brooke y yo miramos hacia el jardín y señalamos, y ellos nos siguen el gesto con la cabeza.

—¡No jodas! —dice Jayce, incorporándose del todo.

—¿Qué pasa? No entiendo. Ahí… ¿Qué pasa ahí? —pregunta Cassidy, girándose hacia el jardín, confundida.

—Nos ha dicho que están en ese jardín, Cassidy. Debajo de esas margaritas y esa lavanda —le aclaro.

Cassidy da un salto como si los tuviera debajo.

—Llamad a la policía —sugiere, aterrorizada.

—Espera, Cassidy, tranquila —dice Brooke, alzando una mano.

—¿Tan lúcida estaba? ¿Habéis considerado que estuviera delirando? ¿Una alucinación? —pregunta Jayce, levantándose y acercándose al borde del jardín.

—No —le digo, siguiéndole hasta colocarme a su lado—. No lo era, Jayce, no era el caso. Pero lo sabremos en cuanto removamos esa tierra.

Jayce me mira perplejo.

—Lo siento, Brooke —escuchamos decir a Cassidy mientras se lanza a abrazarla—. Debes estar pasándolo muy mal. Esto es como una película de terror.

Brooke acepta el abrazo y la descubro quitándose una lágrima de la mejilla.

Nos miramos.

—Vamos a ver, ¿qué es lo que pretendéis? —pregunta Jayce, volviéndose hacia nosotros.

—Encontrarlos, Jayce —admite Brooke—. Eso es lo que íbamos a hacer cuando habéis llegado.

—Un momento… ¿pensáis poneros a cavar?

—¿Tienes algún georradar o algo parecido? —le pregunta Brooke, consiguiendo que sonría, aunque solo un segundo.

—No funciona así, chicos —sigue explicando Jayce—. Esto requiere unos pasos. Una denuncia, una visita de las autoridades, una orden de registro, una excavación oficial… Eso de ahí, potencialmente, podría ser la escena de un crimen…

—Aquí no funciona así, Jayce —replica Brooke, cruzándose de brazos—. No molestes a la policía si no tienes alguna razón para hacerlo. Primero buscas y, si encuentras, llamas a la policía.

—Brooke, entiendo que estamos en una zona rural, aislada, y que las leyes pueden variar de un estado a otro, pero no puedes tocar unos restos humanos, ni aquí ni en ninguna parte. Puedes contaminar el escenario, puedes buscarte muchos problemas.

—Jayce, si llamas al sheriff y le dices que crees que hay dos cuerpos enterrados en un jardín porque una mujer que ha despertado de un coma lo ha confesado, se partirán de risa delante de ti.

—Brooke, Wyoming es… especial, lo he comprobado, pero no es el salvaje oeste, al menos todavía. Hay leyes, procedimientos. Hay que encontrar la manera de hacerlo y no es buscando una pala y cavando en el jardín directamente —defiende Jayce.

—Tiene razón, Brooke, nos estábamos precipitando —digo, pasándome la mano por la nuca—. Hay que pensarlo con calma.

—Con dos abogados no puedo… ¿Tú qué opinas, Cassidy? —dice Brooke, mirándola por encima del hombro.

—Escúchales, no te busques problemas, bastante has tenido por hoy —le responde Cassidy, apretándole el brazo.

Brooke suspira.

—Vale. Voy a llamar a Samuel y le voy a contar lo que ha pasado. Él sabrá cómo actuar. Es amigo de todo el mundo, es de aquí y, si alguien puede decirme cómo saber si ahí están enterrados mis padres, es él —dice mientras se aleja hacia el vestíbulo con el móvil en la mano.

Cassidy corre a darme un abrazo. Jayce me mira.

—¿Seguro que están ahí? —pregunta Cassidy, como si dudar delante de Brooke no fuera correcto.

—No puedo asegurarlo, pero he escuchado toda la conversación, como os he contado. No mentía. Hace un par de días que sabemos que detrás de todo lo que tiene que ver con ella hay mucha mierda.

—¿Qué hay entre vosotros? —pregunta Cassidy.

—Nos llevábamos mal, pero ahora somos amigos. Es una tía… Sí, hace días que empezamos algo, no sé deciros, ha sido muy rápido.

¿Cómo explicarles lo que estoy sintiendo? Solo llevo unos días aquí, no quiero que crean que aquí todos están locos y se me ha contagiado.

—Estás coladito por ella… —dice Cassidy, consiguiendo que Jayce asienta con la cabeza.

—Ya no está con Kaden, deduzco…

—No, pero ya te lo contaré en otro momento —le digo, molesto de que ese personaje salga en la conversación.

Sin darnos cuenta, los tres caminamos hacia la parte del jardín, sin invadirla.

—Esto me está poniendo muy nerviosa —dice Cassidy, frotándose los brazos.

—¿No temías que nos aburriéramos? —le contesta Jayce.

—¿Cuánto tiempo pensabais estar aquí? —les pregunto.

—El que haga falta —dice Jayce, rotundo.

—¿Vuestro trabajo?

—Tengo fiesta cuatro días —me aclara Cassidy—. He firmado con un proveedor de Chicago y Mia está al cargo de la tienda junto a Dylan.

—Yo me he pedido unos días —aclara Jayce—. No te vamos a dejar solo con toda esta mierda.

—Lo mejor será que me largue en cuanto este asunto termine —les explico.

—Tenemos mucho que hablar, Aiden —comenta Jayce—. El juicio…

—Me importa muy poco, Jayce.

—Lo sé, pero oficialmente eres su abogado, tenemos que arreglar ese asunto.

Asiento con la cabeza intentando entender a la velocidad que va su cabeza.

Brooke aparece unos minutos después.

—Samuel hace unas llamadas y viene hacia aquí. Dice que no toquemos nada…

Jayce sonríe y Brooke arruga la nariz.

—De momento, Jayce, de momento.

69

Brooke

La espera

—Te aseguro que no lo sabía —me dice Cassidy, afectada—. Te vi en la tienda de mascotas, te reconocí y… me vi a mí misma tiempo atrás.

Llevamos un tiempo hablando de Kaden y acabo de desvelarle que, cuando me mostró el vídeo, yo desconocía esa afición.

No sé cómo hemos acabado hablando de él en un momento como este, pero es lo único que hasta ahora nos une o de lo que somos conscientes que tenemos en común.

Estamos sentadas en una cafetería, una que desconocía que existiera y que he descubierto gracias a ella, al contarme que ella y Jayce se detuvieron aquí para preguntar por la casa de Lorraine cuando entraron en Moonridge.

La última vez que vine a Moonridge no existía y está lo suficientemente camuflada como para no reparar en ella.

Es pequeña y está regentada por el hermano del que fue un amigo mío, uno que Aiden recuerda como el menos «salvaje».

Me ha alegrado saludarle y recordar aquellos tiempos. No puedo negar que recordar algunas de aquellas travesuras me ha hecho sentir bien. Un poco de inocencia infantil en esta historia cargada de maldad es como respirar aire fresco.

Aiden está en casa de Lorraine, con Jayce, Samuel y un hombre que le ha acompañado: un amigo, Miller, el yerno del ayudante del sheriff del condado… un buen contacto para la ocasión.

Tal y como yo decía, primero había que buscar.

«Si no hay denuncia formal ni indicios físicos visibles, no podemos movilizar un equipo forense por la declaración de una mujer medicada. Si encontráis restos humanos, no toquéis nada y llamadme inmediatamente», les ha dicho su amigo, el sheriff.

Y eso es lo que deben estar haciendo.

Pese a mis protestas, han unido fuerzas para que desaparezca del escenario y Cassidy se ha ofrecido a acompañarme.

Me cae bien. Es risueña, es divertida y, si algo he podido saber de ella en el poco rato que llevamos hablando, es lo mucho que adora a su familia.

—Siento que tengas que pasar por esto, esta vez no es culpa mía —me dice mirando al dueño del bar, que no le quita ojo de encima.

—Es buen chico —le digo.

—Ese rollo vaquero me gusta —me dice riéndose.

—Cassidy, lo de Kaden no fue culpa tuya. Te agradezco que me lo contaras, no sé cuánto tiempo habría pasado hasta que lo hubiera descubierto.

Durante unos minutos más nos dedicamos a bromear sobre Kaden, aunque me queda claro que ella lo vivió de forma muy diferente a la mía: más impactante, más traumática. Probablemente porque estaba enamorada de él.

—¿Te gusta Aiden?

—Esto… esperaba esa pregunta. No formulada de esa manera. Ya creo que eso os ha quedado claro a ti y a Jayce —le digo, recordando el beso que han presenciado—, pero sí cualquier elemento que introdujera el tema.

—Entonces ya debes tener la respuesta.

—Te confieso que empezamos mal, muy mal —le digo fingiendo estar molesta por los recuerdos—, pero… todo esto nos ha ido uniendo.

Por suerte, se conforma y no me pone en una situación complicada. Desconozco qué parte de su vida quiere compartir Aiden con ellos, por unidos que estén, así que lo celebro en silencio.

Dedicamos otra hora a seguir hablando; Wyoming, mi infancia, Lorraine. Ella me cuenta, yo le cuento. Hablamos de mi trabajo, del caso del tiroteo, de Jayce… hasta que una llamada de Aiden nos interrumpe.

La miro y respiro hondo.
Descuelgo.

Lo que me cuenta Aiden es breve.
Los han encontrado.
El jardín de Lorraine contiene dos cuerpos enterrados.

Miro a Cassidy. Asiento con la cabeza. Me pongo en pie.
—Los han encontrado… Han encontrado a mis padres —le digo con la voz entrecortada.
Ella se levanta, le da la vuelta a la mesa y me abraza.
Me derrumbo en sus brazos y lloro desconsoladamente.

70

Brooke

Después

Han pasado cinco días desde que encontramos los cuerpos en el jardín de Lorraine. Cinco días que han sido más largos que toda la historia que me vincula a este lugar.

El mismo día del hallazgo, cuando el ayudante del sheriff acordonó la zona y llegó el forense del condado, entendí que aquello ya no nos pertenecía. Aunque en ningún momento he vuelto a pisar esa casa desde que salí de ella acompañada de Cassidy, antes de que Aiden me confirmara lo que habían encontrado, sé que el jardín dejó de ser un jardín y se convirtió en un escenario oficial. Fotografías, mediciones, bolsas numeradas. Exactamente igual que en una película.

Nadie levantó la voz, aunque la noticia se había expandido rápidamente. Nadie necesitó hacerlo. Moonridge guardó silencio, quizás por respeto, quizás por miedo a pronunciarse.

Al día siguiente terminaron la exhumación formal. Recuperaron ambos cuerpos con cuidado, documentándolo todo. Los trasladaron a la oficina del forense del condado para la identificación. No hubo espectáculo, ni sirenas ni cámaras. En un pueblo como este, las tragedias se manejan en voz baja.

Samuel habló con todos los que tenía que hablar. Con el sheriff, con el fiscal del condado, con el forense. No hizo nada espectacular, pero lo hizo todo a la vez y, sobre todo, lo hizo rápido, que era exactamente lo que necesitábamos.

Tuvo que recordarles que, oficialmente, el caso de mi padre se había cerrado hacía veintidós años como una muerte accidental. Que el cuerpo calcinado que apareció junto a la furgoneta se dio por suyo, aunque ahora sabemos que aquel hombre era Gianni, el bueno

de Gianni… Y que el de mi madre se archivó como una desaparición con presunto suicidio, después de encontrar su ropa junto al río y una nota de despedida.

Durante más de dos décadas nadie cuestionó esas conclusiones. Ahora hay una confesión. Y dos cuerpos. Eso obliga a reabrir lo que todos habían dado por definitivo.

Samuel hizo todo lo que estaba en su mano para que este proceso no se alargara.

La identificación preliminar llegó dos días después. No necesitaron esperar semanas. Registros dentales, objetos personales, la coincidencia con la confesión… Fue suficiente para confirmarlo de forma razonable. Me llamaron oficialmente. Escuché mi nombre y luego escuché la palabra «confirmado». No recuerdo mucho más de esa conversación.

La fiscalía decidió no retener los restos más tiempo del necesario. La causa penal sigue su curso, pero los cuerpos ya están oficialmente identificados, lo que ayuda mucho en el proceso.

Samuel volvió a intervenir para agilizar la liberación. Firmé documentos que apenas leí; autorizaciones, reconocimientos y formularios tan fríos como la camilla metálica donde habían depositado a mis padres o… lo que queda de ellos.

Si no hubiera sido por la ayuda de Aiden y Jayce, me habría vuelto loca con esas gestiones. Pero han estado conmigo, igual que Cassidy. No solo se trataba del proceso para recuperar los cuerpos, sino también del procedimiento que la fiscalía ha abierto con respecto a los asesinatos. No queda duda de que así fue: ambos murieron por fuertes golpes en la cabeza.

Eso abre un procedimiento penal, pero antes de cualquier acusación formal deben determinar si Lorraine es capaz de enfrentarse a un juicio. Mientras no exista una resolución clara sobre su capacidad mental, el proceso no puede avanzar más allá de esa fase. En teoría sigue su curso; en la práctica, todos sabemos que poco se podrá hacer si se confirma que no está en condiciones de responder ante un tribunal. Por Samuel sabemos que sigue

despierta, pero sumida en un silencio total. No sabemos más, no queremos saber.

Han sido unos días complicados, pero de lo que más orgullosa me siento es de la forma en que Aiden y yo, con la ayuda de Jayce y Cassidy, hemos decidido afrontarlos.

No hemos permitido que el drama pudiera con nosotros. Hay un momento duro, sí, una realidad que afrontar, unas preguntas que responder, pero si solo nos hubiéramos centrado en ello, nos habríamos hundido sin remedio.

Yo no puedo recuperar a mis padres, por eso he intentado enfocarlo todo de una forma distinta. Por fin sentiré que descansan en alguna parte. Aunque siempre creí que mi padre lo estaba haciendo, ahora tendré la certeza. El hecho de que su cuerpo estuviera irreconocible siempre me dejó una sensación amarga, como si algo no hubiera encajado del todo en aquella despedida. Y… qué decir de mi madre, que se fue sin dejar rastro y me dejó suspendida en una duda interminable.

Esas sensaciones me han ayudado, y también la tía Ruth, que es la que más me ha hecho sentir que… «por fin descansan». Ella, a pesar del dolor de la noticia que le di, ha sentido que esa inquietud con la que siempre ha vivido se ha apagado al fin. Ahora sabe dónde está Hellen y, sobre todo, sabe lo que ella siempre sospechó: que no se quitó la vida. Lo único que le pesa es no poder acudir al funeral, pero sabe que es mejor así. Tiene muchos años y se está recuperando de una caída; no puede hacer un viaje tan largo.

Por fin…

Por fin, cinco días después —aunque también podría decir veintidós años después—, mis padres ya no están bajo tierra ajena ni bajo custodia del condado. Están en la funeraria de Moonridge, en una sala pequeña, tranquila, lejos del jardín donde los escondieron durante años. Y su funeral será mañana.

Me acompañarán Aiden y sus hermanos.

Cassidy ha alargado su estancia para poder asistir, pero se marchará en cuanto termine, y Jayce todavía quiere permanecer un

par de días más para terminar con todos los trámites. Solo ha permitido que Aiden se ocupe de lo que él no podía hacer: una firma presencial en el juzgado de Lander. La ciudad a la que hemos acudido estos cinco días no solo para trámites relacionados con el procedimiento, sino también para distraernos, porque eso es lo que hemos decidido hacer.

No hemos querido dejarnos llevar por toda la mierda que nos ha rodeado. Cada uno, en su momento, ha podido darle vueltas al tema, lamentarse, maldecir y atravesar las emociones que correspondían, pero no hemos querido reducir nuestros días a eso.

Hemos disfrutado de la compañía de Cassidy y Jayce y hemos aprovechado cada oportunidad para visitar la ciudad, que, aunque pequeña, nos ha permitido salir, cenar tarde y despejar la cabeza durante unas horas.

Incluso una noche, la segunda, decidimos quedarnos a dormir en un hotel y cambiar de aires.

Cuando se produjo el hallazgo, nos quedamos sin alojamiento. Evidentemente, no nos habríamos quedado en la casa ni, aunque hubiéramos podido. Jayce y Cassidy no tenían reserva en el hotel del pueblo; habían imaginado que la casa de Lorraine les haría un huequecito los días que pretendían visitarnos, antes de las sorpresas.

Estábamos dispuestos a buscar un lugar en Riverton, a pesar de la distancia, pero Samuel se apresuró a entregarnos las llaves de una casa a las afueras de Moonridge, de su propiedad. Una que construyó para su hijo y su nuera años atrás y que ocuparon antes de decidir trasladar su vida al estado vecino, Idaho.

Una casa preciosa que, en el poco tiempo que hemos podido disfrutarla, nos ha regalado muchos momentos de risas entre amigos. Eso es lo que he sentido: que estaba entre amigos.

Como todo lo que ocurre en este lugar, las emociones se intensifican, las relaciones se estrechan deprisa y la noción del tiempo se desdibuja.

Eso es lo que he sentido siempre con Aiden, y lo sigo sintiendo.

Cada día con él es como si viviéramos meses en otro sitio, en otra vida más convencional, con un reloj que avanza sin sobresaltos.

Aunque delante de sus hermanos evitamos muestras evidentes de intimidad, en cuanto estamos solos nos buscamos, recuperamos las caricias y los besos que hemos contenido cuando estábamos acompañados. Eso no significa que Jayce y Cassidy no bromeen con ello y nos torturen siempre que tienen oportunidad, pero lo que hay entre él y yo es más una realidad silenciosa que una exhibición. Es un juego discreto, y no nos cuesta nada mantenerlo: ninguno de los dos es amigo de demostraciones públicas.

Eso sí, en la intimidad el mundo se reduce a nosotros. Sin ruido. Sin testigos. Como si necesitáramos asegurarnos de que seguimos vivos.

Se mire como se mire, eso es mucho mejor que ocupar nuestro tiempo lamentándonos. Quizás estamos reprimiendo emociones que un día nos puedan estallar, pero así lo hemos elegido.

Podríamos pasar los días hablando de ese ser repugnante en el que se ha convertido Lorraine, de los asesinatos que cometió, de su papel como madre, como esposa del padre de Aiden, como amante de mi padre… Podríamos, pero no queremos hacerlo. Sabemos lo que ha ocurrido. Es jodido. Duele. Pero tiene que acabar y ocupar el lugar que merece.

Solo me queda algo pendiente: visitar a Rachel, hablar con Brent y responder a la pregunta que los Waverly me han hecho a través de su abogado: si podían enterrar a mi padre en el mismo sitio donde estaba.

La visita de Rachel será dentro de unos minutos.

La conversación con Brent no quiero posponerla. La he evitado estos días y he salido del paso con mensajes breves y fríos, pero quiero contarle lo ocurrido. Y también quiero hablarle de Sharon, a la que le he seguido la corriente mientras seguía enviándome mensajes cargados de amor junto a Jayce, que muchas veces lo tenía a dos metros de mí. Quería saber hasta dónde estaba dispuesta a llegar con esa mentira que ha ido aumentando de intensidad cada día.

Le he pedido a Aiden que averigüe algo de una forma discreta, no quiero que Jayce conozca los detalles, tampoco me parece justo airear la intimidad, por rara que sea, de Sharon: es mi amiga. Pero al pedírselo me he sentido ridícula. Como si fuera algo innecesario. No sé qué quiero averiguar después de estar leyendo en la pantalla de mi móvil una declaración explícita de Sharon narrando la gran noche sexual vivida con «Jayce Merrick», acompañada de todo tipo de detalles empalagosos, de esos que le gustan a ella, mientras él, el auténtico Jayce, estaba a mi lado hablándome de cualquier cosa.

No entiendo a qué juega Sharon y me pregunto cuántas veces habrá jugado a esto. Cuántas veces le hemos seguido el juego sin saberlo. Cuántas la hemos consolado, regalado nuestro tiempo, organizado un fin de semana especial para hacerla olvidar y cuántas hemos despotricado contra esos seres sin corazón que irrumpieron en su vida y la utilizaron y engañaron. Quizás me equivoco y las otras fueron reales, pero basta con una para entender que no juega limpio o tiene un problema muy grande.

Y… la respuesta a los Waverly es… «NO». Esta vez, para bien o para mal, quiero que estén enterrados juntos. Así han permanecido bajo el jardín, y así quiero que sigan. De alguna manera, se han hecho compañía durante años. Es algo extraño, pero el hecho de que estuvieran juntos en ese jardín me consuela. Como si hubieran podido consolarse entre ellos y protegerse mientras esa loca se mecía en la mecedora para disfrutar de su puta locura.

71

Aiden

Seguimos

Oficialmente ya no soy el abogado de Lorraine Blackwell, una asesina confesa.

La misma noche en que encontramos los cuerpos le pedí a Samuel que me ayudara en el proceso de renunciar al poder que me había otorgado para representarla. No podía soportar ni un minuto más saber que había un documento que me vinculaba a ella. Con el registro de nacimiento que indica que fue ella la que me trajo al mundo me basta y me sobra; ese no puedo anularlo de ninguna manera.

Samuel y Jayce han hecho posible que ese horrible proceso fuera más rápido y más simple, que me permitiera alejarme para no tener que estar enfrentándome constantemente a todo lo que tenía que ver con ese horrible ser.

Al día siguiente, con los consejos de Samuel para agilizar el proceso, Jayce redactó la solicitud formal para que me permitieran retirarme del caso. No basta con levantarse y marcharse. Cuando estás oficialmente designado en un procedimiento, necesitas la autorización del juez para salir, mucho más cuando el plazo para renunciar al poder ya estaba cumplido. El juicio está prácticamente encima.

Presentamos la petición alegando conflicto ético y ruptura de confianza. No hizo falta adornarlo demasiado. Los hechos hablaban por sí solos.

El juez fijó una audiencia urgente porque el juicio estaba a nueve días vista. No quería retrasarlo si no era imprescindible. Comparecí, expliqué que no podía seguir y que, dadas las circunstancias recientes en la propiedad de mi clienta, mi

continuidad comprometía la defensa. No entré en detalles penales. No era necesario.

Y… su señoría me autorizó a retirarme.

Y, aun así, no sentí alivio. Solo una especie de vacío, como si cortar el vínculo con ella no cambiara nada.

Ese mismo día, Samuel solicitó que se evaluara la capacidad procesal de Lorraine. No se trataba del proceso penal, sino del civil. Si ella no estaba en condiciones de comprender el juicio ni de dirigir su defensa, el tribunal debía nombrar un representante legal. Se aportó un informe médico de la residencia: deterioro cognitivo, episodios de desconexión, medicación fuerte.

El juez actuó rápido. Declaró que Lorraine no podía litigar por sí misma y nombró un representante legal para el procedimiento. Un abogado del condado asumiría formalmente la defensa.

Samuel, aunque jubilado, aceptó incorporarse como coasesor. Nunca dejó de tener licencia; solo dejó de ejercer activamente. Conocía el pleito mejor que nadie y el juez lo consideró una garantía de continuidad. El nuevo abogado asumiría la representación formal; Samuel aportaría cuarenta años de memoria jurídica. No es que Samuel quisiera participar en ese juicio, él también estaba escandalizado y afectado al saber que había representado a un monstruo durante tantos años, pero su presencia influyó en la decisión del juez de no posponer el juicio.

Jayce se centró únicamente en sacarme de allí sin dejar cabos sueltos. Revisó que mi retirada estuviera correctamente formalizada, que no quedara ninguna obligación pendiente, que el tribunal notificara oficialmente el cambio de representación y que el nuevo abogado aceptara el nombramiento sin reservas. Habló con Samuel para que la transición fuera limpia y rápida. No le interesaba el fondo del pleito ni la estrategia. Solo quería que yo quedara completamente desvinculado y que nadie pudiera cuestionarlo después.

Todo en cinco días.

El juicio no se suspendió. Sigue previsto para dentro de pocos días.

La ayuda de Jayce y de Samuel me ha permitido poder dedicarme más a Brooke, que también se ha tenido que enfrentar a un proceso pesado; también amortiguado por la ayuda de Samuel, al que le estaré eternamente agradecido, y a mi hermano, que no ha dudado en prolongar su estancia para que no tenga que lidiar con ese maldito tema o… al menos que solo lidie lo mínimo.

A pesar de todo, Brooke y yo hemos plantado cara dejando a un lado la tragedia y dándole la justa medida. Ni ella ni yo queríamos estar dando vueltas al mismo tema una y otra vez, recordando lo que dijo Lorraine o Rachel, imaginando las circunstancias de la muerte de sus padres, pensando en lo que debieron sufrir cuando se enfrentaron a ese monstruo sin sospechar que su vida contaba con pocos minutos de existencia, imaginando que habíamos dormido a pocos metros de los restos de sus padres e incluso «jugado» sobre una zona del jardín cercana a las margaritas y la lavanda, la única libre de siembra.

—Menos mal que somos respetuosos con las flores, Aiden. Si llegamos a follar sobre las margaritas, ahora no podría seguir viva —me dijo ayer.

Como ese, han sido casi todos los comentarios que hemos hecho sobre el tema.

No, todo no han sido risas. Hubo una conversación extensa, una en la que pusimos todo en su sitio, expresamos un poco de llanto, un poco de rabia y un poco de tristeza. Fue ahí donde decidimos trazar un camino distinto, uno de tranquilidad. Y así ha sido. Humor, resignación, ironía, diversión y algún que otro plan para Boston.

Estoy orgulloso. No es tan fácil levantarse un día y descubrir que tu madre es una asesina triple, suponiendo que no aparezca alguien más bajo tierra, y que toda su vida la ha dedicado a alimentar el odio que sentía por la familia del hombre que amó y la despreció. Ni tampoco es fácil levantarse un día y descubrir que tus padres, uno enterrado en el cementerio, en el panteón familiar de los Waverly, y otro enterrado en ninguna parte, llevan veintidós años debajo de la tierra de un jardín cuidado por una amiga, la mujer que te cuidó

para sacarte adelante cuando en menos de dos meses se los cargó a los dos. Y todo por un rechazo y por una carta del pasado.

—Si supieras las veces que miraba ese jardín cuando vivía con ella, rezando para que todo fuera una pesadilla y mi madre apareciera en cualquier momento… Y estaba delante de mí… —me dijo, produciéndome tantos escalofríos que todavía sigo sintiéndolos con solo recordarlo.

Pero lo hemos hecho. Hemos conseguido un equilibrio emocional. Al menos hasta ahora. Quizás sea más frágil de lo que creo y se sostenga con alfileres; quizás más adelante salga todo y explote, pero ahora está controlado.

Y ha sido, en gran parte, gracias a la ayuda de mis hermanos, que se han unido a esta surrealista historia para apoyarnos, disfrutar a nuestro lado de todas las actividades que hemos buscado en Lander y han retrasado su vuelta al trabajo.

Jayce se quedará unos días más, quiere asistir al juicio y asegurarse de que todo está en su sitio; sin embargo, Cassidy se marcha después del funeral, no puede posponerlo más, aunque sé que le encantaría estar unos días más para seguir trabajando ese vínculo que ha surgido entre ella y Brooke.

Como dice Jayce, aparte de un pasado en común con un hombre aficionado a disfrazarse de perro, Brooke y Cassidy también tienen otras cosas en común.

Se llevan bien, y eso me ha gustado. He sentido un pellizco, algo que desconocía, que ni siquiera sospechaba que pudiera formar parte de mí. Nunca antes me había imaginado a una persona en mi vida compartiendo tiempo y risas con mis hermanos, capaz de hacerme sentir como me hace sentir ella.

Enamorado, esa es la palabra. Esa es la que utiliza Jayce siempre que quiere martirizarme. No es que no sea real, no lo voy a negar, pero no es necesario comentarlo cada vez que me descubre mirándola sin que ella se dé cuenta. Así es Jayce. Yo, en su lugar, habría hecho lo mismo.

Nunca lo he pretendido, pero si hubiera tenido que fingir que entre Brooke y yo no había nada, habría sido muy complicado.

No es el caso. Ambos lo saben, pero no porque nos sorprendan en actitud cariñosa ni nos dirijamos el uno al otro de una forma especial, sino porque… lo saben sin más.

No somos amigos de exhibiciones públicas, lo dejamos para la intimidad. Ahí sí que no hay límites ni nadie impide que digamos, hagamos, toquemos y sintamos. Ahí nos desbordamos y tocamos el placer de todas las maneras distintas.

Este lugar se ha convertido en un claro ejemplo de que se puede ser agrio y dulce al mismo tiempo o, al menos, si no es al mismo tiempo, en armonía. Agrio por todos los acontecimientos macabros, dulce por todo lo que representa esa chica salvaje en mi vida en menos de dos semanas.

Hace once días que llegué a Moonridge.

Hace nueve días que la acaricié por primera vez.

Y siento que es una eternidad.

Quedan cuatro para el juicio… motivo que me trajo hasta aquí, aunque no por el que me he quedado.

Solo me queda hablar con ella y planear nuestra vuelta a Boston. Será después del funeral, claro está, sin prisa.

Cuando se marchen Cassidy y Jayce, querré algo de intimidad con ella; puede que le proponga que visitemos Riverton y pasemos allí unos días antes de volver a Boston.

Mi jefe sabe lo ocurrido, o más bien parte de ello; nunca se me ocurriría contarle la historia real de esa psicópata. De momento es solo una madre enferma, la biológica, a la que he querido despedir. Me ha animado a que me tome más días de vacaciones si lo necesito y así lo voy a hacer.

De momento, alguno para pasar a solas con Brooke cuando mis hermanos se hayan marchado, los dos.

El juicio ya habrá terminado y, con él, la sensación de que todo está en su lugar. Tengo curiosidad por saber el desenlace, igual que

Jayce, que después de la forma en la que se ha implicado en todo el asunto tiene curiosidad.

También aprovecharé para contarle a Brooke lo que sé sobre Sharon. Quiero esperar unos días a que esté tranquila. Ella me pidió que le sonsacara a Jayce algo de información y lo hice. Aunque fue un desastre. No pude mantener la discreción como me pidió. Jayce se sorprendió, se enfadó y me vi obligado a aclararle a qué se debían mis estúpidas preguntas. Espero que no se enfade cuando le cuente que me vi obligado a contárselo explícitamente a Jayce, sé que ella no lo deseaba, por proteger a su amiga.

Se enfadará por mi torpeza, lo sé, pero también sé que se le olvidará cuando sepa que Sharon y Jayce solo quedaron dos veces, la noche de la boda en la que se conocieron y una pocos días después, y que nunca más se han vuelto a ver.

La opinión de Jayce sobre Sharon me la reservaré, no quiero que se sienta peor con este asunto. Sé que le preocupa.

Moonridge está a punto de pasar a la historia, a falta de pocos días.

Siento que todo se está resolviendo. Volveremos a Boston y… lo único que no habremos descubierto es lo que pasó entre Warren y el terrateniente.

Confieso que me gustaría saber cuál fue el motivo del chantaje que hizo que cambiara el testamento.

¿Lo sabría Lorraine?

¿Y Agnes Fielding? Olvidamos preguntarle por ella.

72

Brooke

Cabos sueltos

Hasta ahora me he negado a atender sus llamadas y mensajes, que se han repetido desde que se destapó la noticia en Moonridge, o sea, cinco minutos después del hallazgo de los cuerpos de mis padres.

Rachel.

De ella hablo.

Abre la puerta lentamente. Me observa con mucho cuidado. Se nota que no sabe cómo actuar. Mi falta de respuesta estos últimos días y la expresión que muestro ahora deben darle una pista.

—Brooke…

—He venido a traerte esto —le digo entregándole una fotografía de ella y de madre cuando tenían catorce años.

—¿Qué es? —pregunta compungida.

—La encontré en el viejo hotel hace muchos años y la he guardado todo este tiempo. Ahora me da asco y he pensado que quizás debas guardarla tú. No creo que tengas remordimientos por haber sido la peor y más sucia amiga que se pueda tener, así que quizás te interese.

—Brooke, no me digas eso, no es justo. Pasa y hablamos.

—No, tengo poco que decirte. Me voy al funeral de mis padres, espero no verte allí.

—No puedes pedirme eso, Brooke, no sé de qué me acusas, no lo entiendo… ¿Crees que yo sabía lo que esa horrible mujer escondía? ¿De verdad has creído eso? Porque si no, no entiendo a qué viene ese desprecio…

—Tú lo sabías…

—Yo no sabía nada, Brooke. ¿Cómo iba yo a saber que ella había podido hacer algo así?

—Se lo tendrás que contar a las autoridades, cuando te llegue el turno, que te llegará. Hay una investigación abierta. Ella no tiene la cabeza en su sitio, eso creen, pero tú sí. Tú no vas poder negarte a declarar cuando les cuente todo lo que sospecho de ti. No pienso dejarte al margen.

—Eso es una locura, Brooke. Yo no sabía nada, no tienes ni idea. Sospechaba que pasaba algo raro, pero nunca podría haber imaginado que era así. Intenté averiguarlo, Brooke. No me quedé de brazos cruzados.

—¿Averiguar? ¿El qué?

—Tu madre vino a verme una mañana muy alterada porque había encontrado entre las pertenencias de tu padre una carta de Lorraine muy comprometida dirigida a tu padre. Una muy parecida a la que tú me mostraste el otro día. Al parecer él la conservó por algún motivo y cuando tu padre murió y Hellen recogió todas sus cosas, la encontró. No fui capaz de decirle lo que sabía sobre ese asunto, decidí esperar para ver qué le contaba Lorraine ya que tu madre estaba dispuesta a preguntárselo en ese mismo momento. La acompañé hasta su puerta, pero no entré con ella. Me he arrepentido toda mi vida, Brooke, toda, porque quizás eso habría cambiado algo, no lo sé.

—¿Qué habría cambiado?

—No lo sé. Entonces no lo sabía, pero hoy… hoy siento que quizás estaría viva. Cuando desapareció, me sorprendió que Lorraine no dijera que la había visto la misma mañana que desapareció. Se lo dije y lo negó. Se lo repetí, le dije que la acompañé hasta su puerta y que la vi entrar en su casa, que no podía mentirme, pero seguía negándolo.

—¿Y por qué no se lo dijiste al Sheriff, o a quien fuera para que lo investigaran?

—Le amenacé con hacerlo, pero… ahí empezó todo, Brooke, todo.

—Explícate —le digo sin ser capaz de perder ese rictus despectivo que quiero regalarle con cada palabra.

—Amber no es hija de Roy. Me quedé embarazada de otro hombre, por una aventura fugaz, un… momento de debilidad. Él no

se iba a hacer cargo, y actué con rapidez. No quise darle un disgusto tan grande a mi familia. Era otra época, y en un pueblo como este… Entré en pánico y me acerqué a Roy. Él llevaba años detrás de mí, pero a mí no me interesaba. No era el tipo de hombre que me hubiera enamorado nunca, sin embargo, mis padres lo adoraban, me decían constantemente que era el marido ideal. Él tenía una situación económica muy acomodada y quizás por eso… mis padres… pensaban en mi futuro.

Hace una pausa. No me muevo del sitio, pero no me niego a escucharla. Sé que algo me va a sorprender, lo sé.

—¿Y qué tiene eso que ver con mi madre?

—Me comprometí con Roy rápidamente y… le hice creer que Amber era hija suya. No fue difícil. Bastó con que todos creyeran que Amber nació antes de lo previsto… Ya me entiendes.

—Ya… ¿Y qué?

—Ella lo sabía y lo utilizó para chantajearme. Me dijo que si le decía a alguien lo que le había dicho sobre Hellen le contaría a Roy que él no era el padre de Amber.

—¿Por qué lo sabía ella?

—No lo sé, Brooke. Yo no se lo había contado a nadie.

—Vaya mierda de amigas que erais vosotras.

—No podía destrozar a Roy ni la felicidad que sentía a su lado. Aunque al principio no le quería, con el tiempo aprendí a hacerlo, fue fácil, Roy era maravilloso.

»Lorraine mantuvo esa amenaza siempre. Dejé de verla, de hablarle, pero siempre aprovechaba alguna ocasión para recordarme que debía permanecer callada. No soportaba cruzarme con ella. Quería marcharme de aquí, pero Roy adoraba esta casa y me costó mucho. Amber también. Cuando finalmente él accedió a dejar esta casa fue porque estaba enfermo. Y Amber ya no estaba. Ella había volado. Su universidad… Su trabajo…

—¿Amber lo sabe?

—Sí, sabe que Roy no es su padre. Roy me pidió que se lo dijera poco antes de morir. Me dijo que siempre lo supo, pero que nunca dijo nada con tal de tenerme. Siempre lo sospechó, pero quería a Amber como a una hija propia, eso nadie puede dudarlo. Intentamos

tener más hijos, pero no pudimos y tampoco lo intentamos muchas veces más. Amber era todo nuestro mundo. Él… quiso decirle la verdad antes de morir. Le dijo que siempre se lo habíamos ocultado porque para él era su hija.

—¿Qué ganaba con decírselo a esas alturas?

—Se obsesionó con morir en paz, sin mentiras y no dejaba de repetir que Amber merecía la verdad.

—Roy adoraba a Amber y ella a él… —comento bajando la guardia.

—Sí, por eso yo no quería, pero no pude convencerlo. Ya no era él, la enfermedad lo cambió y solo pensaba en hacer limpieza de su vida, como si lo necesitara con lo bueno que había sido siempre con todo el mundo…

—¿Cómo se lo tomó Amber?

—Al principio, bien, pero al morir Roy se le juntó todo y hasta se distanció de mí. Me culpó a mí. Hemos estado muy distanciadas, pero me he dejado la vida en acercarme a ella y lo estoy consiguiendo. No me metas en nada que no hice, Brooke, Amber no lo soportaría. No quiero que crea que me han investigado por algo tan sucio, no quiero que ocurra nada. No me hagas eso, Brooke, te juro que yo no lo sabía.

—Entonces ¿qué crees que pasó?

—Yo creí que quizás había pasado algo que había incitado a tu madre a quitarse la vida… Es lo único que siempre he pensado.

—¿Y no se te ocurrió pensar que podía haber pasado algo peor? Se vieron horas antes de desaparecer, lo negó y nunca más se supo de ella.

—Hellen estaba agobiada con tu padre, con los Waverly… Pensé que debía estar peor de lo que pensaba y no supe verlo. Siempre me he culpado. Pensé que Lorraine no le habría servido de ayuda por eso negaba haberla visto.

—¿Y después del chantaje no te diste cuenta que era un ser despreciable?

—Sí, pero nunca pensé que la había matado, sino que a pesar de ser despreciable se sentía culpable por la muerte de tu madre por no haberla ayudado. Llegué a creer la versión más inocente, a pesar de

odiarla, pero nunca lo que me contaron hace unos días. Por el amor de Dios, Brooke, cómo iba yo a saberlo, si hasta te cuidó durante un año en esa casa…

—En cualquier caso, Rachel, tú elegiste. Elegiste callar para salvar tu matrimonio… Elegiste, y tuvieras o no tus razones, cuando uno elige debe enfrentarse a las consecuencias. No callaré ni mentiré. No sé qué pasará, probablemente nada, pero te aseguro que contaré todo lo que sé.

—No me metas en eso, Brooke. Yo no hice nada, pero no quiero que Amber sufra. Y cualquier contacto con esa investigación la hará sufrir. Y le prometí que nunca más le ocultaría nada.

—Ese es tu problema… —le digo dando por terminada la conversación.

—Brooke… Amber es hija de Allan.

Me detengo. Me quedo clavada al suelo, o eso siento.

Me doy la vuelta.

—Amber es tu hermana, Brooke.

73

Brooke

El funeral

Ya está. Ya están juntos. Ya descansan bajo tierra, lejos de todo lo que tiene que ver con esa casa de los horrores.

Gianni está cerca de ellos, a pocos metros, así lo he decidido. Yo nunca lo hubiera movido del lugar en el que se encontraba, pero los dueños del panteón, esa amargada familia, los Waverly, no han querido que permanezca allí. Ni siquiera sabiendo que mi padre, el auténtico, no iba a ocupar ese lugar; ni siquiera sabiendo que Gianni fue una víctima más y que perdió su vida en manos de la misma mujer que se la arrebató a su hijo.

«Ese panteón solo puede ocuparlo alguien a quien le corra sangre Waverly por las venas», es la respuesta que dio Clifford cuando el reverendo se lo sugirió.

No importa. Gianni ha recibido su funeral, el que le corresponde, el que le hubiera dado su familia de haberla tenido; algo que su asesina tuvo muy en cuenta a la hora de hacerlo desaparecer como a una cucaracha; sabía que nadie lo reclamaría.

«Descansa, Gianni», le digo en silencio.

«Siento que durante años nadie haya podido llamarte por tu nombre, que hayas ocupado el lugar de otro, que te hayan robado tu identidad», le sigo diciendo.

Nadie lo echó de menos. Todos creyeron que había vuelto a su Italia natal cuando su hija tomó el relevo de administrar la casa.

Han acudido tantas personas que habría sido incapaz de hacer un cálculo aproximado. No recuerdo ver tantas personas juntas en Moonridge desde que se unieron para protestar por la nueva carretera que unía Jackson con el parque Yellowstone sin pasar por el pueblo; la que lo condenó al abandono.

Entre curiosos, morbosos, aburridos y personas que los conocieron y apreciaron de verdad… el cementerio está lleno.

—Aquí deben agradecer que se muera alguien —comenta Jayce con su particular forma seria y severa de decir las cosas—. Debe de ser lo más parecido a una fiesta.

Aiden se aguanta la risa y Cassidy le reprende. Yo… sonrío abiertamente.

Todas esas personas a las que se refiere se han mantenido alejadas unos metros por detrás de nosotros para dejarnos algo de espacio a los más allegados. Junto a mí, Aiden, Jayce y Cassidy; así lo he querido. Y a un metro de distancia, Clifford y Suzanne.

Yo he elegido que mis padres estén juntos, así que no podía impedirles que acudieran al funeral de su hijo, al fin y al cabo, es su hijo y su hermano.

Seguro que podría haber habido dos funerales para no coincidir. Eso es lo que me sugirió Aiden. Pero no tenía ganas de montar un show de esos que les gustan tanto a ellos.

El funeral ha terminado. El reverendo Martin, al que mi madre adoraba, el mismo al que Lorraine se lo confesó todo, ha celebrado la ceremonia.

Unas palabras dedicadas a ellos en vida, a su huella, pero sobre todo al deseo de su descanso eterno, que se lo han ganado. Así le pedí al reverendo que fuera.

No quiero palabras que sobren ni simbolismos en exceso. Si hubiera sido por mí habría sido una ceremonia privada, sin reverendo, sin la presencia de estos dos energúmenos que hay a mi lado y con mi presencia, con mi adiós, pero lo he hecho como tía Ruth ha querido que fuera. No podía privarla de ello.

Puede que los Waverly no hayan entendido que Cassidy haya grabado el momento de introducirlos bajo tierra mientras mantenía una videollamada con tía Ruth, pero poco me importa.

Tía Ruth quería estar presente y lo ha estado. Sé que ahora puede respirar tranquila.

Jayce no ha dejado de hacer comentarios sobre la grabación y no hemos podido dejar de reír. El reverendo nos ha regañado, pero

incluso él ha esbozado alguna sonrisa. Incluso nos ha confesado que estaba impactado porque era la primera vez que daba sepultura a la misma persona dos veces y que probablemente fuera el último funeral que oficiara. Su edad ya le pide que se retire a descansar.

—Siento mucho lo que le pasó a tu madre —me dice la voz de Suzanne cuando estamos a punto de marcharnos.

Lo dice acercándose a nosotros, acompañada de su padre, que no ha abierto la boca.

Los miro a ambos. Solo siento desprecio por ellos, por la clase de personas que son.

—Que os jodan… —es todo lo que les digo. Eso sí, sonriendo.

—Me encanta Moonridge, Brooke —me dice Jayce al oído cuando nos damos la vuelta—. Sois auténticos. Si alguien te cae mal y te da las condolencias, no hay problema en desearle que le jodan. Sois geniales.

Aiden y yo nos hemos echado a reír y luego le hemos aclarado quiénes eran. Al parecer, no lo ha interpretado, a pesar de estar en primera fila, como nosotros.

—Están acojonados con el juicio —añade Aiden—. Solo así se explica que se hayan acercado.

A Aiden no le han dicho nada. No se han atrevido a comentarle nada de Lorraine ahora que todo el mundo sabe lo que hizo. Es posible que todavía le guarden respeto por las amenazas de hundirlos en el juzgado. O, simplemente, a pesar de la escoria de personas que son, todavía han tenido algo de lucidez para no meter la pata el día del funeral de su hijo.

Mientras salimos del cementerio, localizo a Rachel.

La miro fijamente. Primero baja la cabeza, luego me mira, y luego… me lanza un beso al aire. Desde la distancia puedo ver sus ojos enrojecidos por las lágrimas. Tiene mucho por lo que llorar. Pero… inexplicablemente, dibujo una pequeña sonrisa.

Otra víctima. De Lorraine, de la vida, de sí misma.

Algunas personas se acercan a mí para mostrarme su tristeza por lo que ha ocurrido. Se presentan, apenas sé quiénes son, pero son breves y se marchan en seguida, en cuanto les doy las gracias.

Aiden y Jayce se alejan, Cassidy permanece a mi lado hasta que alguien me sujeta del brazo.

Se presenta. Es un miembro de la promotora que me vendió la casa. Es joven y parece muy nervioso.

Cassidy lo escucha y se aleja.

No me puedo creer que quieran hablar conmigo en este momento. Pero ¿qué clase de buitres son? Desde que empecé las negociaciones de la venta del hotel, ante la negativa de Lorraine a venderles su casa, han recurrido a mí constantemente, conociendo la amistad que me unía a ella. Me han llamado varias veces, pero les he ignorado. Ahora me parece hasta irónico que recurran a mí. ¿Están mal de la cabeza?

Pero no es ese el motivo. Aunque inoportunos, entiendo que hay un malentendido.

—Se han confundido. Mi madre no es la dueña de ese terreno. Deberían informarse bien. La dueña sigue viva y yo no soy ni seré la dueña de esas tierras. Infórmese bien. Este no es ni el momento ni el lugar, ni yo la persona indicada.

Después de dejarle claro mi malestar y de pedirle que me ignoren, me reúno con ellos, que me observan con curiosidad.

—¿Los de la promotora? —me pregunta Aiden. Cassidy ha debido decirles lo que ha escuchado.

—Querían presentar sus condolencias.

—Qué atentos… —comenta Aiden, sorprendido.

No son personas de mi entorno, ni siquiera de Moonridge, es normal que le resulte extraño, pero no se lo aclaro. No es el momento de avisarle de que van detrás de la casa, de que probablemente pronto llegarán hasta él para presionarle como futuro heredero o representante actual de los bienes de Lorraine. Al fin y al cabo, ellos conocen poco la historia.

De hecho, pocos la conocen. Al menos desde su raíz.

Muchos de los que hay aquí conocen la historia en forma de titular, los asesinatos, las desapariciones… pero todos la atribuyen a

la locura de una mujer que perdió el juicio.

Locura… esa es la palabra que hoy se maneja.

Locura. Esa es la protagonista.

Pero pocos saben que Lorraine no es locura, no es perder el juicio, no es ser víctima de una enfermedad mental o de una educación llena de odio. No. Ella no es víctima de nada.

Ella, simplemente, es mala.

Maldad en estado puro.

74

Aiden

El juicio

«El tribunal confirma la titularidad de la demandada. Se desestima la pretensión del demandante».

Esa es la frase que nos llega a través de Jayce. La que nos ha escrito en mayúscula tras conocer la resolución del juez.

Brooke y yo nos miramos, llevamos horas paseando por Lander a la espera de tener noticias de Jayce y Samuel, que han comparecido en el juicio, cada uno con un papel distinto. Samuel como coabogado, Jayce como espectador.

Aunque ambos hemos intentado fingir normalidad y que la espera no nos alteraba, no hemos conseguido engañarnos. Su actitud y la mía dejaban claro que las noticias de hoy eran importantes, quizás ese punto y final que tanto necesitamos.

De nada ha servido entretenernos con otros temas. Cuanto más intentábamos alejarnos, más lo complicábamos.

El tema de su hermana, Amber, la amiga de la infancia, ha terminado de descolocarme, y eso que creía que ya nada podía sorprenderme en esta historia. Sé que le afecta más de lo que ha admitido, pero no puedo culparla. Yo también me he subido a esa burbuja que hemos construido para que no nos afecte más de lo necesario, a pesar de que soy consciente de que en algún momento podría estallar.

De momento, seguimos en la burbuja, pero con menos peso, el del maldito juicio.

Volvemos a leer el mensaje. Nos damos un abrazo, más por el alivio que supone saber que el juez no ha esperado días, como temíamos, para dar a conocer la sentencia, que por la sentencia en

sí. Una sentencia que, nos guste o no, está vinculada a nosotros, a nuestra historia y a toda esta pesadilla que hemos vivido.

—¿Es bueno o malo? —me pregunta Brooke, a pesar de las veces que lo hemos comentado entre nosotros e incluso con Jayce.

—Es bueno, Brooke. La titularidad queda en manos de Lorraine. Eso impide que los Waverly entren en la propiedad por vía judicial. De lo contrario habría tenido que compartirla con ellos. Ahora Lorraine es la legítima propietaria. Eso significa que algún día pasará a mis manos y así seré yo el que decida el destino de ese lugar.

—Dijiste que renunciarás a ella…

—Por supuesto. Lo que significa que pasará a manos del estado y su destino será cualquiera menos el que hubiera deseado ella. Tampoco será para los Waverly. Aunque quisieran adquirirla por otros medios, ya no representaría el honor que siempre han buscado. No les interesa en ninguna circunstancia que no sea haberla recibido tras un fallo judicial a su favor, para demostrar que nunca mintieron y que era su legítima herencia, el pago a años de lealtad.

—Lorraine es la que gana. Esto es lo que deseaba. Le importa poco lo que sea de la casa, solo deseaba que no la tuvieran los Waverly, solo quería joderlos. Ella no volverá a su casa, lo sabe, le basta con esta victoria.

—Solo podrá celebrar una victoria si la conoce…

—Entiendo… —me dice con una sonrisa perversa—. En cualquier caso, no dejes que esa propiedad pase a tus manos ni siquiera un minuto. Me da asco solo pensarlo.

—No lo haré, Brooke. Samuel ya tiene instrucciones de redactar la renuncia antes de que me marche. La firmaré antes de que ese testamento entre en vigor, sea el tiempo que sea lo que tarde en hacerlo.

—Lorraine no vivirá mucho tiempo. Ya escuchaste a la doctora. Cada nuevo trance debilita más su cerebro.

—Pues el último no pareció afectarle mucho —le digo, provocándole la risa.

Aunque inquietos, pero en cierto modo satisfechos, nos dirigimos al lugar donde nos vamos a encontrar con Jayce.

El juicio se ha celebrado en Lander, y él partirá en breve hacia Jackson Hole directamente.

Cassidy se marchó hace dos días, después del funeral, y ahora le toca a Jayce.

Lo voy a echar de menos, la verdad, y también Brooke, que ha conseguido tener con él una relación muy cómplice y auténtica.

—Tengo que hacer muchos recados, así que te voy a perder de vista.

—No es necesario, Brooke —le digo, sabiendo el motivo de esa decisión.

Durante la espera le he comentado mi deseo de hablar con Jayce antes de marcharse para determinar qué partes debe omitir de todo lo que ha vivido cuando mis padres le interroguen sin piedad.

A pesar de que hemos querido hablarlo durante estos días, él ha permanecido casi todo el tiempo con Samuel, ayudándole en la preparación del juicio. Es un tema que, aparte de la motivación personal al querer ayudarme, le apasionaba. Con Samuel, tal y como me ha confesado, ha creado un vínculo extraño, uno que le ha hecho sentirse cerca de él. Así me lo ha expresado. Pocas veces Jayce muestra admiración y respeto por alguien con tanta facilidad.

—Tenéis cosas de las que hablar. Así que no protestes. Déjame perderte de vista un rato. Además, todavía no te he perdonado.

—Vamos, Brooke, ya te lo he explicado.

—Solo tenías que indagar, no contárselo con detalles. Eres un bocazas.

Jayce no ha podido mantener la boca callada y antes de marcharnos de Moonridge le ha hablado de Sharon.

La mirada asesina que me ha lanzado me ha dejado claro que, tal y como suponía, no le iba a gustar que lo hubiera hablado abiertamente con él.

«Brooke, Aiden me ha contado lo de Sharon. No sabía que erais amigas. De haberlo sabido no la habría bloqueado, habría sido más

sutil. Aunque, si te sirve, lo intenté, pero no dejaba de escribirme y de llamarme», le ha dicho sin miramientos.

Brooke ha mostrado su incomodidad y le ha dicho que ella también lo sentía, que era algo un poco extraño y que ya hablaría con ella.

«Solo nos hemos visto dos veces. Sharon es encantadora y lo pasamos muy bien, pero la segunda vez que quedamos me pareció algo confundida con nuestras citas», ha rematado, como si con la primera frase no hubiera sido suficiente. Por suerte se ha ahorrado la parte que me confesó a mí. Que le pareció ridícula y bastante inmadura.

—Seguro que antes o después me perdonas.

—Lo haré cuando hable con Brent y me cuente si ha hablado con Sharon y todo está en su sitio.

—Pero yo no tengo la culpa de lo que pase.

—Yo te culpo y punto —me suelta, provocando que me eche a reír.

—¿Cuándo volvemos a Boston, Brooke? —le pregunto, esperando que se sorprenda por tratar este asunto tan bruscamente.

—Cuando nos hartemos de follar en Wyoming, abogado —me dice mientras camina altiva.

—Lo que más me ha enamorado de ti es tu sutileza, tu romanticismo…

—¿Estás enamorado, abogado?

—Eso he dicho, doctora —le digo un paso detrás de ella.

—Repítelo.

—Tendrás que matarme antes.

—Lo haré, abogado, no te descuides ni un minuto.

Suelto una carcajada y la sigo.

Es lo que quisiera hacer siempre.

75
Aiden
Testamentos

Nuestro tiempo llega a su fin. Jayce tardará poco en emprender la marcha hacia el aeropuerto de Jackson.

Está molesto por tener que viajar con mi coche, el que yo alquilé. Cassidy se llevó el que habían alquilado juntos y ahora le toca viajar con mi miniatura. No ha querido que lo llevemos al aeropuerto, me ha pedido que disfrute del día, más ahora que el juicio ha terminado.

No tenemos más que hablar. Hemos repasado la versión que puede compartir con mis padres. Cuando vuelva tocaré con él algunos temas más delicados, pero de momento tendrá que esperar.

Aunque están al corriente de lo más importante, que no es poco y más que suficiente para que se atraganten con ello, detalles de la vida de Lorraine con él o su permanencia en la residencia es algo que quiero tratar con mi padre con más calma.

Brooke, como no podía ser de otro modo, también ha protagonizado la conversación. He acabado confesándole a corazón abierto lo que sentía por ella.

—Hace muy poco que la conozco, Jayce. Apenas dos semanas, y ni siquiera todos los días hemos tenido una relación cordial, empezamos muy mal. Es una locura, pero nunca me había sentido así con alguien. Ni siquiera cerca —le he contado.

—No te puedo decir que te entienda, porque eso que cuentas no va conmigo. Pero si de algo me has convencido es de que existe. Te conozco y nunca te había visto mirar a alguien así. Brooke me gusta.

Esas palabras son más que suficientes para saber que me apoya y que Brooke tiene su visto bueno, algo que no es nada habitual. Jayce no suele decir que alguien le guste. Jayce aguanta a este, soporta al otro, alguno le divierte. Cada persona cumple su función

en su mundo. Pero Brooke ha entrado en una categoría distinta, una que no comparte con nadie, o… con pocos, porque ha utilizado las mismas palabras para Samuel. Y en Jayce eso es casi una condecoración.

—Me gusta ese tío. Ha sido una experiencia increíble trabajar al lado de alguien como él, con tantos años encima y la cabeza más despierta que muchos que presumen de despacho en Boston. No gana por recitar artículos, gana porque sabe cuándo callarse, cuándo apretar y a quién mirar para que el otro se desmonte solo. Eso no lo enseñan en ninguna facultad. Aquí se trabaja de otra manera, Aiden. Aquí no basta con saber la ley; hay que saber moverse dentro de ella.

Samuel es así. Pero que los elogios vengan de Jayce lo convierte en alguien extraordinario. Jayce no se impresiona con facilidad.

Su especialidad y la mía son distintas, y eso ha hecho que la abogacía la miremos muchas veces desde prismas opuestos. Yo me muevo entre contratos, cifras millonarias y acuerdos que se firman en despachos con vistas y café caro. Hay tensión, sí, y a veces también una cara sucia que pocos ven, pero casi nunca es comparable a lo que, en ocasiones, Jayce tiene delante. Él lidia con lo peor del ser humano, con decisiones que no caben en una hoja de cálculo ni se resuelven con una cláusula bien redactada. Yo negocio cifras. Él negocia consecuencias.

—Me ha dicho que te pases a visitarlo en cuanto puedas, para comentar lo del juicio, supongo.

—Lo haré. También quiero presentarle la renuncia del testamento para que la adjunte antes de marcharme. Es lo único que me queda por hacer. La tengo redactada, solo necesito que me indique cómo formalizarla ante notario.

—Se sacará un notario de la chistera en cinco minutos —dice Jayce moviendo la cabeza—. En este pueblo siempre aparece alguien cuando hace falta.

—Siempre… —reflexiono con él.

—¿Estás seguro de que quieres renunciar? —me pregunta para mi sorpresa.

—¿Qué pregunta es esa? ¿Qué quieres que haga con la casa del terror?

—Te iba a sugerir que la vendieras, pero no puedes, así que no, no puedes hacer nada.

—¿Qué quieres decir?

—Samuel me habló del testamento. Me dijo que Lorraine te había dejado la casa, pero que había incluido una cláusula que te impide venderla durante unos años. No recuerdo el plazo exacto.

—Vaya, pues es una lástima. Desconocía esa limitación. ¿A ti te lo ha contado?

—Ya sabes… aquí el deber de confidencialidad se maneja con cierta elasticidad.

Me echo a reír.

—En cualquier caso, me da igual, no pensaba obtener beneficios de ese lugar ni de nada que venga de ella.

—Hay que ser más prácticos. Esa promotora está dispuesta a pagar mucho dinero por el terreno.

—¿De qué hablas?

—Creí que lo sabías.

—¿El qué?

—Me ha contado que la promotora que le compró la casa a Brooke está dispuesta a pagar mucho dinero por ella.

—Puede ser, Brooke hizo una buena venta. Están construyendo casas.

—Sí, pero el terreno de Lorraine vale el triple. Hay un proyecto importante entre viviendas y otros servicios. Tiene que ver con Yellowstone. Han fomentado unas rutas y están trabajando en otras para devolverle algo de esplendor al pueblo y captar turismo del parque. Me ha hablado de él y parece una buena iniciativa para este lugar. Está muerto. Y alguien quiere resucitarlo.

—Lo desconocía, pero, aunque tuviera la tentación, Lorraine se encargó de poner una cláusula, así que… no voy a conservar ese

maldito lugar por valioso que sea para negociar. Necesito pasar página de esto, Jayce.

—Lo sé, y es lo que tienes que hacer. Siempre puede beneficiarse Brooke de ello. A ella no le ha puesto cláusula. Pensadlo y negociadlo.

—¿A ella? Ella ya ha vendido su casa, ¿de qué hablas?

Jayce me mira de una forma que me alerta. Conozco esa expresión.

—¿Nunca has hablado con Samuel sobre el testamento?

—No más allá de saber que Lorraine me considera beneficiario. Ni siquiera sabía lo de la imposibilidad de venta. ¿Qué pasa?

—Lorraine redactó dos testamentos, Aiden. El primero a tu favor. Si renuncias, pasará automáticamente a manos de Brooke. Y ella no tiene cláusulas.

Siento como si un jarro de agua fría me cayera por todo el cuerpo.

—¿Brooke lo sabe?

—No lo sé, eso no me lo ha dicho.

—Brooke nunca me ha hablado de ello.

—Igual no lo sabe. Pues dale una alegría. Sed más prácticos. Me dijo que quiere montar su propia clínica de fisioterapia, igual sería una manera. Hay que ser más frívolo. Bastante daño le ha hecho ya.

Asiento con la cabeza, pero no puedo concentrarme, mi cabeza está trabajando a demasiadas revoluciones por segundo. Demasiadas variables, demasiadas posibilidades y ninguna clara.

—¿Qué te pasa? —me pregunta.

—No me ha gustado eso que me has dicho. Hay algo que no me gusta.

Comparto con Jayce lo que me inquieta.

—Si tienes dudas, pregúntaselo, Aiden. Es así de sencillo, pero deja de sacar conclusiones que no te llevan a ninguna parte —me dice dando por terminado el tema.

Ojalá yo también pudiera hacerlo.

76

Brooke

No entiendo nada

Brent acaba de colgar. Tiene que ocuparse de algo urgente y me ha propuesto llamarme de nuevo en unos minutos.

Espero que cuando lo haga se muestre distinto, me ha dejado un mal sabor de boca. Estaba frío, distante y se dirigía a mí de una forma que no logro entender.

¿Qué le pasa hoy a todo el mundo?

Cuando digo todo el mundo, me refiero a Aiden también.

Está muy raro. Desde que le hemos dicho adiós a Jayce no ha abierto apenas la boca.

Sé que su marcha le ha afectado, lo comprendo, hasta a mí me ha afectado, pero hubiera sido más fácil si hubiera compartido lo que sentía, tal y como hemos hablado estos días.

Nada más llegar a Moonridge me ha dicho que tenía que visitar a Samuel.

—Vas a ocuparte de la renuncia —le he preguntado.

Y para mi sorpresa, me ha respondido:

—¿Tan importante crees que es?

No le he dicho nada, prefiero entender que hoy no es un buen día para él, a pesar de la victoria en el juzgado. Sé que todavía se cuestiona si debería haber utilizado otra estrategia. En esa causa ninguna de las dos partes merecía ganar.

Odio estar sola en este lugar. No quiero que mi cabeza entre en lugares a los que no quiero ir. Si lo hago, que sea cuando esté lejos de aquí, cuando pueda sentir que Moonridge y todo lo sucedido ya no me rodean.

Por eso me he alegrado tanto de la propuesta de Brent para charlar un rato. Desde que le llamé hace dos días para contarle todo

lo que sabía del asunto de Sharon, no hemos vuelto a hablar.

También le hablé de Aiden, de mi relación con él, de todo lo que ha pasado en tan poco tiempo… Aunque ya le había mencionado algo, me decidí a contarle la historia completa. Y también del hallazgo del cuerpo de mi madre, del funeral…

Tengo mucho que contarle. De momento, por teléfono, solo le he contado lo esencial, lo justo para que entendiera lo que tenía entre manos y cómo me sentía. Toda la historia macabra que hay detrás prefiero relatarla en persona. Requiere tiempo y muchas explicaciones.

Quizás, si vuelve a llamarme, amplíe un poco el tema, aunque lo que más me interesa es que me cuente lo que ha hablado con Sharon. Cuando le expliqué lo que estaba ocurriendo, no daba crédito. E incluso llegamos a la conclusión de que esto podría haber ocurrido otras veces. Sus relaciones siempre han empezado con mucho misterio y, aunque algunas veces hemos conocido a la persona con la que salía, casi siempre se ha alejado mucho y hemos conocido los detalles después de la ruptura.

Tres relaciones, dos de ellas de varios meses, una de un año. Siempre han acabado en traición. Uno le fue infiel varias veces y lo descubrió porque espió su móvil. A otro lo pilló in fraganti en su propia casa, y otro le pidió que tuvieran una relación abierta. Y… lo que no ha llegado a ser relación también ha reunido a una increíble lista de impresentables con problemas de todo tipo.

Quizás solo ha fallado en esta relación. Quizás todo lo que ha vivido ha derivado en una fantasía con Jayce, que al parecer no acabó muy bien. Pero, tal y como pensaba, Sharon es muy absorbente cuando inicia algo con una persona y… le pasa factura.

La llamada de Brent me hace respirar aliviada. No quiero pensar. Y esta vez no tengo a mi abogado para que me ayude a no hacerlo de esa manera que él sabe hacer tan bien.

Con una sonrisa tonta, descuelgo.

—Brent… estaba esperando tu llamada.

—Bien.

—¿Qué te pasa? ¿Todo bien? Pareces preocupado. ¿Es por Sharon?

—¿Qué le pasa a Sharon?

—Dímelo tú. Aún no me has contado qué hablaste con ella.

—Pues hablamos… Eso es todo.

—Joder, Brent, ¿le hablaste de lo de Jayce?

—Sí, hablamos de Jayce y… creo que deberíamos dejar de hacerlo. Es su vida y no tenemos que hablar de ello más.

—¿Qué te pasa?

—Brooke, me pasa que… creo que no te estás portando bien, eso es lo que me pasa. Has estado jugando, riéndote de ella.

—¿Qué?

—Llevas días en ese pueblo y cuando decides preocuparte de nosotros es para dejar a Sharon en mal lugar.

—Pero ¿qué estás diciendo, Brent?

—Parece que hayas estado jugando y divirtiéndote. Sharon nos habló de ese hombre. Bien. Si algo no te cuadraba, deberías habérselo dicho. Pero seguiste hablando con ella, esperando que te hablara del tema y siguiéndole la corriente. Eso es muy sucio, Brooke, te lo tengo que decir claro. Estoy disgustado. Las personas tienen razones para hacer las cosas y a los amigos se les escucha, pero antes se les pregunta.

—¿Tú estás escuchándote al tiempo que me hablas? Porque yo solo estoy escuchando un montón de estupideces y de acusaciones sin sentido que vienen de alguien que supuestamente es mi amigo y parece un robot. ¿Qué coño pasa, Brent?

—Ya te lo he dicho.

—Vamos a ver. Llevamos meses, meses, escuchando a Sharon hablar de un tal «alguien» que le encantaba, le estaba haciendo suspirar, ilusionarse… Y tú y yo no hacíamos más que frenarla para que no volviera a darse una hostia de esas que se da ella y que nos cuesta levantar con muchísimo esfuerzo y dedicación. ¿Recuerdas?

—Brooke…

—No, ahora me vas a escuchar porque no he acabado. Hemos seguido esa supuesta relación una semana y otra y no nos hablaba de él porque daba mala suerte. Y cuando decide ponerle nombre

resulta que es alguien que conozco, el abogado que lleva el caso del tiroteo. Y resulta que también es el hermano de Aiden, el chico con el que salgo ahora, el que te conté. Y no encaja. No encaja porque mientras ella me hablaba de una cena romántica él estaba en Chicago. Y sigue sin encajar porque mientras sigue con las veladas «guau», él está a mi lado porque ha venido a Moonridge para ayudar a Aiden en un asunto legal por la herencia de su madre. Y ha pasado aquí una semana entera. Y en esa semana Jayce Merrick, según me contaba Sharon, se dedicaba a conquistarla y a convencerla de que era la mujer de su vida. ¿Y yo tengo un problema y me he portado mal y he jugado con mi amiga? Pues que sepas que he hablado con Jayce y me ha dicho que se vieron dos veces, dos malditas veces, y acabó bloqueándola por pesada. Y ella al menos nos ha contado que se han visto en veinte ocasiones.

Me detengo para respirar. Es que cuando me embalo… Me duele que Brent se comporte así. ¿Cómo se atreve a decirme que yo he jugado?

La voz que escucho a continuación me deja helada. Es la de Sharon.

—Así que hablaste de mí con Jayce… —me dice con una ironía poco habitual en ella—. Debisteis divertiros mucho.

—¿Qué? ¿Estáis escuchando los dos lo que digo? ¿Y… tú me hablas de jugar, Brent?

—No te hagas la víctima —dice Sharon, que al parecer ha tomado el relevo—. No me creo que me hayas ocultado tantas cosas.

Su tono ha cambiado, esta vez es como un lamento, como si estuviera al borde de las lágrimas.

—¿Yo te he ocultado cosas? Pero ¿qué dices, Sharon? ¿Por qué has inventado esa historia? Si no hubiera conocido a Jayce… ¿hasta dónde la hubieras llevado?

—Ahora me lo preguntas. No quiero hablar contigo, no después de todo lo que he descubierto de ti.

—Sharon… Brent… ¿Qué os pasa?

—Brent me contó lo que le dijiste y me dolió descubrir que esto ha sido un juego para ti. Yo te contaba mis… sueños, quizás, y tú te reías. Nunca me dijiste que conocías a Jayce ni que fuera tu abogado. Y ahora sale otro abogado, el hijo de tu amiga la de ese pueblo de mierda, y te enamoras… ¿No será que tú también tienes mucha imaginación?

No doy crédito a lo que estoy escuchando.

—Pero ¿tú te has dado un golpe en la cabeza? ¿Y tú, Brent? Es que no vas a poner un poco de sensatez…

—Sharon se ha expresado, está dolida. Los dos creemos que no has jugado limpio. Cuando vuelvas ya hablaremos.

—Por mí como si no vuelves —dice Sharon.

Y cuelgan.

Y yo tengo que buscar un lugar donde sentarme porque las piernas me fallan.

¿Quiénes son esos con los que he hablado?

Una lágrima me corre por la mejilla y me la seco con rapidez cuando escucho la puerta.

Por fin ha llegado Aiden.

77

Brooke

Un plan perfecto

—¿Estás bien? —le pregunto en cuanto le veo entrar despacio y en silencio.

Necesito echarme en sus brazos, pero algo me frena y no sé qué es. Quizás su expresión. Seria, demasiado fría.

—No, no estoy bien —me dice seco—. ¿Y tú?

—Yo tampoco —le confieso bajando la mirada—. Acabo de hablar con Sharon y con Brent y me siento muy mal.

—Hablemos de eso, entonces… de lo que te ocurre a ti, de cómo estás, de cómo te sientes. Se trata de eso, ¿no es cierto, Brooke? De ti.

No entiendo nada.

—¿Qué estás diciendo? —le digo con el ceño fruncido—. ¿Te pasa algo?

—Sí, ya te lo he dicho, no estoy bien, pero es mejor que hablemos de ti, siempre de ti. Todo gira en torno a ti.

—¿Me vas a explicar de una vez a qué viene ese comentario?

—Pues sí —me dice dando un paso hacia mí, pero deteniéndose a cierta distancia—. Me gustaría que habláramos de la herencia de Lorraine.

—¿Qué? ¿Pasa algo? ¿Has tenido algún problema con la renuncia?

—Veo que te preocupa mucho.

—Pero ¿qué coño te pasa, Aiden?

—Vale, vale, esta no es la manera, esto es… Lo siento, lo siento, de verdad —dice mientras da una vuelta y se pasa la mano por el pelo.

Me acerco hacia él, pero antes de tocarlo ya siento cierto rechazo y me detengo.

—Brooke, ¿tú conoces el testamento de Lorraine?

—No.

—¿Seguro?

No es que quiera contestarle mientras no me explique qué está pasando, pero es la única manera de centrar esto. Algo le ha pasado. Lorraine ha vuelto a jugárnosla.

—Claro que estoy segura. Yo no he leído su testamento, solo sé lo que ella me contó, que te había dejado la casa a ti.

—¿Sabías que había una cláusula que estipula que no la puedo vender?

—No, eso no me lo dijo. ¿Por eso estás así? ¿Es que te importa?

Algo se transforma en su rostro. No comprendo nada, pero está muy raro.

—No, claro que no. Lo que quiero saber es si te importa a ti.

—¿A mí?

—¿Te importa que haya esa cláusula? ¿Te importa que renuncie a la herencia, Brooke? ¿Es importante para ti? Si no lo hago, ¿te voy a perjudicar en algo?

—¿Qué estás diciendo, Aiden? ¿A mí? ¿A mí qué puede importarme la herencia de Lorraine?

—Entonces no sabías que si yo renuncio hay otro testamento que dice que, en ese caso, todo pasa a ser de tu propiedad.

—¿Qué? Eso no es verdad.

—¿No lo sabías?

—¿Qué insinúas, Aiden? No te entiendo.

—No insinúo nada. Solo estoy barajando posibilidades que no me gustan. Ojalá esté equivocado.

—No sé qué te está pasando por la cabeza, pero si crees que yo sabía algo de ese testamento, te equivocas. Y, en el caso de que sea cierto, supongo que entre esas posibilidades que barajas no estará la de que a mí me pueda interesar esa maldita casa, ¿no?

—Ya no lo sé, Brooke, tengo muchas dudas. Hay muchas cosas en mi cabeza. Demasiadas.

—Pues empieza a soltarlas y, si quieres, te las aclaro, porque no me gusta nada el rumbo que está tomando esta conversación. La primera aclaración, por si has dudado, es repetirte que no conocía nada de ese testamento y, en el caso de que lo conociera, te lo habría contado.

—¿Por qué contármelo? No te interesaba. Era mejor que lo desconociera, y esto es solo una hipótesis, que quede claro. De esa manera podías animarme a que renunciara, tal y como has hecho varias veces.

—Esa hipótesis me parece lamentable, pero déjame rebatírtela, ya que tristemente tienes dudas, y decirte que eres tú el que desde que llegaste has dejado bien clara tu voluntad de renunciar a esa herencia.

—Tú me lo has recordado varias veces estos últimos días, lo que me hace pensar, siguiendo en una hipótesis, que tenías mucho interés en ella.

—Porque no soportaba la idea de que esa maldita casa pasara por tus manos, era una manera de hablar simbólica —alzo un poco la voz—. Te recuerdo que en esa casa estaban los cuerpos de mis padres enterrados bajo un jardín durante veintidós años. Veintidós. No sé si ese detalle, después de saber que era Lorraine quien los mató, cambiaba en algo tu idea de renunciar o quizá la reforzaba. Igual estaba equivocada.

—Me cuesta creerte, Brooke, no puedo engañarte. Cuando me ha hablado de esos testamentos Jayce me he vuelto loco. No quería creer lo que me pasaba por la cabeza. No quería pensarlo. Samuel me ha dicho que no sabe si tú conocías la existencia de ese segundo testamento.

—¿Samuel? ¿Le has ido a preguntar eso?

—Sí, necesitaba saberlo.

—Era mejor preguntármelo a mí, pero ya veo que tampoco sirve de nada. Samuel no lo sabe porque yo en mi vida he hablado con él del testamento de Lorraine. Y tampoco con Lorraine, así que la posibilidad de que yo lo supiera es nula.

—¿Tengo que creerme que Lorraine no te había dicho nada?

—Pero ¿de qué vas, Aiden? Estás traspasando una línea muy delicada…

—Delicadas son las piezas que dan vueltas en mi cabeza y que, si las junto, estallan.

—¿Qué piezas?

—Lorraine te dijo delante de mí que su casa era para ti. «Es tuya, ya lo sabes, Brooke». Lo dijo mirándote.

—Me lo dijo cuando la informé de que estaba alojada en su casa. Era una formalidad, una bienvenida, una aprobación. Eso siempre me lo decía.

—Ya… ¿Y tampoco sabías que hay una promotora dispuesta a pagar mucho dinero por esa casa?

—No, no lo sabía en esos términos. Sé que quisieron comprársela, pero ella se negó. Y sé que siguen interesados, pero no tengo ni idea de si quieren ofrecerle mucho o poco dinero. Yo solo sé lo que me pagaron a mí.

—Pero es la misma promotora, la que tiene un proyecto importante de cara al futuro de Moonridge. Un proyecto que cambiaría este pueblo.

—Pues yo de futuros de Moonridge no tengo ni idea. No me gusta dónde creo que quieres llegar, no me gusta nada. Pero si quieres llegar a algún sitio y quieres preguntarme algo concreto, hazlo, no pienso ponértelo fácil. Te estás comportando como un auténtico cretino con esa mierda de hipótesis que, seguramente, no te has parado a pensar lo que me puede doler escucharla. Porque sí, duele. Podías haberte esforzado un poco en vez de venir aquí a acusarme sin acusarme. Ten valor y dime directamente, sin dar vueltas, de qué me acusas.

Me mira furioso, no le reconozco. Es cierto que cuando lo conocí intercambiamos muchas miradas asesinas, pero esto es distinto, esto es profundo, y la desconfianza que está mostrando me llega como si fuera un disparo en el centro del pecho. Y lo peor es que no sé si ese disparo viene del miedo… o de que realmente duda de mí.

Sé dónde quiere llegar, pero todavía me aferro a la idea de estar equivocándome.

—Te vi hablando con los de la promotora. En el cementerio, ni siquiera podían esperar.

—Tuvieron una confusión, querían hablar conmigo de la venta de la casa. Creo que se confundieron en algo y por eso les aclaré que yo no tenía nada que ver con esa casa y que la dueña estaba viva.

—Me dijiste que te habían dado sus condolencias.

—Porque no quise hablarte en ese momento de ello, no le di importancia.

—¿Por qué?

—¿Querías que te hablara de una promotora interesada en comprar la casa de Lorraine? No me pareció un tema que tuviera que tratar. No, con todo lo que estaba pasando; no, sabiendo que no querías saber nada de esa casa; no, cuando ni siquiera se había celebrado el juicio.

—Vaya, lo tenías todo muy atado, a pesar de no darle importancia.

—Lo estoy pensando ahora, Aiden, en ese momento ni siquiera me pasó por la cabeza. Me quité a ese importuno hombre de encima porque me dio la sensación de que me estaba confundiendo y estaba confundiendo el funeral.

—¿Tan estúpidos son?

—Eso me pareció. Supongo que con tanto revuelo no se aclararon muy bien. No pretendo nada, Aiden, lo que no sé es qué pretendes tú.

—Saber la verdad, Brooke, saber si me estoy enamorando de alguien que lo tenía todo planeado. Que sabía la existencia de ese testamento, de lo que suponía mi renuncia, de esa jugosa cifra que ofrece la promotora… Al fin y al cabo me has dicho mil veces las ganas que tienes de montar tu propia clínica.

—¿Y crees de verdad eso? No sé por qué te lo estoy aclarando, porque me siento estúpida, pero si tanto lo necesitas, te diré de nuevo que no conocía ese testamento, ni esa oferta tan jugosa, ni nada de nada. Me duele, como no te imaginas que puede doler que

estemos hablando de esto. De esa puta casa que ha sido lo peor que me ha pasado en la vida. Lo peor. Y tú lo sabes.

—Pero lo sabes ahora, y a mí lo que me preocupa es saber cuáles eran tus intenciones. Puede que esté equivocado, que no planees quedarte con la casa, podría ser, aunque aún no lo tengo muy claro, pero lo que sí empiezo a tener muy claro es que esas eran tus intenciones antes de saber todo lo que ha pasado. Antes de conocer quién era Lorraine y lo que había hecho.

Pierdo las fuerzas. El pecho se me encoge cada vez más. Es como si alguien estuviera cerrándome los pulmones desde dentro.

Mi tono de voz cambia, es el único que puedo mantener. Hemos hablado alto los dos, enfadados, heridos, pero ahora soy incapaz de seguir haciéndolo.

—¿Y cuál era el plan, abogado? Ilústrame con una buena teoría, una que no sea tan patética como la que estás insinuando hasta ahora.

—¿Patética? No lo es, Brooke, no es patética. Puedes ahorrarte ese tono condescendiente porque no te he visto muy dispuesta ni muy afectada por lo que te he dicho. Pareces luchar solo por seguir mintiendo y que te crea.

—La teoría, abogado, el resto me está empezando a aburrir.

—Hagamos que te diviertas. Está claro que yo no iba tan desencaminado. Llevo horas y horas dándole vueltas. Ese encuentro no fue casual. Dedicaste unos días a tropezar conmigo. Primero en el centro comercial, luego en el juzgado. Seguramente ese fue un regalo de la casualidad que supiste aprovechar muy bien. Y luego el despacho, Jayce. Debías saber mucho más de mí de lo que me has contado y fuiste estudiando la manera de llegar hasta mí. Quisiste ser original y cuando llegaste me soltaste esa bomba de que Lorraine te había pedido que llevara su caso. Necesitaba un abogado, por eso no te dejó la casa a ti directamente.

»Ella sabía que yo renunciaría, que te iba a costar convencerme, pero si el tonto de mi padre le estaba pagando la residencia, yo acabaría aportando mi granito de arena. Los dos idiotas que siempre le parecimos. Ella necesitaba un abogado, ahora tengo claro que

nadie estaba dispuesto a llevar su caso. Y solo le quedaba yo si no quería jugársela con ese nuevo testigo que ella sabía perfectamente que era creíble y podía ser un hueso duro de roer.

»Y luego… todo vino rodado, o quién sabe si hubo más elementos forzados. En parte me da igual. Lo que me jode es que hemos compartido mucho, y aunque lo que ha pasado te haya hecho cambiar, tus intenciones no eran buenas, Brooke. Y no quiero más mierda, no quiero estar con alguien que quiso engañarme, manipularme, que me ha mentido.

»Me da igual si has cambiado de opinión, si al saber lo que ha hecho Lorraine ya no te interesa la casa, que lo dudo, pero me basta con saber que jugaste sucio. Que tus intenciones eran otras. Me querías para ganar el juicio, por eso te volvías loca cuando te hablaba de pacto. Necesitabas que la propiedad siguiera intacta para Lorraine, heredarla cuando yo renunciara y seguramente ya debes tenerla pactada con la promotora.

Soy joven, soy fuerte, y por eso mi corazón no se detiene en estos momentos. Pero late como si quisiera romperme por dentro.

Siento tantas ganas de salir corriendo que no sé qué hago aquí. No puedo dejar de mirarlo, intentando mantenerme erguida, entera, sin que vea que me estoy rompiendo y lo mucho que me duele.

Está agitado. Su rostro está encendido, no deja de frotarse las manos, de peinarse con una de ellas, de apoyarse en la mesa, de levantarse. Pero no me mira hace rato.

No sé qué hacer, no puedo saberlo mientras mi cuerpo esté hecho un asco y mi mente esté a punto de explotar.

Lo intento. Una vez más.

—No me puedo creer que pienses eso de mí, Aiden. Estoy esperando a que me digas que no eres tú, que estás mal, que no sabes lo que dices… Estoy esperándolo y daría la vida por escucharlo.

—Y yo la daría por saber que estoy equivocado, Brooke, pero no lo estoy. A mí me duele más que a ti. A ti solo te duele que te haya

jodido los planes. Y es lo último que me esperaba. Porque me he enamorado de ti, maldita sea.

—Estás equivocado en todo. ¿Es que no te basta?

—No sigas, Brooke, he pensado mucho. Y a menos que existan tantas casualidades juntas, tantas, y tan bien elaboradas y tan inoportunas, no puedo creerte.

—Me has partido en dos, Aiden —le grito, descontrolada—. ¿Cómo puedes decirme esa mierda?

—¿Por qué te he partido en dos? ¿Por descubrir tu plan? Un plan perfecto, Brooke.

—Un error perfecto… —susurro.

—¿Un error? ¿Lo reconoces entonces?

—No me refiero al plan, sino a ti, Aiden. Un error perfecto, eso es lo que eres. Mi más perfecto error.

Me mira fijamente. Le miro.

Y salgo del salón recogiendo lo poco que ahora soy y lo poco que ahora valgo.

78

Brooke

Unas llaves

He probado a concentrar las ideas, pero duelen igual. No hay nada que consiga que pueda pensar con claridad sin sentir que me hago pequeña.

Y no quiero.

No lo soy.

No después de haberme enfrentado a todo lo que este pueblo me ha regalado en las últimas semanas.

Llevo más de una hora sentada en el borde de la cama. Y cuarenta y cinco minutos esperando que se abra la puerta.

Por un momento, lo he deseado tanto que me ha recordado a todas las veces que, a lo largo de mi vida, he mirado fijamente hacia una puerta imaginando que se abría y aparecía mi madre explicándome el motivo por el que había estado desaparecida tanto tiempo.

Pero esto es distinto, y me asusta haber sentido lo mismo.

He escuchado la puerta, sé que ha salido… Y no quiero seguir esperando.

Igual que con mi madre, siempre supe que no había una explicación razonable para tanto tiempo de ausencia. No quería convencerme de que había muerto. Creo que lo hice el día que entré en la morgue del edificio forense de Riverton y vi sus restos sobre la camilla.

Esto es distinto. Solo dos semanas en mi vida. Lo superaré.

Lo que no debo es esperar. Tampoco quiero escuchar.

Joder, cómo duele.

Joder, ¿cómo he podido enamorarme de esta manera?

Miro mi móvil. No porque piense llamarlo, sino porque me acabo de dar cuenta de que no puedo llamar a Brent, ya no.

No, mientras siga sin comprender qué es lo que ha pasado cuando he hablado con ellos.

«Has jugado sucio», es lo que me han dicho.

Y él también. Aiden ha usado las mismas palabras.

Una lágrima empieza a descender por mi mejilla.

No. No pienso permitirlo.

«No, Brooke», me digo.

Solo cinco minutos. Me conozco.

Si encuentro una razón para seguir sentada en esta cama esperando, me quedo. Si no, me largo.

Venga, diez minutos. No voy a ser impulsiva.

Espero.

Dos minutos.

Cuatro minutos.

Seis minutos.

Tic, tac…

Ocho…

Nueve…

Uno de regalo…

Dos…

¡A la mierda!

Solo necesito unos minutos para hacer mi equipaje. Media hora quizá, cuarenta y cinco minutos.

Localizo mentalmente todo lo que necesito. Pienso.

Acción.

Cincuenta minutos. Se puede perdonar, no estoy en mi mejor momento.

No tardo en salir por la puerta.

Solo miro la chimenea. Está apagada. Hoy la queríamos encender solo para nosotros. No hemos podido sentarnos frente a ella disfrutando de intimidad. Hasta esta misma mañana hemos estado acompañados.

Jayce y Cassidy…

Joder, me duele eso también.

Una última mirada sin derrumbarme.

El sonido de una llamada, el taxi.

Bien. Estoy preparada.

Las llaves de la casa de esa bruja en el centro de la mesa. A su lado, los documentos del alquiler del coche.

¿Qué más?

La casa de mi madre, vendida. Mis padres, enterrados.

Solo me queda una parada antes de salir de Moonridge y ya podré marcharme.

Que así sea…

79

Aiden

Toda la noche

¿A qué te suena alguien que te insulta y luego dice que no sabe cómo ha podido salir eso de su boca? A alguien que busca una excusa y no sabe cómo rectificar sin parecer más mediocre de lo que ya ha parecido.

Yo también lo creía… hasta ahora.

Hasta que cada palabra que recuerdo haber pronunciado me quema más y más al recordarla. Porque no fue un accidente. No fue un lapsus. No fue una frase mal escogida. Salió de mí. Y eso es lo que me asusta.

Así fue…

Anoche…

Es lo que he pensado después de una noche entera alejado de ella.

Una noche en la que mis pasos me llevaron hasta ese único rincón en el que tenía recuerdos de la infancia con ella.

No eran buenos, pero eran suficientes para sentir que podía empezar por algo.

Y después, una mano en mi hombro, la que menos me esperaba.

Rachel.

No sé cómo he llegado hasta su casa, ni cómo he podido elegirla a ella para derrumbarme. No solo por lo ocurrido con Brooke, sino por todo lo que me ha pasado en este rincón de Wyoming.

No era la más adecuada, pero ella me ha hablado de algo que necesitaba. De miedo, de sentir pánico, de vivir con la culpa, de cobardía.

Y sus lágrimas se han vuelto mías. Junto con su café y su manta.

Siempre he pensado que soy dueño de lo que digo. Que puedo medir, analizar, anticipar. Que no hablo si no tengo una base sólida.

Que no acuso sin pruebas. Que no disparo si no estoy seguro del objetivo. Hoy he hecho exactamente lo contrario.

He construido una teoría en cuestión de horas y la he defendido como si fuera una sentencia firme. Sin pruebas. Sin escuchar. Sin conceder el beneficio de la duda. He visto en sus ojos el momento exacto en que dejó de defenderse y, aun así, he seguido.

Me lo ha dicho ella, Rachel. «No es lo que has dicho lo que te persigue, sino el hecho de que pudiste haber parado… y no quisiste».

Y yo he insistido.

—Ha sido la presión, Rachel. Ha sido Lorraine. El testamento. La promotora. El juicio. Las semanas acumuladas. El cansancio. El miedo a que todo fuera una mentira bien montada.

Pero esa es la versión cómoda.

—La verdad es más simple —me ha dicho—. Tuviste miedo. Miedo de haberte enamorado de alguien que te utilizaba. Miedo de convertirme en el idiota perfecto. Miedo de repetir la historia de tu padre. Y cuando tuviste miedo… atacaste.

Y así lo siento, tal cual. Aunque también puedo equivocarme, pero no soy capaz de verlo de otro modo.

Ella, Rachel, con todo lo que también arrastra, víctima también de Lorraine, con toda una vida ocultando una verdad a un hombre que la quiso con locura, fallando a su hija y viéndola sufrir, temiendo no haber podido parar lo que su amiga Hellen había hecho, pensando más en ella que en lo que pudiera sacar en limpio para desvelar la verdad de Hellen… sabía lo que era el miedo.

—Mi madre es una asesina, Rachel —le he dicho, llamándola así por primera vez en veinte años—. Nunca le importé, ni tampoco mi padre. Mató a los padres de la mujer de la que me he enamorado… Se acordó de mí para utilizarme y que la ayudara a conservar su legado, para seguir haciendo daño a aquello a lo que ha dedicado su vida… Y… lo único bueno que me ha pasado, lo he estropeado de la peor manera que podía hacerlo.

—Ya ha amanecido, Aiden, es un buen momento para que ella te escuche y sepa lo que sientes.

Un abrazo. Un breve comentario sobre Amber y la esperanza de poder rectificar sobre la mierda que he vertido en el salón que hoy iba a ser testigo de un ovillo de cuerpos frente a la chimenea.

Pero al llegar solo hay silencio. Las llaves de la casa de Lorraine. Unos documentos que indican que no me ha dejado tirado, sino que el coche de alquiler es para mí. Y una nota.

Ya nada me retiene aquí.

Ya no.

80

Aiden

Ya nada me retiene aquí

Dos días después.

A mí tampoco me retiene nada aquí.

Me han bastado dos días para reunir algo de fuerzas y el valor suficiente para llamarla, sin éxito, y despedirme de Samuel.

Las fuerzas han sido lo más fácil, pero con cada llamada rechazada y cada mensaje no leído, volvía a perderlas.

Diez llamadas. Seis mensajes. Un texto de lo más recurrente.

Lo siento.

Eso sí. Hay cientos de ellos descartados, a cuál más estúpido.

La visita a Samuel tampoco ha ayudado. Saber que ella lo visitó antes de marcharse para preguntarle si había alguna manera rápida de redactar una renuncia a la herencia de Lorraine me mató. No por la herencia. Por lo que significaba.

Samuel la ayudó. La gestión no quedó resuelta del todo, a falta de una firma ante notario que ella se encargará de hacer y hacerle llegar. De momento, el documento ya está redactado. Supuestamente es el último favor que ella le pidió a Samuel. Así se lo expresó cuando llegó a su casa, pálida, intentando controlar las lágrimas, en un taxi propiedad de un antiguo amigo que ha abierto una cafetería recientemente en Moonridge.

Un abrazo de Samuel, un «estamos en contacto», un «no la cagues, muchacho, esa chica vale mucho» y un «cuida de ella y de Jayce» es lo último que me llevo de Samuel.

Y el «gracias» más sincero que he pronunciado en toda mi vida, mi despedida.

Y ahora solo me queda entrar en esa sala y despedirme de ella… a mi manera.

Lorraine está sentada de la misma forma que lo estuvo la última vez que la vimos. De cara a la ventana, pero en otra sala distinta.

Los recuerdos de la última visita me asaltan, pero me esfuerzo en apartarlos de mi mente. Ahora no.

Lorraine ha aceptado mi visita sin poner objeción.

La enfermera dice que su estado no es tan bueno como la última vez, que la doctora cree que podría perder la conciencia en cualquier momento porque ha tenido algún episodio de ansiedad, pero sigue estando lúcida y puede conversar.

No me mira nada más notar mi presencia. Solo lo hace cuando me siento frente a ella.

—Brooke… —me pregunta a modo de bienvenida.

—Hoy no ha venido —me limito a decirle.

No insiste, guarda silencio.

—No vendrá más.

—Quién sabe… Tampoco debías esperar que lo hiciera yo…

—¿Qué quieres, hijo?

Se me revuelve el estómago cuando me llama de ese modo, pero tengo que mantenerme frío y no perder los papeles, esta vez no.

—Hablarte del juicio. Supongo que querrás saber lo que ha ocurrido.

—El seis de abril… El seis, el día seis —indica reforzando la cifra cada vez que la pronuncia.

—Hoy es nueve de abril, Lorraine. Ya se ha celebrado.

—El juicio… ¿qué has hecho?

—Nada, solo acudir como espectador. Fue otro hombre, uno que asignó el juez, el que se ocupó de defenderte. Pero… no te preocupes, ese no ha sido el motivo de que el juez fallara a favor de Clifford Waverly, sino la verdad. Esa es la que ha ganado. ¿No te alegras?

—¿La… verdad?

—La que le otorga a Clifford la mitad de las tierras y de la casa. Más o menos ese ha sido el reparto.

—No… eso no puede ser… la verdad.

—Sí, Lorraine. El juez ha hecho un reparto equitativo, justo. Esa casa la dejó en herencia Fielding para los dos, para tu padre, Warren, y para Clifford.

—No es verdad.

—Esa casa ahora tiene dos dueños y… cuando tú no estés, tengo entendido que tus deseos son que me pertenezca a mí. Bien, pero te informo de que no aceptaré tu legado.

—Será de Brooke.

—Sí, eso también lo sé.

—No lo sabes…

—¿Y ella…? ¿Lo sabe ella?

Esta pregunta me revuelve el estómago, no estaba prevista, no quería hacerla.

—Estoy viva… Lo sabrá… ahora está enfadada, pero lo sabrá. Será una sorpresa, pero tú la estropearás.

Ahí está. Incluso ahora intenta colocarme como el culpable.

—Tengo que marcharme, Lorraine. Solo he venido a decirte que por fin se ha hecho justicia. Que por fin Clifford Waverly ha podido demostrar, con la ayuda de unos documentos y un testigo, que ellos llevan cuarenta años diciendo la verdad; por fin se ha demostrado que tu padre era un mentiroso y que obtuvo las tierras chantajeando a Fielding.

Estoy apretando las teclas, no para herirla, sino para que reaccione. Para que se le escape algo.

—No era un mentiroso. Clifford es un mentiroso… un cobarde…

—Tu padre traicionó a su amigo y se lo quedó todo. Ahora su honor está intacto. De hecho, no les interesa la casa, solo el honor.

—Tú no sabes nada… Cállate.

—Están juntos, Lorraine. Hellen y Allan Waverly descansan juntos, lejos de tu jardín, en la misma tumba —hago una pausa, la observo—. Y a ti ni siquiera te nombraron en el funeral, excepto para llamarte asesina.

—Cállate.

—No son mala gente los Waverly. Han sufrido mucho y hoy, por fin, les llega la recompensa: levantar su honor por todos los rincones

de Moonridge.

—No tiene honor… no sabes nada…

—Clifford ahora es un héroe en Moonridge…

—No es nada… esa maldita familia no tiene nada…

—Cálmate. La doctora dice que no debes alterarte. Creí que te alegrarías de que se hiciera justicia.

—No es justicia —me dice volviendo a una calma que me deja atónito.

—Clifford ha ganado. Su verdad ha ganado.

—No…

—Sí, Lorraine. Honor. Eso es lo que tienen.

Mis palabras provocan un destello en su mirada que consigue asustarme. No es rabia. Es miedo.

—Mentira… no tienen honor… Clifford es un asesino… es un maldito asesino…

No me espero lo que viene a continuación. Es rápido, seco…

Me golpea con la mano abierta en el centro de la cara.

—Es un asesino, él mató a Agnes…

No sé cuánto tiempo tardo en reponerme del golpe y de lo que acabo de escuchar. No por el dolor. Por la frase.

Ella sigue mirándome con odio hasta que se cansa y vuelve a echarse hacia atrás.

No quiere hablar más. Pulsa el botón del reposabrazos y una luz roja se ilumina en el techo.

Me levanto lentamente. Tengo que salir de aquí. He venido a provocarla. Y lo he conseguido.

—Seguirá luciendo su honor, Lorraine… Ese caso está cerrado.

Son mis últimas palabras antes de mirarla por última vez y alejarme de ella.

Siento paz y, aunque muchos podrían cuestionar los motivos que me han traído hasta aquí, ahora sé que no era venganza.

Tengo que luchar contra una lágrima que quiere traicionarme en cuanto me incorporo al pasillo de salida. No quiero llorar.

Prefiero hacerlo después, por Brooke, por Hellen, por Allan, por Gianni, por Agnes…

Ahora más que nunca entiendo que no importa quién haya ganado el juicio.

Aquí nadie ha ganado nunca.

Aquí nadie ha ganado nada.

81

Brooke

Amigos

Hace cinco días que abandoné Moonridge y todavía estoy perdida. Es como si hubiera salido de una caja en la que llevaba años encerrada, pero el cuerpo sigue dentro. He visto la luz del exterior, sí, pero no me siento libre. Solo desplazada.

Cinco días deberían ser suficientes para cerrar algo que solo duró unas semanas.

Eso sería lo lógico.

Pero la lógica no me sirve. Porque esas dos semanas no fueron proporcionales al calendario. Fueron desmesuradas. Intensamente desmesuradas. Lo han ocupado todo.

Puede que la culpa sea de Moonridge, de esa extraña sensación de que el tiempo allí no se comporta como debería: o avanza a una velocidad vertiginosa o se detiene hasta volverse casi insoportable.

O quizá el hecho de sentirme atrapada no tenga nada que ver con el lugar, sino conmigo. Sin más culpables. Con mi manera de reaccionar. Con mi orgullo… o con algo más profundo que el orgullo.

He recibido más de veinte llamadas suyas, más de veinte mensajes con un «Lo siento. Empecemos de nuevo», y no he respondido. Al principio no lo hice porque no podía. Después, porque no sabía cómo. Ahora ya ni siquiera tengo oportunidad de hacerlo. Han desaparecido.

Me dolieron sus dudas… O quizás fue la seguridad con la que describía aquel estúpido plan…

Me sentí tan desnuda, tan frágil, tan incapaz de defenderme…

Me partió en dos, o en tres, o quizás en más pedazos. Y sigo ahí, intentando recomponerme, eso es lo único que puedo hacer.

Algunos pedazos los ha recompuesto mi tía Ruth, con sus abrazos, con la oportunidad de escucharme cuando me he

desahogado con ella, contándole con detalle todo lo ocurrido, todo lo vivido… Contagiándome por momentos de su paz.

Algunos otros pedazos los ha recompuesto la clínica, algunos de mis compañeros, que aunque nunca han traspasado la línea para convertirse en amigos, me han hecho llegar su cariño y sus ganas de tenerme entre ellos, incluido mi jefe, que espera que me incorpore después del juicio.

Pero sigo con los mismos pedazos, porque los que recompongo por un lado se vuelven a romper por otro.

Eso es lo que he sentido con Sharon y Brent. Su silencio, su distancia, sus excusas para no recibirme y hablar conmigo.

Todo el orgullo que he sentido que me envolvía con Aiden, he sentido que lo perdía con ellos. He hecho tantos intentos por acercarme a ellos, que he perdido la cuenta.

Brent está de su lado y sigue afirmando que me he reído de ella en vez de intentar entender qué le ocurría. Dice estar decepcionado. Y Sharon no llega tan lejos, no argumenta. «Necesito espacio de ti», «Necesito tiempo», «Creí que eras mi amiga».

Bien, pues si es eso lo que piensan, lo aceptaré, pero van a tener que escucharme en persona.

Y eso es lo que estoy haciendo. Sé que hoy estarán reunidos en casa de Brent, dudo que hayan cambiado de costumbre; llevamos años haciéndolo.

Aunque me ha costado convencerle, Brent ha accedido a dejarme pasar, pero ha desviado la mirada.

Sharon está sentada en el sofá, con un aire altivo, fingiendo que las uñas de sus manos son más importantes que mi visita.

Brent me invita a sentarme frente a ellos, pero declino la oferta. Sigue sin mirarme a los ojos.

—No sé qué parte de «te has portado muy mal conmigo y necesito tiempo» no has entendido, ni qué parte de «Estoy con Sharon» tampoco. Mientras estabas en ese pueblo apartado del mundo hemos descubierto cómo eres. ¿Qué clase de amiga se ríe de los conflictos de otra? ¿Qué clase de amiga juega de esa manera?

Después de vomitar esas palabras, guarda silencio manteniendo su pose erguida. Se cruza de piernas y de brazos.

—¿Y tú, Brent? —le digo—. Te toca. Vomita tú ahora, aunque un poco más de nivel se agradecería.

—Brooke, Sharon tiene muchos conflictos y quiere solucionarlos. Espera de sus amigos que le apoyen, que le guíen, que le escuchen, pero tu actitud fría, llena de burla, manipuladora… Hemos entendido que es lo mismo que has hecho con Kaden. Él tenía un conflicto y tú te burlaste de él. No nos gusta. Danos tiempo. Somos amigos desde hace mucho tiempo y todo se solucionará, pero… poco a poco, hay conflictos que requieren una reflexión, un tiempo…

—De momento, deberías estar contenta de que hayamos aceptado hablar contigo —añade Sharon, visiblemente satisfecha de las palabras de Brent—. Deberías marcharte. Ya te diremos algo cuando nos sintamos mejor.

Los observo a los dos. Por primera vez en mi vida, voy a hacerle caso a Brent. Respiro, luego hablo. Pienso, luego hablo.

Me bastan unos segundos para entenderlo todo, para entenderme, para decidir, para sentirme libre y elegir.

—Y es lo que voy a hacer, marcharme, pero antes me vais a escuchar. Seré breve. Ese pueblo aislado del mundo me ha regalado la oportunidad de saber quiénes eran mis amigos. O quizás, simplemente, ha creado la circunstancia necesaria para que empezara a sospecharlo. Y los cinco días que llevo en Boston han sido más que suficientes para corroborarlo. Y los cinco minutos que llevo aquí, para saber que no voy a tener dudas.

»Sharon, no me nace decirte nada, lo más triste es que no vale la pena. Tú no vales la pena. Estás vacía y solo eres capaz de llenar tu vida con fantasías estúpidas sobre hombres que solo permanecen a tu lado un puñado de horas, pero que se instalan en tus fantasías. Sigue soñando con tus bodas empalagosas. Cásate con él —le digo señalando a Brent—, presiento que es el hombre que más tiempo te va a dedicar y el único que seguirá pronunciando las palabras que tú quieres escuchar.

—No te permito que…

—Y a ti, Brent —la interrumpo—, te hablé hace unos días del funeral de mis padres, de que había conseguido encontrar sus cuerpos después de veintidós años desaparecidos y enterrarlos juntos. Y lo único que me has dicho es que me he burlado de las alucinaciones de tu querida amiga. Tú… que siempre hablas de diálogo, de escuchar, de paciencia… No os toméis ningún tiempo, no es necesario. Habéis pasado en poco tiempo a ser nada. NADA. Soy yo la que no os quiero en mi vida.

Me doy la vuelta.

—Brooke, esto deberíamos hablarlo un poco más —dice Brent, tartamudeando.

—Deberíamos, es cierto, pero también es tarde, y también habéis dejado de importarme. Dedícate a tu falsa psicología y a ese ser vacío que tienes a tu lado.

Se crea un silencio. Sharon quiere decir algo, pero Brent se lo impide.

—He contado hasta diez, Brent. Nunca podrás decir que he sido impulsiva. Ahora ya os puedo decir a los dos que os vayáis a la mierda.

Salgo de su casa, del edificio y definitivamente de sus vidas.

No es una decisión precipitada, es una buena decisión porque solo así podría sentir tanta paz conmigo misma en este momento.

Un poco más rota, pero con un poco más de dignidad.

82

Aiden

Noticias

Cassidy y Jayce me miran en silencio. Estoy hecho una mierda y lo saben.

Desde que llegué a Boston, hace cuatro días, no levanto cabeza. No dejo de darle vueltas a todo ni consigo quitarme de la cabeza esa escena en la que le vomité todas mis sospechas como si fueran verdades absolutas. No fue una discusión. Fue una ejecución. Y la ejecuté yo.

Los dos primeros días la llamé hasta rozar la obsesión. Diez llamadas. Veinte. Mensajes que borraba antes de enviarlos. Otros que sí envié. Un «Lo siento» que sonaba tan escueto y vacío… Un «Empecemos de nuevo», que sonaba peor.

¿Empezar qué? Si me lo he cargado todo.

No respondió.

Jayce lo intentó. Cassidy también. Nada. Ni una señal.

No he tenido valor para intentarlo de nuevo. Cada rechazo es como un golpe más fuerte.

No puedo dejar de pensar en la rapidez con la que creé esa historia de planes perfectos y traiciones y la rapidez con la que la desmonté.

Puede que Rachel tuviera razón y me perdiera en el miedo.

Ir a su casa sería más fácil para mí. Presentarme allí, insistir, forzar una conversación. Pero me falta valor. Si me rechaza, me hundo. Más de lo que estoy.

El móvil de Jayce nos sobresalta.

Es Cassidy la que aclara de quién se trata.

—Samuel —dice mirando a Jayce.

No sé qué pasa por su cabeza, pero antes de descolgar me mira de una forma extraña.

No hay saludo. No hay rodeos.

—Entiendo… —dice manteniendo el suspense.

Cassidy se encoge de hombros.

—Entiendo… —repite Jayce.

Silencio.

—De acuerdo —continúa diciendo.

Cuelga.

—¿Qué pasa?

—Lorraine ha fallecido esta mañana.

—Ya… —logro decir.

—Vaya… —dice Cassidy—. Pues ya está todo terminado.

—Antes de que ocurriera le envió una carta a Samuel. Él quiere que la leas. Me la ha enviado por mail.

—¿Una carta para mí? ¿Tenía fuerzas para escribir una carta?

—No es para ti. No es manuscrita, se la dictó a una enfermera y le pidió que se la enviara a Samuel.

—¿Por qué quiere Samuel que la lea yo?

—Porque dice que es interesante.

—¿Por qué no me ha llamado a mí?

—¿Leemos la carta o seguimos con las preguntas?

—Aiden, Samuel debe de pensar que es más delicado decírtelo a ti —intenta aclarar Cassidy.

—¿Has hablado con él desde que te fuiste de Moonridge? —le pregunto con curiosidad a Jayce.

—Todos los días —afirma con una sonrisa—. Si hay novedades, quiero saberlas.

—¿De qué?

—De todo.

—Ya… Claro. Lee.

—Seguro que ha cambiado el testamento y me lo ha dejado todo a mí —dice Jayce buscando el mail recibido.

—O a Clifford —añade Cassidy.

Consiguen hacerme reír.

—¿Listo?

Asiento con la cabeza. Cassidy se sienta a mi lado y se apoya en mi brazo.

Suspiro. No sé si estoy preparado para más sorpresas.

Si Brooke estuviera aquí, conmigo…

83

Aiden

La carta

Hace casi cuarenta años, Warren Blackwell y Clifford Waverly no eran enemigos. Eran inseparables. Mano derecha de un hombre poderoso. Ejecutaban sus órdenes, protegían sus intereses y mantenían a raya a quien hiciera falta. Eran sus hombres de confianza y su sombra.

Entre ellos había algo más que trabajo. Nuestras familias estaban unidas, compartían mesa y celebraciones en cientos de ocasiones. Yo crecí junto a Allan y Suzanne como si fuéramos sangre de la misma sangre.

Hasta que ella decidió destruirlo todo. Agnes Fielding, la esposa del terrateniente.

Amenazó con denunciarlo. Con sacar a la luz fraudes, registros alterados, pagos ilegales… Amenazó con arrastrarlo por el barro y con arrebatarle a su hijo. Lo dejó sin salida.

Y él dio la orden.

La muerte de Agnes Fielding no fue un accidente. Fue una ejecución. Y los encargados de llevarla a cabo con precisión fueron Warren Blackwell y Clifford Waverly.

La empujaron por el precipicio. Solo Dios y los que estuvieron allí saben quién fue la mano ejecutora. Quizás ahí también unieron fuerzas.

Después vino el dinero. Y el acuerdo privado. Las tierras y la casa serían para ambos cuando el terrateniente muriera. Era el pago por haber cumplido la orden. Así de simple.

Con los años, mi padre quiso más. Sí. Amenazó con revelar la verdad al hijo de Fielding si el testamento no se modificaba. Y se modificó. No lo niego. La ambición también forma parte de esta historia.

Pero que nadie se atreva ahora a hablar del honor de Clifford Waverly. No cuando la mitad de esas tierras se creyeron merecidas por haber matado a una mujer.

No cuando el silencio se compró con dinero.

Clifford Waverly perdió su honor el día que aceptó encargarse de la muerte de Agnes Fielding.

Lorraine Blackwell.

84

Brooke

Un final

Cuando abro la puerta, no siento ganas de volver a cerrarla, sino de abrazarlos, pero no lo hago.

Cassidy y Jayce están delante de mí. Hoy no sonríen, deben de estar molestos conmigo por no haber atendido sus llamadas.

Los comprendo, y sé que en el fondo ellos también a mí. No eran ellos, era todo lo que había alrededor.

Boston no podía ser el escenario de una amistad mientras el aire todavía olía a ruptura, ni tampoco después. Es complejo y, lamentablemente, incompatible.

Ellos, sus hermanos, yo, lo que pudo haber sido y no fue para él.

—Tengo algo que quiero mostrarte —me dice Jayce con una particular seriedad.

Asiento con la cabeza y les dejo pasar.

Cassidy pasa por mi lado, se detiene y… me da un abrazo rápido que le devuelvo sin pensar.

Después, silencio.

Jayce nos mira con frialdad.

Les guio hasta el salón y les pido que se acomoden en el sofá.

Aceptan el té que les ofrezco y, solo unos minutos después, Jayce extrae un papel doblado del interior de un bolsillo y alarga la mano para entregármelo.

Lo miro con curiosidad y lo desdoblo lentamente.

Las primeras líneas me impactan. Reconozco el lenguaje y la autora de la carta sin mirar quién la firma al final.

Siento un escalofrío con cada línea nueva que leo.

Termino de leerla y los miro.

Cassidy me hace una mueca con las cejas, Jayce no se inmuta.

—¿A quién le escribió esta carta?

—A Samuel.

—¿Por qué?

—Aiden fue a visitarla y le hizo creer que había perdido el juicio, que las tierras se iban a repartir. Le habló del honor de Waverly, del que presumía haber recuperado.

—¿Por qué hizo eso?

—No lo sé, Brooke, solo sé que lo hizo.

—No entiendo por qué confiesa todo esto… está implicando a su padre.

—Esa me la sé yo —interviene Cassidy—. Porque le da igual. Nunca ha sido su objetivo defender las tierras ni a su padre. Creo que se sumó a esa causa por el odio que, aparte del que le inculcaron, ella misma alimentaba hacia los Waverly. No soporta la idea de que Clifford pueda presumir de honor; por eso escribe esta carta, para manchar su nombre.

—Podía hacerlo sin nombrar a su padre —sugiero.

—Es lo único que le quedaba por confesar. Se estaba muriendo, no perdía nada. Su nombre ya estaba manchado… —continúa Jayce —. Solo le quedaba la esperanza de evitar entrar en el infierno. Con esa carta se llevaba por delante a Clifford y saldaba cuentas con la justicia divina. Confieso y recibo el perdón.

—Entonces el chantaje era real…

—Sí, lo era. Y Clifford nunca profundizó porque le implicaba a él.

—Podía haber intentado manipularlo para quedar fuera…

—Era arriesgado. Solo con destaparlo su nombre se vería implicado, aunque negara la responsabilidad de los hechos. Lo importante era demostrar que existió el chantaje, no el contenido.

—¿Esa carta se ha entregado a las autoridades?

—Samuel le ha entregado una copia al sheriff y otra al hijo de Fielding.

—¿Qué pasará?

—Nada, supongo. Eso no puede prosperar en un tribunal. Es la palabra de Lorraine contra la de Clifford, sobre algo que ocurrió hace cuarenta años. El otro asesino está muerto y la autora de la carta también.

—La autora de la carta… ¿Muerta? ¿Lorraine?

—Sí, falleció hace dos días —explica Cassidy.

—No… no me lo dijeron. No me llamaron. Lo han estado haciendo todo este tiempo.

—Aiden pidió que no os molestaran con nada que tuviera que ver con ella. Dejó claro que se cortaba la comunicación.

—Ya…

Me viene a la cabeza el deseo que tenía por hacer esa petición en la residencia, pero nunca llegó a hacerlo, al menos mientras yo estuve a su lado.

—Nosotros nos enteramos por Samuel —aclara Cassidy.

Asiento con la cabeza.

—Parece que quiera dejar en el aire quién de los dos la empujó al vacío. La mano ejecutora… —repito—. ¿Por qué callarlo? ¿A quién protegía? Después de lo que ha contado…

—Eso nunca lo sabremos, Brooke, a menos que lo cuente Clifford, y… llegado el momento, que no llegará, siempre serán los demás los culpables.

—Ni siquiera soy capaz de pronunciarme sobre eso. Estoy tan cansada… Pero… creo que ya se puede decir: «Fin de la historia».

—¿Tú crees?

Miro a Jayce, que es quien me lo ha preguntado, sabiendo que en sus palabras se esconde algo.

—¿Qué queda? Esto es el final, al menos por mi parte.

—El final de esa historia no está escrito, Brooke. Está escrito el de tu madre y el de tu padre, el de Gianni… y el de Agnes. Ellos no pudieron elegir el final, pero tú sí. Aiden también. Podéis elegir un final más digno para esa historia, y lo podéis hacer porque esa historia es vuestra historia. Por ella os unisteis y por ella os separasteis.

Jayce se levanta dejándome helada.

—Escúchale, Brooke —me pide Cassidy.

Cierro los ojos, me siento algo mareada.

—Hay personas que la cagan —continúa diciendo Jayce— y, aunque lo reconozcan, la vuelven a cagar. Es una costumbre, es parte de su ADN. Pero hay otras, seres extraordinarios, que la cagan, lo admiten y aprenden. No va en su ADN. Aiden es un ser extraordinario. Si es esa cagada la que te mantiene lejos, escúchale al menos; si hay algo más… entonces… ¡Feliz final, Brooke!

Se dirige a la salida. Cassidy no se mueve del sofá.
Corro hacia él.

—¿Por qué coño tengo la sensación de que me estás echando una bronca? —le digo con el ceño fruncido, cruzándome de brazos.

Me sorprende echándose a reír y dándome un abrazo que me hace tambalear.

—Arregladlo de una puta vez. Sé que ese final no es el justo para vosotros…
—¿Lo arreglo yo?
—Creo que él se ha intentado comunicar contigo.

Se marcha sin decir nada más.

Cassidy golpea el sofá para que me siente a su lado.
—Te he echado de menos —me dice cuando me siento.
—Y yo, Cassidy.
—Está hecho polvo, está muy mal…

La miro. Cierro los ojos. Me levanto lentamente. Paseo por el salón.
Vuelvo a sentarme. Y una vez más lloro en sus brazos.

Una hora y veinte minutos después, con Cassidy como ayudante y cómplice, le escribo un mensaje.

No quiero empezar nada nuevo.
Quiero terminar algo que nos quedó por hacer.
Destino final: Moonridge.
Vuelo de Boston a Jackson Hole, con escala en Chicago.

Salida: 18 de abril, 7:35.

85

Aiden

Un vuelo accidentado

«Como esto sea una puta broma, voy a acabar con las dos», me repito mientras me pasa por la cabeza salir de la cola de embarque.

La cola avanza y Brooke no aparece por ninguna parte…

Toda la felicidad que sentí cuando recibí el mensaje ha desaparecido.

Llevo casi dos días, con sus dos noches, mirando la reserva del vuelo. Aguantándome la tentación de escribirle a Brooke para preguntarle si había habido algún cambio o de verdad estaba dispuesta a volver a Moonridge, pero no lo he hecho. Me he contenido como me pidió Cassidy, así que no puede quejarse si le he estado preguntando cada cinco minutos si había alguna novedad o el vuelo seguía en pie.

Cassidy es su cómplice, incluso me proporcionó la reserva para coincidir en los asientos… No podría contribuir a una broma de ese tipo. ¿O sí?

Claro que podrían haber planeado que embarcara y hacer un numerito a última hora para sacarme del avión…

Hacerme pasar la angustia, vengarse y luego partirse de risa…

Si eso es así, se va a reír ella porque no pienso pasar por esto.

O sí…

Joder, por lo que sea, con tal de volver a estar con ella…

Dos minutos más.

Voy a entrar en pánico.

—Buenos días.

Escucho su voz. Está a mi lado, sosteniendo su reserva en la mano.

La miro fijamente. Me ofrece la mano.

—Brooke Keegan, encantada de conocerle.
—Aiden Harrow —le digo estrechándole la mano.

El contacto me provoca un escalofrío, y también su aroma, el de su pelo, el de toda ella… y me devuelve al cuerpo de golpe.
Se gira y mira al frente.

—Creí que no querías empezar de nuevo…
—He cambiado de opinión, abogado.
—Es bueno saberlo… Entonces… ¿empezamos o no de nuevo?
—A ratos sí y a ratos no.
—Así me gusta, con las ideas claras, doctora.
—¿No te parece romántico?

Avanzamos hasta el final de la cola y pasamos la zona de embarque. El pasillo se hace eterno, debe medir más de seis millas.

—¿Has dicho romántico? Un momento. Se supone que todavía tengo que pedirte perdón y esas cosas, soy yo el que tiene que tirar de ti… ¿cierto?
—Cierto.
—Entonces no se te habrá ocurrido alguna idea de esas que le gustaban tanto a tu amiga. No entraremos en el avión y una azafata nos tirará pétalos y nos dirá alguna gilipollez mientras la tripulación aplaude y nos da la bienvenida…
Su cara es de desconcierto.

—¿Esa idea la asocias con algo romántico? ¿Me crees capaz de hacer algo así? ¿Tan poco crees que me quiero?
—De acuerdo… era una estupidez, es que… esa amiga tuya… puede ser mala influencia. Por cierto, ¿ya no está colada por Jayce? O… ¿está con él en una isla paradisíaca?
—Ya no es mi amiga.
La miro. Aquí no hay broma.
—¿Me lo explicarás?
—Algún día.

Tomamos asiento el uno al lado del otro. Yo en un asiento de pasillo, ella a mi lado.

Confieso que todavía miro a mi alrededor por si ha pensado en gastarme alguna broma, pero todo parece en orden.

El avión despega. Paso el mal trago. Nunca me he llevado bien con los aviones.

Espero.

—Brooke… yo —le susurro acercando mi cara a su oído— siento mucho todo lo que te dije, todo. Sé que puede parecerte una excusa, pero… me arrepiento mucho de todo lo que dije, de no preguntarte, de sentenciarte, de no compartir contigo que estaba sobrepasado, quizás muerto de miedo, quizás cansado, quizás… jodido, muy jodido. Y estando jodido no suelo desvariar así, pero esa vez sí. O sea que estaba más jodido de lo que imaginaba y tuve que llorar mucho para darme cuenta y… tuve que escuchar a alguien hablarme de miedo y de estar sobrepasado para entenderlo… Y tuve que llorar en un hombro, poco después de decirte todo aquello, para entenderlo también.

—¿Samuel? —me pregunta.

—Rachel.

Me mira mientras abre mucho los ojos.

—¿Me lo explicarás?

—Algún día —le contesto repitiendo lo que ella me ha dicho con respecto a Sharon.

Ella asiente con la cabeza.

—Brooke… —le susurro para que se acerque a mí.

—Aiden…

—Te quiero… Te quiero… Estoy perdidamente enamorado de ti.

Asiente con la cabeza y, para mi sorpresa, se coloca un antifaz, se acomoda en el asiento y desconecta.

—Joder, Brooke, que te acabo de decir que te quiero…

Asiente, pero no hace nada más.
—¿Esa es tu reacción? —le sigo preguntando al oído.
Me enseña un pulgar en señal de OK.

No, esto sí que no lo aguanto.
Vale, ella lo ha querido.
Me enjuago la garganta.

—Brooke Keegan —le digo alzando la voz, provocando que al instante varias miradas se posen en nosotros—, te estoy diciendo que te quiero, que estoy loco por ti… ¿y te pones un antifaz?
Se lo baja bruscamente y me mira con tanto odio que por un momento siento que la he cagado de nuevo.
—¿Quieres bajar la voz? ¿Estás loco? —me dice con una mirada que podría matarme si supiera cómo.
Se coloca el antifaz de nuevo.

—Joder, Brooke, te he dicho que te quiero, que eres lo mejor que me ha pasado en la vida, ¿y te colocas un antifaz? Quiero pedirte que te cases conmigo, quítate ese antifaz.
Mi voz es más alta, y las miradas también.

Antes de quitarse el antifaz, me aprieta la mano, tanto que hasta duele.

—Eres idiota, ¿o qué es lo que te pasa? —dice abochornada al notar las miradas.
—Se lo ha quitado, pídeselo ahora —grita un hombre.
Risas.
—Te mataré —me amenaza buscando con la mirada dónde meterse. Se impulsa hacia abajo para deslizarse por el asiento como si quisiera meterse debajo del asiento delantero.
—¿Quieres casarte conmigo, Brooke? —continúo gritando.

Una azafata se acerca, mueve la cabeza y sonríe. Se espera.
Aplausos.
—Venga, Brooke Keegan, dile algo, no te pongas el antifaz.

Risas, alboroto. La azafata emocionada. Otra que viene por detrás.

Salgo de mi asiento, sin saber cómo perder la vergüenza.
Ella me mira, se echa hacia atrás, baja la cabeza.
—Contéstale, mujer, no le hagas sufrir.

Trago saliva. Me siento bien, apoyado. Rodeado de sonrisas, de personas que sacan medio cuerpo del asiento para mirar. De dos azafatas que se lo están pasando en grande. De una señora mayor que no deja de aplaudir.

Me arrodillo y ella baja más la cabeza en cuanto me ve de reojo.
—Me las pagarás, capullo.
—Brooke… ¿quieres casarte conmigo? —le digo en un tono más bajo.

Ella se quita las manos de la cara, me mira de lado.
Aplausos.

—Venga, Brooke —le dicen entusiasmados.
Por fin me mira.
—El anillo… —grita un entusiasta.
Ella sigue oculta.

Lo saco de mi bolsillo, le cojo la mano. Sigue sin mirarme. Le coloco el anillo lentamente.
Ahora ya no solo hay curiosos desde el asiento, también se han acercado.

Al notar el contacto con el anillo, se destapa la cara y me mira lentamente.
Niega con la cabeza.

—Dile algo, Brooke —le dice una mujer a punto de llorar.
—Es que solo hace tres semanas que nos conocemos… —dice ella por fin sonriendo, dirigiéndose a la mujer que se lo ha pedido.
—¿Y qué? ¿Tú le quieres?
—Le quiero… —me dice por fin mirándome fijamente.

—Entonces… —le digo tocándole la mejilla.
—Es que… a veces es un poco gilipollas… —se queja.

Vale, se está vengando. Y yo aquí, arrodillado como un imbécil.

—¿Conoces a algún hombre que no lo sea? —grita una mujer joven, ganándose algunas protestas.

La azafata se ríe. Todos hablan, todos participan, pero nadie parece fuera de su sitio.
—Valeee, pues… ¿le digo que sí?

La muy impresentable se gana el cariño y el alboroto de todos. Y yo arrodillado…
—Sí, Aiden, quiero casarme contigo, pero esta me la pagas… Has empezado tú.

Provoca las risas de muchos, incluso la mía.
Cuando llega el beso, ese que le doy clavándome el brazo del asiento, la gente se dispersa.
Se acabó el espectáculo.
Solo un aplauso más y… por fin llega la intimidad.

—Quería dártelo en Moonridge… —le digo cuando recuperamos asientos y normalidad.
—No sé si hubiera sido el mejor lugar, abogado.
—Entonces ¿por qué vamos?
—Porque nos quedó algo por hacer.

86

Brooke

Lo que nos quedó por hacer

El resto del vuelo permanecemos callados, yo con mi antifaz y él con el suyo.

Sigo abrumada, perpleja y alucinada con su numerito, aunque me haya sumado a él. No dejo de apretarle la mano cuando dejo de sentir el precioso anillo que ha colocado sobre mi dedo.

Volvemos a reír juntos. Disfrutamos de unas compras en el aeropuerto de Chicago, llegamos a Jackson Hole y emprendemos el camino hacia Moonridge en un coche de alquiler de color amarillo que tiene algún problema con la suspensión. No debí dejar que Cassidy se ocupara de ello.

Cuando llegamos a la entrada del pueblo, detiene el coche y suspiramos.

Algo me incita a salir corriendo, algo a quedarme para siempre.

Llegamos a nuestro destino sintiendo que las nueve horas de viaje se han convertido en dos días. No por el cansancio, sino por todo lo que hemos recuperado en el trayecto, eso que, en nuestro caso, desafía el tiempo.

La casa que nos prestó Samuel aparece ante nosotros. Aiden no pregunta nada.

Entramos lentamente.

El fuego está encendido, tal y como acordé con Samuel.

Tiro de él hasta llegar delante de la chimenea.

Hay vino, fresas y rosas sobre la mesa.

Eso no lo pedí.

Hay una manta en el suelo.

Eso sí.

Sonríe. Me acerco a él.

—Teníamos algo pendiente, abogado.

—Lo teníamos, mi chica salvaje.

—Te quiero, Aiden, te quiero tanto… —le digo mientras me lanzo a besarle.

Y así permanecemos durante horas, teniendo en cuenta el tiempo de Moonridge.

—¿Cuánto salvaje te gusta que sea?

—Muy salvaje, al estilo Wyoming.

—Hecho —le digo.

Me desnudo lentamente. Me he gastado una fortuna en esta ropa interior.

Le desnudo.

Nos acurrucamos bajo la manta y terminamos cubriéndonos con ella.

Le guío hasta tumbarlo sobre la alfombra.

Le recorro el cuerpo con un reguero de besos…

Y me entrego a él en cuerpo y alma, a su placer y al mío.

Salvaje… al estilo de Moonridge, el lugar donde pretendo poner un punto y final, por fin.

87

Brooke

Preparada para decirle adiós

Hemos visto el amanecer por la ventana del baño mientras nos duchábamos, pero ya estamos arrugados y a punto de quedarnos sin piel.

Salimos peleándonos por la toalla más cercana. Gano yo.

Me apodero de la que tiene más cerca y salgo corriendo del baño. Me persigue desnudo, mojado; casi resbala.

Finge que se ha dañado la pierna y me acerco a él.

Se ríe. Jugamos.

Así pasamos las dos horas siguientes. Como dos niños, incansables, como si tuviéramos que recuperar el tiempo perdido.

Hablamos de Lorraine, de mis padres, de Gianni y de Agnes. De Warren, de Clifford, de la carta, del chantaje, de Rachel, de Amber, de Samuel y de todo lo relacionado con Moonridge.

Nos olvidamos de Suzanne, no ha tenido un papel protagonista, ni tampoco mi abuela ni la suya, esas dos mujeres que apenas han aparecido en la historia. Aunque no merece la pena detenerse en ellas, eran iguales que sus maridos.

Hemos repasado todo lo vivido, como una terapia necesaria para poder poner fin a esta historia cargada de sangre, de odio, de mentiras y de venganzas. Solo nos queda por saber cuál de los asesinos empujó a Agnes. O quizás fueron los dos.

Hemos hecho apuestas, pero sabemos que nunca lo sabremos.

No hemos deshecho la maleta, no pensamos quedarnos mucho tiempo. El justo para saludar a Samuel y darle las gracias y el de visitar el cementerio por última vez.

Puede que me equivoque, pero no tengo intención de volver. No quiero regresar a este lugar ahora que he puesto mi propio final.

Mis padres, y los nombro a los dos, están conmigo donde quiera que estén; ahora ya sé que están juntos y que descansan. Quiero creer que les gusta, y espero que me perdonen si me he equivocado, pero he llegado a la conclusión de que sí hubo una historia de amor entre ellos.

Quiero creer que fue esa historia maldita, la que tanta sangre se cobró, la que dibujó grietas en su camino.

—Estoy preparada para decirle adiós a este lugar, Aiden.

—Estamos preparados, cariño. Nueve horas de viaje para follar delante de una chimenea puede considerarse un final digno de película. Ya nos podemos ir. Esto ha tenido mérito.

Nos echamos a reír.

El timbre de la puerta nos sobresalta. Debe de ser Samuel.

Me dirijo lentamente a la puerta, arreglando el desastre de mi ropa y de mi pelo.

Abro despacio. Escucho a Aiden acercarse detrás de mí.

No doy crédito a lo que veo.

Nos miramos durante unos segundos. Nos abrazamos a cámara lenta. Ella llora, yo lloro.

Aiden sigue detrás de mí, seguramente preguntándose a quién estoy abrazando, pero tarda poco en descubrirlo.

—Hola, debes de ser Aiden. Soy Amber… la… hermana de Brooke.

Y mientras se saludan, un rostro cubierto de lágrimas se esconde a su lado: Rachel.

Quizás el final no estaba escrito todavía.

88
Lorraine

Moonridge. Cuarenta años antes.

Tengo miedo, no sé si seré capaz de hacerlo bien. Me estoy clavando una astilla de la caseta en la palma de la mano, pero no puedo moverme, no pueden descubrirme. Debo permanecer pegada a ella.

También me he manchado los pantalones y mi madre se va a enfadar. Me recordará que ya tengo once años y no puedo marcharme como si fuera un bebé. Pero papá me defenderá, él me ha dicho que confíe en él, que siempre tendremos un secreto y que me querrá más todavía si hago lo que debo.

Lo hemos repasado muchas veces y sé lo que tengo que hacer. Será fácil, eso dice papá. Es importante, cambiará nuestras vidas. Eso es lo que dice el tío Clifford.

Rachel y Hellen no saben que estoy aquí, no puedo decírselo. Les he mentido diciendo que tenía que ayudar a mi madre, pero Hellen no se lo ha creído. Ya lo inventé ayer, porque tenía ensayo también.

Suzanne está enferma y no preguntará. Ellas no saben que prefiero estar con ellas, pero que tengo que ayudar al tío Clifford y a mi padre. Trabajan mucho y quieren comprarnos una casa muy grande con jardín y un porche donde poder correr todo cuanto quiera, sin que nadie nos diga nada.

Allan me ha mirado hoy a la salida del colegio y me ha pedido que vaya a visitar a Suzanne, pero he tenido que decirle que no podía. No sé si se ha molestado, no parecía contento. Es tan guapo… Pero es mayor que yo, y yo… solo debo pensar en el colegio y en ayudar a mi madre. Eso dice ella.

Mi padre no está, ni tío Clifford. No pueden venir, deben permanecer rodeados de gente, como si no supieran nada. Eso es lo que me han repetido mil veces. Y que confían en mí también.

Lo haré bien. Hasta ahora lo he hecho bien. Nadie me ha visto, como me pidieron.

Espero.

Por fin aparece.

Agnes Fielding, como cada día, sale a pasear por la arboleda de la finca, despacio, con las manos entrelazadas a la espalda.

Aparezco y me dejo ver.

—Lorraine… ¿qué haces aquí, cielo?

—He venido con mi padre. Y estoy dando un paseo. Este lugar es muy bonito.

—Lo es. ¿Quieres que paseemos juntas?

—Sí, pero antes quiero enseñarte algo. He encontrado algo ahí… es muy raro, me da miedo.

—¿Qué has encontrado?

Es fácil, como dijo papá.

Cuando llegamos al barranco intento asomarme, pero ella me detiene.

—No, Lorraine, es peligroso, no te asomes ahí. ¿Qué has visto? No deberías andar nunca sola por esta zona.

Entonces lo hago. Está un poco lejos del borde, pero tengo que intentarlo o querrá que nos vayamos.

La empujo con todas mis fuerzas, pero no se cae como yo quería por el barranco, sino que se queda cerca del borde.

Me mira aterrorizada, intenta gritar, pero no puede, se agarra al suelo y la empujo otra vez, intentando que ruede.

Esta vez me he esforzado más y lo he conseguido.

Ya no está.

Se escuchan sus gritos, o algo parecido, cada vez más lejos. Tengo que esconderme donde mi padre me pidió que lo hiciera.

Estoy a salvo.

Tengo que volver a mi casa por el camino de abajo, detrás de las rocas donde ahora debe de estar ella, estrellada contra las piedras.

Pobre Agnes, sé que no está bien, pero me debo a mi familia. Nuestra vida va a cambiar. Eso es lo que dice papá.

Ha sido fácil.

Epílogo

Jayce

De esta sección me encargo yo. La ocasión lo merece y, aunque no suelo reclamar espacio, me lo he ganado.

Soy Jayce Merrick y he aparecido en la historia que os han contado Aiden y Brooke en algún que otro capítulo, siempre en segundo plano, donde me siento más cómodo. Por eso ahora, en medio del revuelo que hay en el jardín de la casa de mis padres, en vez de sumarme a ellos, los observo desde el balcón de mi antiguo dormitorio.

El revuelo se debe a la boda que está a punto de celebrarse entre Aiden y Brooke, mi nueva hermana, la mujer que ha conquistado en poco tiempo y con una fuerza vertiginosa a mi hermano, a mi compañero en todos los sentidos. El que apareció un día en mi vida recién llegado de Nueva York, asustado por los cambios a los que se enfrentaba y afirmando que en su vida solo existían él y su padre; no tenía madre.

Fue tiempo después cuando supe la verdad, una verdad cruda, difícil de entender para un adolescente que se ha criado al cuidado y amparo de una madre maravillosa como la mía. Llegaron a nuestras vidas como una familia rota y conseguimos formar una infinitamente más grande y más sólida.

Y eso es lo que veo en este momento. Una gran familia que se ha construido con los restos de otras. Esas otras que se rompieron por obra del destino, ese que dicen que lo rige todo. O por obra de la maldad, que existe: esta historia da fe de ello.

Este es el final del que le hablé a Brooke, el que se merecía esta historia.

No podían separarse, no después de lo que habían vivido, no sintiendo lo que sentían.

Se enamoraron en pocas semanas, se comprometieron poco después y… han esperado un año para celebrar su boda. Un año

entero para convencerse de que lo suyo no era un incendio pasajero, sino algo que podía sostenerse.

En este tiempo, Brooke ha abierto su clínica de fisioterapia y en los dos meses que lleva funcionando está dándole buenos resultados. Aiden se ha encargado de la parte administrativa y financiera; Cassidy y mi madre la han ayudado a decorarla; mi padre, a supervisar los avances y a elogiarlos; y yo… acudí a la inauguración.

Adoro a mi familia, pero necesito más aire que ellos para respirar y solo lo consigo si me mantengo ligeramente alejado de algunas de sus actividades familiares. Demasiada cercanía me asfixia; demasiada distancia, también. Aún no he encontrado el punto exacto. Supongo que lo encontraré. Sé que el equilibrio es un bien muy preciado, difícil de encontrar, pero existe.

La prueba está ahí abajo, en ese jardín.

En medio del caos que existe a pocos minutos de la celebración, el orden está en ellos, en todos los que asisten, en lo que les une. Un orden que por fin ha llegado después de tanta historia oscura.

Aiden sonríe, pero sé que está nervioso. Estrena corbata, una espantosa, como siempre, pero esta vez no es para acudir al juzgado. Yo me he sumado a esa afición, aunque las mías son más discretas. Empecé a hacerlo cuando se celebró el juicio de la clínica, el de Robert contra ese loco que les disparó a él y a Brooke.

Está entre rejas, con veintitrés años por delante para disfrutar de su nuevo habitáculo. Y Robert se ha recuperado, aunque con secuelas. Él y Brooke recibieron una buena indemnización por parte del seguro de la clínica, dinero que Brooke ha destinado a la suya propia. Un «empezar» derivado de una tragedia.

Las mismas palabras que se podrían utilizar para el dinero recibido por la herencia de la casa.

Sí, lo que oís. No renunciaron a la herencia. Después de mucha meditación y de volvernos a todos locos, decidieron aceptarla. Fue a través de Brooke, la única que no tenía cláusulas. Su renuncia no llegó a formalizarse en la notaría y la aceptó íntegramente. Vendieron la casa a la promotora y donaron la jugosa cantidad a

Moonridge Heritage Development LLC, una sociedad que ya existía dedicada a la revitalización y desarrollo de la zona. Samuel, ya retirado, se ha puesto al frente del proyecto, respaldado además por un plan estatal de revitalización rural.

Falta le hace a Moonridge que lo resuciten. Soy testigo de ello. Aunque… confieso que ese lugar inhóspito, perdido y aislado me proporcionó mucho más de lo que habría imaginado.

Buenas y malas experiencias, pero todas ellas grabadas a fuego. Es curioso que solo unos pocos días en ese lugar me marcaran tanto. Quizás por sentirme más libre, menos oprimido por una gran ciudad, por un bufete donde somos muchos y hay cabida para pocos, por protocolos que ahogan y jerarquías que no dejan espacio para equivocarse.

Allí el silencio no es incómodo, es… simplemente honesto. A veces el silencio es la forma más clara de juicio.

Que se lo digan a Clifford. Nunca hubo una acusación formal contra él, pero su nombre dejó de pronunciarse con la ligereza de antes. El honor que tanto defendió quedó en entredicho y eso, en un lugar como Moonridge, pesa más que cualquier condena. Murió pocos meses después del juicio, sin que nadie pudiera determinar si fue la edad o el peso de los rumores lo que terminó de inclinar la balanza**, o el silencio al que sus vecinos recurrían cuando se cruzaban con él**.

No sé si volveré más de lo necesario. Tampoco sé si quiero desvincularme del todo. Moonridge tiene esa forma extraña de quedarse contigo, aunque te marches.

Con ese pequeño pueblo están conectados la mayoría de los presentes.

Samuel, por ejemplo, que consiguió una autorización del estado para oficiar la ceremonia. Y ahí está, sobre el pequeño estrado improvisado, sonriendo y esperando la llegada de sus nuevos amigos, entre los que me incluyo. Ese hombre es especial. A él le contaría lo que no me atrevería ni a contarme a mí mismo. Hemos estrechado un vínculo personal y profesional que tiene un gran peso en mi vida.

Parece que la ceremonia va a empezar.

Aiden ocupa su lugar. Brooke avanza por el pasillo central del jardín del brazo de mi padre. Está increíblemente preciosa. Yo recibo la mirada asesina de mi hermano y de Samuel y bajo a toda prisa para ponerme a su lado.

Cassidy y Amber acompañan a Brooke luciendo un vestido rosa que ellas afirman que es precioso. Yo lo veo cursi, y Brooke también, pero no le han hecho caso. Hay batallas que se pierden con elegancia.

Están unidas las tres.

Amber también vive en Boston y han unido fuerzas. Son amigas: otra parte de esta nueva familia.

Rachel viene con frecuencia a visitar a su hija y se está planteando cambiar de estado. Es el único personaje que ha salido medianamente bien parado de esta historia de locos. O quizá todos hemos salido distintos, que no es lo mismo.

Bien, ya estamos todos. Los que faltan tienen un motivo claro para no haber ocupado un lugar aquí. Como los antiguos amigos de Brooke.

Brent intentó acercarse cuando Sharon volvió a inventarse una relación imposible y él, por una vez, no supo cómo sostenerla ni cómo convencerla de que debía tomar otro camino. Buscó a Brooke para hablar, para recuperar algo de lo que rompieron. Brooke lo escuchó, pero no dio un paso atrás. Hay puertas que se cierran sin portazos, simplemente porque ya no llevan a ningún sitio.

Poco puedo añadir. Estoy contemplando el beso que Aiden y Brooke se están dando en este momento como marido y mujer.

—Sí quiero, abogado —ha dicho ella.

—Sí quiero, mi chica salvaje —ha dicho él.

Ellos sabrán cómo quieren decirse que sí.

Mi madre llora, la tía Ruth llora, Cassidy llora. Los novios siguen besándose. Amber se emociona e intenta disimular. Mi padre me pasa una mano por la espalda. Rachel suspira y se acerca a su hija. El oficiante sonríe y se mira el reloj.

Y yo observo ese amor que se han jurado.

Intento comprenderlo, pero me cuesta. Esto no va conmigo.

Aunque… confieso que algunas veces me gustaría saber qué se siente. No esa euforia visible, sino lo que queda cuando el ruido se apaga y solo permanecen dos personas frente a frente.

Quién sabe, no puedo darlo por perdido. En esta historia y en esta familia, nunca hay finales cerrados.

Quizás algún día conozcáis mi historia.

FIN

Gracias por haber llegado hasta aquí.

Si te ha gustado y quieres descubrir otras de mis novelas, aquí tienes una lista con todas ellas. Están disponibles en Amazon —en formato digital y en papel —, y también como audiolibros en Audible.

Todas mis novelas son autoconclusivas: algunas se agrupan en series temáticas, mientras que otras son completamente independientes.

Serie Error:

Jodido error.

Jodido doctor.

Jodido Olivier.

Serie Suecia:

Prohíbeme soñarte.

Prohíbeme despertar.

Serie Condenados:

Julien. Condenados a encontrarnos.

Daniel. Condenados a entendernos.

Serie Enemigos:

Cuando somos enemigos.

Cuando estamos prohibidos.

Serie Casualidades:

Kyle, mi peor casualidad.

Derek, mi peor decisión.

Independientes:

Mi nombre es Lago y estoy hablando de Noelia.

Llámame Infiel.

Hasta que escuché tu voz.

Y llegaste a tiempo.

Donde odiarnos es para siempre.

Una razón y media para odiarte

De nuevo, gracias.

Abril Laínez